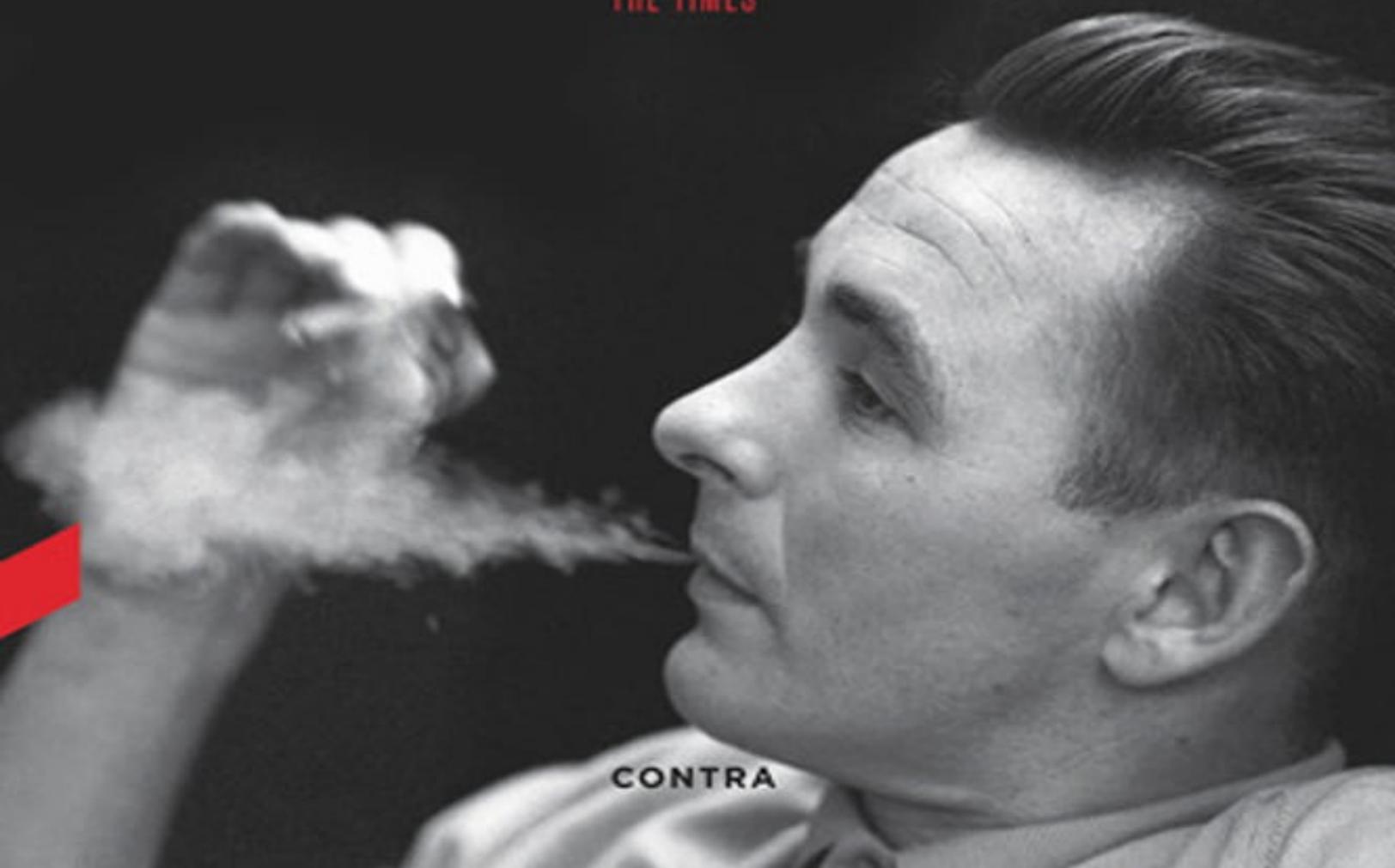


MALDITO UNITED

DAVID PEACE

"PROBABLEMENTE LA MEJOR
NOVELA JAMÁS ESCRITA
SOBRE EL DEPORTE."

THE TIMES



CONTRA

MALDITO UNITED

DAVID PEACE

The Damned Utd
© 2006, David Peace
Todos los derechos reservados

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Traducción: Héctor Castells Albareda

Diseño y maquetación: Endoradisseny

Primera edición: Mayo de 2015
Primera edición digital: Junio de 2019

© 2019, Contraediciones, S.L.

C/ Elisenda de Pinós, nº 22

08034 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2015, Héctor Castells Albareda, de la traducción
© Mirrorpix, del retrato de la cubierta. Brian Clough fumando en su oficina,
30 de octubre de 1969.

© Colorsport/Corbis, de la imagen de la contracubierta. Brian Clough
encabezando al Leeds United en Wembley, poco antes de dar comienzo la
Charity Shield contra el Liverpool de Bill Shankly, el 10 de agosto de 1974.

ISBN: 978-84-120287-7-5

Composición digital: Pablo Barrio

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de

reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para John Riley, con amor y agradecimiento

Dejé mi casa, desamparé mi heredad,
entregué lo que amaba mi alma en manos de sus enemigos.
Fue para mí mi heredad como león en breña;
contra mí dio su voz; por tanto, la aborrecí.
¿Me es por ventura mi heredad ave de muchos colores?
¿No están contra ella aves en derredor?
Venid, reuníos, vosotras todas las bestias del campo,
venid a devorarla.

Jeremías, 12:7-9

LA DISCUSIÓN II

Repetición. Repetición...

Campos de derrota y campos de odio, campos de sangre y campos de batalla.

Su deporte por las paredes, su deporte por los suelos.

¡Milton! Deberías estar vivo en esta hora: Inglaterra te necesita...

En su tiempo ensombrecido.

En nuestros balcones, en nuestras jaulas, desde el purgatorio, observamos.

Con nuestras alas que no pueden volar, nuestras lenguas que no pueden hablar:

«¡Destruye su política, destruye su cultura, destrúyela a ella!».

Pero nuestras alas están untadas en alquitrán, y nuestras lenguas pesan bajo sus monedas.

Ella cenará de nuevo esta noche sobre nuestras espaldas partidas, sobre nuestros corazones rotos.

En el lugar de sus sombras.

Somos hombres egoístas: ¡Oh, Blake! ¡Orwell! Sublevadnos, retornad.

Todas estas guerras civiles de corazones irreverentes, divididos y ahora, también, malditos.

Lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer.

Junto a Elland Road me senté y lloré; D.U.F.C.

MALDITO UNITED

UN CUENTO DE HADAS INGLÉS

Miércoles 31 de julio - Jueves 12 de septiembre de 1974

EL PRIMER JUICIO

Clasificación final de la Primera División, temporada 1973-1974

		LOCAL						VISITANTE						TOTAL		PTS
		PJ	G	E	P	GF	GC	G	E	P	GF	GC	GF	GC		
1	Leeds United	42	12	8	1	38	18	12	6	3	28	13	66	31	62	
2	Liverpool	42	18	2	1	34	11	4	11	6	18	20	52	31	57	
3	Derby County	42	13	7	1	40	16	4	7	10	12	26	52	42	48	
4	Ipswich Town	42	10	7	4	38	21	8	4	9	29	37	67	58	47	
5	Stoke City	42	13	6	2	39	15	2	10	9	15	27	54	42	46	
6	Burnley	42	10	9	2	29	16	6	5	10	27	37	56	53	46	
7	Everton	42	12	7	2	29	14	4	5	12	21	34	50	48	44	
8	QPR	42	8	10	3	30	17	5	7	9	26	35	56	52	43	
9	Leicester City	42	10	7	4	35	17	3	9	9	16	24	51	41	42	
10	Arsenal	42	9	7	5	23	16	5	7	9	26	35	49	51	42	
11	Tottenham H.	42	9	4	8	26	27	5	10	6	19	23	45	50	42	
12	Wolves	42	11	6	4	30	18	2	9	10	19	31	49	49	41	
13	Sheffield Utd.	42	7	7	7	25	22	7	5	9	19	27	44	49	40	
14	Man. City	42	10	7	4	25	17	4	5	12	14	29	39	46	40	
15	Newcastle Utd.	42	9	6	6	28	21	4	6	11	21	27	49	48	38	
16	Coventry City	42	10	5	6	25	18	4	5	12	18	36	43	54	38	

17	Chelsea	42	9	4	8	36	29	3	9	9	20	31	56	60	37
18	West Ham Utd.	42	7	7	7	36	32	4	8	9	19	28	55	60	37
19	Birmingham C.	42	10	7	4	30	21	2	6	13	22	43	52	64	37
20	Southampton	42	8	10	3	30	20	3	4	14	17	48	47	68	36
21	Man. United	42	7	7	7	23	20	3	5	13	15	28	38	48	32
22	Norwich City	42	6	9	6	25	27	1	6	14	12	35	37	62	29

PJ: Partidos jugados

G: Ganados

E: Empatados

P: Perdidos

GF: Goles a favor

GC: Goles en contra

PTS: Puntos

Los tres últimos descenden.

Soy un hombre de Yorkshire. Y soy un Hombre Astuto.

¡Y te maldigo!

Primero con regalos, luego con derrotas.

¡Te maldigo!

Derrotas y luego regalos; regalos y luego derrotas.

Hasta que pierdas. Hasta que te largues.

¡Yo te maldeciré!

DÍA 1

Lo veo desde la autopista. A través del parabrisas. Los niños van detrás y sucumben en lo alto de Beeston Hill.

—Ya falta poco, ¿verdad? —dicen—. Ya falta poco, ¿verdad, papá?

Forman un ovillo que se recorta contra las vías del tren y el terraplén de la carretera. Me preguntan por Billy Bremner y Johnny Giles. Por los focos y por las gradas, todos los dedos y todos los puños levantados por encima de los palos y de las piedras¹, de la carne y de los huesos.

—Allí está —le dice el mayor al pequeño—. Allí está.

Desde la autopista. A través del parabrisas.

Odioso, odioso lugar; perverso, perverso lugar...

Elland Road. Leeds, Leeds, Leeds.

Ya lo conocía. He estado aquí antes. Jugué y entrené aquí seis o siete veces a lo largo de seis o siete años. Siempre como visitante, siempre lejos de casa.

Odioso, perverso lugar, cubierto de flemas...

Pero no hoy. Miércoles 31 de julio de 1974.

Arthur Seaton. Colin Smith. Arthur Machin y Joe Lampton...

Hoy ya no soy visitante. Ya no estoy lejos de casa.

No más zombis —susurran—. No más putos zombis, Brian.

Hoy vengo aquí a trabajar.



El peor invierno del siglo XX arranca un día de San Esteban de 1962. La Gran Helada. Aplazamientos. El nacimiento del Comité de Apuestas. La final de Copa cancelada durante tres semanas. Hoy morirá gente por culpa

del frío. Pero no en Roker Park, el campo del Sunderland. No contra el Bury. A la una y media el árbitro se pasea por el campo. El Middlesbrough ha pedido que se suspenda el partido. Pero el árbitro no piensa igual. El árbitro decide que el partido puede continuar.

—Bien hecho, árbitro —le dices—. No tiene sentido suspender nada.

Media hora antes del pitido inicial, estás de pie en la boca del túnel de vestuarios con tu camiseta de manga corta con rayas verticales rojiblancas, tus pantalones blancos y las medias blancas y rojas, y contemplas durante diez minutos cómo el torrente de granizo rebota en el campo. Te mueres de ganas de salir a jugar. Tienes unas ganas que te cagas.

Aguanieve en la cara, hielo bajo los pies y frío en los huesos. Un pase solitario al corazón del área rival y un esprín a través del barro, tu mirada fija en la pelota y tu mente en el gol; ya van veintiocho esta temporada. Veintiocho. Su portero se acerca, su portero se acerca, tu mirada fija en la pelota, tu mente en el gol, el vigésimo noveno.

El portero está aquí, tu mente en el gol, su hombro contra tu rodilla.

Craaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaac.

El rugido y el silbato. El silencio y el fundido a negro.

Estás tumbado en el barro, los ojos abiertos y la pelota perdida. Veintinueve. Intentas incorporarte, pero no puedes. Veintinueve. Así que te arrastras.

—¡Levanta, Clough! —grita alguien—. ¡Levanta!

Por el barro, a cuatro patas.

—Venga ya, árbitro —dice entre risas Bob Stokoe, el central del Bury—. Clough está haciendo teatro.

A cuatro patas por el pesado, pesadísimo barro.

—No este chaval —dice el árbitro—. Este chaval no hace teatro.

Dejas de arrastrarte. Te das media vuelta. Tienes la boca y los ojos abiertos. Ves la cara del preparador físico, Johnny Watters, una luna preocupada bajo un cielo amenazante. La sangre te corre por las mejillas, junto con el sudor y las lágrimas; la rodilla derecha duele, duele y duele, y tú te muerdes, te muerdes y te muerdes los labios por dentro para ahogar los gritos, para combatir el miedo.

El primer regusto a metal en tu lengua, aquel primer regusto a miedo.

Una tras otra, las treinta mil almas se marcharán. La basura volará en círculos alrededor del terreno de juego. Caerán la nieve y la noche, el suelo se endurecerá y el mundo olvidará.

Te deja tumbado panza arriba en el punto de penalti, un zombi.

*Johnny Watters se inclina, esponja en mano, su boca en tu oído. Susurra:
—¿Cómo sobreviviremos, Brian? ¿Cómo sobreviviremos?*

Te levantan en una camilla. Se te llevan en una camilla.

—No le quitéis las putas botas —dice el Mister—. Puede que vuelva a salir.

Del túnel a los vestuarios.

Te tienden sobre un plinto y una sábana blanca. Hay sangre por todas partes. De la sábana al plinto. Y del plinto al suelo. El olor a sangre. El olor a sudor. El olor a lágrimas. El olor a Algipan². Quieres aspirar todos estos olores durante el resto de tu vida.

—Tenemos que llevarlo al hospital —decide Johnny Watters—. Y rápido.

—Pero no le quites las putas botas —dice de nuevo el Mister.

Te levantan del plinto. De la sábana manchada de sangre. Te colocan sobre otra camilla. Bajas por otro túnel.

Te meten en la ambulancia. Rumbo al hospital. Al bisturí.

Hay una operación y te escayolan la pierna del tobillo a la ingle. Te ponen puntos de sutura en la cabeza. No hay visitas. Ni familia ni amigos.

Solo médicos y enfermeras. Johnny Watters y el Mister.

Pero nadie te dice nada. Nada que no sepas ya.

Pinta chungo. Chungo que te cagas.

El peor día de tu vida.



Abandonamos la autopista; la autopista urbana del suroeste. Por sus curvas, sus intersecciones. Hasta el cruce de Lowfields Road con Elland Road. Doblo a la derecha y cruzamos la verja de entrada. Hasta el campo. El aparcamiento de la tribuna Oeste. Los niños saltan en el asiento de atrás. No hay sitio para aparcar. Ni una plaza reservada. La prensa. Las cámaras y los flashes. Los aficionados. Las libretas de autógrafos y los bolígrafos. Abro la

puerta; me ajusto los puños de la camisa. La lluvia nos moja el pelo. Cojo mi americana del asiento de atrás. Me la pongo. Mi hijo mayor y mi hijo pequeño se esconden detrás de mí. La lluvia nos moja la cara. Detrás, las montañas. Las casas y los pisos. Delante, el campo. Las gradas y los focos. Los hoyos y los charcos. Un tipo muy grande se abre paso entre la prensa. Las cámaras y los flashes. Los aficionados.

El pelo negro y la piel blanca. Los ojos inyectados en sangre y los dientes afilados...

—¡Llegas la hostia de tarde! —grita. Su dedo en mi cara.

Miro a la prensa. Las cámaras y los flashes. Los aficionados. Las libretas de autógrafos y los bolígrafos. Mis hijos detrás. La lluvia nos moja el pelo. La cara entera.

Nuestros rostros luminosos y bronceados; sus rostros pálidos y demacrados...

Miro al grandullón a los ojos. Aparto su dedo de mi cara y le digo:

—No es asunto tuyo si llego la hostia de tarde.

Me quieren por lo que no soy. Me odian por lo que soy.

Subimos las escaleras y cruzamos las puertas. A salvo de la lluvia y de la prensa. Las cámaras y los flashes. Los aficionados. Sus libretas de autógrafos y sus bolígrafos. Entramos en el vestíbulo, en el club. Los recepcionistas y las secretarias. Las fotografías en las paredes. Los trofeos en las vitrinas. Los fantasmas de Elland Road. Doblamos la esquina, pasillo abajo. Syd Owen, jefe de entrenadores durante los últimos quince años, acompaña a sus discípulos hasta la salida. Le tiendo la mano. Le guiño el ojo.

—Buenos días, Syd.

—Buenas tardes, señor Clough —contesta sin estrecharme la mano.

Coloco las manos sobre la cabeza de mis hijos.

—¿Crees que podrías decirle a alguno de tus chavales que vigile a mis hijos mientras yo me presento? —le pregunto.

—Ya saben quién es usted —replica Syd Owen—. Y todos estos ayudantes están aquí para trabajar. No para entretener a sus hijos.

Retiro las manos de la cabeza de mis hijos. Las dejo sobre sus hombros. El pequeño se retuerce. Le he agarrado con demasiada fuerza.

—En ese caso, no te entretendré más —le digo al leal servidor, a quien el

resto ha dejado atrás.

Syd Owen asiente. Syd dice de nuevo:

—No estamos aquí para entretener a sus hijos.

Suena un reloj en algún lugar cercano, se oyen risas en otra habitación. Por el pasillo, a la vuelta de la esquina. Se escucha el sonido de los tacos en estampida, en procesión.

El mayor me mira. Sonríe.

—¿Quién era ese, papá? —pregunta.

Le remuevo el pelo. Le devuelvo la sonrisa. Y digo:

—El chalado del tío Syd.

Seguimos por el pasillo. Pasamos junto a las fotografías. Doblamos la esquina. Pasamos junto a las placas conmemorativas. Hasta el vestuario. El vestuario del equipo local. «SIGUE LUCHANDO», se lee encima de la puerta. Me han dejado una equipación de visitante: camiseta amarilla, pantalones amarillos y medias amarillas. Mis hijos me observan mientras me cambio. Me pongo una chaqueta de chándal azul. Me siguen por el pasillo. Doblamos la esquina. Cruzamos la recepción y salimos fuera, bajo la lluvia. El aparcamiento. Las cámaras y los flashes. Las libretas de autógrafos y los bolígrafos. Corro entre los hoyos y los charcos. Subo por el terraplén. Hasta el campo de entrenamiento.

La prensa grita. Los aficionados animan. Las cámaras disparan sus flashes y mis hijos se esconden.

—¡Buenos días, chavales! —grito en dirección a ellos.

Ellos se quedan de pie, en sus grupillos. Con sus chándales violetas. Llevan las rodillas manchadas, los traseros salpicados. *El sucio Leeds*, así les llaman. El pelo largo, sus nombres a la espalda.

Hijos de puta, hijos de puta, hijos de puta.

Hunter. Los hermanos Gray. Lorimer. Giles. Bates. Clarke. Bremner. McQueen. Jordan. Reaney. Cooper. Madeley. Cherry. Yorath. Harvey y Stewart.

Son todos sus hijos, sus hijos bastardos. Su padre está muerto. Su padre se ha ido.

En sus grupos y con sus chándales. Manchados y con los nombres a la espalda. Su vista clavada en la mía.

Que les follen. Que les den. Que les den por el culo a todos.

Cumplo con los rondos para la prensa. Para las cámaras y los flashes. Para los aficionados. Para las libretas de autógrafos y los bolígrafos. Un apretón de manos aquí y una presentación allí. Nada más. *Muérdete la lengua, Brian. Muérdetela.* Mirar y aprender. Mirar y esperar.

No dejes que esos cabrones te hagan picadillo, susurran.

Terminados los rondos, me quedo a un lado. Sale el sol, sigue lloviendo. Hoy no habrá arcoíris. Aquí no. Las manos en mis caderas. La lluvia en mi cara. El sol en mi cuello. Las nubes se mueven deprisa en este lugar. Miro más allá. Mi hijo mayor está en el aparcamiento. Tiene una pelota en los pies. Su rodilla. Su cabeza. Entre los socavones y los charcos, la lluvia y el sol, allí está él.

Un niño con una pelota. Un niño y su sueño.



Empezó la primera mañana en el hospital, el día después de San Esteban, y nunca se ha detenido, ni siquiera por un día. Te levantas y durante esos primeros segundos, esos primeros minutos, te olvidas; olvidas que estás lesionado; olvidas que estás acabado.

Olvidas que nunca volverás a oler el vestuario. Olvidas que no volverás a ponerte una equipación limpia. Olvidas que no volverás a atarte los cordones de aquellas botas relucientes ni a escuchar el rugido de la muchedumbre.

El rugido cuando la pelota besa el fondo de las mallas; el rugido cuando marcas.

Los aplausos. La adoración. El amor.

Desearías ver a tu mujer. Hace días que no la ves.

Desde el día de San Esteban. El día que te trajeron aquí.

Nadie te dice nada. Ni una maldita palabra.

Te levantarías y saldrías a buscarla tú mismo. Pero no puedes.

Entonces, pasados cinco días, se abre la puerta y allí está ella, tu mujer.

«He estado en cama —te dice—. He tenido un aborto.»



Se nos llevan de paseo. A mí, a los niños y a la prensa. Bajamos por más pasillos. Doblamos más esquinas. Pasados los palcos privados y la zona VIP. Las suites y las salas de baile. Las salas de recuperación y los vestuarios. Hasta que nos sacan a todos al rectángulo de juego.

Me dejan allí plantado. En pleno círculo central.

La brizna verde de la hierba. Las líneas de cal blanca...

Mis brazos en alto, una bufanda entre mis manos.

Odio este lugar, este repugnante lugar.

Este pasillo arriba. Al doblar esta esquina. Por el siguiente pasillo. La siguiente esquina. Con los niños pegados a mis talones. Hasta mi despacho. El escritorio vacío. La silla vacía. *El despacho de Don. El escritorio de Don. La silla de Don.* Cuatro paredes sin ventanas y una sola puerta, estas cuatro paredes entre las que grabó a fuego sus tácticas y sus sueños, sus esperanzas y sus miedos. Sus agendas negras. Sus informes secretos. Sus listas de enemigos.

Don no confiaba en la gente. A Don no le gustaba la gente. Se cagaba en la gente. Odiaba a la gente. La ponía en sus listas negras. En sus informes secretos.

Su lista negra. Brian Clough en la lista negra.

Yo. El primero de la lista.

Este despacho. El escritorio. La silla. Aquí es donde maquinó y desde donde soñó, aquí es donde se fraguaron sus esperanzas y sus miedos. Sus agendas. Sus informes. Sus listas. *Para exorcizar las dudas.* Sus códigos secretos y sus hojas de ruta. Hasta la obsesión. Hasta la locura. Hasta aquí.

Aquí, en este despacho. Donde todos se ponían a sus pies.

La señora Jean Reid irrumpe en el umbral de la puerta. Mis hijos se miran los pies.

—¿Me traerías una taza de té, encanto? —le pregunto.

La señora Reid dice:

—Los directivos le están esperando arriba.

—¿A mí? —pregunto—. ¿Por qué?

—Para la reunión de la junta directiva —responde ella.

Me quito la chaqueta. Me quito el pañuelo. Los dejo en el respaldo de la silla. *Su silla.* Me siento en la silla de detrás del escritorio. *Su escritorio.*

Pongo los pies encima de la mesa.

Su silla. Su escritorio. Su despacho. Su secretaria.

—Le están esperando —dice Jean Reid otra vez.

—Pues que esperen —le digo—. ¿Qué me dices ahora de esa taza de té, corazón?

La señora Jean Reid se queda de pie con la vista clavada en la suela de mis zapatos.

Golpeo el escritorio con mis nudillos. El escritorio de Don. Pregunto:

—¿De quién es este escritorio, cariño?

—Ahora es suyo —susurra la señora Jean Reid.

—¿De quién era el escritorio? —le pregunto.

—Del señor Revie —responde ella.

—En tal caso quiero que lo quemem —le digo.

—¿Perdón? —exclama la señora Reid.

—Quiero que el escritorio sea incinerado —le digo de nuevo—. Las sillas también. Todos los putos muebles.

—¿Pero...?

—¿De quién eres la secretaria ahora, corazón? —le pregunto.

—De usted, señor Clough.

—¿De quién eras la secretaria? —le pregunto otra vez.

La señora Reid se muerde las uñas, deja caer una lagrimita; interiormente ya tiene escrita su dimisión, solo necesita pasarla a máquina y firmarla. Estará en mi despacho el lunes.

Él me odia. Y yo le odio a él, pero yo le odio más, mucho más.

—Y cambia las cerraduras también —le digo mientras salimos. Los niños con la vista clavada en el suelo y las manos en los bolsillos—. No queremos que el fantasma del enfermo de Don se nos aparezca ahora, ¿verdad? Deshaciéndose de sus grilletes, asustando a mis pequeños.



Cambia el escenario. Pero el dolor permanece. Los de la mudanza traen los muebles en cajas. Te llevan a casa en ambulancia. Sobre una camilla. Te has desgarrado el ligamento cruzado y el medio. Es más grave que una

pierna rota. No existe ninguna operación con garantías de éxito. Te tiras tres meses tumbado en un sofá G-Plan rojo con la rodilla escayolada y la pierna elevada sobre los cojines. Fumando y bebiendo. Gritando y llorando.

Estás asustado. Te asustan tus sueños; tus sueños, que durante un tiempo fueron tus amigos, tus mejores colegas, son ahora tus enemigos, tus peores enemigos.

Aquí es donde te dan caza, en tus sueños. Aquí es donde te atrapan.

Los pájaros y los tejones. Los zorros y los hurones. Los perros y los demonios.

Ahora tienes miedo. Ahora vuelves a correr.

Das vueltas alrededor del campo, subes y bajas los escalones del estadio. Los cincuenta y siete escalones. Treinta veces. Siete veces a la semana desde las nueve de la mañana. Pero te mantienes a una distancia prudencial del vestuario. Los cincuenta y siete escalones. Prefieres la playa de Seaburn. Treinta veces. La playa y el bar. Siete días a la semana desde las nueve de la mañana. Corriendo.

Asustado. Acojonado.

Te asustan las sombras. Las siluetas sin rostro. Sin nombre.

Te asusta el futuro. Tu futuro. No hay futuro.

Pero día tras día te levantas de nuevo. No puedes jugar todavía. No puedes jugar, de modo que puedes ser entrenador. Por ahora. De los juveniles del Sunderland. Te mantiene alejado de los pubs y de las discotecas, de la cama y del sofá. Y mantiene tu temperamento a raya. Entrenando. Enseñando. Cinco contra cinco. Seis contra seis. Centrando y chutando. Te encanta y a ellos les encantas tú. Te respetan. Tipos como John O'Hare y Colin Todd. Chavales jóvenes que se quedan con cada palabra que sale de tu boca, con todas y cada una de tus palabras. Llevas a los juveniles del Sunderland hasta las semifinales de Copa. Apruebas el examen de la Federación para ser entrenador. Te gusta de la hostia.

No hay nada que pueda sustituirlo. Pero sigue siendo tu mejor alternativa.

Tu futuro. Sigue siendo tu mejor alternativa.



Doblar la esquina. Pasillo abajo. Escaleras arriba. Hasta el despacho de la junta directiva. El campo de batalla. Las dobles puertas de madera. Aquí sí hay ventanas, detrás de estas puertas, pero solo aquí. La moqueta a juego con las cortinas. Los blazers de los directivos a juego con el oropel.

Manny Cussins. Sam Bolton. Bob Roberts. Sydney Simon. Percy Woodward; *Alderman* Percy Woodward, el vicepresidente.

Mitad gentil y mitad judío, es el último de una tribu perdida de hombres de Yorkshire y de israelíes hechos a sí mismos. Hombres en busca de la tierra prometida, del reconocimiento público, de la aceptación y de la gratitud. El sombrero quitado, la rodilla doblada y el sabor de sus culos en los labios de la muchedumbre.

El populacho les aplaude —no al equipo, solo a ellos—. A ellos y a sus millones.

Keith Archer, el secretario del club, da saltitos y aplaude. Acaricia las cabezas de los miembros, les ondula el pelo.

Cussins y Roberts, sonrisas y puros, y:

—¿Le apetece una copa?

—Mataría por una copa —les digo—. Y me dejo caer en el asiento presidencial de la mesa de los jefazos.

Sam Bolton se sienta frente a mí. Bolton es consejero de la Federación y uno de los vicepresidentes de la Liga de Fútbol. Habla directo y claro. Es un hombre hecho a sí mismo y está orgulloso de serlo.

—Probablemente se estará preguntando dónde está su preparador físico —dice.

—¿Les Cocker? —pregunto. Y niego con la cabeza—. Mala hierba nunca muere. Ya aparecerá.

—No esta vez. Se va con Don Revie a la selección inglesa.

—Cuanta menos mierda, mejor —respondo.

—¿Por qué dice eso, señor Clough?

—Es un tipo repulsivo, agresivo de los cojones. Y todavía queda mucha mierda que cortar —digo.

—Sea como sea le hará falta un preparador físico —dice Bolton.

—Me conformo con Jimmy Gordon.

—¿El Derby le concederá la carta de libertad?

—Lo harán si yo se lo pido.

—¿Y se puede saber a qué coño espera para hacerlo? —pregunta él.

—Ya lo he hecho —le digo.

—¿Ya lo ha hecho? —repite Bolton—. ¿Y se puede saber qué más ha hecho esta mañana?

—Solo observar y escuchar —digo—. Observar, escuchar y aprender.

—Bien, señor Clough, pues resulta que también tiene ocho contratos por revisar.

—¿Que tengo qué? —le pregunto—. ¿Revie me ha dejado ocho putos contratos?

—Es lo que tiene Don —sonríe Bolton—. Y uno de ellos es el de Johnny Giles.

Ahora se sientan todos: Cussins, Roberts, Simon y Woodward.

Woodward se inclina hacia delante:

—Hay algo que debería saber sobre Giles —dice.

—¿Qué pasa con Giles? —pregunto yo.

—Quería su puesto como entrenador —dice Woodward—. Y Revie le dijo que era suyo.

—¿En serio? —pregunto yo.

—Se creen más de lo que son —asiente Woodward—. Los dos: él y Revie.

—¿Y por qué no se lo dieron? —pregunto—. Después del gran trabajo que han hecho juntos.

—A Bremner no le hubiese gustado —dice Cussins.

—Pensaba que eran amigos —digo yo—. Inseparables y todo eso.

De pronto todos niegan con la cabeza: Cussins, Roberts, Simon y Woodward.

—Bueno. Ya sabe lo que dicen sobre los ladrones y su condición, ¿no? —sonríe Bolton.

—Bremner es el capitán. Tiene sus propias ambiciones. No le quepa duda —dice Cussins.

Me sirvo otro coñac. Me pongo de espaldas a la mesa.

Me aclaro la garganta. Levanto mi copa y proclamo:

—¡Por las putas familias felices!



Este es el último gol que marcarás en tu vida. Septiembre de 1964. Han pasado dieciocho meses desde el último. Ahora el Sunderland está en Primera División. Juegas en casa contra el Leeds United. Le metes un caño a Jackie Charlton y marcas.

El único gol en Primera División de tu carrera.

El último gol que marcarás jamás.

Tu punta de velocidad se ha evaporado. No hay nada que hacer. Es el final. Abajo el telón. Tienes veintinueve años y has marcado 251 goles en 274 partidos con el Middlesbrough y el Sunderland. Un récord. Un récord absoluto en Segunda División. Dos convocatorias con Inglaterra. Jugando en Segunda.

Pero es el final. Es el final y lo sabes.

Ya no te quedan más campeonatos de Liga por jugar. Ya no más torneos domésticos ni competiciones europeas.

El rugido y el silbato. El aplauso y la adoración.

Es el final. Para siempre. El mejor jugador de Segunda. Para siempre.

El Sunderland recibe del seguro una compensación de cuarenta mil libras por tu lesión. Tú recibes mil quinientas, el despido como entrenador del equipo juvenil y una lección para toda la vida.

Tienes esposa. Dos hijos. Y no tienes trabajo. Ni pasta.

Este es tu regalo para las Navidades de 1962. Estás acabado.

Acabado y liquidado antes de tiempo.

Pero tú nunca tendrás un pub. Nunca regentarás un quiosco.

A cambio, tendrás tu venganza.

Así es cómo vivirás.

En lugar de una vida, una venganza.



Esto son los estudios de la televisión de Yorkshire. Los estudios del informativo *Calendar*. En su edición especial:

Clough al Leeds.

Austin Mitchell, el presentador, lleva un traje azul. Yo todavía llevo mi traje gris. Pero me he cambiado la camisa por una violeta y me he puesto una corbata distinta. Viaja siempre con una camisa de repuesto, algo de cera Brylcreem para el pelo y pasta de dientes. La televisión me ha enseñado este tipo de cosas.

Austin mira a la cámara y dice:

—Esta semana damos la bienvenida a Brian Clough como entrenador del Leeds United. ¿Cómo encajará su rotunda personalidad en el Leeds? ¿Qué podrá hacer por este equipo, un equipo que viene de ganarlo prácticamente todo?

—El Leeds ha sido campeón —le digo a él y a todos los habitantes de Yorkshire—. Pero no ha sido un buen campeón. No en el sentido de saber cómo llevar su corona. Creo que podrían haber sido unos campeones más queridos, más populares. Yo quiero aportar al equipo un poco más de calor, un poco más de honestidad, un poco más de mí mismo a todo el engranaje.

—Entonces, ¿podemos esperar un poco más de calor, un poco más de honestidad y un poco más de Brian Clough de los campeones de Liga? —repite Mitchell.

—De hecho, pueden esperar mucho de Brian Clough —le digo—. Muchísimo más.

—También podemos esperar que gane muchas Copas más y otro título de Liga, ¿no? —pregunta Mitchell.

—Y ganarlas mejor, Austin —le digo—. Ya lo verán.

—¿Y qué me dices de la estructura del equipo? ¿De su legendario vestuario? ¿Del legado de Don? —pregunta Mitchell.

—Bien. Te confesaré una cosa. Me dio mal rollo ver su traje de la suerte cuando entré en el despacho por primera vez. ¿Sabes de cuál te hablo? ¿El que ha llevado durante los últimos trece años? Y entonces me dije que había que arrojarlo inmediatamente a la basura, porque no solo estaría viejo, sino que además apestaría.

—Entonces, tú no eres un hombre supersticioso, ¿verdad, Brian?

—No, Austin, no lo soy —le digo—. Yo soy socialista.

DÍA 2

Septiembre de 1965. Hotel Chase, York. Cinco pintas y cinco whiskies juegan al escondite en tus entrañas. Sin curro y hasta las trancas. Gordo y jodido: estás en el infierno. Jugarás un partido más con el Sunderland. Tu partido de homenaje frente a treinta y un mil aficionados, un récord. Diez mil libras en tu bolsillo. Pero no durarán. Sin curro y hasta las trancas. No a este ritmo. Gordo y jodido. A no ser que Peter diga que sí.

Peter Taylor. El único amigo que has tenido en tu vida. Peter Taylor.

Él era un probable suplente y tú un posible descarte en el Middlesbrough de 1955. Él era el segundo portero y tú el cuarto delantero.

Pero le gustabas. Creía en ti. Te hablaba de fútbol. Mañana, tarde y noche. Te enseñó un montón de cosas. Sacó lo mejor de ti. Fuerza moral. Valentía física. La garra necesaria para atravesar paredes de ladrillos. Y te sacó lo peor. La arrogancia. El egoísmo. La grosería. Pero incluso le gustabas cuando eras capitán. Creyó en ti cuando el resto del equipo te menospreció, cuando conspiraron y pidieron que el club se deshiciera de ti.

Ahora le necesitas. Esa convicción. Esa fe. Más que nunca.

—Me han ofrecido ser entrenador del Hartlepool United —le digo—. Y la verdad es que no me gustan demasiado ni el lugar ni el club ni el tipo que me ha propuesto el puto trabajo. Pero si te vienes, lo acepto.

Claro que Peter es el nuevo entrenador del Burton Albion. Y el Burton Albion va primero de la Southern League³. Peter tiene un apartamento nuevo. Tiene a su mujer e hijos asentados. Peter cobra cuarenta y una libras semanales y tiene un contrato de tres años. Su mujer niega con la cabeza. Sus hijos niegan con la cabeza.

Pero Peter te mira. Peter clava su mirada en tus ojos.

Ese deseo y esa ambición. Esa determinación y esa arrogancia.

Peter ve las cosas que quiere ver. Peter escucha las cosas que quiere escuchar.

—Serás mi brazo derecho, mi mano derecha. No serás un segundo entrenador, sino un entrenador asociado. Lo que pasa es que en el Hartlepool no son mucho de conceder títulos al personal, así que tendremos que colarte, tendremos que meterte como preparador físico —le digo.

—¿Preparador físico? —pregunta—. ¿Pasaré de ser entrenador a preparador físico?

—Me temo que sí —le dices—. Y la otra mala noticia es que no pueden pagarte más de veinticuatro libras a la semana.

—¿Veinticuatro? —repite—. Eso significa que dejaré de ganar diecisiete libras por semana.

—Pero estarás en la División Nacional —le dices—. Y lo harás trabajando conmigo.

—Pero diecisiete son diecisiete —dice Peter.

Las cinco pintas y los cinco whiskies. Al escondite. Las cinco pintas pillan a los cinco whiskies.

Pones doscientas libras sobre la mesa y le dices:

—Te necesito. No quiero estar solo —le confiesas.

Vas a vomitar si se niega. La vas a palmar si Peter te dice que no.

—Vendré. Pero solo porque eres tú —dice Pete.

Peter Taylor. El único hombre al que le has caído bien en toda tu vida. El único que se ha llevado bien contigo.

Tu único amigo. Tu mano derecha. Tu sombra.



Nos están esperando otra vez. A mi hijo, el pequeño, y a mí. Los cuervos revolotean alrededor de los focos. Los perros, alrededor de las puertas. Nos están esperando porque llegamos tarde otra vez. Mi hijo y yo.

Jueves, 1 de agosto de 1974.

Mala noche. Sueños tardíos; hombres sin rostro, sin nombre. Ojos inyectados en sangre y dientes afilados.

Me paso media hora discutiendo con mis hijos durante el desayuno. Hoy no quieren venir a trabajar conmigo. Ayer no les gustó. Pero el pequeño siente lástima de mí. El pequeño se rinde. Mi mujer se lleva al mayor y a mi hija a Derby para comprarles zapatos nuevos. Tengo una tostada en la boca y no contesto el teléfono. Más tarde el pequeño y yo nos metemos en el coche y conducimos por la autopista.

Las botas y las espadas que desfilaron a lo largo y ancho de este camino...

Hacia los cuervos de los focos. A los perros de las puertas.

Legiones romanas y hordas vikingas. Coños normandos y putas monárquicas.

La prensa. Los aficionados. La imparable lluvia gris. El interminable cielo gris.

Los emperadores y los reyes. Oliver Cromwell y Brian Clough.

Aparco el coche. Salgo. Me ajusto los puños de la camisa. No consulto la hora. Saco mi americana del asiento de atrás. Me la pongo y remuevo el pelo de mi hijo pequeño, que está mirando más allá del aparcamiento. Terraplén arriba. Hacia el campo de entrenamiento.

Esperan con las manos en las caderas, con sus chándales violetas. Sus nombres estampados en la espalda. Murmuran, murmuran, murmuran.

Hijos de puta, hijos de puta, hijos de puta.

Jimmy Gordon se acerca por los escalones. Jimmy pregunta:

—¿Podemos hablar un momento, Míster?

Conozco a Jimmy Gordon desde que yo jugaba en el Middlesbrough. *No trabaja lo suficientemente duro en el campo*, escribió una vez de mí en un informe. Entonces Jimmy no me tenía mucho aprecio. Me odiaba. Me tenía por un puto sobrado. Por un engreído. Un egoísta. Una vez me dijo: *¿Por qué en lugar de marcar treinta goles por temporada no te dedicas a marcar veinticinco y a ayudar a otro compañero a marcar quince? De esa manera el equipo tendría diez goles más a favor.*

No le escuché. No tenía ningún interés en hacerlo. Pero sí lo tuve cuando fiché por el Hartlepool. Fue mi primer trabajo e intenté que Jimmy se viniera a entrenar con nosotros. Pero Jimmy no estaba interesado. Aquello cambió cuando fichamos por el Derby. Me pasé cinco horas dando vueltas alrededor de su casa.

Él dijo:

—¿Por qué yo? Si no hacemos más que discutir.

—Esa es precisamente la razón por la que te quiero —le contesté.

Cinco horas después seguía sin gustarle. Pero ya tenía un precio. Todo el mundo lo tiene. Así que le conseguí una casa y que el presidente le pagara las mil libras de la fianza, sin intereses.

Pero no le gustaba entonces. Y sigo sin gustarle demasiado ahora. Mira alrededor de la habitación y dice:

—¿Qué coño estamos haciendo aquí?

Estoy sentado en este despacho. *El despacho de Don*. En esta puta silla. *La silla de Don*. Detrás del puto escritorio. *El escritorio de Don*. Mi pequeño en mi regazo. *Para animarme*. Un coñac en la mano. *Para entrar en calor*.

—Nunca le perdonarán —dice Jimmy—. No después de todas las cosas que ha dicho. Ellos nunca olvidan. No aquí.

—Así es, ¿verdad? —sonríó—. ¿Y entonces por qué aceptaste venir aquí conmigo?

—A pesar de que no me guste —sonríe—, todavía me gusta menos verle metido en problemas.

Me termino el coñac. Le digo:

—¿Quieres que te lleve en coche mañana por la mañana?

—¿Así puedo conducirle de vuelta yo?

Agarro a mi hijo, que está sentado en mi regazo. Le pongo de pie. Le guiño el ojo a Jimmy.

—Más vale no hacerles esperar más —les digo a ambos.

Bienvenidos al fin del mundo. A Hartlepool. En Hartlepool puedes desaparecer, bordear el fin del mundo. Desde la playa. En Seaton Carew. Estás en lo más bajo de la Football League.

Muchos hombres nunca lo sabrán. Muchos hombres nunca comprenderán.

El paraíso está aquí. Aquí, donde el estadio Victoria Ground fue maldecido por la bomba de un zepelín, donde ahora los tejados tienen goteras, donde el despacho de la junta directiva está lleno de cubos de agua,

donde la tribuna es de madera y las gradas están cubiertas de plumas de pollo, donde el presidente es un millonario de metro y medio que hizo fortuna trapicheando con telas y que no te deja tranquilo ni en casa ni en el trabajo, donde los jugadores son adúlteros, borrachos, ladrones y ludópatas, y juegan con sus calcetines de andar por casa. Esto es el paraíso.

Lo es para ti y para Pete. Juntos de nuevo. Trabajando de nuevo.

Los entrenadores más jóvenes de la Football League.

Tú cobrando cuarenta libras semanales y Pete veinticuatro.

El hombre cubo y esponja.

«No te equivoques —dice Pete—. Estamos con la mierda hasta el cuello. Vamos directos a la reelección⁴ a final de temporada. Lo normal es que terminemos en el fondo de la tabla. Puede que en lo más bajo. Tenemos que hacer algo al respecto. Y tiene que ser rápido de cojones», sentencia Pete.

Pero eres tú el que pinta las tribunas. El que desemboza los desagües. El que corta la hierba. El que vacía el agua de lluvia de los cubos. Eres tú el que visita a las asociaciones de mineros. Eres tú quien se sienta en las reuniones asamblearias, el que da la cara y busca donaciones. Eres tú quien consigue prestada la equipación del Sheffield Wednesday para entrenar. Eres el hombre cuya mujer hace de mecanógrafa. Eres tú quien se saca el carné de vehículos de transporte público para poder conducir el autocar del club. El que organiza los desplazamientos en coches hasta Barnsley cuando no os podéis permitir el autocar. Eres tú quien les compra fish & chips a los jugadores. El que está dos meses sin cobrar.

Los periódicos, los fotógrafos y las cámaras de televisión son testigos del puto espectáculo. Y lo registran. Con bolígrafos, grabadoras y micrófonos, todos allí gracias a tu puta boca.

«La edad no importa. Lo que importa es lo que sabes de fútbol. Sé que soy mejor que los quinientos y pico entrenadores que han sido despedidos desde la Guerra. Si hubiesen sabido algo del juego, no hubiesen perdido sus trabajos. En este trabajo tienes que ser un dictador o te vas a la calle, porque solo existe una salida para los clubs pequeños: buenos resultados y luego más buenos resultados... Cuán difícil es conseguir esos resultados es algo que muy pocos llegarán a saber.»

¿Queréis que hable como queréis que hable?

Los putos micrófonos y esa boca tuya.

¿Que diga lo que queréis oír?

Contagiando a la prensa. Conminando a los jugadores. Consternando al presidente.

Esto es el auténtico principio. Aquí es donde empieza todo.

El nuevo acento. Mi nueva pronunciación arrastrada.

Hartlepool, 1965.



Pretemporada. Diversión y partidos. La temporada 1974-75 empieza de verdad en dieciséis días. Antes del arranque, el Leeds United, vigente campeón de Liga, jugará tres partidos amistosos y la Charity Shield en Wembley contra el Liverpool, vigente campeón de Copa. El primer amistoso es contra el Huddersfield Town el sábado, pasado mañana.

—Basta de hacer el capullo —les digo—. Vamos a jugar unos partidillos. Siete contra siete.

Las manos en las caderas. Los miembros del primer equipo balancean su peso de un pie a otro.

—¡Poneos las putas pilas! —les grito—. ¡Venga coño, hay que moverse!

El equipo se da media vuelta y mira a Syd Owen, que está de pie, al final del campo, con las manos en las caderas.

Syd se encoge. Syd escupe. Syd dice:

—Espero que nadie se lesione.

—¡Gracias Sydney! —le grito de vuelta—. Y ahora, venga. Dos equipos.

Se quitan las manos de las caderas pero siguen sin moverse.

—¡Me cago en la puta! —exclamo—. Harvey allí. Stewart aquí. Reaney aquí. Cooper aquí. McQueen allí. Hunter aquí. Bremner allí. Cherry aquí. Lorimer allí. Giles aquí. Bates allí. Clarke aquí. Madeley para allí. Y yo me quedo aquí. Jimmy pita. Ahora a moverse de una puta vez.

Se pasean por el campo, se ponen los petos, chutan pelotas fuera y se rascan las suyas. Jimmy pone el balón en el círculo central del campo de entrenamiento.

—Pita —le digo, les digo a todos.

Jimmy sopla el silbato y empezamos.

Durante horas, horas y horas, corro y grito, pero nadie me habla ni nadie me la pasa, nadie me la pasa hasta que finalmente controlo la pelota y estoy a punto de darme media vuelta, a punto de dar media vuelta hacia la izquierda con la pelota en la derecha, con la pelota en mi pie derecho, cuando alguien me tumba por detrás. Caigo de culo como un saco de patatas. Gimo y protesto sobre el barro.

—Le dije que alguien se lesionaría —sonríe Syd—. Se lo advertí.

Nadie se ríe. Pero lo harán, más tarde. En el vestuario y en las duchas. En sus coches y en sus casas. Cuando yo no esté delante.



Empiezas a mantener la portería a cero. Empiezas a construir el juego desde atrás. Incluso ganas fuera de casa. En tu primera temporada, la 1965-66, terminas séptimo por la cola en la Cuarta División. Y esto es lo que te dice el presidente:

—Ya no me puedo permitir pagar a dos hombres por hacer el trabajo de uno.

Abres la autobiografía de Len Shackleton, Clown Prince of Soccer⁵, por la página setenta y ocho. Le muestras la página al señor Ernest Ord, el millonario presidente del Hartlepool United.

Los escasos conocimientos de los directivos.

—Váyase a cagar —le digo—. Pete no se va a ningún lado.

—Estás generando demasiada publicidad —me dice—. Tienes que cortarlo ya.

—Váyase a cagar —le vuelvo a decir—. Al pueblo le encanta. Me adoran.

—Mi hijo se encargará de la publicidad —dice Ord—. Y tú te encargas solo del equipo. Lo diriges solito y ya está.

—Pete no se mueve de aquí —le dices—. Y yo diré lo que quiera, cuando quiera.

—Muy bien —dice Ord—. En tal caso, estáis los dos despedidos.

—No nos vamos a ningún lado —le dices.

Esta es tu primera batalla. La primera de muchas.

Acudes al concejal del partido Conservador de Curry. Viajas por todos los clubs. Consigues que los astilleros y las cervecerías paguen los sueldos de tus jugadores. Consigues las siete mil libras que el club le debe al presidente. Sales constantemente en los periódicos locales. En la televisión local.

—O él o yo —le dices a la junta—. A la prensa. A los aficionados. Él o yo.

El señor Ernest Ord, el presidente millonario del Hartlepool United, dimite.

Es tu primer golpe. Tu primera víctima.

1-0.



Me ducho, me baño y me visto solo. Estoy solo, excepto por mi hijo, el pequeño. Luego, pasillos abajo, doblo las esquinas, hasta volver al despacho; *su despacho*, a esperar a Jimmy. A Jimmy le lleva una puta eternidad llegar hasta aquí. Consulto el reloj. No lo llevo. Me registro los bolsillos. Ha desaparecido.

Maurice Lindley asoma su cabeza por la puerta. No llama.

Maurice Lindley, segundo entrenador del Leeds United, mano derecha del Don, otro de sus chicos de confianza, además de Les Cocker y Syd Owen, Bob English y Cyril Partridge, otro al que el Don ha dejado atrás.

Maurice Lindley deposita un tupido expediente sobre el escritorio, *su escritorio*, en el que se leen destacadas las palabras «TOP SECRET». Maurice dice:

—Pensaba que le gustaría ver esto.

Maurice Lindley, uno de los maestros del espionaje futbolístico, con su gabardina y sus disfraces.

Miro el expediente del escritorio. «TOP SECRET». Le pregunto:

—¿Qué coño es esto?

—Es un informe sobre el Huddersfield Town. Para saber cómo juegan.

—Me estás tomando el pelo, ¿no? —le pregunto—. Es un puto partido de homenaje. ¡Un puñetero amistoso!

—Eso no existe. No por aquí. Don no creía en los amistosos. Don creía en ganar cada partido. Don creía...

Alguien llama a la puerta del despacho. Mi hijo está buscando sus rotuladores.

—¿Quién es?! —grito.

—Soy yo, Míster —dice Jimmy—. Lo tengo.

Me levanto de la puta silla. De detrás del puto escritorio.

Jimmy entra con un paquete marrón entre las manos. Me lo da.

—Aquí tiene —me dice.

—¿Qué hay de la gasolina? —le pregunto.

—Está en el maletero del coche.

—Muy bien —digo—. Y desenvuelvo el paquete de papel marrón.

Desenvuelvo el papel y aparece el hacha.

—Apartaos —les digo a todos—. ¡Mira esto, Maurice!

Agarro el hacha y la estampo contra el escritorio, *su escritorio, el escritorio de Don...*

La hundo y la levanto. La levanto y la vuelvo a hundir. Contra su escritorio y su silla. Contra sus fotos y sus archivos.

Una y otra vez. Una y otra vez.

Luego me detengo y me quedo de pie en el centro de lo que queda del despacho. Sudo y jadeo como un sucio y gordo perro negro. Maurice Lindley se ha largado. Jean Reid también. El puto Jimmy Gordon y el pequeño están clavados contra la pared.

Soy un traficante de dinamita a punto de volar por los aires el Reino del Semen⁶.

Entonces Jimmy y el pequeño me ayudan a recoger todos los trozos del escritorio y de la silla, todas las fotos y todos los archivos, todos los putos informes y cada puta cosa restante de la oficina y nos lo llevamos todo afuera y lo apilamos en el extremo más alejado del aparcamiento, y entonces voy al maletero de Jimmy y pillo el bidón de Castrol y lo derramo por encima del montículo y me enciendo un cigarrillo y le doy un par de caladas antes de arrojarlo contra el montón y contemplar cómo se quema todo.

Hasta el Reino del puto Semen.

Arde, arde, arde.



Salvaste al Hartlepool de la reelección en tu primera temporada. Ahora has conseguido un octavo puesto en la segunda. Y también has vuelto a ser padre: de una niña.

Pero esto no es lo que recordarás de tu paso por el Hartlepool United.

No te enterarás de esta historia hasta pasados diez años. Pero te persigue. Te persigue aquí y ahora.

Ernest Ord apareció un día por la casa de Pete Taylor en su Rolls-Royce y le dijo a Pete: «He venido a advertirte de una cosa. Tu amiguito me acaba de sentenciar. Y un día hará lo mismo contigo. Recuerda mis palabras, Taylor. Recuerda mis palabras».

Te persigue aquí. Te persigue ahora.

DÍA 3

He estado en las tinieblas del lugar, en sus pasillos, al doblar sus esquinas. He estado entre bastidores. Con los cuervos y con los perros. El corazón acelerado y las piernas temblorosas. Mi lengua quieta, mi boca cerrada. Los oídos replegados y los ojos abiertos. Bajo este cielo gris.

Me he mantenido fiel a mi palabra...

Hoy voy sin críos. Hoy no toca. Hoy hay cosas que hacer. Cosas que decir. No son cosas que deba escuchar un niño. Que deba ver un niño. Bajo este cielo gris.

Hasta hoy, viernes 2 de agosto de 1974.

El primer equipo deambula terraplén abajo, vienen del campo de entrenamiento y se dirigen al aparcamiento. Sus tacos repiqueteando sobre el asfalto. El equipo se queda de pie alrededor de los escombros carbonizados, en el extremo más alejado del aparcamiento. Las manos en sus caderas y sus nombres a la espalda. Escarban con sus botas la ceniza blanca. Bajo este cielo gris.

«Reunión en el salón de jugadores —les digo—. En diez minutos.»

Dos familias en la orilla del mar. En el Hotel Royal, en Scarborough. Oh, cómo te gusta estar junto al mar. Aquí eres feliz, con tu helado y tu tumbona. Con tu mujer y tus tres hijos. Eres hogareño y estás feliz. El miedo al desempleo y la necesidad de beber han desaparecido. El malvado Ernest Ord ha sido derrotado y el Hartlepool ha terminado la temporada en octava posición.

Hay un techo sobre las gradas. Gracias a ti. Y también se han instalado

unos modernos focos.

Es 1967 y las cosas van mejorando. Tú estás feliz, pero Pete no lo está.

Tu mejor amigo. Tu mano derecha. Tu sombra...

Inquieto y celoso. Su oído alerta y sus labios pegados al teléfono.

El hombre cubo-esponja que cobra veinticuatro libras semanales.

—A ver, aceptamos ir al Hartlepool como un primer paso hacia algo mejor. Y ahora ha llegado algo mejor. Sabes bien que nos hemos dejado la piel en el Hartlepool, pero yo, personalmente, ya estoy harto. Sé que nunca es un buen momento para largarse, pero creo que es la decisión adecuada para los dos.

El sol desaparece detrás de las nubes y la lluvia empieza a caer, a caer, en cubos y cubos, en cubos y palas, a palas y palazos. Las tumbonas plegadas y el helado derretido.

—Solo te pido que te reúnas con él —dice Pete—. Escucha lo que tiene que decir. No tenemos nada que perder, ¿no crees?



Salón de jugadores. Elland Road. Al fondo de la tribuna Oeste, saliendo del pasillo principal. Al doblar otra esquina. Dos puertas y un bar bien provisto. Techos bajos y moqueta pegajosa. Hay sillones y no hay ventanas, solo espejos. Espejos, espejos en las paredes. Huele a champú y a loción de afeitar navideña mientras ellos caminan en fila desde el vestuario con su ropa tejana y de cuero, sus cadenas de oro y su pelo mojado; se provocan y se tocan, se sujetan y se pellizcan, son como una tribu de macacos después de un polvo; forman un círculo, se sientan en los sillones con las cabezas a la altura de las rodillas, se despatarran y se manosean los huevos y procuran no mirar en mi dirección.

Son internacionales. Todo el puto equipo. Acumulan medallas y trofeos a patadas. Del primero al último de ellos.

Estos tipos grandes y duros con su ropa nueva y ajustadita.

Estos tipos grandes, duros y *sucios*. Estos tipos grandes, duros, sucios y *viejos*.

Estos hombres viejos y *nerviosos*. Sus mejores años ya han pasado.

Son hombres preocupados. Hombres asustados. Exactamente igual que yo.

Agarro una silla. La giro. Me siento a horcajadas, con los brazos alrededor del respaldo, y pronuncio una pequeña oración.

Una oración para ser recitada antes de una lucha en el mar contra cualquier enemigo...

Recito la oración y luego arranco mi discurso.

—Todos vosotros os estaréis preguntando por qué casi no he hablado durante toda esta semana. La razón es que he esperado a tener una opinión. Es lo que me gusta hacer. No me gusta escuchar lo que dicen los demás. Pero ahora que ya tengo mis opiniones formadas, y antes de que empecemos a trabajar, hay una serie de cosas que debo decir a cada uno de vosotros.

Oh, todopoderoso y glorioso Dios nuestro Señor.

—Harvey. Eres internacional y eres mejor que Gary Sprake —le digo—. Pero no por mucho. Los mejores equipos se construyen con las porterías a cero. Y las porterías a cero son el producto de los buenos porteros. Un buen portero tiene que tener manos seguras. Y eso es lo que quiero de ti, o tendré que buscar yo mismo otro par de manos en algún otro lugar.

El Señor de las huestes, que dirige y comanda todas las cosas.

Me giro hacia los dos Pauls, Madeley y Reaney. Les digo:

—Señor Madeley. Ha jugado en todas las malditas posiciones posibles, salvo la de portero. Es evidente que Don fue incapaz de decidirse por una. Así que me parece que es hora de que decida usted mismo. O eso o tendré que hacerlo yo por usted, lo cual significaría, seguramente, ir directo al puto banquillo o a la lista de transferibles. Señor Reaney. Usted se ha roto una pierna. Se ha perdido una final de Copa y un Mundial, y no es que se haga más joven cada día que pasa precisamente, así que cuídese porque, en mi opinión, merece seguir siendo internacional.

Tú sentado en el trono juzgando correctamente...

—A nadie le gusta cómo juegas —le digo a Hunter—. Y creo que eso es precisamente lo que buscas: agradar.

Muerdepiernas se encoge de hombros y agita su cabeza.

—Me la suda —dice.

—Yo creo que no.

—Soy un fijo en la selección —dice—. Me importa una mierda.

Así pues clamamos a su Divina Majestad en esta necesidad nuestra.

—Señor William Bremner. Usted es el capitán. Y es un buen capitán —le digo—. Pero de nada me sirve si está suspendido. Busco disciplina en mis equipos y, como capitán, necesito que imparta ejemplo.

Tú que impartirás justicia con tus propias manos...

—Y usted bien haría en seguir ese ejemplo —le digo a Lorimer—. Porque sabe bien lo que pienso de usted. De cómo se dirige a los árbitros. De cómo se deja caer cuando ni siquiera le han tocado. De cómo se alimenta de las entradas ajenas para conseguir que sus rivales sean injustamente amonestados. De cómo protesta cuando no tiene ninguna puta razón para hacerlo.

—¿Que no tengo motivos para protestar? ¿Qué me dice de cuando me cosieron a patadas algunos de sus pupilos del Derby County? ¿Esperaba que las consintiera durante todo el puto partido?

Y discierne entre nosotros y nuestros enemigos...

—Y respecto a usted y todas las lesiones que ha padecido —le digo a Eddie Gray—, si fuera un puto caballo de carreras, ya le hubiesen sacrificado hace tiempo.

Eddie Gray levanta la vista hacia mí, levanta la vista hacia mí con lágrimas en los ojos.

—¿No fue una lesión lo que terminó con su carrera? —me pregunta.

—Sí. Y tanto que la terminó —le digo.

—Entonces debería comprender cómo me siento —me responde.

Siembra la fuerza, oh Señor, y acude a nuestro rescate...

Me giro hacia Michael Jones y le digo:

—Aplíquese el mismo cuento, jovencito.

Porque aunque tú no siempre concedes la batalla al más fuerte, no puedes ser salvado ni por muchos ni por pocos...

—Irlandés. Usted es otro que arrastra una terrible y maldita reputación —le digo a Johnny Giles—. Dios le dio inteligencia, técnica, agilidad y el mejor pase de la Liga. Esas son las virtudes que han hecho de usted un jovencito muy rico. Lo que Dios no le dio fueron seis tacos para coser a patadas las rodillas de los rivales.

—¡Qué coño! Me dan patadas y yo las devuelvo —dice él.

—Solo recuerde —le advierto— que no es mi culpa que no haya conseguido este trabajo.

—Relájese, ¿quiere? —responde—. Ni quise su trabajo entonces ni lo quiero ahora.

Oh Señor, permite que nuestros pecados no se vuelvan en contra nuestra y clamen su venganza....

Señalo a McQueen y a Jordan y les digo:

—Ambos habéis jugado el Mundial. Y usted, McQueen, estuvo bien. Me gustó lo que vi y me gustaría ver más.

Pero escucha a tus pobres esclavos que suplican misericordia e imploran tu ayuda...

—Señor Cooper y señor Gates. Me cuentan que, finalmente, vuelven a estar a punto. ¡Gracias a Dios! Ambos tendrán mañana la oportunidad de demostrármelo. ¡Asegúrense de que así sea, joder!

Tú que serás nuestra defensa contra el rostro del enemigo...

—Y tú, Rastreador —le digo a Allan Clarke—. Marcaste dieciocho goles la temporada pasada. Quiero diecinueve esta temporada. Como mínimo, ¿entendido?

Y el Rastreador sonríe. El Rastreador asiente. El Rastreador Clarke saluda.

Haz que parezca que eres nuestro Salvador, nuestro todopoderoso Procurador...

Me doy media vuelta hacia los tres últimos. Les digo:

—Cherry, jovencito Gray y Taff Yorath. Tenemos una larga temporada por delante, muchos partidos por delante. Así que, si entrenan duro, no se meten en problemas y hacen las cosas como yo digo, tendrán su oportunidad. Dependerá de ustedes aprovechar las oportunidades que se os presenten.

A mi manera.

—Caballeros. Hay algo más que me gustaría decirles ahora. Puede que cada uno de ustedes haya ganado todos los títulos domésticos y parte de los europeos, pero, por lo que a mí respecta, lo primero que pueden hacer es arrojar todas sus medallas, todas sus convocatorias con Inglaterra y toda su maldita hojalata a la basura más grande que puedan encontrar, porque no han ganado ni uno solo de todos ellos limpiamente.

Por Jesucristo, nuestro Señor...

—Y una última cosa —les digo a todos y a cada uno de ellos—. No quiero

volver a escuchar el puto nombre de Don Revie ni una sola vez más. Nunca jamás. El primero que mencione ese sucio nombre se pasará la semana entera entrenando con los juveniles. Aprendiendo la lección. Sea quien sea. Y ahora lárguense a casa. Todos.

Amén.



Te reúnes con el presidente del Derby County en un hotel de la intersección Scotch Corner, en las afueras de Derby. Peter espera en el coche. Len Shackleton hace las presentaciones. El tal Sam Longson es otro millonario hecho a sí mismo, otro tipo franco, que habla sin florituras y conduce un Rolls Royce. Ha hecho fortuna con los transportes. Está orgulloso de ello. Y está orgulloso del Derby County también. Pero el Derby County está en la Segunda División. Y no tiene rumbo. Ganaron la única Copa de su palmarés en el lejano 1946. Fueron campeones del grupo Norte de Tercera División en 1957. Nada desde entonces. Sin rumbo desde entonces. Vienen de quedar decimoséptimos en Segunda División y Sam Longson acaba de despedir a su entrenador, Tim Ward. Ahora Longson recibe cartas de odio. Ahora Longson se está cagando encima.

«Pronto todo esto será una mera anécdota del pasado —le digo yo—. Y eso será gracias a mí.»

Entonces empiezas a explicar el porqué. No dejarás de explicarle el porqué. No cerrarás la boca.

Tres horas después, Longson estará tan excitado que será incapaz de pegar ojo en toda la noche.

Sales fuera, al aparcamiento. Peter tiene la ventanilla bajada. Peter pregunta:

—¿Cómo ha ido?

—Es mío. El puto trabajo es mío.

Pete está feliz como una perdiz. Más contento que unas Pascuas.

—¿Y qué hay de mí? —pregunta.



Pasillos abajo. Doblar las esquinas. Los pasillos vacíos. Las esquinas oscuras. El despacho está desierto. Solo quedan *su* viejo teléfono y la carta de dimisión de Jean Reid en el suelo, junto a la puerta. Despliego mi mochila sobre la moqueta, me apalanco en el suelo y desembolso una botella de Martell por descorchar. Me enciendo un cigarrillo y arranco la etiqueta con el precio del coñac.

Tres libras con setenta y nueve. Wineaways.

Mañana es sábado. Jugamos fuera. En el campo del Huddersfield. Mi primer partido aquí.

Joder. Joder. Joder.

No tengo la menor idea de a quién alinear. No tengo la menor idea de lo que voy a decir.

Ni puta idea. Ni pajolera idea.

Se escucha el sonido de pasos al otro lado de la puerta. Risas. Y, luego, silencio.

Pasillos abajo. Doblar las esquinas.

Me levanto del suelo. Abro la puerta.

Nada. Ni nadie.

No creo en Dios. Pero creo en la duda. Y creo en el miedo.

DÍA 4

Conduces rumbo al Baseball Ground, el estadio del Derby County, para reunirte con sus directivos. El trabajo es tuyo pero todavía tiene que ser ratificado y confirmado por la junta directiva al completo, según dice Sam. Tu mujer está contigo. Los tres críos están en la parte trasera del Rover. Los dejas en los columpios, en Normanton Park. Le dices a tu mujer que estarás de vuelta en una hora.

Sam Longson te está esperando junto al resto de la directiva: Sidney Bradley, Harry Paine y Bob Kirkland, y otros tres miembros que no dicen nada y cuyos nombres no logras retener. Según parece, la junta ha sido abrumada por el volumen de candidatos dispuestos a conseguir el trabajo. Al menos eso es lo que te dicen. Resulta que han hecho una lista de cuatro finalistas.

Alan Ashman, Billy Bingham, Tommy Cummings y tú.

Resulta que el puesto no es precisamente tuyo.

Los directivos del Derby ni siquiera te ofrecen una copa, así que te la sirves tú mismo.

—La lesión acabó con mi carrera y se llevó por delante lo que más amaba en este mundo —les dices—. Pero al menos me permitió empezar a entrenar temprano al Hartlepool. La reelección se había convertido en un acontecimiento anual para ellos, pero yo lo cambié. Recorté la plantilla. Me deshice de los jugadores que no valían una mierda. Fiché a uno o dos que valían algo más que una mierda. El Hartlepool terminó octavo. Además de un equipo nuevo, también les construí una nueva tribuna, y les dejé siendo un club solvente. Pero no lo hice solo. No podría haberlo hecho sin Peter Taylor, así que le quiero aquí, conmigo, en Derby. O venimos los dos o no viene nadie.

Estos viejos ricachones preocupados revuelven sus papeles y manosean sus plumas.

—Peter Taylor y yo podemos darle la vuelta a la situación del club. Les podemos garantizar que no terminarán tan abajo como lo han hecho esta temporada y, lo que es más importante, podemos quitarles de encima la presión del público. Pero solo podemos hacerlo juntos. Peter Taylor y yo.

De repente se interesan. Los viejos ricachones preocupados se imaginan caminando por las calles de Derby sin ser insultados, se imaginan caminando con las cabezas bien altas y sus mujeres a su lado, agarradas de sus brazos, convencidos de que, finalmente, recibirán la consideración que se merecen. De pronto todos estos ricachones preocupados asienten en dirección al presidente.

Les has abrumado. La lista de candidatos se ha reducido a uno.

—Me acuerdo de cuando jugaste aquí con el Sunderland —recuerda Sam Longson—. No parabas de dar instrucciones. Gritabas a todo el mundo. Les decías a todos lo que tenían que hacer. Muchos dijeron que eras un arrogante. Yo dije que eras un líder. Y eso es lo que necesitamos aquí: un líder.

—Y eso es lo que obtendrán —le dices—. Se lo puedo garantizar. Pero quiero un contrato porque aquí hay siete directivos y, en menos de un mes, al menos uno de ellos querrá que nos larguemos. Eso también se lo aseguro —le digo.

—Si te parece, tu sueldo será de cinco mil libras al año. Dos mil quinientas para tu asistente. Además, dispondréis de setenta mil libras para fichajes y ambos tendréis vuestros respectivos contratos, no os preocupéis por eso.

Ocho horas después llegas a Normanton Park. Tus hijos están dormidos en los columpios. Tu mujer y tu hija forman un ovillo, acurrucadas, en un banco.



El sábado llega con su tufo sabatino. El sudor y el barro, la grasa y los ungüentos. El vapor y el jabón, las cloacas y el champú. La cerveza y el vino, los licores y los puros.

Es solo un amistoso, solo un partido de homenaje. Pero sigue siendo un partido, mi primer partido. Les veo subirse al autobús con sus libros de bolsillo y sus barajas de cartas, y cuento los corazones.

No hay ni uno entre todos ellos.

Nadie habla, nadie sonríe. Pero se supone que el trayecto hasta Leeds Road, el estadio del Huddersfield, es corto.

Me siento al lado de Bremner. Le pregunto:

—¿Recibiste mi telegrama, no?

—¿Qué telegrama? —contesta.

—El que te mandé desde Mallorca —le digo—. El telegrama en que os invitaba a ti y a tu familia a pasar unos días al sol de la isla. El telegrama en que te contaba lo orgulloso que estoy de ser el nuevo entrenador del Leeds United.

—No —dice—. Y dirige de nuevo su mirada a las páginas de su libro de bolsillo.

Se titula *La bonita pareja*.

Soy el primero en bajarme del autocar. Nos reciben afectuosamente. Firmo autógrafos a los niños y estrecho las manos de los padres.

Es solo un amistoso. Un partido de homenaje.

Puertas a través. Pasillos abajo. Doblar las esquinas. Escaleras arriba. Hasta el despacho de la junta directiva. Dentro del bar. Con los licores.

Los apretones de manos y las palmaditas en la espalda.

Y entonces Jimmy irrumpe en mi oído.

—Están esperando —susurra—. Quieren saber quiénes van a jugar.

—Súbelos aquí arriba —sonríó—. Mételes unas cuantas pintas entre pecho y espalda.

—Venga ya, Míster —suplica con los ojos abiertos y las palmas extendidas.

Me termino la copa. Me enciendo otro cigarrillo. Le sigo. Salimos del despacho de la junta. Escaleras abajo. Al final del pasillo.

Hasta llegar a la puerta del vestuario visitante. Se hace el silencio. Apago el cigarro. Respiro hondo. Abro la puerta.

La puerta del vestuario visitante. La puerta del tufo sabatino.

—Stewart, Reaney, Cooper, Bremner, McQueen, Hunter, Lorimer, Bates,

Clarke, Giles y Madeley —les digo—. Y me largo, les dejo en el vestuario. En silencio. Con su apestoso olor a sábado.

—¿Señor Clough? —dice alguien.

Me doy media vuelta; Bates está de pie en el pasillo, fuera del vestuario.

—¿Estás sordo o qué coño te pasa, jovencito? —le pregunto—. Juegas de titular. Ponte tus putas botas.

—Ya lo sé —dice Mick Bates. ¿Pero dónde quiere que juegue? Normalmente juego de medio centro, pero como salgo junto a Paul Madeley, me preguntaba si debería subir un poco más arriba y jugar por delante de Johnny Giles y de Billy Bremner...

—Verás. Harás lo que yo diga y jugarás donde coño sea que yo te lo ordene —grito—. Y ahora desaparece de mi puta vista, métete de nuevo allí dentro y ponte las putas botas antes de que cambie de opinión y te ponga a limpiar las botas de los cojones toda la puta semana.

Camino pasillo abajo. Doblo la esquina. Escaleras arriba.

Me siento en la grada a ver el partido. Mi primer partido como entrenador del Leeds United. Los campeones de Inglaterra. Pero este equipo no es mío. No me pertenece.

Se ponen un gol abajo. Luego el Irlandés empata de volea.

Consulto mi reloj. No lo llevo. Sigue desaparecido.

Media parte. Quito a Norman Hunter y pongo a Trevor Cherry y mueven mejor la pelota y marcan el gol de la victoria, pero yo todavía ando repasando mi agenda.

Porque no son mi equipo. No me pertenecen. No este equipo, este equipo jamás será mío.

Son su equipo. *Su Leeds*. Su sucio y puto Leeds. Y siempre lo serán.

No es mi equipo. Nunca. No me pertenecerá. Jamás. No este equipo. Nunca jamás.

No son el Derby County. Nunca serán el Derby County.



Pete está sin afeitar y apesta cuando me abre la puerta. Lleva unas ojeras horribles y apesta a whisky.

—¿No te habrá dejado Lillian, verdad? —le preguntas.

—Nunca llamaste —te dice—. Pensaba que te habías olvidado de nosotros.

—¿Olvidado? —sonríes—. Lo que pasa es que no he llegado a casa hasta las doce de la noche.

—¿Y? —pregunta Pete.

—¿Y qué? —preguntas tú.

Se seca los labios y dice:

—No me obligues a suplicártelo, Brian, por favor...

—¿Suplicar? No volverás a suplicar nunca más. Estamos dentro. ¡Estamos dentro, coño! —exclamo.

—¿Los dos? —pregunta—. ¿Han aceptado ficharme a mí también?

—Por supuesto —le dices—. Vamos los dos.

Sigue sonriendo, pero ahora pregunta:

—¿Cuánto?

—Dos mil quinientas libras anuales y setenta mil para fichajes —le dices.

—¿Dos mil quinientas libras al año por cabeza? —pregunta Pete.

—Y setenta mil para fichajes —le dices de nuevo—. Y ahora se pone a pegar saltos en el umbral de la puerta y te abraza como si os acabara de tocar la lotería, y tú abres la bolsa y sacas las dos botellas de champán y las cajas de puros.

—¡Allá vamos! —grita Pete—. Tú y yo. ¡Clough y Taylor!

DÍA 5

El domingo es el día más solitario de la puta semana para cualquier entrenador de fútbol inglés. Si has perdido el día antes, tu despacho, durante la puta mañana del domingo, es el lugar más solitario del mundo.

El Leeds ganó ayer —solo gracias a Michael Bates—, pero sigo siendo el único aquí hoy, en este despacho vacío, en este pasillo vacío, bajo esta grada vacía.

Hoy no hay nadie aquí, solo yo. Nadie aquí aparte de mí. Nadie excepto yo.

En este campo vacío, en esta ciudad vacía, en esta tierra vacía.

Sin mujer. Sin hijos. Sin Peter Taylor.

Sin el puto Taylor. Sin Judas.

Solo yo y el fantasma del turbulento Don.

Detrás de cada puerta. Al final de cada pasillo. A la vuelta de cada esquina.

Me largo del despacho. *Su despacho.* Bajo por los pasillos. *Sus pasillos.* Doblo las esquinas. *Sus esquinas.* Túnel abajo. *Su túnel.* Hasta salir afuera, al rectángulo de juego.

Agarro mi tabaco, mi copa. Camino a través de la hierba, de las líneas del campo.

Este cigarrillo que me arranca la piel de los labios. Esta copa que suaviza el escozor. Cada brizna de hierba significativa, cada línea de cal una autoridad.

Sobre este vacío y desierto rectángulo de juego; junto a estas tribunas vacías, desiertas.

En este campo donde jugué y siempre gané, donde he entrenado y solo he

perdido, bajo esta grada donde les he escuchado burlarse y les he escuchado insultar, donde les he escuchado silbar y abuchear.

Empieza como un escupitajo. Y enseguida el cielo se mea de nuevo. Agarro mi tabaco. Mi copa. Me largo del campo. Me voy de las tribunas. Camino pasillos abajo. Doblo esquinas y cruzo puertas. Hasta el despacho.

Su puto despacho.

Debería estar en casa con mi mujer y mis hijos, cortando el pavo y sembrando el jardín, paseando al perro y lavando el coche.

No sentado aquí en este despacho, en mi flamante nueva silla, detrás de mi flamante nuevo escritorio, levantándome y luego volviéndome a sentar, descolgando el teléfono y luego colgándolo de nuevo, pensando en la semana que acaba y en la que está a punto de empezar, planeando y maquinando, conspirando y soñando; en cada campo del país, cada entrenador hace lo mismo.

No está en casa con su mujer. No está en casa con sus hijos.

Pues cuando estás allí, desearías no estarlo...

Sin asado dominguero. Ni jardinería inglesa.

Cuando no estás, desearías estarlo.

Solo un perro gordo y un coche sucio.

Como nunca estoy allí siempre estoy aquí.

Aquí en mi flamante nueva silla, detrás de mi flamante nuevo escritorio, al teléfono con Des Anderson, segundo entrenador del Derby County. Sé que los jugadores todavía no están felices allí. No desde que nos fuimos. Sé que vendrían volando si tuvieran la oportunidad de volver a jugar para mí.

John McGovern, el primero. Y luego los demás, si hubiese la manera.

Mi manera, de hecho.

—¿Cuánto? —le pregunto a Des.

—Ciento cincuenta mil libras.

—No me jodas —le digo—. Lo tienes en la puta lista de transferibles y es suplente.

—Dave necesita el dinero —me dice—. Es tan sencillo como eso.

—¿Para qué? —le pregunto—. Si le dejé el mejor equipo de Europa.

Des suspira. Des dice:

—Quiere a Duncan McKenzie.

—¿A quién?

—Ese chaval del Nottingham Forest. Metió veintiocho goles la temporada pasada. Como único delantero.

—¿Con qué finalidad?

—Para construir un club mejor —se ríe Des.

Cuelgo el teléfono.

¿Quién coño es Duncan McKenzie? Taylor lo sabrá. Lo sabrá todo sobre él. Especialmente un chaval del Nottingham. Con pelos y señales. Pero ya no está aquí, joder.

Puto Taylor. Puto Judas.

Y tampoco estará en el Goldstone Ground, el campo del Brighton. No en domingo. No Taylor. Así que le llamo a casa, a su puñetero y flamante apartamento en primera línea de mar. No contesta.

Puto Taylor. Puto Judas.

Mike Bamber les habrá sacado a todos de comilona dominguera en el hotel. En el Hotel Courtland. A Taylor y a su familia. Bamber con la suya.

Ostras y salmón ahumado. Champán y caviar.

Dora Bryan en la mesa de al lado. Y el maldito Bruce Forsyth.

Me sirvo otro trago largo de Martell. Llevo el nombre escrito en mi cajetilla de tabaco.

Duncan McKenzie.

No importa quién coño sea McKenzie, el caso es que Dave Mackay lo quiere para él en el Derby County. Y si Dave Mackay lo quiere para el Derby County yo lo quiero para el Leeds.

Mi Leeds. Mi nuevo Leeds.

Saco mi agenda. Me sirvo otro Martell, enciendo otro cigarrillo y agarro el teléfono de nuevo. Hago unas cuantas llamadas. Arranco a la gente de sus asados y de sus jardines.

De sus perros y de sus coches.

Duncan McKenzie es un chaval popular. El maldito Tottenham también lo quiere. Para sustituir a Martin Chivers. Y el puto Birmingham también. Muy popular para un chaval que dejó el fútbol hace un mes y solo se ha entrenado con el equipo de aficionados de su pueblo. Suficientemente popular como para que Dave Mackay haya ofrecido ya doscientas mil libras por él a Alan Brown.

Lo suficientemente popular como para que Alan Brown haya rechazado la oferta.

Suficientemente popular para Brian Clough y su flamante Leeds United.

Conduzco rumbo a Derby con el estómago vacío por una autopista vacía. Me presento en el Hotel Midland y luego en el hotel Kedleston Hall, donde una cosa lleva a la otra, una copa a la siguiente, y sé que llegaré de nuevo tarde a casa, llegaré otra vez tarde a otro asado quemado, a otro jardín descuidado, junto a otro perro gordo y en otro coche viejo.

No fui hijo de mis padres. Ni marido de mi mujer. Ni padre de mis hijos.

Pero eso es algo que nunca puedes decir en casa.

Nunca. Nunca. Nunca.

Nunca puedes decirlo en casa.

Jamás.

DÍA 6

En el Derby County dicen que tienen una tradición. Aunque no lo sea tanto; es la tradición de entretener antes que triunfar y está inspirada en el equipo que ganó la Copa de 1946, con Jack Nicholas, Raich Carter y Peter Doherty a la cabeza. El Derby County dice que tiene una historia. Aunque no sea demasiado brillante; descendió de la Primera División en 1953, y luego descendió de la Segunda en 1954. Ahora están de vuelta en Segunda. Pero a duras penas. En el Derby County también dicen que sobre ellos pesa una maldición. Aunque no del todo; más bien la vieja creencia de que el club fue maldecido por los gitanos que fueron desalojados de los alrededores del estadio, el Baseball Ground; es algo que proclaman ellos y todos los demás clubs.

Maldiciones. Historia. Tradición.

En el Derby County desconocen el significado de las palabritas de los cojones. Son palabras que nada significan en el puto centro de Inglaterra. Los lugares donde las maldiciones, la tradición y la historia significan algo están en el Noroeste y se llaman Middlesbrough, Sunderland y Newcastle. Empiezas a pensar que has cometido un error yéndote de casa. Yéndote de casa y viniendo aquí.

Tu primer partido como entrenador del Derby County es en la gira de pretemporada de 1967, en la Alemania Occidental. El Derby County es una mierda de equipo. Un desastre absoluto.

Ahora sabes que has cometido un error, ahora sabes que deberías haberte quedado en Hartlepool, que tendrías que haberte quedado en casa.

Sam Longson está de pie en la banda junto a Peter y a ti.

—¿Qué espera que haga con esta puta banda, presidente?

Sam Longson se enciende otro puro. Sam Longson dice:

—Está en tus manos.

—Perfecto —le dices—. En tal caso los echaré a todos.



No puedo levantarme de la cama. No con la cabeza así. No con este trabajo. Puedo escuchar a mi mujer y a mis hijos abajo. Al perro ladrándole a la radio. Pero no puedo levantarme de la cama. Intento alcanzar mi reloj, pero no está. Hay que joderse. Me levanto, me ducho y me visto. Bajo.

—¿A qué hora volviste anoche? —pregunta tu mujer.

—Demasiado tarde —le digo.

Pone cara de resignación y añade:

—¿Quieres desayunar algo?

Sacudo la cabeza. Le digo:

—Mejor será que no.

—Conduce con cuidado —dice ella—. Y llama si vas a llegar tarde.

Asiento y me dirijo a los chicos.

—¿Quién quiere ir a trabajar con papá esta mañana? —pregunto.

Los niños bajan la mirada en dirección a sus manos. A sus dedos, a sus uñas.

Mi mujer irrumpe por la espalda. Mi mujer me da un beso en la mejilla. Mi mujer dice:

—No les fuerces, amor.

—¿Y qué pasa si soy yo el que no quiere ir? —pregunto ahora.

Me mira. Sacude la cabeza. Empieza a hablar.

—Solo bromeaba —le digo mientras abro la puerta—. Solo estaba bromeando.



Un entrenador nunca es tan fuerte como durante sus tres primeros meses en un club. Es el momento en que tienes que deshacerte de todo lo que no quieres, porque nunca serás tan fuerte como durante los tres primeros

meses. Hacer este tipo de cosas es un trabajo duro para otros entrenadores, pero no para ti. Conceptos como disciplina, instrucción y entrenamiento. Tu mente está construida alrededor del fútbol y sabes exactamente cómo abordarlo. Da igual si es en el Manchester United o en el Liverpool. En el Leeds United o en el Derby County.

Les dices a los jugadores que tienen tres semanas para convencerte. Y que, si no lo consiguen, los echarás. Tres semanas después has despedido a dieciséis miembros de la plantilla, al jefe de ojeadores, a cuatro jardineros, al secretario, al asistente del secretario, a un par de recepcionistas y a las chicas del té. Quitas las fotografías de Jack Nicholas, Raich Carter y Peter Doherty.

No más tradición. No más historia. No más maldiciones.

Quieres una revolución de los cojones. Quieres tener un futuro. Y lo quieres ahora.

Te plantas delante del Rotary Club de Derby y proclamas a sus miembros, a los periódicos y a las cámaras de televisión: «Mientras yo esté a cargo, el Derby County nunca terminará tan abajo en la tabla como la temporada pasada».

Y añades: «Os prometo que siempre quedaremos por encima del decimoséptimo puesto».



Es lunes por la mañana en el despacho del entrenador y todo comienza de nuevo. Construir, construir, construir. Hasta el sábado. Como Taylor acostumbraba a decir, «Si no estás bien el lunes, no estarás bien el sábado». Pero Taylor no está aquí. Hoy no. Hoy solo hay una montaña de mierda apilada en mi flamante escritorio. Hay una montaña de mierda y no hay secretaria. Una montaña de mierda que incluye cartas de odio, amenazas de muerte y la promesa de Don Revie de emprender acciones legales contra mí.

Por las cosas que he dicho, el montón de cosas que he dicho.

—¿Las cosas que dijo el viernes en *Calendar*? —pregunta Jimmy Gordon.

—Me temo que sí —le digo—. No pensaba que vieran *Calendar* en la Federación.

—Por cierto, Don vive aquí al lado —dice Jimmy—. Se le ve mucho por

aquí.

—¿Y por qué te crees que he pedido que me cambien las cerraduras de casa? —le pregunto.



«He visto a uno», te dice Peter.

Y entonces te pones manos a la obra sin hacer preguntas, porque así es como funciona, Peter y tú, tal es vuestra química, vuestra magia.

Observar. Exponer. Reemplazar.

Tal es el talento de Peter: descubrir a jugadores. Tal es el trabajo duro de Peter, así es cómo se gana el pan; viajando a Devon un sábado de agosto para ver jugar al Torquay United contra el Tranmere Rovers; para observar a un delantero centro frente a un central; para observar a Jim Fryatt contra Roy McFarland; para luego escabullirse del campo hasta encontrar una cabina telefónica desde la que llamarte —al club, a casa o al pub— y decirte: «He visto a uno».

Porque es todo lo que necesitas, cuatro pequeñas palabras y manos a la obra.

De Derby a Liverpool. De Liverpool a Tranmere.

El palco de Prenton Park está abarrotado de entrenadores y ojeadores. Todos te preguntan lo mismo. ¿A quién le has echado el ojo ahora, Brian?

El entrenador del Tranmere lo sabe desde el momento en que os ve a los dos. Dave Russell dice:

—No hace falta que os vayáis por las ramas. Es mi central el que os ha traído hasta aquí, ¿a que sí?

Ambos asentís. Tú dices:

—No hay manera de engañar a un zorro.

—Muy bien. Imagino entonces que estaréis contentos de saber que está disponible al precio adecuado. ¿Cuánto pensabais gastaros? —pregunta.

Toses. Desenfundas tu pañuelo. Y le dices:

—Nueve mil libras.

—Iros a la mierda —se ríe.

Así es cómo empieza. Así es cómo siempre empieza.

Cuando llegas a las veinte mil libras le preguntas a Dave Russell si puedes utilizar su teléfono porque «esto se está poniendo tan puñeteramente caro que necesito la autorización de mi presidente».

Te diriges a su escritorio. Agarras el teléfono. Marcas el número de un despacho vacío. Cuando suena el tono de llamada interpretas la súplica:

—Por favor, señor Longson. ¿Veinticuatro mil libras? Es lo que nos piden... Es posible que quieran más... ¿Es ese su límite? Lo comprendo... Se lo comunico. Es su techo. Veinticuatro mil y ni un centavo más.

Cuelgas mientras el tono de llamada sigue sonando. Miras a Dave Russell.

Sabes que Dave quiere más. Sabes que podrías llegar hasta las cincuenta mil libras.

Pero él no lo hace y nunca lo hará.

Le dices a Dave:

—Ya has escuchado lo que dice el presidente. Veinticuatro mil. Ni un centavo más.

Dave Russell suspira. Dave Russell se encoge de hombros.

Le das un apretón de manos a Dave. Y entonces Dave dice:

—Si él quiere ir al Derby, trato hecho.

—Claro que querrá —le dices—. No me jodas, no tienes que preocuparte por eso.

Es medianoche cuando conduces a través del túnel de Mersey. Aparcas delante de una pequeña casa adosada. Aporreas la puerta. Pero Roy no está aquí. Su padre te dice que lo busques en cierta o en cierta otra discoteca que suele frecuentar. Roy tampoco está allí. Conduces de nuevo rumbo a la pequeña casa adosada y aporreas de nuevo la puerta. Roy está en casa, pero Roy ya está acostado. Consigues que su padre lo baje de arriba en su pijama rojiblanco a rayas.

—Estos señores son del Derby County —le dice Dave Russell al jovencito, que está medio dormido—. Ya hemos cerrado un precio, Roy. Así que si te quieres ir —y no tienes por qué hacerlo—, pero si quieres, puedes convertirte en jugador del Derby County.

Pero Roy no quiere jugar en el Derby County. Quiere jugar en el Liverpool.

A las órdenes de Bill Shankly.

Roy se ha pasado su infancia en el estadio; su adolescencia entera a la espera de la llamada.

Pero Bill no le ha llamado. Han sido Peter Taylor y Brian Howard Clough quienes sí lo han hecho.

—No me importa el tiempo que necesites ni cuántas preguntas quieras hacer. Vamos a confeccionar uno de los mejores equipos de Inglaterra y no me voy a ningún lado hasta que decidas que vas a formar parte de él.

El padre de Roy se acuerda de ti. Recuerda uno de los goles que marcaste.

—Fue un golazo —le dice a su hijo—. El estadio entero coreaba su nombre. Si Brian Clough tanto te quiere para el Derby County, yo creo que deberías irte con él.

Sacas un contrato. Sacas un bolígrafo. Lo pones en manos de Roy.

Peter tiene la vista y el oído, pero tú tienes el estómago y los cojones.

Ni Peter ni Bill Shankly.

Brian Howard Clough.

Llegas a casa al amanecer. Llamas al Evening Telegraph.

Consigues el número de teléfono del redactor jefe de deportes. Le sacas de la cama.

—Tengo una exclusiva para ti —le dices—. Acabo de fichar a Roy McFarland.

—¿Quién coño es Roy McFarland? —te pregunta—. ¿Y se puede saber qué mierda de hora es?



Nadie da los buenos días. Nadie dice hola. Me quedo de pie junto al campo de entrenamiento y observo cómo Jimmy los pone en cintura.

Corriendo. Corriendo. Corriendo.

Llamo a Frank Gray para que se acerque. Le digo:

—Tenemos que hablar de tu contrato.

—¡Fue bonito mientras duró! —grita uno de ellos.

Corriendo. Corriendo. Corriendo.

Pero nadie se ríe. Nadie dice nada más.



Has fichado a Roy McFarland y has fichado a John O'Hare del Sunderland. Te has sacado de encima algunos de los paquetes y ganas el primer partido de la temporada 1967-68 contra el Charlton, dirigido por Bob Stokoe.

«¡Venga ya!», se rio una vez de ti Stokoe. Se rio de ti en el barro, se rio de ti cuando estabas de rodillas, en el fango; tus rodillas destrozadas, reventadas, jodidas y finiquitadas para siempre.

Bob Stokoe, el mismo que le dijo al árbitro lo de «Clough está haciendo puto teatro».

Ganas este partido pero pierdes el siguiente. Ganas el siguiente y luego el siguiente.

Pierdes el siguiente pero luego ganas el siguiente y el de después.

Así funciona tu vida.

Ganas uno, pierdes uno. Y ganas el siguiente.

Las actuaciones mejoran y la asistencia de público también, pero cuando las actuaciones empeoran, entonces la taquilla se resiente.

Sabes que si la cosa no va bien serás el siguiente en caer, lo sabes.

Serás el siguiente en caer, jodido y acabado para siempre.



No llamo a la puerta y ellos no me ofrecen una copa. Así que me la sirvo yo mismo. Luego me siento, me enciendo un cigarrillo y les digo:

—He visto a uno.

—¿A un qué? —te preguntan.

—A un jugador. Se llama Duncan McKenzie —les digo—. Y voy a ficharlo mañana. Del Nottingham Forest. Por doscientas cincuenta mil libras.

—Qué coño, espera un minuto —dice Bolton.

—No lo tenemos —le digo.

—¿Qué es lo que no tenemos? —pregunta Bolton.

—No tenemos un minuto. Y, para el caso, tampoco un delantero centro — digo.

—Espera un...

—Allan Clarke está suspendido y Jones está lesionado —les digo a todos—. Así que no sé quién piensan que marcará los goles para intentar revalidar el título de Liga y ganar la Copa de Europa —sentencio.

—Tendremos que discutirlo —dice Bolton—. No sabemos nada del tal Duncan McKenzie y nos estás pidiendo un puto cuarto de millón.

—Veintiocho goles la temporada pasada —le digo—. ¿Qué más necesita saber?

—Me gustaría saber a quién más piensas fichar —pregunta Percy Woodward.

—A un portero y a un central —le digo—. Este equipo necesita reconstruirse desde atrás. Este equipo necesita una nueva columna vertebral.

—¿Y se puede saber quién conformará la nueva columna vertebral?

—Peter Shilton y Colin Todd —respondo.

—¿Y qué hay de Harvey y de Hunter? —se pregunta ahora Bolton—. Ambos son internacionales.

—Igual que Shilton y Todd.

—Pero... ¿están a la venta? —pregunta Cussins.

Me río. Y les digo:

—Todo el mundo está a la venta, señor Cussins. Seguro que ya lo sabe —le comento.

—Tienes una lista bastante larga —dice Bolton—. Los periódicos dicen que también estás interesado en John McGovern, del Derby —añade.

—No deberían creerse todo lo que leen —les digo—. Pero es un gran jugador. Le conozco desde que era un chaval.

—Tenemos a Billy Bremner —dice Bolton—. No necesitamos a John McGovern.

—Quizá tengan razón. O quizá estén equivocados. Pero ustedes me pagan para que tenga la razón cada sábado. Y, ya se lo digo, necesitan a nuevos jugadores porque algunos de los que tienen están acabados.

—Son los campeones de Liga —dice Woodward.

—De la temporada pasada —le respondo—. De la pasada.

—Veamos —dice Cussins—. La prioridad son los contratos de los jugadores que tenemos. De los jugadores que nos queremos quedar. Todavía nos quedan ocho por firmar.

—Esos contratos —digo—, ¿por qué no se firmaron antes de que yo llegara aquí?

—Era un momento complicado —dice Cussins—. El final de temporada coincidió con el Mundial...

—Menuda gilipollez —se ríe Woodward—. Eso es una gilipollez, joder. Revie estaba demasiado asustado. No quería romper la familia.

—No son una familia precisamente feliz ahora —les digo—. Hay unos cuantos hombres muy preocupados allí afuera.

—¿Qué hay de nuestro amigo John Giles? —me preguntan.

—No es mi amigo —les digo.

—Pero has... —dice alguien.

—¿Si he hecho su trabajo sucio? —digo entre risas—. ¿Es eso lo que quieren saber?

—Brian, Brian —dice Cussins—. No es eso. John Giles ha sido un fiel servidor de este club y una parte importante de nuestros éxitos. Pero...

—Pero les gustaría que les ayudara a darle el tiro de gracia, ¿no es así? —les pregunto.

No dicen que sí. No dicen que no.

Más les vale.

Hace veinte años esta panda de directivos decidía las alineaciones; entonces, si perdían, despedían al entrenador. Las cosas no han cambiado: nunca se culpabilizan por nada de lo malo y jamás te dirán gracias por nada de lo bueno.

Directivos.



Peter cierra su pequeña libreta negra. Peter extrae un pitillo. Peter dice: «Conozco al jugador adecuado. Del club adecuado».

Esta vez tú y Peter os vais de compras al Nottingham Forest. Peter se pasa la puta mitad de su vida allí. No sale de allí. Es un chaval de

Nottingham; es más, llegó a jugar dos veces como aficionado en el primer equipo del Forest contra el Notts County. Era un derbi local en una Liga en tiempos de guerra.

La lista de la compra de Pete para el Nottingham la encabezan dos nombres: Alan Hinton y Terry Hennessey.

El Forest no venderá a Hennessey. Ahora no. Sin embargo, no parecen demasiado afligidos por la marcha de Hinton; un jugador que, según la prensa, se ha quedado fuera de las convocatorias de la selección inglesa por ser demasiado veterano, y cuya afición le invita a que se largue una semana sí y otra también.

—¡Gladys! —le gritan— ¿Dónde tienes el puto bolso?

No te la podría sudar más. Peter dice que aún tiene recorrido y una pierna izquierda capaz de chutar y centrar con idéntica precisión, y que además puede hacer ambas cosas bajo presión.

Eso es todo lo que necesitas saber, todo lo que necesitas oír.

Le dices a Hinton que se pase por el Baseball Ground para tener una charla y luego le das vueltas y más vueltas alrededor de la pista de carreras, mientras se hace de noche y se encienden los focos.

—Estás destinado a jugar con nosotros —le dices—. No dejes escapar la oportunidad.

Son las doce de la noche pasadas cuando localizas al presidente del Nottingham Forest en el Hotel Bridgford. Quiere treinta mil libras por Hinton. Le mientes, le dices que Hinton quiere mil para él. El presidente acepta la oferta por veintinueve mil y tú cuelgas el teléfono y te partes la caja; es la máxima de toda negociación:

Nunca les des a esos cabrones lo que te piden.

Pagas veintinueve mil libras y la directiva del Forest se vanagloria de cómo te ha tomado el pelo, de cómo se han sacado de encima un lastre.

—¿De qué color es tu puto bolso, Gladys?

No te podría sudar más la polla. En cuatro años ya veremos quién coño se ríe de quién.

Pero pasan tres meses y tú sigues ganando para luego perder. Sigues ganando un partido y perdiendo el siguiente. Y sigues recibiendo cartas de odio.

Sidney Bradley, el vicepresidente, os cita a ti y a Peter sobre la moqueta de su despacho. Sidney Bradley dice:

—No estoy contento con vuestro trabajo.

No llevas aquí ni cinco minutos y ya piensan en deshacerse de ti. En deshacerse de los dos. Te vas a Sam Longson y le dices:

—Eres el único presidente con el que puedo trabajar. Eres el salvador del Derby County.

El Tío Sam te agarra fuerte. Apretadito. El Tío Sam te envuelve con sus alas.

Así puede besarte mejor. A partir de ahora el Tío Sam te protegerá.

Eres el hijo que nunca tuvo.



Rueda de prensa del lunes. La autopsia. La larga sogá alrededor del cuello.

—No tengo ninguna disputa entre manos y tampoco creo que vaya a tenerla porque nunca antes he tenido problemas con los contratos de mis jugadores. Lo que no quita que siga pensando que los contratos deberían ser firmados, sellados y enviados mucho antes de la llegada del nuevo entrenador y, ciertamente, antes del cinco de agosto. Lo último que quería cuando llegué aquí era tener que empezar con negociaciones contractuales con hombres a los que no conocía.

—¿Y qué tiene que decir sobre los rumores que afirman que Don Revie se está asesorando para tomar medidas legales por las declaraciones que hizo en televisión el pasado viernes?

—Escúcheme —le digo—. ¿Vio usted el programa?

El caballero de la prensa asiente.

—¿Y? —le pregunto.

El caballero vacila. El caballero tartamudea y se caga encima.

—Cualquiera que viera aquel programa —le digo a él y al lote entero de periodistas— puede sacar sus propias conclusiones y, por lo que a mí respecta, Revie se puede quedar con cincuenta transcripciones de la entrevista si las quiere. ¿Lo ha apuntado todo?

El caballero de la prensa asiente.

—¿Y los demás? —pregunto.

El resto de los caballeros de la prensa asiente también.

—¿Seguro que no quieren que les repita todo un poco más despacito?

Ahora los caballeros de la prensa sacuden sus cabezas.

—Buen trabajo —les digo—. Y ahora, si me disculpan, mi mujer me espera con una taza de té.



Has pasado del quinto al decimotercer puesto en la Liga, has visto cómo se esfumaban todas tus esperanzas de ascenso. La única noticia positiva es la buena Copa de la Liga que estás haciendo. Primero ganas a tu antiguo club, el Hartlepool, y luego al Birmingham City, al Lincoln City y al Darlington, para alcanzar las semifinales, donde te enfrentarás al Leeds United en una eliminatoria a ida y vuelta. El Leeds United con el que, casualmente, también has salido emparejado en el sorteo de tercera ronda de la Copa. De manera que entre el 17 de enero y el 7 de febrero de 1968 jugarás tres veces contra el Leeds United.

Contra el Leeds United de Don Revie, un referente para Peter y para ti.

El Leeds United y Don Revie que ascendieron a Primera División como campeones de Segunda en 1964, que quedaron segundos de Primera y finalistas de la Copa en 1965; segundos de nuevo en la Liga en 1966 y finalistas de la Copa de Ferias en 1967.

United y County, gigantes dormidos en sendas ciudades de un solo equipo; Leeds, ciudad de rugby, y Derby, ciudad de críquet; gigantes dormidos que fueron despertados por los jugadores más elegantes, más talentosos y más flagrantemente ignorados de su generación.

Don Revie nació también en Middlesbrough. Igual que tú.

Sois como dos gotas de agua, tú y Don. Como dos gotas de agua.

Separados por siete años y algunas calles.

El club y la ciudad entera están entusiasmados con los inminentes duelos.

Exactamente igual que tú. Eres incapaz de dormir. Incapaz de comer. Vuelves al campo con el primer rayo del amanecer para barrer los pasillos,

limpiar los lavabos y sacar brillo a los colgadores.

Eres el primero en recibir en la puerta del estadio al autocar del Leeds, a los jugadores que salen en fila. Don camina en grupo junto a Les Cocker, Maurice Lindley y Syd Owen.

—Bienvenido a Derby, Don —le dices—. Un placer conocerle. Soy Brian Clough.

Pero Don te ignora, no se presenta a sí mismo, ni siquiera dice hola.

Don no pisa el despacho de la junta directiva ni el bar. Don se dirige directo al pasillo, rumbo al vestuario, al vestuario visitante.

Y se queda mirándose al espejo, el espejo, el espejito de la pared del vestuario. Se atusa el pelo y entona sus oraciones. Se peina y reza.

Don no te ve en el túnel de vestuarios. Don no te ve en tu banquillo. Don se revuelve constantemente en el banquillo visitante, dentro del búnker; oscila, se mueve de un lado para otro, enfundado en su traje azul de la suerte y en su viejo chaquetón.

Desde el pitido inicial hasta el pitido final.

Se mueve de un lado para otro mientras su equipo abusa de vuestros talones y estira vuestras camisetas, caza vuestros tobillos y alcanza vuestros muslos; son todo codazos y rodillazos contra vuestros dedos y vuestros pulgares.

Dedos y pulgares y una innecesaria mano de Bobby Saxton que concede el penalti con el que Johnny Giles perforará el fondo de vuestras mallas.

Bobby Saxton no volverá a jugar para el Derby County. No volverá a jugar para ti jamás. Nunca, nunca, nunca volverá a jugar.

Y pese a todo, al sonar el pitido final alargas la mano y le dices a Don Revie:

—Bien jugado, Don. Nos vemos la semana que viene.

Y esta vez Don Revie agarra tu mano extendida pero mira más allá de ti mientras la estrecha y la estrecha y la estrecha, mira justo más allá de ti hacia el espejo, el espejo, el espejito de la pared del vestuario, con un peine en la mano y una oración en sus labios, con un peine en la mano y una oración en los labios, un peine en su mano y una oración en sus labios.

Una oración que dice que él ganará y que tú perderás. Que él ganará y tú perderás.

Los rituales contemplados, las supersticiones respetadas, todas las súplicas de Don tienen respuesta.

Viajas a Elland Road dos veces en dos semanas. Dos veces en dos semanas en las que caes derrotado merecidamente y vuelves a Derby sin nada.

Nada, salvo las ambiciones enardecidas, los corazones endurecidos y las lecciones aprendidas.

Pierdes 2-0 en la Copa con goles de Lorimer y Charlton. Y luego pierdes 3-2 en el partido de vuelta de la semifinal de la Copa de la Liga.

Dos goles del Derby que sabes que, en el fondo de tu corazón endurecido, te halagan a ti y halagan al Derby County frente a la muchedumbre de Elland Road.

Frente al Leeds United. Frente a Don Revie.

—Tuvisteis un poco de suerte —te dice Don—. Pensé que Dios os estaba sonriendo.

—No creo en Dios —le dices a Don—. Y no creo en la suerte.

—Entonces... ¿en qué crees? —pregunta Don Revie.

—En mí —le contestas—. Brian Howard Clough.



Ahora somos tres. Yo, *su* sombra y *su* eco.

En el estadio vacío, junto a la tribuna vacía, a la salida del pasillo vacío, nosotros tres en su antiguo despacho, en mi flamante nueva silla y en mi flamante nuevo escritorio, al otro lado de su viejo teléfono de mierda.

La saliva de sus labios. Su lengua. El aliento de su boca. Su estómago.

Mi coñac. Mi cigarrillo. Mi llamada.

Bill Nicholson pone de vuelta y media a Martin Chivers al otro lado de la línea. Despotrica contra el fútbol moderno; despotrica contra la avaricia y contra la codicia que lo gobiernan.

«John Giles podría ser justo el hombre que necesitas —le digo—. Podrás adecuarlo. Moldearlo. Ha hecho un gran trabajo con Irlanda. Es exactamente lo que necesita el Tottenham...»

Bill Nick no tiene muchas ganas, pero acepta reunirse con Giles.

Cuelgo el teléfono y me sirvo otro coñac y me enciendo otro pitillo, en mi flamante nueva silla, sobre mi flamante nuevo escritorio en *su antiguo* y vacío despacho, a la salida de *su antiguo* y vacío pasillo, junto a *su vieja* y vacía tribuna en *su antiguo* y vacío estadio.

Solos nosotros tres: yo, *su* sombra y *su* eco.

Salgo al pasillo. Doblo la esquina.

Túnel abajo hasta que irrumpo en el terreno de juego.

El coñac en una mano, el cigarrillo en la otra; me quedo de nuevo de pie en el círculo central y levanto la vista hacia la oscura y vacía noche de Yorkshire.

*Don't take it out on this world.*⁷

La noche tiene mil ojos pero una sola canción.



«Es fácil ser un buen entrenador —solía decir Harry Storer—. Lo único que hay que hacer es fichar a buenos jugadores.»

Harry Storer tenía razón. Harry Storer siempre tenía toda la puta razón.

Son los jugadores los que pierden los partidos. Y son los jugadores los que los ganan.

No la teoría. Ni la estrategia. Ni la suerte. Ni la superstición. Ni Dios. Son los jugadores.

Tú los eliges, pero son ellos los que juegan. Son ellos los que ganan, los que pierden y los que empatan.

No tú. No el entrenador. Son ellos. Los jugadores.

Te has quedado con tipos como Kevin Hector y Alan Durban. Has fichado a John O'Hare, Roy McFarland y Alan Hinton.

Has probado el sabor de Elland Road. Lo has saboreado a más no poder. Pero ahora estás otra vez en la Segunda División. De vuelta a Portsmouth, Millwall, Huddersfield y Carlisle.

El Derby County gana algunos partidos. El Derby County pierde otros.

Una de cal y otra de arena. Y llegan las cartas de odio. Una de cal y otra de arena. Lo dicen las cartas de odio.

Y es que todavía quedan tipos como Fred Wallace; siempre hay tipos

como él, tipos que se quedan de pie, en la grada, detrás del banquillo, delante de los vestuarios, en los pasillos, a la salida de la junta directiva y en los bares.

—Has bajado otra posición —te dice—. Quinto por la cola.

Hombres que desean que fracases. Hombres que quieren que pierdas. Hombres que desean que estés muerto. Hombres como Fred Wallace. Siempre hay hombres como Fred y siempre existen dudas.

Hay dudas en 1968 y las habrá en 1978.

Dudas y promesas rotas:

El Derby County no ha ganado ninguno de sus últimos seis partidos. El Derby County ha perdido el último partido que ha jugado, en casa, contra el Blackpool. Has perdido diecinueve partidos en la temporada 1967-68. Has marcado setenta y un goles pero has concedido setenta y siete, y has terminado decimoctavo en Segunda División, un puesto por debajo de la temporada pasada, la temporada en que el Derby despidió a Tim Ward, su entrenador; dos puestos por debajo de los que prometiste en el Rotary Club de Derby.

Se lo prometiste a los periódicos, a la televisión, a la ciudad y a los aficionados.

Promesas rotas y corazones partidos.

Mientras tanto, el Hartlepool United ha descendido a la Tercera División.

Corazones rotos y heridas que escuecen.

Tu vaso estalla contra la pared de su salón. Estás borracho y lloras y gritas.

—Al menos allí ganamos algo, joder.

—Pero seguiríamos en Tercera División —dice Peter.

Niegas con cabeza.

—A este paso aún les rebasaremos en nuestra caída.

—Escúchame, Brian —dice él—. El Hartlepool era un puto trampolín, siempre lo fue y siempre lo será. El año que viene, a estas alturas, habremos ascendido como putos campeones. Y eso será solo el principio. Espera y verás.

Levantas la vista. Te secas los ojos. Le preguntas:

—¿Me lo prometes, Pete?

—Te lo juro por mi vida —asiente—. Por mi vida, Brian.

—Si tú me lo prometes —le dices—, entonces me lo creo.

Promesas hechas y cabezas curadas.

Peter te envuelve con sus brazos y vuestras mujeres recogen los añicos.

DÍA 7

Destitución, destitución, destitución y el regreso de la implacable *Bestia*, George Best. Ha fichado por el Dunstable Town y han batido al Manchester United 3-2. Tengo una sonrisa en la boca y la radio puesta mientras conduzco; una sonrisa en la boca hasta que le veo, hasta que veo a la *Bestia* en el arcén de la carretera, inmenso, gigantesco.

Su cabeza llena de demonios; su cuello rebanado...

Me tocará vender cera para el pelo Brylcreem. Cerveza Double Diamond y salchichas de cerdo.

Aquí odian el estilo. Lo odian y lo desprecian a muerte. Aquí al estilo lo arrastran hasta la calle y le patean las entrañas, lo matan y lo cuelgan del palo más alto, para que todos se puedan burlar de él, para que puedan verlo desde la autopista y desde las vías del tren, desde las fábricas y desde los campos, desde las casas y las colinas.

Elland Road. Leeds, Leeds, Leeds.

Yorkshire. Mil novecientos setenta y cuatro.

Su cuello rebanado.

Siempre hay una Guerra a punto de estallar. E Inglaterra siempre está dormida.



Tienes suerte de que no te hayan echado. Una suerte de la hostia. Claro que tú no crees en la suerte. Talento y trabajo duro. En eso crees. Habilidad y dedicación. Disciplina y determinación. Es lo que te enseñaron en el Clair-ville Common y el Great Broughton, tus primeros equipos. Es lo que

aprendiste de los torneros de la Imperial Chemical Industries, antes de que te convirtieras en el delantero centro del Middlesbrough, antes de que te hicieran capitán del Sunderland. Eso es lo que te llevó a marcar 251 goles en 274 partidos, es lo que te llevó a anotar dieciocho hat-tricks y cinco manitas, y es lo que os salvará a ti y al Derby County.

Es lo que te permitirá conseguir lo que te propongas.

Habilidad y dedicación. Disciplina y determinación.

No existe nada parecido a la suerte. No existe nada parecido a Dios. Eres solo tú, tú y los jugadores.

Peter lee en voz alta la lista de jugadores para la pretemporada. Nombres como McFarland, O'Hare, Hector y Hinton. Peter deja la lista. Peter dice:

—Solo nos faltan dos cosas: un portero cojonudo y un poco de experiencia.

—¿Y dónde piensas encontrarlo? —le preguntas—. No por aquí, ¿verdad?

—No te preocupes —dice Peter—. Conozco al portero adecuado y al hombre con la experiencia que necesitamos.



Hay otro amistoso mañana, otro partido lejos de casa, mi segundo partido como entrenador. Me quedo de pie en el extremo más alejado del campo de entrenamiento. Contemplo cómo practican las jugadas ensayadas a balón parado, los córners y los libres directos.

Como mecanismos de precisión.

Jimmy Gordon se acerca. Dice:

—Pensaba dejarlo aquí, si le parece bien, Míster.

Consulto mi reloj. Sigue sin estar ahí.

—Son las once y media —dice Jimmy—. ¿Hay algo que quiera decirles antes de que terminemos?

Sacudo la cabeza. Le digo:

—¿Qué les puedo decir?

Jimmy se encoge de hombros. Empieza a caminar de nuevo en dirección al

equipo.

—¡Jimmy! —le grito—. Dile a Eddie Gray que se venga para aquí.

Eddie solo ha jugado uno de los últimos cuarenta y cinco partidos del Leeds. Lleva un chándal violeta con su nombre cosido a la espalda. Está sudando y le falta el aire.

—¿Señor Clough? —dice.

—Para ti soy el Míster —le digo.

Y le pregunto si está bien físicamente.

—Creo que sí —dice.

—Que lo creas no me sirve de nada. Quiero que lo sepas.

—En ese caso, lo sé —sonríe—. En ese caso lo sé, Míster.

—Buen chaval —le digo—. En ese caso mañana por la noche te meteremos caña.

Eddie esprinta hacia sus compañeros, mientras alguien grita:

—Entonces... ¿sigues de baja?



—¿Que vaya yo a fichar a Dave Mackay? ¿Estás de puta broma o borracho perdido? —le dijiste a Peter.

—Seguro que has conseguido logros mayores —mintió él—. Simplemente ve e inténtalo.

—Ya no juega, quiere ser entrenador —le dijiste—. Ha colgado las botas.

—Eso es solo cierto en un 99% —replicó Peter mintiendo de nuevo.

Estás en tu coche rumbo al fichaje de Dave Mackay.

Dave Mackay, el legendario media punta escocés del Tottenham Hotspur.

El Tottenham Hotspur, el legendario equipo que conquistó el doblete en la temporada 1960-61.

El Tottenham del doblete, del legendario Bill Nicholson.

Así que aquí estás, en White Hart Lane, el estadio del Tottenham, en Londres. Llevas aquí desde las siete y media de la mañana. Quieres hablar con Bill Nicholson, pero nadie sabe quién eres. Nadie ha escuchado nunca tu nombre. Nadie te concede su tiempo. Así que te apalancas en el coche, en

su aparcamiento, y te pones a escuchar el críquet en la radio y esperas; esperas y esperas y esperas, en el aparcamiento, vestido de domingo, esperas y esperas y esperas hasta que ves a Bill Nicholson.

Bill Nick, entrenador del Tottenham, una absoluta inspiración, un ídolo.

—He venido a fichar a Dave Mackay —le sueltas.

—Por lo que yo sé —dice Bill Nick—, Dave se vuelve mañana para Edimburgo. Vuelve a casa como segundo entrenador del Hearts.

—¿Podría hablar un momento con él? —preguntas.

El teléfono suena en el despacho de Bill Nick. Bill se da la vuelta y, mientras se aleja, dice:

—Mackay está entrenando. Pero se puede quedar aquí esperándole si quiere.

Así que esperas de nuevo, esperas y esperas y esperas en el pasillo que lleva al despacho, esperas y esperas y esperas hasta que escuchas los tacos y luego las voces.

Dave Mackay es más viejo que tú. Y lo parece. Avanza directo a ti. Extiende la mano. Te la estrecha firmemente.

—Dave Mackay —dice—. ¿Y se puede saber quién coño eres tú? —te pregunta.

—Me llamo Brian Clough y tuve el placer de jugar contra ti una vez, en un partido de la selección inglesa sub-23.

—Ahora me acuerdo de ti —sonríe Dave Mackay—. Tenías un ojo a la virulé, un ojo la hostia de morado.

—Bien. El caso es que ahora soy el entrenador del Derby County y estoy construyendo un equipo que subirá este año de categoría y será campeón de Primera en tres años.

—Felicidades —se ríe Dave Mackay de nuevo—. Y... ¿qué puedo hacer por ti?

—Puedes firmar por el Derby County —le dices—. Eso puedes hacer.

—Imposible —dice él—. Mañana vuelvo a casa como segundo entrenador del Hearts.

—Entonces te cuento lo que vamos a hacer —sonríes—. Vete a dar un buen baño caliente y tengamos luego una pequeña charla al respecto. Nunca sabes cuál será tu suerte.

Pero la suerte no tiene nada que ver. No existe nada parecido a la suerte.

Dave Mackay se da su baño y luego Dave Mackay te lleva al salón de jugadores de White Hart Lane, en Londres. Es immaculado. Mujeres en delantal te traen bocadillos y sirven té en tazas y platitos de porcelana china. Luego Dave Mackay te saca afuera, al campo, a White Hart Lane, y te sienta sobre el césped, junto al banderín de córner.

Las tribunas y los asientos immaculados. El sol brillando en el campo.

Es un bonito lugar. Hace un día precioso.

—El Derby es un gigante dormido —le dices a Dave Mackay—. Pero desde que llegué, el público ha aumentado hasta los veinte mil espectadores. La ciudad me apoya, los aficionados me apoyan, y lo que es más importante, la junta directiva me respalda al 100%. Hay dinero para invertir en clase y técnica; para invertir en jugadores como tú y como Roy McFarland.

—¿Roy qué? —te pregunta Dave Mackay.

—McFarland —le dices—. Será el próximo central de Inglaterra. Ya lo verás. Olvídate de Jack Charlton. Olvídate de Norman Hunter. Tienen los días contados, acuérdate de lo que te digo. Alan Hinton también es mío. Un gran extremo, y ahora que está con nosotros volverá a jugar con Inglaterra. Con el puto Ramsey de entrenador, o sin él. ¿Y qué me dices de Kevin Hector? Seguro que has oído su nombre.

—Me suena —dice Dave Mackay—. ¿No jugaba en el Bradford Park Avenue?

—Sí, antes —le dices—. Pero ahora está con nosotros y no para de marcar goles. Es una máquina de marcar, pero no lo es ni por amor ni por dinero.

—¿Cómo terminasteis la temporada pasada? —te pregunta Dave Mackay.

—Decimoctavos.

—¿Decimoctavos? —se ríe—. Me sabe muy mal, Brian. Pero no me voy a ir contigo. Ni siquiera por diez mil libras. Lo siento.

—Te doy las diez mil aquí y ahora. En metálico.

—Imposible —se ríe de nuevo—. Mañana me voy al Hearts.

—¿Por cuánto vendrías, entonces? —le preguntas—. ¿Si no son diez mil?

—Podría considerar quince mil.

—No puedo conseguirte quince mil —le dices.

—Entonces, estás perdiendo el tiempo —dice—. Quizá a ti también te convendría volver a casa.

Miras a Dave Mackay, sentado al sol, sobre el césped de White Harte Lane, un estadio que tiene su salón de jugadores y sus tazas de porcelana china y sus platitos. Dave Mackay, el mejor media punta de su generación; David Mackay, un hombre a punto de colgar las botas, de cambiarlas por un asiento en el banquillo y por un traje de entrenador.

Miras a Dave Mackay y le dices:

—Puedo conseguirte catorce mil y, lo que es mejor, puedo hacer que sigas jugando.

Dave Mackay mira al suelo, a la hierba de White Hart Lane, luego levanta la vista hacia la grada y los asientos, y entonces Dave Mackay extiende su mano y dice:

—Hecho.



Por sus pasillos, entre sus sombras, Maurice Lindley y Syd Owen están esperando de nuevo.

A mi espalda. Por lo bajini. Con las manos por detrás. A través de sus dientes apretados, murmuran.

«¿No va a fichar realmente al chaval este, a McKenzie, verdad?»

«Ha convertido este lugar en un puto circo», murmuran.

«En una puta pantomima», sisean.

Doy un portazo a su puerta, encajo mi llave. En su despacho, en mi escritorio. Agarro su teléfono. Marco el número.

—¿Duncan McKenzie? —pregunto—. ¿Eres tú?

—Sí, soy yo —me contesta.

—Brian Clough al habla —le digo—. Y ahora escúchame. Ponte una chaqueta y cálzate los patines porque vas a reunirte conmigo en el Hotel Victoria de Sheffield. Tienes media hora. Y más te vale no llegar tarde. Y, por cierto, Duncan...

—¿Sí, señor Clough?

—Trae un puto bolígrafo porque hoy vas a firmar tu contrato con el Leeds United.



Dejas Londres. Gracias a Dios. Conduces directo de vuelta al Baseball Ground. Hogar, dulce hogar. Cantas y gritas durante todo el trayecto.

¡Lo hemos bordado! ¡Bordado! ¡Bordado!

Peter está esperando.

—¿Ha habido suerte? —pregunta Pete.

—A la mierda la suerte —le dices—. *Estará aquí mañana para estampar su firma en nuestro papel.*

—¡No me lo puede creer! —grita Peter—. *No pensaba que te habrías preparado un discurso.*

—Que le den por el culo a tus discursos —le dices—. *Limitate a creer en mí. Brian Clough.*

—Ya lo hago —dice Pete—. *Sabes que lo hago.*



Duncan McKenzie nos espera en la lujosa recepción del Hotel Victoria de Sheffield. Consulta su reloj, se muerde las uñas y fuma como un carretero. Atravieso el vestíbulo y le digo:

—Olvídate del Derby County. Olvídate del Tottenham. Te vienes al Leeds por doscientas mil libras semanales.

Antes de que pueda responder o encenderse otro cigarrillo, le tomo de la mano y me lo llevo en volandas hasta el bar. Duncan no bebe, pero lo hará hoy.

Pido champán.

—Felicidades. Eres mi primer fichaje para el nuevo Leeds United. Mi Leeds United; honesto y sincero, un equipo que jugará con estilo y con alegría, ganaremos con clase, ganaremos como hay que hacerlo y conquistaremos la admiración de los aficionados del Liverpool y del Arsenal, del Derby, del Tottenham y del Birmingham.

—Por NUESTRA MANERA DE JUGAR —le digo, una, dos y tres veces.

Duncan McKenzie se enciende otro cigarrillo y dice:

—Sí, señor Clough.

—Se terminó el histrionismo con los árbitros —le digo—. Basta de protestarles. Se acabaron las amenazas. Y se terminaron los putos sobornos arbitrales.

Otro cigarrillo, otro «sí, señor Clough».

—¡Se acabó el puto *sucio* Leeds!

—Sí, señor Clough.

—Ah, Duncan...

—¿Sí, señor Clough?

—A partir de ahora me llamarás Míster.

—De acuerdo, Míster.

Pido otra botella de champán. Voy a mear. Vuelvo y cambio de asiento. Rodeo la mesa y me siento al lado de Duncan. Le envuelvo con mi brazo. Y le digo:

—Tú vas a ser mis oídos y mis ojos en el vestuario.

—Sí, Míster.

—Mis ojos y mis oídos.

—Sí, Míster.

—Me odian —le digo—. Me desprecian. Y también te odiarán a ti. Te despreciarán. Pero seguiremos aquí mucho después de que todos se hayan ido.

—Sí, Míster.

—¿Sabes por qué me odian? —le pregunto—. ¿Sabes por qué te odiarán?

—No, Míster, ¿por qué?

—Porque no somos como ellos —le dices—. Porque no somos unos putos tramposos como ellos. Porque jugamos limpio y ganamos limpio.

—Sí, Míster.

—¿Sabes cuántos goles marqué cuando era jugador?

—Lo siento, Míster. No lo sé.

—Doscientos cincuenta y uno —le digo.

—Eso está muy bien, Míster.

—¿Y sabes cuántos putos partidos necesité para marcarlos? ¿Cuántos partidos de Liga?

—Lo siento, Míster. No lo sé.

—Adivínalo.

—Lo siento, Míster. Pero yo...

—Venga, hombre. Intenta adivinarlo, joder.

—Trescientos.

—Doscientos setenta y cuatro —le dices—. Solo doscientos setenta y cuatro. ¿Qué coño te parece esa cifra, eh?

—¿Es un récord, Míster?

—Claro que lo es —le dices—. ¿Conoces a alguien más que haya marcado 251 goles en 274 partidos de Liga? ¿El puto Bobby Charlton? ¿El Jimmy Greaves de los cojones? ¿Marcaron ellos tantos goles en tan pocos partidos? ¡No, me cago en la hostia! Por supuesto que es un puto récord. Y siempre será un puto récord porque no volverá a haber otro como yo. Nunca. Jamás. Ni tú ni nadie. Y ahora bebe, que hemos quedado con la prensa.

—Pero yo no bebo, Míster.

Le pongo el vaso de champán de nuevo en la mano y le digo:

—Pues ya lo estás haciendo, me cago en la puta.



—Dave —le dice Pete a Mackay—. Aquí el abuelo tiene una pequeña y sorprendente noticia para ti.

Mackay está sentado en tu despacho con su contable y su abogado.

El contrato firmado está en tu cajón. El bolígrafo de nuevo en su bolsillo.

Tienes una sonrisa en la cara. Él también.

Doscintas cincuenta a la semana más una prima en caso de ascenso.

Dave Mackay llega a las dieciséis mil libras anuales.

Más que George Best y que Denis Law. Más que Bobby Moore.

Tienes al futbolista más caro de toda la Liga.

Ahora vas a convertirlo en el mejor.

Peter cierra la puerta. Descuelga el auricular.

Dave Mackay deja de sonreír. Dave Mackay pregunta:

—¿Qué clase de noticia?

—Quiere que juegues en una posición distinta con nosotros —dice Peter.

—¿Qué clase de posición?

—El Mister quiere que juegues de libero.

Dave Mackay te mira por encima del escritorio. Dave dice:

—Imposible.

—Escúchame, Dave —le dices—. Tenemos a un chaval en el equipo que se llama Roy McFarland. Es el mejor central de la Liga. Es rapidísimo, no te preocupes, tú no tendrás que correr mucho. Quiero que juegues por detrás suyo. Así tendrás una visión completa del campo.

—Utiliza tu cabeza y tu lengua —dice Pete—. Y deja que sean los más jóvenes los que se encarguen de correr. Necesitan a un capitán. A alguien con experiencia. Alguien que les diga cuándo aguantar la pelota y cuándo pasarla. Y ese eres tú, Dave.

Dave Mackay está repleto de dudas. De miedos. Dave Mackay niega con la cabeza.

—Tú controlarás el partido —le dices—. Ganaremos la Liga. Te lo prometemos.

—Mira —te dice Dave—. Mi juego abarca cada centímetro del terreno de juego.

—Te sobran cinco kilos. Y eres un año mayor que yo.

—Cada centímetro del terreno de juego —dice Mackay de nuevo—. Ese es mi juego.

—Eso era antes —le dices—. Ahora es otra historia.



—Además del Leeds United —declara ahora Duncan McKenzie a la prensa del Hotel Victoria—, también tenía ofertas del Tottenham y del Birmingham City. Pero cuando el señor Clough, aquí presente, a quien no conocía personalmente, vino a verme, me sentí muy halagado y, naturalmente, me decidí por el Leeds United. Creo que el fichaje incrementará mis posibilidades de ir a la selección.

—¿Cómo te sientes después de que el Leeds haya pagado doscientas cincuenta mil libras por ti?

—El mercado futbolístico de hoy en día está muy hinchado y tienes que convivir con esas cifras. Yo no tengo problema.

—¿Y cómo te ves comparado con tus rivales por una plaza en el once inicial, jugadores como Allan Clarke, Mick Jones o Joe Jordan?

—Sé que tendré que luchar duro para conseguir un sitio en el Leeds United. No espero que me regalen nada. Nunca lo he hecho.

—Brian —me preguntan ahora—. ¿Algo que añadir?

—Duncan es una incorporación formidable para la plantilla del Leeds United. Es un joven muy inteligente y entre las cosas que me han motivado a ficharle están su forma de entender el juego y su deseo de marcar goles. Estoy encantado de que haya fichado por el Leeds, pero, por supuesto, le conozco desde hace bastante tiempo. A fin de cuentas, y por así decirlo, éramos vecinos cuando yo entrenaba al Derby County.

—¿Ha habido problemas? —te preguntan—. ¿Algún problema para ficharle?

—Ninguno —les digo—. Porque cuando alguien tiene la oportunidad de jugar con el Leeds United, con Brian Clough, no hay nunca problema alguno.

—¿Estará en el equipo de mañana por la noche contra el Aston Villa?

—No creo —les digo—. No conocerá al resto de jugadores hasta mañana por la mañana.

—Duncan —preguntan de nuevo—. ¿Cómo te sientes acerca de conocer al resto del equipo y de unirse a los campeones de Liga? ¿Estás nervioso?

—Han demostrado ser el mejor equipo de Gran Bretaña durante los últimos cinco o seis años.

Le doy un codazo en las costillas. Le guiño el ojo y le digo:

—¿Aparte de mi Derby County, imagino?

Duncan guiña el ojo. Duncan sonríe. Duncan dice:

—Aparte del Derby County, sí.

La prensa anota. La prensa hace sus fotos.

La prensa se termina sus copas y yo pido algunas más.

Consulto mi reloj. No está aquí.

—¿Qué hora es, chaval? —le pregunto a McKenzie.

—Las ocho y media, Míster —contesta.

—Me cago en la puta —le digo a él y a todo el bar del Hotel Victoria—

¡La cena!

—¿Qué cena, Míster? —se pregunta McKenzie.

—No es asunto tuyo —le digo—. Tú vete a dormir a casa. Te veré mañana a las ocho y media de la mañana en Elland Road. Y Duncan...

—¿Sí, Míster?

—Más te vale no llegar tarde.



Te llevas a Dave Mackay de visita por el Baseball Ground. Por los vestuarios y el campo de entrenamiento, a la salida de la circunvalación, hasta el antiguo vagón de ferrocarril donde los jugadores se cambian antes de los partidos de entrenamiento. Dave Mackay está pensando en White Hart Lane, en las tazas y los platillos de porcelana china, está pensando en las copas que ha ganado y en las medallas que tiene.

Dave Mackay vuelve a estar lleno de dudas. De miedo. Dave Mackay sacude la cabeza otra vez.

—¿Ganaréis la Liga? —pregunta—. ¿Me lo prometes?

—Te lo juro por nuestras vidas —le dices—. Por nuestras vidas.



—Llegas la hostia de tarde —susurra Sam Bolton mientras me siento en la mesa. En la mesa principal. En los salones Harewood. Del Hotel Queen.

Los directivos, los jugadores, el cuerpo técnico, el personal de oficina, incluso las chicas del té; toda la familia del Leeds United, sus mujeres y sus maridos en su Gran Noche de Fiesta.

—He perdido el reloj —le digo—. O alguien me lo ha robado.

—La cena ha terminado —dice Sam Bolton—. La gente te está esperando.

Me levanto. Me ajusto los puños de la camisa y les digo:

—Me siento como un intruso en una fiesta que sé que lleváis organizando desde antes del año pasado. Es una verdadera lástima que Don Revie y Les Cocker no estén aquí para disfrutarlo, porque fueron ellos, no yo, los hombres que conquistaron el campeonato junto a vosotros. Pero será mi turno el año que viene. Recordad mis palabras.

Me siento. Me enciendo otro cigarrillo. Me sirvo otra copa.
Escucho el sonido de un gemelo que cae repiqueteando al suelo.

DÍA 8

Has fichado a Dave Mackay para que juegue de líbero. Has fichado al viejo amigo de Pete, Les Green, de la Southern League, para que sea tu portero. Sabes que esta vez las piezas encajan. Sabes que esta vez el tradicional optimismo de pretemporada está bien fundado, que descansa sobre un peñasco de la hostia, pura roca.

Rocas, peñascos, como Dave Mackay y Les Green.

Te mueres de ganas de jugar el primer partido de la temporada, tienes unas ganas que te cagas.

Juegas contra el Blackburn Rovers en su campo. Roy McFarland marca. Pero ellos también lo hacen.

Empatas 1-1. Un punto. Fuera de casa. No está mal.

De vuelta en casa juegas contra el Blackpool. John O'Hare marca. Pero ellos también lo hacen.

Vuelves a empatar 1-1. Otro punto. Pero en casa. No está bien.

Te desplazas a Bramall Lane. Contra el Sheffield United. No marcas. Pero ellos sí lo hacen.

Pierdes 2-0. Ningún punto. Mal, mal, mal. Vas decimoctavo en Segunda División. Otra vez decimoctavo, otra vez hundiéndote en las putas arenas movedizas.

Hay lágrimas otra vez. Y hay cristales rotos. Entonces Peter saca su cigarrillo y entonces Peter saca su pequeña libreta negra y entonces Peter dice: «Conozco al jugador adecuado. Del club adecuado».



Nada es nunca como te dicen que es. Nada es nunca como te gustaría que fuera. John Giles llama a *su* puerta. John Giles se sienta al otro lado de mi escritorio. No dice nada. Solo se sienta. Solo espera.

—He hablado por teléfono con Bill Nick esta mañana —le informo.

El Irlandés sonrío. Se sacude la parte superior del pantalón.

—¿Está seguro de que no le ha llamado usted? —me pregunta.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque quiere que me largue —sonríe.

—¿Y por qué querría que te largaras, John?

—Porque me odia —sonríe—. No me puede ver.

—Mira. Lo dicho, dicho está. Pero, para mí, el pasado es pasado. Y punto —digo.

—Eso sería de lo más conveniente para usted —dice él.

—A ver, ya te lo he dicho antes —insisto—. Tienes la inteligencia, la técnica, la agilidad y el mejor pase de la Liga.

—Y, pese a todo, estaría encantado de ver cómo me largo, ¿no es así?

—Mira, John. Hay cosas de tu juego que no me gustan y te las he dicho a la cara, pero no tengo nada personal contra ti. Admiro lo que has hecho con Irlanda, y Bill Nicholson también. Por eso ha llamado.

—¿Y qué ha dicho Nicholson?

—Me ha dicho que le gustaría hablar contigo sobre ir al Tottenham como segundo entrenador.

—¿Sin dejar de jugar?

—Sí.

—Está bien saber que todavía hay quien piensa que a estas viejas piernas les queda algo de vida.

—Yo nunca he dicho nada parecido. Nunca.

—Lo lleva escrito en la cara, amigo.

—¿Estás interesado en hablar con Bill Nicholson o no?

—Por supuesto que estoy interesado. ¿Quién no lo estaría?

—Entonces dime qué te parece esto —le propongo—: No hace falta que viajes con el equipo al campo del Aston Villa esta noche. Te quedas aquí y llamas a Nicholson. Habla con Bill y con tu familia. Queda con él para ir a verle y tantear el terreno.

—Es muy amable de su parte —dice él—. Pero esta noche viajaré con usted igualmente.



Estás en el banquillo de Leeds Road, el estadio del Huddersfield. Vas perdiendo 2-0 otra vez. Habrás conseguido dos puntos de ocho posibles. Eres un mar de dudas. Estás acojonado. Pero entonces sucede algo. Entonces sucede algo increíble.

Tu equipo está acorralado en el área pequeña; parece que vayan a recibir el tercero. La pelota llega a Mackay. Mackay la toca.

—¡Chuta! —grita Jack Burkitt a tu lado—. ¡Sácala, me cago en la puta!

—Cierra la boca, Jack. Le fichamos para esto. Es lo que queremos que haga. Que la toque. Que la pase. Que lidere e imparta ejemplo.

Mackay avanza con la pelota y la defensa se convierte en ataque.

La defensa se convierte en ataque. La defensa se convierte en ataque.

—Mañana ficharemos a Carlin —susurra Pete—. Y ya estaremos en el buen camino.



Me subo el último al autocar y hago que Allan Clarke se cambie de sitio para sentarme de nuevo al lado de Billy Bremner. Intento hablar de cualquier cosa. Romper el hielo. A Billy Bremner le sudan la polla el presidente Nixon y George Best. No tiene ningún interés en Frank Sinatra o Muhammad Ali. No quiere hablar del Mundial ni de jugar contra Brasil. No quiere hablar de sus vacaciones. Las pasa con su familia y punto. Bremner solo mira por la ventana y fuma durante todo el trayecto hasta Birmingham. Entonces, cuando el autocar se mete en Villa Park, se vuelve hacia mí y me dice: «Si está buscando a un amigo, señor Clough, no cuente conmigo».



Cuando fuiste a Bramall Lane la semana pasada, cuando fuiste al campo del Sheffield United y perdiste 2-0, le echaste la culpa a Willie Carlin. Ya

estás harto de jugar contra equipos como el puto Sheffield United y perder 2-0 por culpa de jugadores como el puto Willie Carlin.

Ya has vivido suficientes fracasos. Dudas. Ya has vivido suficientes decepciones.

Ya estás harto de tipos como el puto Willie Carlin. Ese pequeño y peleón hijo de puta de Liverpool.

Pequeño y sucio mocoso. Estás harto, harto, harto.

—Pero lo harás por mí —le dices—. Harás de una puta vez lo que te piden.

—Antes jugaría con el puto Leeds —te contesta.

—Fijo que allí encajarías de puta madre —te ríes—. Pero no te quieren, ¿a que no, Willie?

—Es muy posible que sí —dice—. No tienes ni puta idea.

—Pues yo no veo al puto Don Revie sentado por ningún lado. ¿Tú sí?

—Yo no sé lo que veo.

—Pues yo sí sé lo que veo —le dices—. Veo a un puto y sucio enano cabrón que se pasa la mitad del partido discutiendo con el árbitro y que ha sido amonestado dieciocho putas veces y expulsado otras tres por sus movidas. Y eso no me sirve, suspendido no me sirves de nada. Pero si te comportas y mantienes esa puta boca de Liverpool cerrada, además de amonestaciones y expulsiones, tendrás una puta medalla de campeón.

—¿Y qué pasa si no me puedo comportar? ¿Si no me da la puta gana?

—Lo harás —te ríes—. Porque no te lo estoy preguntando. Es una orden, joder.



Estoy en el banquillo en este partido. En este homenaje. El partido del centenario en el Villa Park. Jimmy y yo con Stewart, Cherry y el puto Johnny Giles como compañía.

Mi plan para el partido era asegurarme de que Johnny Giles no se lesionara. Pero entonces Madelay tiene que ser sustituido y John sale en su lugar.

Un puto monumento a Allan Clarke por sus dos golazos. Uno de cabeza a

centro de Reaney y el otro en plancha después de un centro bajo del Irlandés. El resto del partido es más de lo mismo: el viejo y *sucio* Leeds de siempre. McQueen es amonestado, luego Cooper concede un penalti —parado por Harvey—, luego Hunter comete otro penalti, pero el chaval del Villa lo falla. En la media parte le digo a Jimmy que cambie a Hunter y a Harvey por Stewart y Cherry, mientras yo me subo a lo alto de la gradería para tomarme una copa y charlar con Jimmy Bloomfield, el entrenador del Leicester.

Hablamos de Shilton. De trueques e intercambios. Hablamos de dinero.

—El tuyo no está nada mal —dice Jimmy Bloomfield.

—¿Harvey? ¿Estás de coña? —le pregunto—. Es una puta mierda.

—Ha hecho una parada bastante buena en el penalti —señala él.

—Te lo puedes quedar —le digo—. Si tanto te gusta, te lo cambio por doscientas mil libras más Peter Shilton.

—Shilton hará que te despidan —dice Jimmy—. Es un liante.

—Entonces será un puto liante de los míos —le digo.

El *sucio* Leeds concede un gol. Pero aun así ganamos 2-1.

No es un mal arranque. Dos partidos, dos victorias.

—No habéis empezado nada mal —dice Jimmy Bloomfield.

Nos estrechamos la mano, nos despedimos y nos dirigimos escaleras abajo, doblando esquinas y atravesando pasillos.



Siempre hay un partido en cada temporada, un momento en ese partido, ese momento en ese partido de cada temporada en que todo puede cambiar, en que todo puede salir perfecto o derrumbarse para el resto de la campaña, ese momento en que sabes que ganarás ese partido y luego el siguiente, y el siguiente, cuando sabes que vas a hacer una temporada memorable, una temporada que nadie olvidará.

Copa de la Liga. Tercera ronda. Partido de desempate. Miércoles 2 de octubre de 1968.

Derby. Derby. Derby. Derby. Derby. Derby.

Esta es una de esas noches que nunca olvidarás. Es una de esas noches en que todo sale redondo, rodado, una de esas noches en que todo cambia,

en que todo da un vuelco.

Derby. Derby. Derby. Derby. Derby. Derby.

La semana pasada fuiste a Stamford Bridge, donde el Chelsea llevaba veintiún partidos sin perder. Fuiste a Stamford Bridge y contuviste todas las acometidas del Chelsea y mantuviste el 0-0 ante los Bonetti, Hollins y Osgood.

Ahora los tienes aquí, en el Baseball Ground, un estadio que no está rodeado por una pista de atletismo, aquí, donde puedes escuchar cada ovación y cada bronca de los treinta y cuatro mil aficionados, aquí, donde no hay lugar donde esconderse.

Derby, Derby, Derby, Derby, Derby, Derby.

«No hay donde coño esconderse —le dices al vestuario—. Esta noche, no. ¡Esta noche vamos a ver quién coño es quién allí afuera!»

Green. Webster. Robson. Durban. McFarland. Mackay. Walker. Carlin. O'Hare. Hinton. Hector.

Derby. Derby. Derby. Derby. Derby. Derby.

Ese momento en que todo puede cambiar, cuando las cosas pueden salir rodadas o derrumbarse para el resto de la temporada, ese momento llega en el minuto veintiséis de la primera parte, llega cuando Houseman sortea una entrada de Carlin, centra y Birchenall conecta un disparo desde treinta metros que se cuela por toda la escuadra derecha y te pone un gol por debajo.

Derby. Derby. Derby. Derby. Derby. Derby.

Es entonces, en ese momento, cuando miras a los ojos de los jugadores que están en el campo, el momento en que les miras primero a los ojos y luego al corazón y escuchas el rugido de la muchedumbre, el clamor de las treinta y cuatro mil almas de la gradería, y lo escuchas en nombre de los once corazones que están en el terreno de juego, y sientes a todos esos corazones latiendo como uno solo, y sabes que es el momento que has estado esperando, ese momento en que todo cambia, en que nadie se rinde, en que nadie se va a casa ni nadie se esconde.

Derby. Derby. Derby. Derby. Derby. Derby.

Del minuto veintiséis a la media parte. Y de la media parte al minuto setenta y siete. Nadie se esconde, nadie se va a casa y nadie se rinde, ni la afición ni los jugadores, y entonces, en el minuto setenta y siete, Carlin

avanza corriendo por el centro y se la deja de tacón a Mackay, que alcanza lo más hondo de nuestras almas desde veinticinco metros, y todo el mundo lo sabe, en ese momento todo el mundo lo sabe.

Derby. Derby. Derby. Derby. Derby. Derby.

Todo el mundo sabe que cuando Hutchinson se lance a por la victoria del Chelsea, estará Walker para salvarte, no una, sino dos veces, y entonces Walker subirá como una exhalación por la izquierda y centrará para que Durban cabecee el balón lejos del alcance de Bonetti.

Derby. Derby. Derby. Derby. Derby. Derby.

Y todo el mundo sabe que no has terminado todavía. Que cuando Hector y Bonetti vayan a por la misma pelota, Hector se anticipará para meter el 3-1 en el minuto ochenta y uno. Porque todo el mundo sabe que todo ha cambiado, que se ha producido un vuelco, que todo ha confluído.

Derby. Derby. Derby. Derby. Derby. Derby.

Las cosas que has hecho y las cosas que has dicho, los puños que has alzado y los moretones que has besado. Todo ha confluído finalmente en este momento, y así va a continuar.

Derby. Derby. Derby. Derby. Derby. Derby.

Esta será una temporada para el recuerdo. Una temporada que nadie olvidará jamás.

Derby. Derby. Derby. Derby. Derby. Derby.

«El partido del equipo ha sido extraordinario, y nuestra afición ha estado extraordinaria —dice el presidente—. Esta noche la recordaré el resto de mi vida.»

Derby. Derby. Derby. Derby. Derby. Derby.

«Estoy encantado con los jugadores —declaras a la prensa, a las cámaras y al mundo entero—. Este ha sido con diferencia nuestro mejor partido desde que llegué al Derby.»



Estoy de pie en el pasillo del Villa Park. Me termino el cigarrillo y respiro hondo. Luego abro la puerta del vestuario visitante, que en un segundo se convierte en un funeral. Los jugadores contemplan las etiquetas de sus medias. Las putas y fatuas etiquetas de sus medias, con su número estampado. Las

mismas putas etiquetas que arrojan al público después de cada partido en casa, como putos gladiadores romanos o algo así. Entonces Norman Hunter abre la boca.

—Qué gran pase, Gilesey. Qué gran balón para Clarkey. Se lo has puesto en bandeja. Precioso —dice.

—Olvídate del puto pase —le digo—. ¿Qué hay de cómo la ha metido Clarkey?

Muerdepiernas sacude la cabeza. El Irlandés sonríe. El Rastreador se lo está pasando en grande.

—Ha sido fantástico —digo—. Y no olvides que el Irlandés no habría saltado al puto terreno de juego si Madeley se hubiese comportado como es debido.

—Se ha salido —dice *Muerdepiernas*—. Se ha salido, joder.

—Pues ya podéis esforzaros para que saque lo mejor de sí mismo —le digo—. Estás destinado a cumbres mayores, ¿a que sí, Irlandés?

—No hay nada más grande que jugar —dice Giles—. Y usted lo sabe, señor Clough.

Ahora los jugadores nos miran. Murmuran y elucubran.

Así les dejo. Salgo al pasillo. Me enciendo un cigarrillo. Escucho.

—No tiene respeto por las tradiciones del Leeds United —les oigo decir.

Duncan McKenzie pasa por delante de mí con su nuevo y caro traje.

—No lo han hecho nada mal, ¿verdad? Johnny Giles ha estado sublime.

—Vete a la mierda —le digo—. Te mereces volver a Leeds a pie por haber dicho eso.



El partido contra el Chelsea ha traído un nuevo líbero a tu equipo. Al club entero. A toda la puta ciudad. Pero en el fondo de tu corazón sabes que ha sido Dave Mackay quien ha traído el líbero a este equipo. Al club entero. A toda la puta ciudad. No tú.

En el fondo de tu corazón.

Cambias el entrenamiento a los martes para que Dave pueda tener el domingo y los lunes libres, y se ocupe así de su tienda de corbatas en

Londres. Le instalas en el Hotel Midland durante el resto de la semana y trasladadas a Roy McFarland allí para que le haga compañía mientras Dave bebe sin parar desde la noche del lunes hasta la del jueves. Pero desde la mañana del viernes hasta el sábado a la hora del té, no prueba una gota.

Este tipo es el Derby County. El cimiento y la piedra angular. Y tú eres el primero en reconocerlo. El primero en tratarle como tal.

Hablas con él mientras el resto del equipo da vueltas al terreno de juego. Lo incorporas a las charlas de equipo con un simple: «¿Y tú qué opinas, capitán?».

Dave, Peter y tú, los tres juntos, habéis convertido un equipo de aficionados en un equipo de profesionales. Se terminaron las tardes de golf. Se terminó lo de vender seguros a puerta fría.

Les repites los conceptos fundamentales una mañana tras otra.

«Jugar la pelota por el suelo. Jugarla hacia delante. A ras de suelo. Con los pies. Mantener la pelota a ras de suelo. A los pies. Conservarla. Pasarla. ¡Marcar! Recuperar la pelota. Jugarla a ras de suelo. Hacia delante. A ras de suelo. A los pies. Conservarla. Pasarla. ¡Marcar! Recuperar la pelota...»

Y no solo les dices cómo hacer todas estas cosas: también se lo muestras como un puto campeón, marcando en cada partido de seis contra seis; y luego cambiándote con tus chavales, bañándote con tus chavales, bromeando con tus chavales.

Esto es un entrenamiento de puta madre. Tú y Pete en plenitud de facultades.

Rastreáis el talento. Compráis el talento. Y luego manejaís el sucio talento.

Insultáis ese talento. Humilláis ese talento. Amenazáis ese talento.

Herís a ese talento. Y luego lo besáis una y otra vez.

Una y otra vez, hasta sacar lo mejor de cada uno.

Ahí estáis, en medio del puto talento. Peter y tú.

DÍA 9

No me lo puedo creer. Salgo del coche. No hay quien coño se crea esto. Doy un portazo. Hijos de puta. Lo cierro. ¿Pero quién coño se han creído que son? Me pongo la americana. Hijos de puta, hijos de puta, hijos de puta. Cruzo el aparcamiento. Putos vagos hijos de puta. Voy terraplén arriba hasta el campo de entrenamiento y le pregunto a Jimmy Gordon, a Jimmy, que está recogiendo las pelotas y metiéndolas de nuevo en las bolsas; le pregunto a Jimmy:

—¿Dónde coño están?

—Ya han terminado. Se han ido todos a por sus curas y sus masajes.

—Tráelos aquí de vuelta —le digo—. Aquí el puto entrenador soy yo. Yo decido.

—Pero no estaba...

—¿No estaba dónde? —pregunto.

—Nada —dice Jimmy—. Tiene razón, Míster. Tiene toda la razón.

—Ya sé que la tengo —le digo—. Y ahora los traes de vuelta aquí y les dices de mi puta parte, les dices que terminen cuando yo lo diga. Ni un segundo antes.

—Míster. Quizá sería mejor si fuera usted —dice Jimmy.

—Hazlo —le digo—. O te mando a la puta calle.

Jimmy lo hace y diez minutos más tarde comparecen en el campo de entrenamiento dieciséis caras largas en dieciséis sucios trajes de chándal violetas; dieciséis caras largas hasta que Duncan McKenzie, el chico nuevo, pilla la pelota y corre con ella hasta *Muerdepiernas*.

—¡Cuidado, Norman! —grita—. Y le pasa la pelota por entre las piernas.

Todo el mundo se ríe ahora. Incluso Hunter. Y Bremner. Hasta Giles.

Doy unas palmadas. Jimmy sopla su silbato. Las risas se detienen.

—Y ahora, antes de que os vayáis todos a por vuestros baños calientes — les digo—, antes de que os vayáis a hacer el capullo en vuestros elegantes trajes, en vuestros ostentosos coches hacia vuestras bonitas casas con vuestras preciosas y jóvenes mujeres, poneos de cuatro patas a buscar mi puto reloj.



Tú y el equipo tenéis tres días para relajarnos en vuestra ciudad deportiva en Marlow. Tú y el equipo bajáis a Londres en un autocar de lujo. Tú y el equipo pasáis la noche en uno de los mejores hoteles de la capital. Tú y el equipo desayunáis en la cama. Tú y el equipo llegáis a Selhurst Park, donde vuestros aficionados os obsequian con un recibimiento memorable. Tú y el equipo os largáis y os cambiáis. Hasta que, entonces, tú y el equipo salís al terreno de juego y derrotáis al Crystal Palace 1-2 con goles de Roy McFarland y Willie Carlin.

Derrotáis al enchufadísimo Crystal Palace y os encaramáis a lo alto, a lo más alto de la tabla.

Hoy es el día, hoy es el día, hoy es el día.

El día en que el Derby se pone líder de la Segunda División.

Sábado, 30 de noviembre de 1968.

Todo lo que tiene que ver contigo y el Derby County lleva estampado el sello de la Primera División: tu organización, el autocar de lujo, tu selección de hoteles, tu estilo de juego y tu forma de ganar.

Solo has perdido una vez en Liga desde que visitaste el estadio de Leeds Road y caíste contra el Huddersfield Town. Solo una derrota en Liga desde aquel día.

Solo una desde que se incorporó Willie Carlin.

Después de batir al Chelsea, jugaste de visitante en el campo de otro primera, el Everton, y empataste 0-0 en partido de cuarta ronda de la Copa de la Liga. Y luego los recibiste en el Baseball Ground y les venciste 1-0; otra noche para el recuerdo de una temporada inolvidable. Tu siguiente rival será el Swindon, en quinta ronda, pero solo podrás empatar en el Baseball Ground. Luego caes en Swindon y quedas eliminado de la Copa de la Liga.

Perdiste de vista la pelota. La perdiste de vista. De vista la perdiste.

Te puteaste mucho en el momento, estabas la hostia de cabreado cuando sucedió, pero no ahora.

No ahora que todo lo que tiene ver contigo lleva el sello de la Primera División estampado por todas partes. No ahora que sois favoritos para subir a Primera. No ahora que sois favoritos para ascender como campeones de vuestra categoría.

No ahora que habéis pasado de ir undécimos a primeros en apenas tres meses.

No ahora que has sido nombrado «Entrenador del mes».

No ahora que estás encaramado a lo alto, a lo más alto de la Segunda División.



Bajo las gradas. Atravieso las puertas. Doblo la esquina. Camino por el pasillo en dirección a Syd Owen. Se cruza conmigo sin mediar palabra. Entonces lo dice a mi espalda. Por lo bajini. Con las manos por detrás. A través de sus dientes cerrados, murmura. Syd dice algo que suena parecido a: «*Todo lo relacionado con los pavos reales es fatal...*».

Me detengo. Doy media vuelta. Le pregunto:

—¿Qué has dicho?

—Había una llamada para usted.

—¿Cuándo? —le pregunto.

Syd se detiene, se da media vuelta y me encara en el pasillo.

—Ayer.

—¿Y dónde estaba yo? —le pregunto.

—¿Cómo voy a saberlo? —dice riéndose—. Probablemente estaría fichando o vendiendo a alguien.

—¿A qué hora?

—Por la mañana. ¿Por la tarde? —se encoge de hombros—. No estoy seguro.

—Y bien, ¿quién era?

—No me acuerdo.

—Pero tú contestaste, ¿no?
—Ah, sí.
—¿Dónde? ¿En qué teléfono?
—En el del despacho.
—¿*Mi* despacho?
—Lo es ahora —dice mientras ríe de nuevo.
—¿Y qué coño hacías en *mi* despacho?
—Buscaba el informe Matthewson —dice—. Para el sábado.
—¿Qué informe?
—El que tenemos sobre Bob Matthewson —dice lentamente.
—¿Y quién coño es Bob Matthewson?
—¿No sabe quién es? —pregunta ahora Syd.
—Por supuesto que no tengo puta idea, Syd —le digo—. Por eso te estoy preguntando quién coño es.
—Nadie especial —sonríe—. Es solo el árbitro del sábado.
—¿Tenéis informes sobre los putos árbitros?
—Claro que sí —dice él—. ¿Qué se cree que somos, aficionados?
—¿Por qué?
—Los árbitros pueden cambiar el signo de un partido —dice—. Especialmente si sabes cómo ayudarles.
—Bien. Pues ya te lo dije —le digo de nuevo—. Quemé todos los putos informes junto con su escritorio.
—Suerte tenemos de tener las copias, ¿no le parece?
Camino por el pasillo hacia él, esgrimo el dedo, le señalo directamente.
—No necesito informes sobre árbitros ni sobre otros equipos y no te necesito en mi despacho y mucho menos necesito que contestes mis llamadas. ¿Te queda claro?
«*Sus gritos anuncian tormenta e incluso muerte...*»
—¿Y entonces? —le pregunto de nuevo—. ¿Te ha quedado claro?
—Como el agua —dice Syd—. Como el agua.



—*Eres una puta mierda —le dices.*

Se lo dices a Green. A Webster. A Robson. A Durban. Se lo dices a McFarland. A McGovern. A Carlin. O'Hare. Hector. Y a Hinton.

Se lo dices a todos, a todo el puto equipo, salvo a Dave Mackay:

—Una puta mierda absoluta. Y lo que todavía es peor, eres un puto cobarde. La única puta vez que has corrido ha sido para encontrar un nuevo agujero donde esconderte. Lo cual te convierte en un puto cobarde; un puto cobarde para ti mismo, para tus compañeros, para mí y para el cuerpo técnico, y para el club y su afición, que son los que te pagan el puto sueldo, y lo eres también a ojos de tu sentido de responsabilidad moral. Así que eres un puto cobarde y estás acabado, capullo de mierda.

Cierras de un portazo la puerta del vestuario. ¡Bang! Te largas puteado por el pasillo.

—¡Un capullo y un cobarde! ¡Un capullo y un cobarde! ¡Un capullo y un cobarde!

Peter le rodea con su brazo. Peter le dice:

—El Mister no quería decir eso.

Se lo dice a Green. A Webster. A McGovern. A Carlin. A O'Hare. A Hector. A Hinton.

Se lo dice todos, a todo el puto equipo, salvo a Dave Mackay:

—No quería decir ni una sola palabra de las que ha dicho, ya lo sabes. El Mister simplemente está decepcionado porque tiene muchas esperanzas puestas en ti, por lo mucho que cree en ti. Sabe que puedes llegar a ser el mejor. Así que está girado porque hoy no lo has sido, porque hoy te has fallado a ti mismo y le has fallado a él. Por eso está enfadado, porque se preocupa por ti, porque te quiere, porque piensa que eres el puto amo. Lo sabías, ¿verdad?

Y Green asiente. Webster asiente. Robson asiente. Durban asiente. McFarland asiente. McGovern asiente. Carlin asiente. O'Hare asiente. Hector asiente. Hinton asiente.

Todos ellos, todo el puto equipo, excepto Dave Mackay.

Es un 18 de enero de 1969 y acabas de perder 2-0 contra el Charlton.

Es tu primera derrota en catorce partidos de Liga.

Lo habéis convertido en arte. Peter y tú.

Y sigues en lo más alto de la Segunda División.

—

Se escucha de nuevo el sonido de unos pasos afuera del despacho, otra llamada a la puerta.

—¿Qué?! —grito.

Terry Yorath abre la puerta lentamente. Terry Yorath asoma la cabeza.

—¿Qué quieres, *Taffy*? —le pregunto.

—¿Sería posible tener una pequeña charla, señor Clough?

—Para ti soy el Míster —le dices.

Yorath repite:

—¿Sería posible hablar un momento, Míster?

—Sí —le dices—. Si te quitas las manos de los putos bolsillos.

Yorath se quita las manos de los bolsillos.

—Es sobre mi contrato.

—¿Qué pasa con tu contrato?

Yorath se vuelve a poner las manos en los bolsillos, entonces las saca de nuevo y dice:

—Ha expirado, Míster. Mi contrato...

—¿Y?

—Me preguntaba si firmaré uno nuevo —dice Yorath.

—¿Hablaste de tu nuevo contrato con mi predecesor?

Yorath asiente. Yorath dice:

—Sí.

—¿Y qué dijo él?

Yorath se seca los labios. Y dice:

—Me prometió que me doblaría los honorarios.

—¿Que qué?

Yorath se repasa los labios de nuevo. Yorath dice:

—Doscientas cincuenta semanales.

—¿Doscientas cincuenta a la semana? ¿Y por qué coño iba a prometerte eso?

Yorath se encoge de hombros. Yorath dice:

—Supongo que porque jugué más de treinta partidos la temporada pasada. Y porque ganamos la Liga.

—¿Quién más estaba al corriente de esta promesa?

Yorath se encoge de nuevo de hombros. Yorath dice:

—Solo el presidente, creo.

—De acuerdo, pues —le digo—. Te creo. Tendrás tu nuevo contrato el lunes.

Yorath asiente. Yorath murmura sus gracias. Pero Yorath no se mueve.

—¿Hay algo más que me quieras decir? —le preguntas.

—Wembley, Míster.

—¿Qué pasa con Wembley?

—¿Jugaré?

—No —le digo.

—¿Iré convocado?

—No —le digo de nuevo.

—Entonces... ¿No voy a ir a Londres?

—No —le digo por tercera vez.

Yorath levanta la vista y me mira. Yorath pregunta:

—Entonces... ¿Qué voy a hacer el sábado, Míster?

—Jugarás con el filial contra el Witton Albion, *Taff*.



Estáis de camino. Peter, Dave Mackay, el Derby County y tú.

Estas son las horas más felices de tu vida.

Este pequeño, viejo, anacrónico, vulgar, provinciano y aburrido club está subiendo como la puta espuma y la junta y Sam Longson no dan abasto para satisfacerte.

Las horas y los días más felices de tu vida.

Las llaves de sus coches. De sus casas de veraneo y de su mueble bar. De su cartera y su caja fuerte. Longson te alojó en el Hotel York la primera vez que bajaste a Derby; luego te trasladó al Midland, el hotel donde más tarde llegarías a un acuerdo con Dave y con Roy, el hotel que es ahora un hogar fuera del hogar para ti y para todo el puto equipo; Longson os ayudó

después a ti y a tu mujer y a vuestros hijos a encontrar una casa justo en las afueras de Derby, un hogar del que eres dueño.

Las horas, días y semanas más felices de tu vida.

Peinas los suburbios, sus casas adosadas, y fichas a los jugadores. Te encargas del entrenamiento y de la correspondencia. Limpias los baños y riegas el césped. Hablas para la prensa escrita y hablas en la televisión. Caminas por el campo cada domingo por la mañana y maquinas y planeas y maquinas y planeas.

Las horas, los días, las semanas, los meses más felices de tu vida.

Planeas quedarte arriba. Planeas subir. Planeas quedarte arriba. Maquinas.

Los momentos más felices de tu vida.



He cerrado la puerta del despacho con llave. He apoyado una silla contra ella. He abierto una nueva botella de Martell. Me he encendido otro cigarrillo. Mañana el Leeds tendrá que viajar a Londres. A jugar la Charity Shield. El duelo que enfrenta a los vigentes campeones de Primera División con los vigentes campeones de Copa. El Leeds United contra Liverpool. Es la primera vez que la Charity Shield se juega en Wembley; la primera vez que será retransmitida por televisión. Abrirá el telón de la nueva temporada. Es una idea auspiciada por Ted Croker, nuevo secretario y autoproclamado director ejecutivo de la Federación de Fútbol, a pesar de las protestas tanto del Leeds United como del Liverpool.

Hace dos años, cuando el Derby County conquistó el título, me negué a participar en la antigua Charity Shield, les puteé a todos sin descanso, a la Federación, a la directiva del Derby, a todo el puto equipo. Hace dos años mandé al Derby a hacer su gira de pretemporada en Alemania, en lugar de jugar la Charity.

Este año no hay escapatoria. No hay manera de escapar.

El sábado, sobre las tres de la tarde, tendré que encabezar la salida al campo de este equipo en Wembley. *Su* equipo. No el mío. A las tres de la tarde tendré que comparecer con el gran Bill Shankly a mi lado. Será la despedida de Shankly, que se retiró en julio. Su última ocasión para encabezar la salida

de su equipo en Wembley.

El camino a Wembley. Las torres gemelas. El estadio del Imperio⁸. El túnel. El himno nacional. Los apretones de manos. Las presentaciones. La muchedumbre. El pitido inicial.

A las tres de la tarde. A las tres de la tarde.

Y desearía no estar allí, desearía estar en cualquier sitio menos allí.

DÍA 10

Han saltado las alarmas y ha habido miedo. Ha habido insultos y amenazas. Vasos rotos y portazos. Dudas y miedos. Pero estabas en lo más alto en febrero y estabas en lo más alto en marzo y todavía lo estás ahora, en abril.

Vences al Fulham 1-0 y al Bolton 5-1.

Te has asegurado el ascenso y todavía quedan cuatro partidos por jugar, cuatro partidos que podrían verte ascender como campeón de Segunda División, cuatro partidos que empiezan con una victoria 1-0 contra el Sheffield United, una victoria 1-0 que abre la brecha que te separa del Crystal Palace hasta los siete puntos y que significa que el Palace necesita ganar sus últimos cuatro partidos y a ti te bastan dos puntos en los tres últimos para ser campeón. A partir de hoy.

Sábado, 12 de abril de 1969.

Tú y el equipo estáis de nuevo en Londres. De nuevo en vuestro autocar de lujo hacia uno de los mejores hoteles de la capital, de nuevo los desayunos en la cama, y de nuevo formidablemente recibidos por los aficionados que viajan con el equipo, esta vez en las inmediaciones de Cold Blow Lane, el estadio del Millwall, también conocido como The Den.

Hay un momento de pánico, un momento de duda, cuando descubres que os habéis traído la indumentaria equivocada, cuando descubres que tendréis que llevar la equipación suplente del Millwall.

—Esto es una maldición —dice Jack Burkitt—. Una maldición chungu, de las malas.

—Gilipolleces —le dices—. Estás diciendo gilipolleces.

Sales al rectángulo de juego del legendario The Den con la vestimenta suplente del Millwall y los jugadores del Millwall os hacen el pasillo para

aplaudiros, para aplaudir vuestro ascenso.

Pero hoy no estás pensando en el ascenso.

Solo piensas en los dos putos puntos y en el puñetero título y desde el pitido inicial controlas el partido, lo pillas por el puto pescuezo y ya no lo sueltas, ni ante el Millwall ni ante sus aficionados ni ante las puñeteras acrobacias de King, su portero, ni siquiera lo sueltas ante la polvareda y el viento que se levantan sobre Cold Blow Lane.

Nada te va a detener. De ninguna manera. Nada de nada.

Ni el Millwall. Ni sus aficionados. Ni su portero.

Ni el polvo ni el viento. Hoy no.

Mackay saca una falta en corto para Webster. Webster sube por la banda derecha. Webster centra hacia McFarland. McFarland la cruza de cabeza hacia Carlin sobre la línea de gol y Willie la acompaña hasta el fondo de las mallas, en el que será el único gol del partido.

Sois los campeones con un puto, sencillo y dulce fútbol de toque.

Los campeones de la Segunda División.

Sois los campeones.



El Leeds dormirá esta noche en el hotel Royal Garden de Kensington, así que hemos quedado para salir de Elland Road rumbo a Londres esta tarde. Pero el equipo todavía entrena esta mañana, mientras yo me dedico a trabajar en los contratos de Madeley, Allan Clarke y Frankie Gray. Los únicos contratos que todavía no están firmados son los de Giles y Yorath. Luego hay la rueda de prensa.

La longitud de la soga con la que te ahorcarías. Ese cuchillo. Ese revólver.

—No ha habido movimientos de ningún tipo con respecto a Shilton—les digo a los bolígrafos y a las libretas—. No he hecho ninguna oferta ni he preguntado por él. Aunque he considerado fichar a Peter Shilton un millón de veces antes, no lo he hecho desde que estoy en Leeds.

Muerden las puntas de sus bolígrafos y luego preguntan:

—¿Y qué hay de los rumores sobre jugadores que podrían salir?

—Nadie va a irse de este club, ni intercambiado ni de ninguna otra forma hasta que yo lleve mucho tiempo en mi puesto. Nadie ha preguntado por ningún traspaso, nadie se quiere ir y nadie se está yendo. Tengo dos guardametas con los que estoy encantado.

Se sopesan los mentones y preguntan.

—¿Por qué Giles no ha renovado todavía?

—Todavía no nos hemos sentado a hablar de ello —les digo—. Esa es la única razón.

Se suenan los mocos y preguntan:

—¿Qué sensaciones tiene para el partido de mañana?

—El partido es una fantástica oportunidad para empezar bien la temporada —les digo—. No existe un rival más duro que el Liverpool de Bill Shankly, y todos van a ir a muerte. Hemos entrenado duro esta semana, hemos currado, hemos fichado a un jugador y estamos con muchas ganas de jugar.

Mentiroso, mentiroso, estoy pensando. Ellos están pensando: *Tu cuerpo entero está que arde*.

Al terminar la rueda de prensa, saludo a los directivos y luego me cambio, agarro mi maleta del despacho y salgo hacia el autocar. Están todos allí sentados en sus trajes de domingo, fumando y farfullando, murmurando y esperándome, con sus libros de bolsillo y sus barajas de cartas. Hago que el Rastreador se cambie de nuevo de sitio, para así sentarme cerca de Bremner otra vez. Billy pone los ojos en blanco y se enciende otro cigarrillo.

—Me cago en la puta... ¿No se va a rendir, verdad? —dice.

—Nunca —le digo.

Este es el tipo al que he visto y sobre el que he hablado este vera-no, durante el Mundial, para la cadena de televisión ITV. Capitaneó a su equipo, derrotaron a Zaire 2-0, empataron con Brasil, empataron con Yugoslavia, dando la cara ante la prensa por sus chavales, este hombre que *fue* Escocia, el mismo hombre que se sienta ahora a mi lado y se queda mirando la lluvia a través de la ventana, por la autopista, este hombre al que Don Revie tenía por su segundo hijo, este hombre que caminaría a través del fuego por Don, que camina sobre agua para la gente de Leeds, para la gente de Escocia, este hombre que está a mi lado ahora, que se enciende otro puto cigarrillo y simula leer un libro de bolsillo hasta que finalmente se gira hacia mí, hasta que, finalmente, se gira hacia mí y me pregunta.

—Alguna vez jugó en Wembley, ¿verdad señor Clough?

El muy capullo. Capullo. Capullo.

A mitad de camino por la M1 el autocar se detiene en un área de servicio. Todo el mundo se baja a mear y a por café. Lluve con fuerza mientras cruzo el aparcamiento rumbo al vestíbulo.

El puto capullazo. Capullo. Capullo.

Salgo de los lavabos y me los encuentro a todos de pie, junto a las tragaperras, firmando autógrafos y besando a las camareras.

Los muy capullos. Capullos. Capullos.

—Venga va —les digo—. Vayamos todos a dar un paseo por el aparcamiento.

—¿Un paseo? —suelta Bremner—. No he dado un paseo en mi puta vida.

—A caminar —les digo—. A estirar las piernas, vagos de mierda.

Se me quedan mirando y, durante un segundo, parece que no lo vayan a hacer. Pero entonces el Capitán Bremner abre la puerta y los dirige, uno a uno, hacia el aparcamiento, bajo la lluvia, encabeza la comitiva de los campeones de Liga alrededor del estacionamiento de un área de servicio.

Bajo la lluvia. Con sus mejores galas. Bajo la lluvia. Con sus zapatos enlustrados.

—Bien hecho, Billy —le digo mientras le doy alcance—. Estírales las piernas.

—A la mierda —me suelta—. Me estoy quedando empapado.

—Pensaba que os encantaban estas actividades comunitarias de los cojones —le digo—. Una partida de golf. Un poco de bingo. Los bolos. Pensaba que era lo que más os ponía de Don. El estar juntos. Uno para todos y todos para uno. Una gran familia feliz.

—Tiene razón —dice Bremner—. Una gran familia feliz, hasta que apareció usted.



El último partido de la temporada. El último partido en Segunda División.

Sábado, 19 de abril de 1969.

En casa contra el Bristol City. En casa frente a 31.644 aficionados. En casa como Campeones.

Te has cortado el pelo, te has planchado el traje y le has sacado brillo a tus zapatos. Los jugadores, tus jugadores, dan la vuelta de honor al campo, mientras los jugadores del Bristol se quedan sobre el césped y esperan a que empiece el partido, mientras aguardan a que arranque el vapuleo.

El centro del campo, comandado por John McGovern, Alan Durban y Willie Carlin, está que se sale, y Durban anota un hat-trick en la primera parte que, sumado al gol de Kevin Hector y al de Alan Hinton, dan un total de cinco.

Dave Mackay mueve la pelota hacia arriba, hacia Wille Carlin. Carlin se mete dentro del área y la deja de tacón para Alan Hinton. Hinton avanza hacia la pelota sin parar, no detiene su zancada, y empalma un zurdazo que se cuela junto al poste.

Imparable. Imparable. Sencillamente imparable.

Green. Webster. Robson. Durban. McFarland. Mackay. McGovern. Carlin. O'Hare. Hector y Hinton.

Dave Mackay sube las escaleras. Mackay agarra el trofeo.

El trofeo de ganadores del campeonato de Segunda División.

Mackay lo sujeta en el aire con su mano derecha.

La muchedumbre ruge. La muchedumbre jalea.

¡Derby! ¡Derby! ¡Derby!

Te quedas de pie ante el presidente, los directivos y la junta, te quedas por detrás de ellos, de pie, junto a tus jugadores y tu trofeo, el sonido de la afición resonando por el Baseball Ground, resonando por toda la puta ciudad.

Hace justo un año veinte mil personas presenciaron tu derrota ante el Blackpool. El año anterior eran once mil. Hace un año Dave Mackay pensaba que había jugado su último partido. Hoy hay treinta y dos mil almas aquí. Hoy sois Campeones.

Estrechas la mano de Dave. Pete le palmea la espalda.

Dave Mackay es un año mayor que tú; tropecientos mil veces más laureado, tiene muchas más medallas, copas y convocatorias con la selección que tú y será nombrado «Futbolista del año» por esta temporada.

*Y tú sigues sonriendo de oreja a oreja.
Todavía sonriendo de oreja a oreja.
Y el presidente también. Y la junta directiva.
La puta ciudad entera.*



No es mi equipo. No es mío. Nunca lo será. Este es su equipo. *Su Leeds*. Su puto sucio Leeds, y siempre lo será. No mi equipo. Nunca. Mío no. Jamás. No mío. Nunca. No este equipo. Nunca.

Es medianoche pasada y no puedo dormir. He vuelto a beber demasiado y tengo un punzante dolor de cabeza. En la habitación del hotel hace demasiado calor y las almohadas son demasiado duras y echo de menos a mi mujer, echo de menos a mis hijos y desearía no ser yo, Brian Howard Clough. Ni esta noche ni mañana. Saco mi agenda. Descuelgo el teléfono. Marco su número y lo despierto.

—¿Quién es?

—Soy Brian Clough —le digo.

—¿Y se puede saber qué coño quieres, Brian? Son más de las doce de la noche.

—Lo sé —le dices—. Me sabe muy mal haberte despertado así.

—¿Estás borracho, tío? ¿Qué problema tienes?

—Este es tu equipo —le digo—. Me gustaría que lo presentaras tú en Wembley.

—¿Perdón?

—Tú ganaste la Liga —le digo—. Así que mañana sales con ellos al campo.

—El trabajo es tuyo ahora, Brian —dice Don Revie—. Te corresponde el privilegio.



El cielo está oscuro pero claro, la grada está vacía, excepto por la basura y por los ecos. Todo el mundo se ha ido a casa o al pub para celebrar el campeonato de Segunda División; el principio de la Edad de Oro. Pero tú

no.

Tú te quedas de pie en la boca del túnel de vestuarios del Baseball Ground y contemplas a Dave Mackay jugando con tus hijos, el mayor y el pequeño, que chutan pelota tras pelota tras pelota contra una pequeña diana de madera que descansa bajo la vieja tribuna principal.

Mételo en una caja, escóndelo en un árbol, el árbol más largo que veas...

Pelota tras pelota, pelota tras pelota tras pelota.

Porque hoy es el día más feliz de tu vida.

Porque es lo primero que has ganado en tu vida y, al igual que tus primeras botas, que tu primer beso y tu primer coche, nunca olvidarás el día de hoy, todas y cada uno de sus horas.

Sábado 19 de abril de 1969.

DÍA 11

Bill Shankly sale solo del túnel de vestuarios de Wembley, sale al terreno de juego, donde es recibido con una masiva ovación. Le ovaciona todo el estadio, tanto los hinchas del Leeds como los del Liverpool.

*You'll never walk alone.*⁹

Entonces Revie recibe el saludo desde el campo, de ambas aficiones.

*Marching on together.*¹⁰

Revie con su traje azul de la suerte; su proverbial estilismo para los partidos.

Los dedos cruzados por su equipo, por sus chicos.

Me doy la vuelta hacia Bremner en el túnel de vestuarios, me doy la vuelta para comprobar si está aplaudiendo a su antiguo Míster. Pero Billy se está mirando las botas. Billy lleva de un puto humor de perros desde que le hemos despertado, maldiciendo durante el desayuno, maldiciendo durante la comida. Se ha peleado con el recepcionista, con el camarero, con el conductor del autocar y con la mitad del puto equipo. Quizá sea el calor. O lo mismo sea Londres. La ocasión. Ahora camina hacia el campo detrás de mí, arrastrando el trofeo de campeón de Liga túnel abajo y a través del campo, liderando el desfile de las caras más largas que se han visto nunca en Wembley. Me doy la vuelta hacia Shank y su Liverpool y les aplaudo mientras caminamos desde el túnel a la línea de fondo, el equipo que construyó detrás de él; el equipo que construyó Revie, detrás de mí.

Harvey Clemence

Reaney Smith

Cherry Lindsay

Bremner Thompson

McQueen Cormack
Hunter Hughes
Lorimer Keegan
Clarke Hall
Jordan Heighway
Giles Boersma
Gray Callaghan

A través del estertor de las sesenta y siete mil personas que aplauden y que jalean, le pregunto a Bill: «¿Cuántas veces ha hecho esto, señor?».

Bill Shankly no responde. La cabeza erguida, la mirada inalterable.

En este su último partido. El último partido de su vida.

Concentrado en el futuro. Concentrado en el arrepentimiento.

Arrepentimiento. Arrepentimiento. Arrepentimiento.

Bremner y el Irlandés cazan y castigan los talones del Liverpool desde el pitido inicial; pero es el Rastreador el primero en sacar sangre. Le asesta un tajo de cinco centímetros a la espinilla de Thompson. Acto seguido Tommy Smith responde al Irlandés con una dosis de su propia medicina. Así empieza el partido.

La FA Charity Shield de 1974. Liverpool contra Leeds.

Sucio, sucio Leeds, Leeds, Leeds...

En cada patada y en cada contacto, en cada zancadilla y en cada puñetazo.

Esto es lo que creéis que somos —corea su afición—. Esto es quienes decís que somos.

Entonces esto es lo que somos —gritan ellos—. Esto es lo que somos.

Sucio, sucio Leeds —cantan los del Liverpool—. Sucio, sucio Leeds, Leeds, Leeds...

Sus ojos en las gradas. A mi espalda. Sus ojos en mi traje.

Sucio, sucio Leeds, Leeds, Leeds.

Así empieza y así terminará. Bremner y el Irlandés cosiendo al Liverpool a patadas. Especialmente a Kevin Keegan.

Un Keegan que les gana la espalda a Hunter y a Cherry con facilidad para soltar un disparo que Harvey no puede atajar y que permite que Boersma pille el rechace y perfore la red de un rodillazo a los veinte minutos de partido. A partir de entonces es un monólogo del Liverpool; Heighway y Callaghan

convierten a Hunter y a Cherry en un coladero. Gracias a Dios que Paul Reaney está en la derecha y Eddie Gray en la izquierda, porque el resto de ellos son una puta mierda.

Esto es lo que crees que somos. Esto es quienes decís que somos...

Esto es lo que somos. Esto es quienes somos.

Una vez fuera del campo, lejos de los focos, túnel y pasillo abajo, hasta la relativa penumbra y la absoluta pestilencia del vestuario de Wembley en la media parte, les digo: «Durante los primeros quince minutos eran vuestros. Entonces Bremner y el Irlandés, aquí presentes, han decidido dejar que Keegan campe a sus anchas por el campo y ahora estáis perdiendo, perdiendo por culpa del puto Kevin Keegan y de estos dos payasos, por culpa de esta pareja de payasos y por culpa de su puta falta de concentración y de su ausencia de puta responsabilidad, por culpa de su completa y absoluta abdicación de cualquier puñetero sentido de la responsabilidad».



Has construido un transatlántico con los restos de un naufragio. Has jugado cuarenta y dos partidos. Has ganado veintiséis de ellos. Has empatado once y perdido cinco. Has marcado sesenta y cinco goles en esos cuarenta y dos partidos y has concedido solo treinta y dos. Esas veintiséis victorias y los once empates han sumado los sesenta y tres puntos y el campeonato de Segunda División; el ascenso a la Primera División.

No puedes esperar a que arranque la nueva temporada.

No puedes, no puedes, no puedes soportar la puta espera.

Solo hay una pequeña cosita que arruina este momento y este lugar en tu vida, y esa pequeña cosilla se llama Leeds United y se llama Don Revie, ganadores del campeonato de Primera División; y para empeorar aún más las cosas, la prensa compara infatigablemente al Leeds con el Derby; ambos mantenéis la portería a cero; ambos tenéis una sala de máquinas escocesa, Bremner y Mackay; ambos sois equipos entrenados por tipos nacidos en Middlesbrough, Revie y tú mismo; cortados por el mismo patrón; la lista de comparaciones es interminable.

Pero tú no eres Don Revie y nunca serás Don Revie. Jamás.

Todo lo que la gente dice que eres es todo lo que no eres.

El Derby County no es el Leeds y tú no eres Don Revie.

Tú eres un traficante de dinamita que esperar volar por los aires el puto Reino del Esperma, el puto universo del fútbol entero, porque eso es lo que eres.

Brian Howard Clough, treinta y cuatro años y entrenador de un equipo de Primera División.

Brian Howard Clough y nadie más.

Un transatlántico con los restos de un naufragio.



A los quince minutos de la segunda parte, Kevin Keegan presiona al Irlandés por detrás y Giles se da media vuelta y le suelta un guantazo en la cara con su puño derecho. *Ellos quemarán la hierba.* Giles, el jugador-entrenador de la República de Irlanda; John Giles, el aspirante a segundo entrenador del Tottenham Hotspur; Johnny Giles, el que debería haber sido entrenador del Leeds United. *Convierte esta hierba en ceniza.* El árbitro desenfunda su libreta. Keegan suplica clemencia en nombre de Giles. El Irlandés se queda sobre el terreno de juego, pero es amonestado. *Convierte este campo en polvo.* Minutos después, Bremner y Keegan se enzarzan mientras el Leeds se prepara para ejecutar un tiro libre. *Ellos que esparcirán sal sobre esta tierra.* Se declara un océano de puños, patadas en los tobillos y codazos en las costillas. *Dejará este suelo convertido en piedra.* Keegan vuela y le suelta un gancho a Bremner. *Estéril y en barbecho por siempre jamás.* Bob Mathewson los expulsa a ambos.

Sucio, sucio Leeds, Leeds, Leeds...

Sus ojos en las gradas. A mi espalda. Sus ojos en mi traje.

Bremner y Keegan caminan por la línea de banda. Un largo y solitario camino hasta el vacío y desierto vestuario. Bremner y Keegan se arrancan las camisetas, la blanca con el número cuatro y la roja con el siete; camisetas que deberían estar orgullosos de vestir; camisetas que arrojan contra el suelo.

¡Esto es lo que te crees que soy! —grita Bremner—. ¡Este es quien dices que soy!

Camisetas que cualquier chaval soñaría con llevar, que cualquier niño desearía enfundarse.

¡Así que esto es lo que soy! —grita Billy—. ¡Este soy yo!

Pero no Billy Bremner. No Kevin Keegan.

Sus ojos en las gradas. A mi espalda.

Nadie aprende la lección; Jordan se pelea con Clemence y McQueen decide solucionarlo como un puto tren de mercancías. *Sucio, sucio Leeds, Leeds, Leeds*. Y para acabarlo de rematar, Allan Clarke tiene que ser evacuado con los putos ligamentos destrozados.

Sus ojos en ese traje, a mi espalda.

Diez minutos después, Trevor Cherry empata de cabeza; lo primero que hace bien en toda la tarde. Pero nadie está mirando. No ahora; ahora todas las cabezas están aceleradas, anticipan los acontecimientos. El partido se va a la tanda de penaltis; la primera vez que la Charity Shield termina así. No más Caridad¹¹, no más compartir el Escudo¹². Los penaltis acaban 5-5. Harvey y Clemence deciden entre porteros que ambos chutaran el sexto de sus respectivos equipos. David Harvey avanza. Y David Harvey la envía al poste. Ray Clemence no se mueve.

Callaghan avanza. Callaghan convierte el sexto penalti.

El Liverpool conquista la Charity Shield de 1974.

Pero nadie se entera. No ahora.

Ahora dos jugadores británicos han sido expulsados de Wembley.

Los dos primeros jugadores en ser expulsados de Wembley.

Ahora les va a caer —nos va a caer— el puto peso del reglamento encima. La puta sanción. La televisión y el Comité de Disciplina lo estudiarán. No puedes olvidarte del caso Rattin¹³. Estarán los que defiendan que el Leeds y el Liverpool sean expulsados de la Liga. Y sus entrenadores también. Los que defiendan que Bremner y Keegan deben ser suspendidos de por vida.

Multas ejemplares y puntos descontados.

En las tertulias televisivas. En las columnas de opinión.

En *sus* ojos. En *sus* ojos.

El estadio se vacía en silencio. El túnel. Los pasillos y los vestuarios. Nadie se sienta al lado de Bremner en el autocar que nos saca de Wembley. Lo hago yo. Le digo:

—Pagarás la multa de tu puto bolsillo y, si de mí dependiera, también pagarías la puta sanción de Keegan.

«¿Alguna vez jugó en Wembley, señor Clough?»

—No puede hacerme esto —dice Bremner—. El Señor Revie siempre pagó todas nuestras multas.

—¿Pero no está por aquí, verdad? ¿A que no le ves? —le digo—. Esta la pagarás tú.

«¿Jugó alguna vez en Wembley, señor Clough?»

Bremner me mira y Bremner jura venganza.

En la derrota. En el odio. En la sangre. En la guerra.

Sábado 10 de agosto de 1974.

DÍA 12

«¿Jugó alguna vez en Wembley, verdad, señor Clough? ¿Jugó en Wembley alguna vez? ¿Alguna vez jugó en Wembley?»

Solo jugaste allí una vez. Solo una pero sabes que tendrían que haber sido muchas más. Muchas, muchas, la hostia de veces más; estabas seguro de que así sería, especialmente después de la tragedia de Múnich en 1958 y de la muerte del delantero Tommy Taylor; estabas seguro de que eso influiría en Bobby Charlton. Sabes que tendrían que haber sido muchas, muchas más, de no haber sido por tu puto entrenador en el Middlesbrough, por tus putos directivos, todos ellos contándoles a los seleccionadores que tenías una personalidad complicada, que no te callabas nada, que eras problemático. Pero, pese a todo, no podían descartarte, no después del formidable partido que jugaste con la selección B de Inglaterra contra Escocia, en un amistoso en Birmingham, donde marcaste un gol y diste otros dos para terminar ganando 4-1. No tenías ninguna puta duda de que después de aquel partido irías al Mundial de Suecia, estabas totalmente convencido, sobre todo después de haber sido convocado para la gira del Telón de Acero por Rusia y Yugoslavia en mayo de 1958, solo un mes antes del Mundial.

La camiseta con el número 9 estaba entre tú y Derek Kevan.

La noche antes de la gira estabas tan nervioso que no pudiste dormir. Llegaste al aeropuerto tres horas antes. Estuviste dando vueltas. Te presentaste.

Pero nadie quería conocerte. Nadie quería compartir habitación contigo.

«Porque no puede parar de hablar de fútbol. Te ralla la cabeza.»

Pero Walter Winterbottom, el entrenador de Inglaterra, se sentó a tu lado en el avión.

—Quiero que juegues contra Rusia —te dijo—. Derek no. Tú, Brian. Le creíste. Pero no jugaste. Inglaterra perdió 5-0.

—Quiero que juegues contra Yugoslavia —te dijo al día siguiente—. Tú, Brian.

Y le volviste a creer. Y, una vez más, te quedaste sin jugar. Esta vez Inglaterra empató a uno gracias a un gol del puto Derek Kevan.

Después del partido contra Yugoslavia, Walter se sentó a tu lado y te lo dejó bien claro:

—No vas a ir al Mundial, Brian —te dijo—. Esta vez, no.

Tú no le creíste. Habías viajado a Rusia. Habías viajado a Yugoslavia. No habías disparado ningún balón. Ni siquiera lo habías tocado. Ni una sola vez.

—La temporada pasada, entre la Copa y la Liga, marqué cuarenta y dos goles —le dijiste a Walter—. Fueron muy útiles en los putos partidos del Middlesbrough, pero parece que no son ni remotamente suficientes para ti.

El entrenador y sus asistentes sacudieron sus cabezas, se llevaron el índice a los labios.

—No quemes todas tus naves, Brian. Ten paciencia y la oportunidad te llegará —te dijeron.

Marcaste cinco goles en el primer partido de la temporada 1958-59, cinco más en un partido de jugadores de la Liga inglesa contra jugadores de la Liga de Irlanda; otros cuatro en el día de tu vigésimo cuarto cumpleaños.

Entonces hubo clamor popular, presión mediática. Pero tuviste que seguir siendo paciente durante otro año entero hasta que te llegó la oportunidad.

Hasta que fuiste seleccionado para jugar contra Gales en Cardiff.

Te olvidaste las botas y te derramaste las judías y el beicon por encima, así de nervioso estabas, así de nervioso te ponía jugar con tu país.

Y ahora eso es todo lo que puedes recordar de tu debut con la selección de Inglaterra en el estadio Ninian Park; lo puñeteramente nervioso que estabas, cuán jodidamente acojonado.

Pero once días después fuiste convocado para jugar contra Suecia en

Wembley.

«¿Jugó alguna vez en Wembley, verdad, señor Clough? ¿Jugó en Wembley alguna vez? ¿Alguna vez jugó en Wembley?»

Los sueños que habías tenido con ese césped, ese estadio, esa camiseta, ese escudo; los goles que ibas a marcar sobre esa hierba, en ese estadio, con esa camiseta, por ese escudo, delante de tu madre, delante de tu padre, frente a tu hermosa nueva mujer, pero aquel día...

28 de octubre de 1959.

Chutaste al larguero y le diste un pase de gol a John Connelly, pero no fue suficiente. Estuviste marcado férreamente y no pudiste escapar. No encontraste espacios.

Sus habilidades provincianas se perdieron en la magnitud del escenario, se quedaron pequeñas en Wembley.

Sobre ese césped, en ese estadio. Por ese escudo, con esa camiseta.

Los suecos os hicieron picadillo; los suecos os ganaron 2-3; no fue suficiente.

No fue suficiente para ti. No fue suficiente para la prensa. No fue suficiente para Walter.

—¿Cómo es posible que juegue de delantero centro junto a Charlton y Greaves? —le preguntaste—. *Corremos todos en busca de la misma pelota. Tendrás que quitar a uno.*

Pero Walter amaba a Bobby. Walter amaba a Jimmy. Y Walter no te amaba a ti.

Walter te quitó a ti, de modo que aquellos dos partidos, contra Gales en Cardiff y contra Suecia en Wembley, aquellos dos partidos fueron toda tu aportación a la gloria de Inglaterra.

«¿Jugó alguna vez en Wembley, verdad, señor Clough? ¿Jugó en Wembley alguna vez? ¿Alguna vez jugó en Wembley?»

251 putos goles en Liga y dos putos partidos con la selección.

Veinticuatro años de edad y tu carrera como internacional finiquitada. A la mañana siguiente te subiste a un tren rumbo a Brighton con el resto de tus compañeros del Middlesbrough. Tampoco marcaste en aquel partido. Al día siguiente el Middlesbrough viajó a Edimburgo para jugar contra el Hearts. Te pasaste seis horas analizando el partido de Inglaterra con Peter, en el

compartimento. Sin cartas. Ni bebida. Solo cigarrillos y fútbol, fútbol, fútbol.

Fútbol, fútbol, fútbol y tú, tú y tú.

Porque entonces sabías que volverías.

Volverías como entrenador de Inglaterra, volverías como el seleccionador más joven de la Historia de Inglaterra; porque naciste para entrenar a tu país, para liderar a Inglaterra a la salida del túnel de vestuarios, en ese campo, para liderar a Inglaterra en el Mundial.

Un segundo, un tercero y un cuarto Mundial.

Porque es tu destino. Tu sino.

No es la suerte. Ni es Dios. Es tu futuro.

Es tu venganza.

DÍA 13

Te despiertas, desayunas y haces caso omiso de los periódicos. Te duchas, te afeitas y haces caso omiso de la radio. Tienes el equipamiento dentro y el coche fuera y haces caso omiso de los vecinos. Adiós familia, adiós Derby. Hola autopista, hola puto lunes por la mañana; la puta mañana del lunes después del partido del sábado.

El Leeds y el Liverpool deshonran Wembley; las estrellas del fútbol intercambian puñetazos...

Aquí llega el puto reglamento, arrojado sobre ellos —sobre todos nosotros — a modo de venganza. Se comenta incluso que se acusará a Bremner y Keegan de altercado público; justo lo que necesitan ahora es a un puñetero magistrado que vaya a por ellos, un puto juez que los cuelgue.

Bien, aquí estoy, preparado y más que dispuesto...

Los jugadores deberían haber tenido el día libre. Para recuperarse del sábado y descansar hasta el martes. Pero no después del sábado. No después de lo que me hicieron pasar; de los dolores de cabeza que me dieron y los dolores de cabeza que me quedan por delante; no después de las reuniones de la junta directiva y de las ruedas de prensa; tengo que hacer la convocatoria para el partido de mañana por la noche y tengo el puto contrato del Irlandés de mierda por redactar.

Odio los putos lunes, siempre los odié.



El tiempo no se detiene. El tiempo cambia. El tiempo se mueve deprisa. El Derby no puede quedarse quieto. El Derby tiene que cambiar. El Derby tendrá que moverse deprisa.

Los jugadores son los mismos, pero el escenario cambia y la nueva tribuna, la tribuna Ley, se alza hasta rebasar los edificios que la rodean; debería haber sido bautizada como la puta tribuna de Brian Clough, porque de no haber sido por ti, nunca hubiese salido de la mesa de dibujo, porque fuiste tú quién levantó las expectativas de la ciudad, el que aumentó, antes que nadie, la demanda de entradas. Tú vislumbraste una nueva tribuna que permitiera aumentar la capacidad del Baseball Ground hasta los cuarenta y un mil espectadores; tú ojeaste los planos originales y descubriste que no había espacio suficiente. Tú fuiste a ver al director de la fábrica de acero Ley y le dijiste que querías cuarenta y cinco centímetros de su propiedad para tu nueva tribuna. Tú prometiste construirle una valla nueva y desplazar sus postes de alta tensión, tú le mandaste a tomar por el culo cuando te habló de indemnizarle; tú le dijiste que su indemnización consistiría en bautizar la nueva tribuna con su nombre y tener entradas gratis de por vida. Tú, que todavía tienes planes de comprar todas las casas que quedan en el lado opuesto del estadio, porque solo tú puedes vislumbrar más allá de los cuarenta y un mil, puedes vislumbrar asistencias de cincuenta mil, vislumbras asistencias de sesenta mil espectadores, el título de Primera División, la Copa y la Copa de Europa.

Solo tú tienes el estómago para hacer este trabajo, solo tú tienes los cojones.

Nadie más. Ni Peter ni tampoco Longson, solo tú.

Tú y tu estómago. Tú y tus cojones.

Han pasado dieciséis años desde la última vez que el Derby estuvo en Primera División y las expectativas son tales que se desborda la venta de abonos. Se da prioridad al público que quiera comprar abonos para dos temporadas consecutivas en lugar de solo una. Se producen también algunos cambios entre bastidores.

Jimmy Gordon reemplaza a Jack Burkitt como preparador físico.

«Es un trabajo que ya está hecho —dice Jimmy—. Tenemos a los jugadores y tenemos la disciplina. El trabajo del Míster será diseñar la estrategia de juego y el mío consistirá en hacer que se pueda cumplir en el campo.»

El tiempo no se detiene. El tiempo cambia. El tiempo avanza deprisa.

Así que el Derby cambia. Avanza deprisa.

Tú lo empujas y lo arrastras, lo empujas y lo arrastras durante todo el camino, montaña arriba, montaña arriba hasta la cumbre, y nunca olvidarás aquellas primeras semanas en lo alto, aquellas primeras semanas en Primera División, aquel primer sábado.

En casa contra el Burnley, el Burnley, que la temporada pasada terminó en mitad de la tabla. En casa delante de veintinueve mil aficionados. Eso cambiará con los buenos resultados. Pronto se registrarán asistencias de cuarenta mil para arriba: cuarenta mil o más personas para ver a tu equipo, a tus chicos.

Green, Webster, Robson, Durban, McFarland, Mackay, McGovern, Carlin, O'Hare, Hector y Hinton.

Tienes suerte de empatar 0-0 y hubieses perdido de no ser por los fulminantes reflejos de tu cancerbero, Les Green, que ataja un penalti.

Pero no es suerte. Ni hoy. Ni nunca.

Juegas un fútbol metódico y de calidad; la pelota rasa, a los pies, siempre hacia delante.

Pero tocas de pies en el suelo. Y no tienes vértigo a las alturas.

No lo tienes hoy; el primer sábado de la temporada, ni lo tendrás durante las primeras semanas, durante todo el primer mes: juegas tu primer martes fuera de casa, en Ipswich, y consigues tu primera victoria. Bajas a Coventry el sábado siguiente y empatas. Vuelves a jugar contra el Ipswich de nuevo, ahora en casa, y los derrotas otra vez. Dos empates más contra el Stoke y el Wolverhampton. Y luego otra victoria fuera de casa, contra el West Brom.

Lo siguiente es viajar de vuelta a Hartlepool en partido de Copa de la Liga.

Aquí el tiempo se ha detenido. Aquí el tiempo no ha cambiado. No ha avanzado.

Todavía hay más semillas que hierba en el césped del Victoria Ground, todavía sigue tan nivelado como una calle adoquinada, todavía sin iluminación artificial hasta el minuto ochenta. Pero el Hartlepool va a por el partido y al descanso seguís todavía 0-0.

En la segunda parte McFarland y Carlin marcan, pero el Hartlepool recorta distancias antes de que Hinton sentencie de penalti.

Has llegado hasta aquí. Este es el que eres ahora:

Has sido nombrado «Entrenador del mes de agosto». Te obsequian con un cheque de cincuenta libras y una botella de cuatro litros de whisky escocés.

«Su Derby County es probablemente el primer equipo desde el Ipswich Town de Alf Ramsey o el Leeds de Don Revie en irrumpir tan poderosamente en Primera División», dice el portavoz de los patrocinadores del galardón. «Clough no solo ha conseguido devolver el más genuino entusiasmo a uno de los baluartes del fútbol inglés, sino que también ha restablecido el prestigio futbolístico del Derby County y de las tierras del interior de Inglaterra.»

Continúas tu marcha batiendo al Everton 2-1 frente a las cámaras del Match of the Day de la BBC. Luego ganas sendos partidos fuera consecutivos: 0-3 al Southampton y 0-1 en Newcastle, y sigues invicto. Lo siguiente es la visita del Tottenham y una victoria por 5-0 frente a una asistencia récord de casi cuarenta y dos mil espectadores.

Fácil. Fácil. Fácil —corea la afición—. Fácil. Fácil. Fácil.

El Tottenham de Jimmy Greaves y Alan Mullery. Dirigido por Bill Nicholson.

«Nos han humillado —dice Bill Nicholson—. Tienen mucho talento y no solo corren, sino que saben cuándo y dónde correr. ¿Dave Mackay? Si hubiese deseado que algo así le sucediera a alguien, no sería a nadie más que a él. Con seis como él no necesitarías jugar con nadie más. Es una inspiración para todos y una razón para creer en el fútbol. Uno de los mejores jugadores de todos los tiempos.»

«Estoy feliz por el equipo porque todo el mundo ha jugado muy bien — dice Dave Mackay—. No porque derrotáramos a un equipo como el Tottenham, sino porque uno solo puede sentirse feliz cuando está en un equipo que juega así. Es el mejor partido que hemos jugado desde que llegué.»

Y tú, el bocazas más grande del fútbol... ¿qué tienes tú que decir?

«No hace falta decir nada después de lo de hoy. Estoy muy orgulloso de los chavales.»

Has llegado hasta aquí. Este eres tú. Y aquí es donde estás.

En Primera División. En lo más alto. No querrías irte nunca de aquí.

El sol nunca brilla en Elland Road. No en el campo de entrenamiento. No desde que estoy aquí. No me extraña que los niños no quieran venir al trabajo conmigo. Ni tampoco mi mujer. Solo hay viento y sombras, niebla y lluvia; mierdas de perro y charcos, chándales violetas y rostros morados.

Están hartos de mí y yo estoy harto de ellos.

Pero ellos se lo han buscado. Son los putos responsables.

«Solo voy a deciros esto una vez —les dices—. Me trae sin cuidado lo que os contaran antes de mi llegada; los pequeños trucos, las pequeñas artimañas, los pequeños fraudes y las pequeñas trampas que vuestro antiguo entrenador y sus antiguos preparadores os enseñaron, el caso es que no tienen cabida en mi equipo. De ninguna manera. Así que cosas como las que sucedieron en Wembley el sábado no se repetirán. Me avergoncé de que se me asociara con vosotros, con este equipo, con la forma en que —la mayoría de vosotros— os comportasteis, así que no lo voy a consentir. No en este club. No mientras yo sea el entrenador.»

«¡Así que, como se repita, no solo os encontraréis buscando el dinero para pagar vuestras putas multas, sino que también os tendréis que buscar otro puto club donde jugar!»

Llevas a tu equipo, a tus chicos, a Elland Road el sábado 25 de octubre de 1969 para jugar contra los Campeones, los campeones de Primera División.

Esto no será lo mismo que el año pasado. Nada que ver con esas tres derrotas de Copa. Esta vez tú también eres de Primera División.

Esta vez no será lo mismo.

Esta vez se percatará de tu presencia. Esta vez te respetará.

Claro que, de repente, las cosas no te están yendo tan bien. Quizá es que las cosas te estaban yendo demasiado bien; lo mismo sea que te has vuelto complaciente; erais el único equipo imbatido de la categoría. El único hasta que perdiste con el Sheffield Wednesday, luego empataste con el Chelsea y el Crystal Palace y perdiste de nuevo en casa contra el Manchester City.

Robson está lesionado y el resto del equipo solo aguanta infiltrado, gracias a las inyecciones de cortisona.

Cortisona para enmascarar el dolor, para enmascarar el puto miedo, para enmascarar las putas dudas.

El Derby County no ha ganado un partido desde que derrotaras al Manchester United 2-0.

Ganaste al Manchester United de los Charlton, Best y Kidd.

Pero eso fue entonces y ahora esto es Leeds, Leeds, Leeds.

Sprake. Reaney. Madeley. Bremner. Charlton. Hunter. Lorimer. Clarke. Jones. Bates y Gray.

Leeds United, campeones de Liga de la temporada 1968-69.

Cuarenta y cinco mil aficionados presencian en Elland Road la victoria de su equipo 2-0 gracias a dos goles marca de la casa; el primero de Clarke después de que el juez de línea conceda una falta que saca Bremner; el segundo, tres minutos después, cuando Bates juega el balón hacia delante y conecta con Clarke, que está en fuera de juego, como mínimo por tres o cuatro metros.

Pero la bandera del juez de línea no se levanta y el gol sube al marcador.

En la media parte tu equipo, tus chicos, protestan. Les dices que se callen. Les dices que escuchen y aprendan de una puta vez.

«Son implacables —les dices—. Luchan por cada pelota. No desperdician ninguna oportunidad. Ahora quiero ver vuestro coraje y quiero verlos defender.»

El Leeds no huele la pelota en toda la segunda parte. Ni una sola vez. Pero tampoco conceden ningún gol. Ni uno solo.

En el túnel de vestuarios Revie te estrecha la mano. Revie te dice.

—Tuvisteis mala suerte.

—No existe nada parecido a la suerte —le contestas—. La suerte no existe, Don.



El Irlandés enrosca de nuevo el tapón de su nueva pluma y devuelve la

estilográfica al bolsillo de su americana. La secretaria del club agarra el nuevo contrato y lo pone en un cajón del escritorio.

—Un placer hacer negocios con ustedes, caballeros —dice el Irlandés.

—Igualmente —le digo.

Se ríe.

—Querías que me largara y lo sigues queriendo y puede que aún consigas salirte con la tuya. Pero también eres lo suficientemente inteligente como para saber que el arranque de temporada se te ha echado encima y que con todas las lesiones y las suspensiones que arrastras, me necesitas. Estarás la hostia de agradecido cuando me veas el sábado, fijo que sí.

—Fijo que sí —le digo.

—Claro que sería la hostia de irónico que el señor Nicholson aceptara nuestras condiciones antes del sábado, ¿no le parece, señor Clough?

—Me has leído el pensamiento —le dices.



Sigues sin haber vuelto a ganar, no has vuelto a ganar desde el 4 de octubre. Y ya han irrumpido en escena los escépticos y los jactanciosos, han irrumpido en las gradas y detrás del banquillo, a la salida del vestuario y en los pasillos, en el despacho de la junta directiva y en los bares, aquellos que estaban en lo cierto desde el principio, los que sabían que esto no duraría, que esto sería flor de un solo día, un espejismo, que si la Edad de Oro y el nuevo Advenimiento en el Derby County...

Pero por muy altas que sean las voces en las gradas y en la calle, en las redacciones de los periódicos y en el despacho de la junta directiva, nunca son más altas que las que resuenan en tu cabeza.

Las voces que te dicen lo mismo de siempre, las voces que dicen que la has cagado.

«Esto es el final, Brian. Estás acabado, Clough.»

Estas son las voces que escuchas mañana, tarde y noche; cada mañana, cada mediodía y cada noche. Estas son las voces que tienes que silenciar; las voces que tienes que ensordecer.

«Ganaré, no perderé. Ganaré, no perderé. Ganaré, no perderé.»

El 1 de noviembre de 1969 el Liverpool de Bill Shankly visita el Baseball

Ground.

Lawrence. Lawler. Strong. Smith. Yeats. Hughes. Callaghan. Hunt. Graham. St. John y Thompson; sus nombres son un poema, su entrenador, el poeta.

Ganar. Ganar. Ganar. Ganar...

Pero has estado demasiado tiempo a los pies del maestro; y ahora el discípulo necesita darle una lección a su profesor, lo necesita.

Ganar. Ganar. Ganar...

McGovern marca el primer gol pasado el cuarto de hora desde el extremo derecho del área pequeña; golpea la pelota con el exterior de su pie derecho, traza un efecto que rebasa a una cortina de jugadores y se cuela junto al palo contrario.

El segundo gol llega cuarenta y siete segundos después; Hector le roba la cartera a Strong, avanza hasta dentro del área y la coloca entre Lawrence y el poste más cercano.

Ganar. Ganar...

El tercero llega después de que McGovern retrase el balón para Durban, para que este habilite a Hinton, desmarcado, que aprovecha la ocasión para picar una vaselina hasta el poste contrario donde Hector marca a placer.

A los sesenta y ocho minutos Hector irrumpe de nuevo. Se vuelve a ir de Strong y se la da a Durban, que corre junto a él. Durban pone un centro en la misma boca de gol y O'Hare la mete de tacón. Pero entonces el juez de línea levanta la bandera y cuarenta mil gargantas claman la injusticia, pero no tu equipo, no tus chicos.

Tus chicos siguen yendo a lo suyo y un minuto después Hector vuelve a encarar la portería solo, directo a su hat-trick, pero cuando ya solo le queda batir a Lawrence, se la deja O'Hare para que este marque a puerta vacía.

¡Ganaré!

«No es ningún drama caer derrotado por el Derby —dice Shankly—. Cuando juegan bien, pueden ganar a cualquiera.»

Volverás a ganar al Liverpool de nuevo en febrero, en Anfield, su estadio, pero en tu mente sigue habiendo un solo partido; en tu cabeza, una sola voz, desde ahora y hasta que llegue el momento.

El momento del regreso del Leeds United y de Don Revie.



—Cualquier acción disciplinaria que pueda ser tomada será tomada en privado.

—Entonces, ¿está diciendo que se tomarán *algunas* medidas disciplinarias contra Bremner?

—Ni digo que sí, ni que no —declaro—. Solo estoy diciendo que todo lo que se haga al respecto se hará en privado.

—Pero, pero, pero... —martillean, martillean, martillean.

A estas alturas ya conozco sus caras, ya conozco sus nombres y sus periódicos; a qué hora tienen que tener la crónica lista y a qué hora imprime la rotativa; conozco los tragos que les gusta beber, cuándo les gusta tomárselos y cuánto desean beber. Y, a estas alturas, ellos ya saben qué preguntarme y qué no; qué escribir y qué no; porque prácticamente soy yo el que les redacta las crónicas; el que les hace el puto trabajo.

Y están encantados conmigo por ello. Joder si me quieren.

Cada vez que abro la boca.



Estos tendrían que ser los días, las semanas y los meses más felices de tu vida, sin embargo, aquí y allá, entre bastidores, existe siempre la duda, existe siempre el miedo y existen siempre problemas.

Siempre problemas, a la vuelta de cada esquina, al final de cualquier pasillo.

En noviembre de 1969 el secretario del club dimite, incapaz de lidiar con las exigencias de la Primera División, incapaz de lidiar con las exigencias del presidente y de la junta directiva, del entrenador y de su segundo.

El entrenador y su segundo.

Se han cometido errores. Las cuentas no salen. Quedan contratos por firmar.

Al ascender a Primera División se os ofrecieron contratos nuevos a los dos, a ti y a Peter, contratos nuevos que no incluían ninguna cláusula en

concepto de incentivos, contratos nuevos que continúan sin ser firmados.

Has llevado al Derby County a la Primera División.

Has vuelto a ser nombrado «Entrenador del mes».

«Pero sigo interesado en cualquier trabajo que pueda salir», declaras a la prensa. Y la prensa sabe que hay una vacante en el banquillo del Barça. La prensa sabe que el Barça está interesado en ti. La prensa suma dos y dos. La prensa escribe otro titular:

«Clough y Taylor en conversaciones con el Barcelona.»

Tú ni lo confirmas ni lo niegas.

El Coventry City ha mostrado interés por ti. El Birmingham City está interesado.

«Queremos a un entrenador joven y dinámico —dice el presidente del Birmingham—. Y Brian Clough, obviamente, estaría incluido en esa categoría.»

El Birmingham te hace una oferta que triplica tu sueldo en el Derby. Peter ya ha hecho las maletas y ha comprado billetes a Birmingham. O a Coventry. O a Barcelona.

Pero siempre existe la duda. Siempre hay miedo. Siempre está el Tío Sam.

Sam Longson lee los titulares. Sam Longson se caga en los pantalones. Sam Longson se encierra contigo y con Peter en el despacho de la junta directiva.

Sam Longson te promete lo que quieras.

Peter y tú firmáis los nuevos contratos. Contratos distintos.

—El entendimiento, la bondad, la honestidad y la confianza que nos habéis demostrado a Peter y a mí desde que llegamos a Derby hace imposible que nos vayamos del club —le dices al Tío Sam—. Y tengo muchas ganas de que nuestra relación y nuestros éxitos —sin olvidar el trabajo duro — continúe durante años.

El Tío Sam te estrecha hacia él. Bien apretadito. Sus alas te envuelven.

—Haré todo lo que sea necesario para manteneros aquí —le dice al hijo que nunca tuvo.

—En tal caso deshazte de la maldita directiva; Bradley, Payne, Turner y Bob Kirkland. Esos tipos están en contra nuestra, en contra de nuestros

métodos, se interponen en nuestro camino.

El Tío Sam asiente. El Tío Sam te llena los bolsillos de billetes.

La directiva te entrega el nuevo contrato. La directiva te concede un aumento —ya era hora, coño—. Pero no a Peter. Peter no lo sabe. No sabe que tus honorarios anuales han ascendido a quince mil libras, el doble de lo que cobra el Arzobispo de Canterbury.

«Lo único que puedo decir al respecto es que el campo del Derby está lleno, pero las iglesias están vacías.»



Debajo de las gradas, al cruzar las puertas. Camino de nuevo hasta la puta esquina, otra vez por el puto pasillo, en dirección a Syd Owen y Maurice Lindley. Se cruzan conmigo sin pronunciar palabra. Entonces Syd irrumpe a mi espalda. Por lo bajini. Por detrás. Syd musita algo entre dientes que suena parecido a:

—Durante todo el tiempo que estuvieron retenidas, las hijas de la casa no conocieron pretendiente que pidiera sus manos.

Me detengo. Me doy media vuelta.

—¿Perdón? —le digo.

—Su teléfono está sonando.

—¿Qué? ¿Dónde?

—Justo ahora —dice Syd—. Mientras pasábamos por delante del despacho. Maurice ha estado a punto de abalanzarse y contestar en su lugar; lo hubiese hecho, pero le he contado que nos habías dicho que no lo hiciéramos, ¿no es así?

—Claro que puede que todavía esté sonando —dice Maurice Lindley—. Si se apura igual lo pillá.

A la vuelta de la esquina, por el pasillo, camino rumbo al despacho. Puedo escuchar el teléfono sonar. Sonando, sonando y sonando. Saco mis llaves. Abro la puerta. Llego al escritorio.

Descuelgo el teléfono.

No hay línea.



No puedes pegar ojo. Llevabas esperando a que llegara este día desde el 25 de octubre del año pasado. Llevas toda la temporada esperando este partido.

Lunes de Pascua. 30 de marzo de 1970. Derby County contra Leeds United.

No has perdido desde que cayeras contra el Queens Park Rangers en febrero. No lo has hecho desde que fichaste a Terry Hennessey, del Nottingham Forest, por cien mil libras. Estás arriba, tienes opciones de acabar entre los cinco primeros. Estás en posición de clasificarte para la Copa de Ferias. Te está yendo bien.

Pero no tan bien como al Leeds United. No tan bien como a Don Revie, Oficial de la Orden del Imperio Británico.

El Leeds United va segundo en la Liga, está en semifinales de la Copa de Europa, donde se enfrentará al Celtic de Glasgow, y ha alcanzado la final de Copa contra el Chelsea. Está a punto de consumir un trébol sin precedentes.

Leeds, Leeds, Leeds; marchando juntos:

David Harvey, Nigel Davey, Paul Peterson, Jimmy Lumsden, David Kennedy, Terry Yorath, Chris Galvin, Mick Bates, Rod Belfitt, Terry Hibbitt, Albert Johanneson.

Es el equipo suplente y los cuarenta y un mil aficionados lo abuchean cuando el Leeds es anunciado por megafonía; el Baseball Ground ha sido estafado y quiere que le devuelvan su dinero; y, joder, si estuviera en tus manos, se lo darías.

Estás furioso, echas humo y buscas a Revie. Te lo encuentras rodeado de Les Cocker, Lindley y Owen y se lo sueltas todo, a discreción.

—Escucha a la puta afición —le dices—. Han venido a ver a los campeones de Liga. Se han dejado la pasta para ver a los putos campeones. No al puto filial del Leeds United. Has engañado a esta afición. A la gente de Derby. A mi equipo.

—Te puedes quedar con el partido de hoy y con la Copa —dice Revie—. Pasado mañana jugamos la semifinal de la Copa de Europa contra el Celtic, y si estuvieras en mi lugar, harías lo mismo.

—Nunca —le dices—. Jamás.

Sacas a tu equipo de gala. Les derrotas fácilmente 4-1, pero la gente se pasa los noventa minutos abucheando. Incluso disminuyen los aplausos para el Derby.

Y no puedes echarles la puta culpa. Ni puedes ni lo harás.

La Federación sanciona al Leeds y a Revie con cinco mil libras por no alinear a su mejor once y tu odio será tan completo y fecundo como estéril y vacío será el final de temporada del Leeds. Quedará segundo en la Liga por detrás del Everton, perderá contra el Celtic las semifinales de la Copa de Europa y sucumbirá ante el Chelsea en el partido de desempate de la final de Copa.

—Pero si hubieses estado en mi lugar —dice Revie en el túnel de vestuarios—, hubieses hecho lo mismo.

Tú ignoras su mano y le dices, le prometes que:

—Nunca seré tú, Don.

Dos meses después Revie es nombrado entrenador del año.

Por segundo año consecutivo.



La puerta está cerrada con llave y la silla está encajada contra el pomo. Me cuelga un cigarrillo del labio y el teléfono de la mano.

—¿Señor Nicholson? —pregunto—. Aquí Brian Clough.

—Buenas tardes, señor Clough —dice Bill Nicholson—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Bien. Se trata de John Giles.

—¿Qué pasa con él?

—Podría sumarse a su proyecto.

—Imagino que me está tomando el pelo. ¿Después de lo del sábado?

—¿El sábado?

—Estuve en Wembley, señor Clough. Giles estuvo peor que Bremner. Diez veces peor. Deberían haberlo expulsado.

—¿Es esa su última palabra?

—Puede tomarla como tal, sí.

Cuelgo el teléfono. Saco mi agenda. Descuelgo el auricular.

—Aquí Brian Clough —dices en Huddersfield—. ¿Podría hablar con Bobby Collins, por favor?



Siempre existen dudas, siempre hay miedo, siempre hay problemas.

A la vuelta de cada esquina. Al final de cada pasillo. Detrás de cada puerta. En cada cajón.

Cuatro días después de que hayas derrotado a los suplentes del Leeds United, cuatro días después de asegurarte una plaza en la Copa de Ferias, una plaza en Europa, la comisión asociada de la Liga y de la Copa emite su veredicto sobre las cuentas del Derby County: las cuentas del Derby County han sido inspeccionadas por la comisión porque se han detectado chapuzas administrativas. Grandes chapuzas. Unas gigantescas chapuzas de la hostia.

Se han vendido más entradas de las permitidas. Las cuentas no cuadran. Quedan contratos por firmar. Se han hecho pagos de manera ilícita.

La comisión asociada de la Liga y de la Copa declara al Derby County culpable de ocho delitos de negligencia en la administración del club; de no haber declarado los contratos de tres jugadores a la Liga; de alterar los pagos contractuales durante la temporada; de adeudar dos mil libras a Dave Mackay Limited en concepto de derechos de imagen; y culpable de pagar prestaciones en concepto de alojamiento a sus becarios en lugar de hacerlo a sus arrendadoras.

Cada tecnicismo. Toda la letra pequeña.

«Los delitos enumerados fueron admitidos por los representantes del club. Por consiguiente, la comisión declara culpable al club de los delitos de los que ha sido acusado y, una vez investigados los cargos, la comisión ha concluido que ha existido negligencia en la administración del club, por lo que los miembros de la junta directiva tendrán que asumir responsabilidades. Una vez considerados los delitos como uno solo, la comisión ha impuesto una multa de diez mil libras y ha decidido en consecuencia prohibir la participación del club en cualquier competición europea durante la temporada 1970-71, además de en todos los partidos amistosos que deban celebrarse bajo la jurisdicción de cualquier otra federación nacional antes del 30 de abril de 1971.»

La Federación y la Liga han dejado caer todo el peso de la ley — vengativamente— sobre ti y os han impuesto las sanciones más duras en la historia del fútbol inglés. Una multa de diez mil libras, la prohibición de jugar en Europa durante un año y las cien mil libras que dejarás de ingresar por no hacerlo.

«Una terrible injusticia», declara el alcalde de Derby.

Pero esto es personal, sabes que lo es; es por las cosas que has escrito.

Por las cosas que has dicho, en los periódicos y en la televisión.

El conflicto ha estallado porque has criticado abiertamente a Alan Hardaker, el secretario de la Liga. Según parece no puedes decir que tiene demasiado poder.

Pero no hay mal que por bien no venga y la situación procura a Longson la munición que necesita.

«De un tiempo a esta parte —declara Sam Longson a la prensa local y a la prensa nacional— estoy en desacuerdo con la política y el proceder de algunos de los directivos. De hecho, le pedí al presidente de la junta que dimitiera en noviembre porque queríamos a un hombre más fuerte. Él habla de una junta unida, pero lo cierto es que tres de los miembros de la directiva, el señor Paine, el señor Turner y el señor Kirkland, no me hablan desde hace medio año aproximadamente.»

Longson pide la dimisión de Paine, Turner y Kirkland.

Payne, Turner y Kirkland piden la dimisión de Longson, la de Peter y la tuya.

Llamas al Birmingham City. En el Birmingham City se frotran las manos.

La primera iniciativa popular para intentar que Clough se quede arranca en Derby.

Solo puede ganar uno.

Harry Paine dimite. Ken Turner dimite. Bob Kirkland dimite.

«Cuando entré en la directiva del Derby County —escribe Kirkland—, asumí ciertas responsabilidades. Para renunciar a esas responsabilidades es necesario estar informado de todas las decisiones importantes del club. Lamento decir que no he sido informado, especialmente de los asuntos que despertaron la reciente investigación de la Federación y de la Liga. Tengo que dejar bien claro que solo tuve constancia de todos esos asuntos una vez

concluida la investigación. Entendí que mi deber era permanecer en la junta para no perjudicar el resultado de la investigación, pero a la vista de las profundas divisiones que no han sido reveladas, siento que debo dimitir inmediatamente como directivo.»

*Solo hay un ganador; siempre hay solo un ganador.
Brian Howard Clough.*



—Llegas pronto a casa —me dice mi mujer—. Es impropio de ti. ¿Te encuentras bien?

—¿Quieres que me vuelva a ir? ¿Que me vaya a un pub? —le pregunto.

—No seas bobo. Es una bonita sorpresa.

—Aprovéchala al máximo —le digo—. Pasaré tiempo fuera esta semana.

—Tienes suficientes camisas, ¿verdad?

—Ya me espabilaré —le dices.

Se acerca. Me envuelve el cuello con sus brazos y me pregunta:

—¿Lo harás?

—Tendré que hacerlo —le dices—. No me queda otra, ¿no?

—Eso no lo digas nunca —señala—. Siempre nos tendrás a nosotros. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué es lo que crees que me mantiene cuerdo?

—No lo sé —sonríe—. Pensaba que decías que era el fútbol lo que te mantenía cuerdo.

—Ya no —le dices—. Ya no.

DÍA 14

Cassius Clay se convierte en Muhammad Ali. Los Quarrymen se convierten en los Beatles. Lesley Hornby se convierte en Twiggy y George Best se convierte en Georgie Best.

Superestrellas.

Es un mundo nuevo. Es una nueva Inglaterra.

Los colorantes. La televisión en color. Los flamantes nuevos periódicos. El Sun. Las crónicas y las tertulias. Las crónicas y las tertulias que necesitan opiniones. Mentes con opiniones. Bocas con opiniones.

Una boca y una mente como las tuyas, bien abiertas.

Bien abierta como tus brazos y como tu cartera.

A tu mujer no le entusiasma. A Peter, tampoco. Pero a Sam Longson, sí.

«Tienes algo más grande que ofrecerle al fútbol», te asegura el Tío Sam.

En el verano de 1970, Alf Ramsey e Inglaterra disputan el Mundial de México. Pierden a razón de veinte libras en apuestas por partido y les cuesta respirar. Tú estás en los estudios de Independent Television ganando cientos de libras por partido y sufriendo por respirar junto al otro comentarista, Malcolm Allison¹⁴, también conocido como Big Mal y Big Head.

Sois comentaristas televisivos. Sois líderes de opinión.

Abrís la boca. Y decís lo que pensáis.

Sois controvertidos. Y estáis seguros de vosotros mismos.

Os estáis ganando una reputación.

Una nueva identidad.

Ahora te llaman Cloughie.

Llevo aquí una hora de pie contemplando su puesta a punto, sus ejercicios; aquí, a la sombra de este campo, bajo este cielo enfermizo. El partido de esta noche es en Southampton, el último de los llamados amistosos antes de que arranque la temporada.

Tenemos que ir en avión.

Yo no quiero ir; ni una sola parte de mí. Pagaría mucha pasta por salir de aquí.

Muerdepiernas se acerca hasta donde estoy.

—Estoy algo preocupado por la manera en que botamos los córners el sábado —dice—. Tenemos que encontrar la manera de lanzarlos bien y me preguntaba si tiene alguna idea al respecto.

—Sois futbolistas profesionales, coño —le digo—. Arregladlo vosotros.

El Derby County finaliza la temporada 1969-70 en cuarta posición; cuarto en tu primera temporada en Primera División. Has jugado cuarenta y dos partidos de Liga, has ganado quince en casa y siete fuera; habéis marcado sesenta y cuatro goles y habéis encajado treinta y siete. Terminas la temporada con cincuenta y tres puntos, trece menos que el Everton, el campeón, cuatro menos que el Leeds, segundo, y tres menos que el Chelsea, tercero. Pero dos más que el Liverpool y ocho más que el Manchester United. El Derby acaba cuarto; el Derby debería jugar en Europa la temporada siguiente, en la Copa de Ferias.

Pero no lo hará. El Derby ha sido excluido. Pero a pesar de la exclusión en Europa, a pesar de las peleas de la junta directiva, a pesar de las nubes negras y de las señales poco halagüeñas, las esperanzas para la nueva temporada, la 70-71, siguen siendo altas.

Esperanzas en el terreno de juego. Esperanzas fuera de él. Esperanzas escaleras arriba. Esperanzas escaleras abajo.

Se ha nombrado a un nuevo secretario del club; de hecho, lo has nombrado tú.

No se lo preguntaste a la junta directiva. No se lo preguntaste al Tío

*Sam. No se lo preguntaste a Peter y no se lo preguntaste a tu mujer.
Les acabas de contar a todos que has nombrado a Stuart Webb.
Stuart Webb viene del Preston North End. Stuart Webb es joven.
Los trajes de Webby son immaculados. Webby tiene proyección
empresarial.*

Ambiciones en llamas. Ardientes ambiciones que queman.

*Webby quiere controlar por completo la administración del club,
promover los ascensos en las categorías inferiores, recuperar a los socios
del Junior Rams, el club para los aficionados más pequeños, y organizar
noches de premios.*

Quiere hacer fuera del campo lo que tú has hecho dentro.

Stuart Webb quiere ser tú. Stuart Webb quiere ser Brian Clough.

Webby quiere ser Cloughie.

No puedes culparle. Nadie puede.

*Todo el mundo quiere ser tú. Todo el mundo te adora: padres, hijos,
mujeres e hijas. Jóvenes y viejos, ricos y pobres. Porque las esperanzas son
elevadas en las casas pobres y porque las esperanzas son elevadas en las
casas pijas.*

Las esperanzas que has generado. Esperanzas que tienes que satisfacer.

*El Manchester United ha llegado al Baseball Ground para jugar el gran
partido de pretemporada; la final de la Copa Watney¹⁵ de 1970. Delante de
treinta y dos mil espectadores.*

*Retransmitido en directo por televisión. En directo porque juega el
Manchester United:*

*Stepney. Edwards. Dunne. Crerand. Ure. Sadler. Morgan. Law. Charlton.
Kidd y Best (con Stiles en el banquillo).*

El único y genuino Manchester United de Law, Charlton, Kidd y Best.

*Pero es tu equipo, son tus chicos, los que le meten cuatro, los que los
aplantan disparo tras disparo, los que consiguen que los de Manchester se
queden descolocados gracias, simplemente, a un sinfín de pases al primer
toque, es tu equipo, son tus chicos, los que encuentran espacios, los que
abren la defensa contraria en canal.*

Una y otra vez, una y otra vez.

Al final del partido, los hombres de Manchester dirán que solo era un

amistoso; otro partido de pretemporada; un entrenamiento sin consecuencias. Pero tú sabes que los amistosos no existen.

Porque sabes que no es posible conectar y luego desconectar.

Te sientas en el banquillo y contemplas la cojera de Denis Law, la disolución de Kidd y Best y el cansancio extremo de Bobby Charlton. Y entonces miras a tu equipo, a tus chicos; cada uno de ellos dándolo todo, al 100%, porque saben que no pueden conectar y luego desconectar; porque saben que el fútbol es un juego de hábitos; porque saben que el hábito debería consistir en ganar.

Has generado esperanzas. Esperanzas que tienes que satisfacer.

Y lo haréis; Peter, Sam, Webby y tú.

La Edad de Oro por fin ha llegado.



En el despacho de la junta directiva de Yorkshire se corren las cortinas estilo Yorkshire. La hora del juicio ha caído sobre ellas, sobre todos nosotros. La secretaria de la Federación y su Comité de Disciplina han concluido su cuarta reunión en Londres. La junta del Leeds ha recibido la declaración de la Federación.

Me sirvo un trago largo de coñac y me siento junto a Bremner.

Manny Cussins saca la declaración y la lee solemnemente en voz alta:

—Bremner del Leeds y Keegan del Liverpool serán suspendidos con tres partidos cada uno, que se harán efectivos a partir del 25 de agosto, a no ser que los jugadores recurran personalmente la sanción.

Cussins hace una pausa y mira a Bremner.

Bremner sacude la cabeza.

—Tanto Bremner del Leeds como Keegan del Liverpool serán sancionados separadamente según lo estipulado por el artículo 40 A7 de la Ley de la Federación, por haber desprestigiado el juego con su comportamiento, que tuvo como inmediata consecuencia la expulsión del terreno de juego. A ambos jugadores, a sus entrenadores y a un representante de sus respectivas juntas directivas se les exige personarse el viernes a una reunión con el señor Vernon Stokes, presidente del Comité de Disciplina, en la sede de la Federación.

Cussins deja la declaración a un lado. Los ojos de la directiva se

depositan ahora sobre mí.

Me enciendo un puro. Le doy un sorbo al coñac. Me doy la vuelta hacia William Bremner y le digo:

—Te van a colgar por lo que has hecho, estúpido cabrón.



A pesar de las elevadas expectativas, a pesar de la Copa Watney, siempre hay nubes negras y señales poco halagüeñas que se ciernen sobre ti, pero aún más sobre Peter, que está preocupado y acojonado.

«Andamos cortos de preparación —repíte una y otra vez—. Y sin preparación, estamos perdidos.»

Acojonado; un día detrás de otro, uno detrás de otro.

Así arranca la temporada 1970-71. Peter, ansioso de nuevo, jodiendo su Vida Deportiva, fumando como un carretero, mordiéndose las uñas, padeciendo los mismos sueños de nuevo, esas pesadillas que le susurran que la habéis cagado, que la ha cagado, sus días de dudas, sus noches de pavor.

Solo dudas y miedos. Sin auxilio y sin cena.

Peter piensa que os tendríais que haber largado a Grecia el pasado marzo; a Grecia para trabajar para los Coroneles¹⁶ por veinte mil libras al año más diez mil para fichajes, todo libre de impuestos. Peter hubiese ido, pero no había trabajo para Peter si no iba con Brian. En tu habitación secreta del Hotel Mackworth, Peter te suplicó y te imploró que aceptaras el trabajo.

«No hago negocios con dinamita», le dijiste.

Peter cree que os tendríais que haber ido a Birmingham en abril; al Birmingham para trabajar para Clifford Coombs. Peter hubiese ido, pero no había trabajo para Peter si no iba con Brian. La escena se produjo de nuevo en tu habitación secreta del Hotel Mackworth. Peter te lo imploró y Peter te lo suplicó, te lo suplicó y te lo imploró y te lo suplicó.

Barcelona. Grecia. Birmingham. Coventry. Cualquier sitio menos este.

—Pero yo estoy feliz aquí —le dijiste entonces y le dices ahora—. Estamos haciendo algo grande.

Pero Peter nunca está feliz con tu terreno; la hierba siempre está más verde en tu valle, la suya, en cambio, no es nada más que un campo de

hierbajos y de piedras. Nada más que hierbajos y piedras.

—Andamos cortos de preparación —dice una y otra vez—. Fracasaremos si no estamos bien preparados.

—La temporada pasada no lo hicimos mal —le dices—. Si no salió mal entonces...

—Pero si ahora fracasamos —te dice—, ¿quién nos querrá, Brian?



Odio volar y el puto equipo no me lo pone precisamente fácil; no hablan ni hacen bromas, no beben ni fuman, simplemente se sientan y se quedan mirando al respaldo de los asientos que tienen delante. A las instrucciones de seguridad. Yo y todos.

Pienso en mi mujer. Pienso en mis hijos...

Sobre el cielo de Inglaterra, muy arriba, entre los putos pájaros y las nubes, nadie se siente invencible. No aquí arriba. Ni siquiera yo. No sin una bebida o un cigarro en la mano. Aquí arriba todos son mortales, arrepentidos, todos desean volver allí abajo, tener los pies en el suelo, hacer lo correcto, hacer las cosas bien, hacerlas mejor.

Estarán bebiendo té, mi mujer y mis hijos, viendo un poco de tele...

Nunca volé con el Middlesbrough. Nunca volé con el Sunderland.

Luego será la hora del baño y la de acostarse; si se portan bien, les leerán un cuento...

Nunca lo hubiese hecho si nos hubiésemos quedado en el Hartlepool de los cojones.

Buenas noches, que durmáis bien; apago la luz, dulces sueños.

Si pudiera, no lo volvería a hacer. Nunca más.

Dulces, dulces sueños.



Observa. Descubre. Reemplaza. Observa. Descubre. Reemplaza.

Eso es lo que hace Peter; lo que hace Peter por dinero; lo hace para sentirse merecido, para sentir que se le necesita, que es importante. Stuart Webb le ha estado comiendo la oreja a Peter; le ha estado contando acerca

de un chaval escocés que juega en su antiguo club, el Preston North End. Así que Peter va a ver a Archie Gemmill y noventa minutos después Peter llama por teléfono al Baseball Ground.

«He visto a uno —te dice—. Vente con el talonario de Longson, rápido.»

Conduces hasta Preston. Conoces a Alan Ball, el padre del legendario jugador de la selección inglesa y entrenador del Preston North End. Acuerdas pagar sesenta y cuatro mil libras por Gemmill.

Siempre y cuando Gemmill quiera ir contigo (que seguro que quiere, siempre quieren).

Peter vuelve a casa. Se siente de nuevo necesitado e importante; su trabajo, consumado.

Ahora empieza el tuyo. Te acercas a casa de Gemmill. A los dos minutos de haber entrado sabes que tu trabajo no ha hecho más que empezar. Puedes percibir la presencia de otro club. El Everton, campeón de Liga, también está aquí; lo puedes percibir en la voz de Gemmill, lo ves en sus ojos y lo hueles en su ropa. Y luego está la mujer de Gemmill, Betty. Te ha visto por televisión y no está muy entusiasmada con lo que ha visto. Ni con esa boca que tienes ni con esas opiniones. Betty, además, está embarazada y es contraria a cualquier otro cambio en su vida.

A los dos minutos sabes que esta noche no volverás a casa. Así que te arremangas la camisa, te metes en la cocina y te pones a fregar los platos.

—Me gustaría consultarlo con la almohada —dice Archie Gemmill.

—Buen chaval —le dices—. Me echaré una siesta en la habitación de invitados, si no te importa.

A la mañana siguiente Betty cocina beicon y huevos, mientras Archie firma el contrato entre la mermelada y el ketchup.

Un trabajo bien hecho. Eso es lo que tú eres.

Vuelves al campo del Preston. Le cuentas las novedades a Ball. Ball no parece demasiado triste. Ball cree que te la ha colado.

—No es el jugador que crees que es —dice Ball—. Tu amiguito Peter está mal de la cabeza.

No le escuchas. Te importa un comino. Vosotros, Peter y tú, conocéis a los jugadores. Nadie más conoce a los jugadores. Solo Peter y tú.

—Tú y tu amiguito no estáis haciendo amigos precisamente —dice Ball.

No le escuchas; te la suda.

No te la podría resbalar más.

Vuelves a Derby. Vendes a Willie Carlin al Leicester. Dejas que Peter se lo diga. Que le agarre de la mano. Que le apacigüe el corazón.

Que se lo inyecte de cortisona. Y que le seque las lágrimas.

No te la podría resbalar más.



Hay quince mil personas en The Dell, el campo del Southampton, para presenciar el puto partido de homenaje a Ted Bates. El último de estos putos desfiles de modelitos. Clarke, Madeley y Yorath no han viajado, así que salgo con Terry Cooper y Eddie Gray en el once inicial para ver cómo responden de cara al sábado. También alineo a Hunter en la primera parte, pese a que está suspendido para el sábado. Lo pongo porque tengo a un par de clubs interesados en las gradas, un par de clubs que lo quieren ver a él, a Cherry, a Cooper y a Harvey. Se trataría, para empezar, de vender a estos cuatro, de pegarle luego el tiro de gracia al Irlandés y de comprar a Shilton, Todd, McGovern y O'Hare. Entonces ya tendré la mitad del trabajo hecho.

Claro que, de momento, sigo en el gallinero; arriba, en el gallinero, a cuatro días de empezar la temporada.

En el banquillo, entre murmullos, Jimmy Gordon pregunta:

—¿Qué es lo que anda mal, Míster?

—¿Qué quieres decir? ¿De que estás hablando?

—Ni siquiera los está mirando —te dice—. Tiene la vista perdida en el techo de la grada.

—Vete a la mierda —le dices—. Tú haz tu trabajo que yo haré el mío.

Solo hay dos cosas buenas en este partido: la actitud de los jugadores, por una puta vez, y el primer gol de Duncan McKenzie para el club. Un disparo desde veinte metros que se cuele por el palo largo. Duncan también falla un montón de ocasiones. Pero al menos ha aprovechado una.

Tan solo dos cosas positivas en noventa puñeteros minutos de fútbol.

No es suficiente. Jimmy lo sabe. Yo lo sé.

Hay algo que no funciona.

Los jugadores también lo saben. Lo sienten en sus botas.
La temporada empieza en cuatro días. La temporada empieza fuera de casa.



*Es Halloween de 1970 y Peter parece un muerto. Sabes cómo se siente.
Habéis jugado catorce partidos en lo que va de temporada y solo habéis ganado cuatro. Has perdido en casa con el Coventry, el Newcastle, el Chelsea y el Leeds.*

Leeds, Leeds, Leeds:

No disparaste ni una sola vez, ni siquiera la llegaste a tocar. No tuviste nunca la puta confianza. Solo cortisona. Norman Hunter fue nombrado jugador del partido, todo un coloso; la defensa del Leeds se salió y marcaron el Rastreador Clarke y Peter Lorimer.

El Leeds subió dos puestos en la tabla, tú bajaste cuatro.

Ahora has perdido 2-0 contra el Arsenal y vas vigésimo en la Liga.

Peter está estirado en la mesa de tratamiento de Highbury. Tenía muy mala cara cuando veníamos de Paddington en autocar y no se le veía mucho mejor en el banquillo, a tu lado.

—Daría cualquier cosa por quedarme aquí —te dice.

—Venga ya —le dices—. Mañana te llevas al equipo a Mallorca.

Peter abre los ojos. Ojos inyectados en sangre. Levanta la vista hacia ti.

Tú no vas a ir a Mallorca. No esta vez. Los niños están de vacaciones de mitad de trimestre y te vas a pasar la semana con ellos y con tu mujer.

No vas a ir a casa a hacerte las maletas; no vas a conducir hasta el aeropuerto de Luton; no vas a volar a Mallorca a las tres de la mañana.

Será Peter quien lo haga, con sus dolores en el pecho, con sus dudas y con sus miedos.

Tú no. Solo Peter. Peter y el equipo.



Soy el primero en el autocar. En el autocar de vuelta al aeropuerto. Al menos habrá bebida en el avión. En el avión de regreso a Leeds.

Leeds, Leeds, puto Leeds.

Soy el primero en bajarme cuando aterriza. El primero en subirme al autocar rumbo a Elland Road. El primero en bajar de nuevo. Los pocos jugadores que todavía pueden andar se estampan contra sus coches en la oscuridad. Pero yo no tengo ni coche ni hogar; hay un taxi esperando en Elland Road que nos lleva a mí y a McKenzie de vuelta al Hotel Dragonara.

Situado al lado de la estación de tren de Leeds, es el hotel moderno y lujoso más cercano al campo del Leeds United. Si está usted interesado en conocer las tarifas para fiestas de grupos, por favor póngase en contacto con el jefe de ventas...

Parte del grupo Ladbroke.

Me siento en mi moderna y lujosa cama en mi moderna y lujosa habitación. Miro a través de la moderna y lujosa ventana hacia Leeds, una moderna ciudad de cemento.

Ciudad Autopista, Ciudad del Futuro.

Me estiro a través de mi moderna y lujosa cama y enciendo la moderna y lujosa radio. Pero ni rastro de Frank Sinatra. O de Tony Bennett. Nada de los Ink Spots y ni siquiera una puta gota de coñac. Salgo de mi moderna y lujosa cama, bajo por el moderno y lujoso pasillo y aporreo la puerta de un moderno y lujoso futbolista.

Golpeo y golpeo y vuelvo a golpear otra vez.

—¿Quién es?! —grita Duncan McKenzie—. Es la una de la mañana.

—Soy Cloughie —le digo—. Te quiero ver abajo, en recepción.

Duncan es un buen chaval. Duncan no discutirá. Duncan vendrá.

—Deme cinco minutos, Míster —responde—. Tengo que vestirme.

—No te retrases ni un segundo —le digo.

La recepción está vacía. Solo hay una corriente de aire y una mierda de música que la recepcionista es incapaz de desconectar. Discuto sobre la música y sobre el cierre del bar, pero aun así me las arreglo para conseguir un té y luego me siento con los pies en alto a esperar a McKenzie.

—Has tardado un huevo —le digo—. Peor que una mujer.

McKenzie se sienta. McKenzie saca sus cigarrillos.

—No vuelvas a dejar que te vea bajar de un avión en ese estado —le digo.

—¿A qué se refiere? ¿En qué estado?

—No vayas de listo conmigo, chaval. Estabas borracho como una cuba.

—Pero si yo no bebo, Míster —dice él—. Solo había tomado un par de tónicas.

—Suerte que te he pedido una puta taza de té, entonces, ¿no?

—Sí, Míster —dice. Y apaga un cigarrillo y se enciende otro.

—Y ya puestos, dame uno de esos —le digo.

Me pasa un cigarrillo y mantiene el fuego prendido.

Le doy una calada y le pregunto:

—¿Con quién estabas sentado en el avión?

—No me acuerdo ahora mismo —dice McKenzie—. Creo que con Trevor Cherry.

—¿Qué te ha dicho de mí?

—¿Perdón?

—Venga, va —le digo—. ¿Que coño estaba diciendo Cherry de mí?

—No hablamos de usted —dice—. Solo estábamos charlando. De amigos en común.

Sé que está mintiendo. Sé que no han hablado de otra cosa que de Cloughie.

—Te has adaptado bien —le digo—. Confían en ti. Pero dime, ¿de qué hablan?

—De nada —contesta.

—Vete a la mierda —le digo—. Se supone que eres mis ojos y mis oídos en el vestuario de los cojones. Así que dime qué coño dicen de mí.

—Nada. En serio, Míster —suplica—. Solo les preocupa su futuro. Están nerviosos.

—Por supuesto que están nerviosos que te cagas —le digo—. Son todos una puta panda de viejos; la mayoría de ellos ha rebasado los putos treinta.

—Solo quieren jugar bien.

—Deja de hablar de ellos de una puta vez, ¿de acuerdo? —le digo—. ¿Qué pasa conmigo? Nadie parece entender mi posición. Nadie entiende el caos que Revie dejó a su paso, el caos que me ha legado; sin contratos, con una plantilla demasiado veterana. El equipo estaba acabado y él lo sabía. No tienen ninguna posibilidad de ganar la Copa de Europa. Por eso se fue a tomar por el culo y aceptó el trabajo de seleccionador de Inglaterra. ¿O acaso te

crees que se hubiese largado de un equipo con opciones de ganar la Copa de Europa? ¿Ese hombre? Cuando los cerdos vuelen. Están acabados; lo sabía él y lo sé yo. La mitad de los putos futbolistas lo sabe; lo saben en el interior de sus botas y lo saben en sus corazones. Pero ahora es mi trabajo decírselo, decirles lo que ya saben pero que no tienen putas ganas de escuchar.

Duncan es un buen chaval. Duncan no discutirá. Duncan asentirá.

—Gracias a Dios que te tengo —le digo—. Ahora desaparece de mi vista.

Duncan se levanta. Duncan sonrío. Duncan dice:

—Buenas noches, Míster.

—Vete a la mierda —le digo—. Lárgate antes de que te dé un beso de buenas noches.

Pero Duncan no se mueve.

—Míster, ¿le puedo hacer una pregunta?

—Si me das un pitillo.

Duncan me extiende uno. Luego pregunta:

—¿Qué le ha parecido mi gol?

—Ha estado bien —le digo. Y Duncan sonrío.

Es una sonrisa desahogada, en plan Gato de Cheshire.

Igualito a mi hijo el mayor. Igualito al pequeño.

—Casi lo suficientemente bueno como para disimular las muchas ocasiones que has fallado. ¡Ahora vete a la puta cama, que tienes entreno por la mañana, me cago en todo!



Son las primeras horas del sábado, del sábado 9 de enero de 1971. Esta tarde juegas en casa contra los Wolves. Estás estirado, despierto, junto a tu mujer.

No puedes dormir. No puedes soñar.

Pensabas que las cosas estaban mejorando; los empates contra el Liverpool y el Manchester City, las victorias sobre el Blackpool y el Forest. Pero luego perdiste en casa contra el West Ham y fuera con el Stoke. Y empataste 4-4 con el Manchester United el día de San Esteban.

4-4 después de que os fuerais al descanso ganando 2-0. Culpas al puto

Les Green. Culpas al puto Pete; fue Peter quien se lo trajo del Burton Albion; es Taylor el que lo sigue defendiendo, el que sigue pagando sus deudas de juego, librándole de las pruebas de paternidad, prestándole dinero y manteniéndolo en la alineación cuando ya te ha costado varios partidos.

Escuchas cómo suena el teléfono. Sales de la cama. Escaleras abajo.

—No nos veremos hoy —dice Taylor—. No he pegado ojo en toda la puta noche. Me siento como si estuviera muerto. Creo que tengo cáncer.

—Te veo en el campo en media hora —le dices.

—Estoy fatal —te dice—. Seguro que tengo cáncer.

—Te quiero allí a las nueve como muy tarde —le dices—. Y cuelgas.

Me siento muerto. Me siento muerto. Me siento muerto.

Sacas la agenda y sacas el listín telefónico y empiezas a hacer llamadas; a llamar para pedir favores, para negociar con tu fama; para mover hilos, para conseguir lo que quieres.

El mejor tratamiento para Peter.

Consigues que el departamento de rayos X del hospital de tu barrio abra en fin de semana. Consigues al mejor médico de Derby para que venga, para que se traiga a un oncólogo con él.

Recoges a Pete en el campo. Le llevas al hospital.

Y entonces esperas, esperas en el pasillo, esperas y rezas por Pete.

—Ha tenido un ataque al corazón —dice el médico—. Probablemente hará unas ocho semanas.

—El partido contra el Arsenal —le dices a Pete—. ¿Recuerdas cómo estabas?

—¿Cuándo fue? —pregunta el doctor.

—El 31 de octubre —le dices—. Perdimos 2-0.

—Pues la verdad es que encaja perfectamente —dice el médico—. Ahora tiene que llevarle a casa despacio y asegurarse de que se quede allí.

—Esta tarde tenemos partido contra los Wolves —dice Pete—. No puedo.

—No tiene ningún partido. Ni lo tendrá durante unas cuantas semanas —le dice el médico a Pete—. Es importante que haga reposo absoluto.

Ambos le dais las gracias al médico, al especialista y al departamento de rayos X. Luego conduces a Pete despacio y le dejas en casa, te aseguras

de que no se mueva.

De nuevo dejas fuera del equipo inicial al viejo amigo de Peter, Les Green; lo dejas fuera después de ciento veintinueve apariciones consecutivas en Liga y Copa; lo dejas fuera y le dices que nunca volverá a jugar ni para el Derby County ni para Brian Clough.

Juegas con Colin Boulton en la portería. Pierdes 2-1.

Es la duodécima derrota de la temporada.

DÍA 15

Me despierto en mi moderna y lujosa cama en mi moderna y lujosa habitación de hotel con una monumental resaca y nadie a quien culpar excepto a mí mismo.

Nadie excepto yo, Harvey, Stewart, Lorimer, los Gray, Bates, Clarke, Hunter, McQueen, Reaney, Yorath, Cherry, Jordan, Giles, Madeley, Bremner, Cooper, el puto Maurice Lindley y el puto Sydney Owen.

Dos victorias, un empate y una derrota —en los penaltis— y yo debería estar feliz; si esto fuera real, el Leeds tendría ahora cinco puntos en cuatro partidos, cuatro partidos fuera de casa, y yo estaría feliz; no extasiado, no tirando cohetes, pero tampoco destruido; ni fatalmente descompuesto, simplemente feliz. Pero esto no es real.

Real es el sábado. Real es el partido fuera contra el Stoke.

Salgo de la cama. Me ducho y me afeito. Me visto. Bajo las escaleras para ver si todavía puedo conseguir algo de desayuno. Me siento en el desierto comedor y me quedo mirando mis huevos con beicon, mi té, mi tostada, procurando no vomitar otra vez.

Esto no es la vida real. No la vida que quería.

Aquellos días ya pasaron. Estos están aquí.

Esto no es vida, no para mí.



Enero de 1971 es un mes miserable. Peter sigue todavía en casa, Sam sigue de vacaciones; estáis solo tú y Webby, y ya te estás arrepintiéndote de haber contratado al puto Stuart Webb como puñetero secretario del club; el

club es demasiado grande para sus zapatos de pijo.

El público lleva toda la mañana acercándose al campo para comprar entradas para la eliminatoria de Copa contra los Wolves; están casi todas vendidas; tengo la moqueta cuajada de pasta, los ayudantes la están metiendo en bolsas de plástico y en papeleras; lo que sea, donde sea con tal de apartarla de en medio. Y entonces irrumpe el puñetero trepa del secretario, el puto secretario al que contrataste, que ahora parece estar sometiéndome a un tercer grado de los cojones.

—Las chicas de la oficina dicen que había cuatro cubos de basura llenos de pasta —dice—. Aquí hay tres, ¿dónde está el cuarto?

—¿Y cómo coño debería saberlo? —le dices.

—Alguien dijo que te lo llevaste a casa a la hora de comer, para ponerlo a buen recaudo.

—¿Quién diablos te ha dicho eso?

—No importa quién me lo ha dicho —dice—. Lo que importa es dónde está el dinero.

—¡Exacto! —le dices—. Así que deja de hacer la cotorra ¡y empieza a buscarlo de una puta vez!

—De acuerdo —dice—. Lo haré y llamaré a la policía para que me ayude, ¿te parece?

—De acuerdo, de acuerdo —intervienes—. Está en casa. Mañana lo traigo.

—¿Por qué te lo llevaste a casa?

—Pues, en primer lugar, porque no nos dabas la llave para la caja fuerte y, en segundo lugar, porque está más seguro en mi casa que en esta oficina de mierda y, en tercer lugar, porque puedo hacer lo que me salga de los cojo-nes aquí porque soy el puto jefe, no tú. Tú eres el secretario y estás a mis ór-denes.

Stuart Webb sacude la cabeza. Stuart Webb se despide de un portazo.

Peter sigue enfermo, Sam sigue de vacaciones.

De repente, este es un lugar solitario.



El taxi me deja en el campo. El entrenamiento ya ha terminado, los jugadores se han ido a casa. Pero yo atravieso las puertas. Bajo las gradas. Doblo la esquina. Pasillo abajo. Bobby Collins me está esperando.

Bobby Collins, antiguo capitán del Leeds, ahora entrenador del Huddersfield.

—Llega tarde de la hostia —te dice mientras le muestras tu despacho—. Puede que el Huddersfield no esté en Primera División, señor Clough, pero soy un hombre ocupado y detesto que me hagan esperar.

Abro un cajón. Saco una botella de whisky escocés.

—¿Una copa?

—Ahora no, muchas gracias.

Me sirvo un trago largo y le pregunto:

—Entonces... ¿Quiere a Johnny Giles o no?

—Por supuesto que lo quiero —dice—. ¿Quién coño no lo querría?



Enero fue chungo pero febrero podría ser peor. Pete sigue muy enfermo; la ciudad entera está enferma. La compañía Rolls-Royce se está derrumbando. Hay miles de personas sin trabajo. La constructora Derbyshire Building Society está al borde de la bancarrota. La puta ciudad entera. Esa es la razón por la que el Derby County Club de Fútbol está convaleciente. Esa es la razón por la que vuelves a ganar algunos partidos, fuera de casa contra el Ipswich y el West Ham. Por la ciudad entera. Pierdes contra el Everton en Copa, pero luego derrotas al Crystal Palace y al Blackpool. Y esa es la razón por la que sigues yendo de compras: por la puta ciudad entera. No está Peter para llevarte de la mano esta vez. Pero esta vez sabes exactamente lo que quieres. Esta vez regresas a Sunderland a por Colin Todd.

Entrenaste a este chaval en los juveniles del Sunderland: el Todopoderoso Todd.

«Es demasiado caro —declaras a la prensa—. No nos interesa.»

No le preguntas a Peter. No le preguntas al presidente. No le preguntas a la junta directiva.

Eres el entrenador. Eres el encargado. Eres el puto amo.

Fichas a los jugadores. Eliges a los jugadores. Porque eres tú quien se hunde si ellos no nadan. Nadie más. Por eso no preguntas. Por eso, simplemente, lo haces.

Esta vez rompes el récord por el traspaso de un jugador británico: ciento setenta mil libras por un defensa; ciento setenta mil mientras Rolls-Royce está al borde del colapso, como la ciudad entera, la puta ciudad entera.

Pero el caso es que también lo has hecho por ella; por la puta ciudad entera.

Para animar al Derby; a la puta ciudad entera.

Longson está en el Caribe. El viejo e insensible idiota. Le envías un telegrama.

«Te he fichado a otro buen jugador, Todd. Me estoy quedando sin pasta. Te quiere, Brian.»

En el primer partido de Colin Todd ganas al Arsenal 2-0 y vuelves a ser reivindicado como un héroe. El siguiente partido es en el campo del Leeds. Revie intenta aplazarlo debido a una epidemia de gripe en su vestuario. No te lo crees ni de coña y, sorpresa, sorpresa, solo el Rastreador Clarke se cae del once inicial. El que no está ausente, ciertamente, es Norman Hunter, que terminará siendo amonestado mientras Revie y Cocker salen del banquillo haciendo aspavientos, gritando, liándola gorda, como si Norman no hubiera hecho nada. Pero a quince minutos del final el puto Lorimer marca y el Leeds se coloca con siete puntos de ventaja sobre el Arsenal y el Derby. Vuelta a empezar.

Pierdes contra el Liverpool, el Newcastle y el puto Nottingham Forest y no ganas un puto partido en todo el mes de marzo.

Miedo y dudas. Alcohol y tabaco. No duermes. Así es el mes de marzo de 1971.

Es tu peor mes como entrenador. El más solitario.

Pero entonces Peter se reincorpora finalmente al maldito trabajo y consigues una puta victoria, en casa, contra el Huddersfield. Pierdes de nuevo en el campo del Tottenham, pero ya no vuelves a hacerlo; ganas al Manchester United en Old Trafford y al Everton en casa.

Claro que a Peter no le parece suficiente; Peter se ha pasado una larga temporada solo en casa pegado a la revista de carreras de caballos Race-

form; una larga temporada con demasiado tiempo para pensar; para rayarse y mortificarse.

—Longson te dio un aumento de cinco mil libras, ¿verdad?

—¿Quién coño te ha dicho eso?

—Contesta a la puta pregunta —dice Peter—. ¿Es verdad o no?

—Quiero saber de dónde coño has sacado la información.

—Eso no es lo que importa, Brian, joder. Lo que a mí me importa es que aceptaste un aumento de cinco mil libras, que lo hiciste hace dieciocho meses y que nunca me dijiste una puta palabra al respecto. Pensaba que éramos socios, Brian.

—Pete, escucha...

—No. Escúchame tú a mí —te dice—. Quiero mi parte del pastel.

—Pete...

—Quiero mi puta parte del pastel, Brian.



—Bobby Collins piensa que Giles es el jugador que devolverá el orgullo al Huddersfield, pero Giles será una parte fundamental de mi equipo el sábado, contra el Stoke. Esa es mi prioridad ahora. Así que, por el momento, Johnny Giles es absolutamente necesario para el Leeds United. Si la situación cambia, Bobby Collins será el primero en saberlo —declaras.

—¿Qué piensa de las declaraciones del padre de Kevin Keegan, que dice que si Johnny Giles no le hubiese pegado un puñetazo a su hijo nada hubiese sucedido?

—Es natural que un padre intente defender a su hijo; yo haría lo mismo por mis dos chavales y supongo que usted haría lo mismo por los suyos.

—¿Pero culpa a Giles del lío que se montó? ¿Cree que fue él quien lo empezó todo?

—Cómo empezó todo sigue siendo un misterio para mí. Deberíamos esperar a tener el informe del árbitro para resolver la situación. Pero sí que me sabe mal por Kevin Keegan.

—¿Cree que Billy Bremner recurrirá la sanción?

—No.

—¿Qué le parece la decisión de la Federación de organizar una reunión entre representantes de la Liga de fútbol, la Asociación de Futbolistas Profesionales, jueces de línea, árbitros y entrenadores para estudiar cómo mejorar el comportamiento en el terreno de juego?

—Estoy completamente a favor del juego limpio, ustedes lo saben bien, caballeros. Pero no me gustaría pensar que todo esto se hace por la suspensión de Billy Bremner.

—¿Sigue con la idea de alinear a Bremner el sábado?

—Por supuesto.

—¿Y acompañará a Bremner a Londres el viernes?

—Me parece que no tengo otra puta alternativa, ¿no?



Han sido unos meses chungos, pero al menos Peter se ha reincorporado al trabajo. Todavía no está feliz; ni siquiera después de quedarse con su parte del pastel, pero en última instancia ha vuelto al trabajo, vuelve a hacer aquello por lo que se le paga. Pete ha descubierto a otro; a otro patito feo, otra ganga rechazada. Ha bajado a Worcester tres veces para ver jugar a Roger Davies en la Southern League. Ha presentado una oferta de seis mil libras al Worcester City, pero el Worcester ha subido el precio; saben que el Arsenal, el Coventry y el Portsmouth también lo quieren.

Ahora el Worcester quiere catorce mil libras por Roger Davies.

—¿Es definitivo? —le preguntas a Pete.

—Es definitivo —dice. Y entonces te subes al coche y conduces hasta Worcester para reunirte con Pete y fichar a Roger Davies por catorce mil.

—Espero que tengas razón respecto a Davies —le dice Sam Longson a Pete cuando llegáis todos a Derby—. Catorce mil es mucho dinero para un jugador que no es de Primera.

—¡Vete a la mierda! —exclama Pete—. Y se larga del despacho y de las instalaciones.

Sigues a Pete a su casa. Llamas a la puerta. Te metes dentro. Le sirves una copa; te sirves otra para ti; enciendes un pitillo para cada uno y le rodeas con tus brazos.

—No dejes que el presidente te amargue —le dices.

—Para ti es fácil decirlo —solloza Pete—. El hijo que nunca tuvo con su aumento de cinco mil libras.

—Ya está bien, escúchame, cabrón —le dices—. ¿Por qué hemos fichado al puto Roger Davies?

—¿Ahora dudas de mí?! —grita él—. Muchas gracias, amigo.

—No estoy dudando de ti, cojones —le dices—. Pero quiero que me cuentes por qué fuimos a Worcester City y fichamos a un jugador desconocido por catorce mil libras.

—Porque tiene veintiún años, mide dos metros y es un buen delantero, joder.

—Ahí lo tienes —le dices—. Y entonces, ¿por qué no le dijiste lo mismo a Sam Longson?

—Porque cuestionó mi criterio; porque ha cuestionado la única puta cosa que sé hacer: descubrir putos jugadores. No soy tú, Brian, nunca lo seré —ni en la televisión, ni en los periódicos— y no tengo ningunas putas ganas de serlo. Pero no quiero que me cuestionen ni que me vengan con putas dudas. Solo quiero ser valorado y respetado. ¿Es mucho pedir? ¿Un poco de respeto? ¿Un poco de aprecio de vez en cuando, me cago en todo?

—Vete a la mierda —le digo—. ¿Qué es lo primero que me dijiste en tu vida? Que los directivos nunca dan las gracias, eso es lo que me dijiste. Podríamos conseguirles la Liga y la Copa de Europa, y sabes tan bien como yo que nunca jamás nos darían las gracias. Así que no dejes que te afecte lo que digan esos hijos de puta y deja de compadecerte de una puta vez.

—Tienes razón —dice Pete.

—Ya lo sé.

—Siempre la tienes.

—Lo sé —dices—. Así que volvamos al tajo y ganemos el puto campeonato la temporada que viene. No lo ganaremos para ningún puto presidente ni para ninguna puta junta directiva. Será por nosotros; tú y yo; Taylor y Clough; y nadie más.



Estoy de cuatro patas sobre el campo de entrenamiento, buscando el reloj de los cojones entre la hierba y la suciedad. Pero la luz se extingue y, de todos

modos, estoy seguro de que alguno de esos cabrones me lo robó. Hay una pelota en la hierba, junto a la valla. La agarro, la chuto al cielo, la empalmo de volea cuando cae y la encajo en el fondo de las mallas de la portería de entrenamiento. Camino de vuelta hasta el límite del área pequeña y chuto otra vez contra el cielo y la empalmo de nuevo contra el fondo de las mallas, una y otra vez, una y otra vez, así hasta diez veces en total, sin fallar ni una sola vez. Pero tengo lágrimas en los ojos, no puedo parar de llorar, de pie, en el campo de entrenamiento, en la oscuridad, las lágrimas rodándome por las putas mejillas, encantado por una puta vez en mi vida de estar solo.



Esta ha sido una mala temporada. Una temporada para el olvido. Pero hoy estará casi finiquitada. Hoy es el último partido de la temporada 1970-71. Y hoy será también el último partido de Dave Mackay como futbolista.

1 de mayo de 1971; en casa contra el West Bromwich Albion.

El mismo West Brom que la semana pasada dinamitó las esperanzas del Leeds United y de Don Revie; el Leeds United y Don Revie, que han perdido la Liga ante el Arsenal por un solo punto; el Arsenal, que no solo ha ganado la Liga sino también la Copa, el segundo equipo de todos los tiempos en conseguir el doblete.

El Tottenham había sido el único equipo que lo había conseguido. El Tottenham de Dave Mackay.

A dos minutos del final, del final de este último partido, un partido que el Derby está ganando por 2-0, Dave Mackay se apresura a botar un saque de esquina; todavía palmeando con urgencia, exigiendo concentración al 100% a sus compañeros.

Ha jugado los cuarenta y dos partidos de la temporada. Todos y cada uno de ellos.

Entonces llega el pitido final de su último partido y allí va él, echa a correr, dice adiós rápidamente con la mano a los 33.651 aficionados que han venido a despedirle y desaparece por el túnel, se va túnel abajo y ya no está.

Insustituible. Insustituible de la hostia.

El Derby County ha finalizado noveno. Ha marcado cincuenta y seis

goles y ha encajado cincuenta y cuatro, ha empatado cinco partidos en casa y otros cinco fuera, ha ganado dieciséis y ha perdido otros dieciséis.

La simetría no es ningún consuelo ni nada parecido.

Porque no existe el consuelo.

No hay consuelo cuando no ganas.

Es insustituible.



No vuelvo al Dragonara. Esta noche no. Esta noche vuelvo a casa, a Derby. Paso por el Hotel Midland. Paso por el Baseball Ground. Pero no me detengo. Esta noche no.

Esta noche vuelvo a mi casa, las luces están apagadas y la puerta cerrada. Aparco el coche y me meto dentro. Enciendo una luz y me preparo una taza de té. Prendo el fuego y me siento en la mecedora. Agarro el periódico e intento leer, pero solo hablan de Nixon y de dimisión, dimisión y más dimisión:

«Nunca he sido de los que se largan. Dejar mi despacho antes de que mi jornada haya terminado me parece aberrante, algo contrario a cada instinto de mi cuerpo.»

Dejo el periódico y enciendo la televisión, pero no hay nada excepto documentales e informativos sobre Chipre, Chipre y más Chipre.

Mentira y división; división y odio; odio y guerra; guerra y muerte.

Apago el televisor y apago el fuego. Friego las tazas y cierro las luces. Subo arriba y me cepillo los dientes. Me asomo a la habitación de mi hija y beso su frente dormida. Me asomo a la habitación de mis hijos y el mayor dice:

—¿Papá?

—¿Sigues despierto? —le pregunto—. Tendrías que estar dormido.

—¿Qué hora es, papá? —me pregunta.

Consulto mi reloj. Pero no lo llevo. Le digo:

—No lo sé, pero es tarde.

—¿Te vas a la cama ahora, papá?

—Por supuesto —le digo—. Mañana tengo que ir a trabajar, ¿no? ¿Quieres venir?

—No creo —te dice—. ¿Pero me contarías un chiste? ¿Uno nuevo?

—Me parece que no tengo ningún chiste nuevo.

—Pero si siempre tienes un montón de chistes, papá —dice—. Sabes un montón de chistes.

—Muy bien, de acuerdo —le digo—. Hay un tipo paseando por Londres y de pronto cae una bomba atómica sobre la ciudad...

—¿Es esto el chiste, papá? —me pregunta.

—Sí —le contesto—. Escucha y verás.

—¿Es un chiste divertido?

—Tú límitate a escucharme, ¿de acuerdo? —le digo de nuevo—. Así que va este tipo caminando por Londres y entonces la bomba atómica cae sobre Londres y ahora este tipo es el único hombre que queda en todo Londres. Y da vueltas y más vueltas por todo Londres, por la ciudad entera, y le lleva cuatro o cinco días, hasta que, finalmente, llega a la conclusión de que debe de ser la única persona que queda en todo Londres y, de repente, se siente muy muy solo, porque no tiene a nadie con quien hablar. Nadie excepto él. Así que el tipo decide que ya ha tenido suficiente, que no quiere ser el último hombre vivo y trepa hasta lo alto de la torre de Correos...

—Pero entonces la torre de Correos está bien, ¿no, papá?

—¿Qué quieres decir?

—Después de la bomba —dice—. La torre sigue ahí, sigue bien, sigue en pie, ¿no?

—Sí. Está bien —le digo—. No te preocupes por la torre de Correos. Así que el tipo trepa hasta la cumbre de la torre de Correos y salta desde lo más alto y está cayendo al vacío, cayendo, cayendo, cayendo, por la planta dieciséis, la quince, la catorce, y es entonces cuando escucha que suena un teléfono.

—¿Cuándo?

—Cuando está pasando por la decimocuarta planta.

—¿Pero no dijiste que el resto del mundo había muerto?

—Pero no todos. Ahí está la gracia.

—No lo entiendo, papá —dice.

—Eso es bueno —le dices—. Espero que no lo hagas nunca.

DÍA 16

Cambia el tiempo. Cambian los rostros. Acaba una temporada y empieza otra.

Temporada nueva, esperanzas nuevas, y tu primer partido de la campaña 1971-72 es en casa contra el Manchester United; hay más de treinta y cinco mil personas en el campo y cae una tormenta antes de que empiece el partido. Es, además, tu primer encuentro sin Dave Mackay; y Roy McFarland está lesionado.

Cuando llega la media parte llevas dos goles de desventaja; goles tontos de Law y de Gowling, ambos a la salida de sendos córners botados por Charlton. Goles tontos, tontos que te cagas. Vas al vestuario y los pones de vuelta y media, te desahogas.

«Sois una puta basura, todos vosotros. Deberíais cambiaros e iros a la mierda, a vuestras putas casas, todos vosotros. Sois una puta panda de inútiles, todos y cada uno de vosotros. Es el primer partido de la temporada y estáis jugando de pena; el primer puto día. Si perdéis hoy, perderéis cada puto día y lo haréis en estadios vacíos. Han venido treinta y cinco mil espectadores; han pagado una buena pasta para veros, una buena pasta que se han ganado con el sudor de sus frentes. ¿Acaso os creéis que volverán la semana que viene? Lo harán, me cago en la puta. Ahora salid y mostradles a esos treinta y cinco mil espectadores y a ese equipo de viejos que se autoproclaman superestrellas de qué hostias estáis hechos, mostradles cómo os ganáis vuestros sueldazos, y si todavía seguís perdiendo cuando suene el puto pitido final, no os molestéis en volver a trabajar el lunes por la mañana porque no tendréis ningún puto trabajo que hacer. Entonces sabréis lo que es el mundo real.»

«Y ahora que os follen, ¡apartaos de mi vista!»

Cinco minutos más tarde, Hinton cuelga un balón al área; Wignall se eleva a por ella junto a Stepney; la pelota cae muerta a los pies de Hector, que fusila al portero. Diez minutos después, Hennessey le roba la cartera al puto George Best y se la pasa a Hinton, que la centra de nuevo para que O'Hare remate de cabeza al travesaño; la pelota cae a pies de Wignall, que la acompaña al fondo de las mallas. Así termina el partido, 2-2.

«Seguid jugando así y haréis que me despidan», declaras al mundo entero.

Cambia el tiempo, cambian los rostros, pero la duda permanece. El miedo permanece.

Al doblar cada esquina. En cada pasillo.

Cada partido, cada día, la duda y luego el miedo.



No soporto a los jugadores lesionados. No quiero ni escuchar sus nombres de mierda. No quiero ver sus putas caras. No piso las salas de recuperación. Me quedo fuera de los malditos hospitales. No puedo ni verlos.

«No estás convocado para Stoke», le digo a Eddie Gray. Y luego contemplo cómo se le desencaja la cara; este rostro que ha soportado tanto dolor; que tanto se lo ha currado, que le ha sonreído al dolor; a las primeras fracturas y a las múltiples intervenciones; a los diagnósticos y a las segundas opiniones; a la frustración y a la depresión; a la rehabilitación y a la terapia; al entrenamiento y a la cortisona.

Le veo derrumbarse hasta el suelo y luego arrastrarse por la moqueta hasta la puerta.



Aquí es donde se ganan y se pierden los campeonatos; aquí, en Leeds Road, el campo del Huddersfield. No en White Hart Lane. No en Anfield ni en Highbury. No en Old Trafford frente a cincuenta mil espectadores y los millones que lo ven por televisión.

Aquí, en este repugnante pueblo de Yorkshire, en un repugnante sábado de noviembre, con quince mil repugnantes espectadores de Yorkshire en las

gradas que te llaman de todo, cada puñetero y repugnante nombre que les sale de los cojones; aquí es donde se ganan y se pierden los campeonatos.

Y el Derby acaba de perder. 2 putos goles a 1. Miras alrededor de este puñetero y repugnante vestuario, a estos repugnantes y puñeteros jugadores, empapados hasta los putos huesos y cubiertos por el repugnante y puñetero barro de Yorkshire.

Entonces le preguntas a Colin Boulton:

—Tú lo que quieres es que me echen a la puta calle, ¿no es así?

—No, Mister —dice.

—Pues lo conseguirás porque eres un puto inútil como portero.

Le preguntas a Ronnie Webster:

—Tú lo que quieres es que me echen a la puta calle, ¿verdad?

—No, Mister —dice.

—Pues lo conseguirás porque eres una puta mierda.

Le preguntas a John Robson:

—Tú lo que quieres es que me echen a la puta calle, ¿verdad?

—No, Mister —te dice.

—Pues lo conseguirás porque eres el peor defensa que he visto en mi puta vida.

Le preguntas a Colin Todd:

—Tú quieres que me echen a la puta calle, ¿verdad?

—No —dice—. No quiero.

—Ya ves, pues con el pastizal que me gasté contigo, tenía que haber llevado una cazorra de tres pares de cojones. Pero si ni siquiera sabes controlar un balón con los pies.

Le preguntas a McFarland:

—Tú lo que quieres es que me echen a la puta calle, ¿verdad?

—No —contesta.

—¿No, qué?

—No, Mister. No quiero que le echen.

—Pues bien, hay que joderse, porque no te creo —le dices y luego te das la vuelta hacia Terry Hennessey:

—Tú lo que quieres es que me echen a la puta calle, ¿verdad?

—No, Mister —dice.

—¿Entonces se puede saber dónde cojones estabas esta tarde? Por lo que has hecho hoy en el campo, ya podías haberte quedado en tu puta casa.

Le preguntas a John McGovern:

—Tú lo que quieres es que me echen a la puta calle, ¿no es así, John?

—No, Mister —contesta.

—Bien... ¿te acuerdas del primer gol, del puto gol a puerta vacía que tendrías que haber metido?

—Sí, Mister.

—Bien, pues a mis ojos ese ha sido un error deliberado para conseguir que le den puerta a tu entrenador.

—Lo siento, Mister —le dices—. No lo fue.

—¡Vete a la mierda! —le dices—. Y te diriges a Archie Gemmill:

—Tú lo que quieres es que me echen a la puta calle, ¿verdad, escocés?

—No, Mister —dice.

—Venga ya, admítelo —le dices—. Te gustaba más la Tercera División, ¿a que sí? Venga, reconócelo.

—No, no es cierto —te dice.

Sacudes la cabeza y te das media vuelta hacia John O'Hare y le haces la misma pregunta:

—Tú lo que quieres es que me echen a la puta calle, ¿verdad?

—No, Mister —contesta.

Señalas a Hinton y le preguntas a O'Hare:

—¿Sabes cuántos centros ha metido en el área?

—Lo siento, Mister —contesta.

—No, no lo sientes —le dices—. Si lo sintieras estarías fuera, practicando.

Le preguntas a Kevin Hector:

—Tú lo que quieres es que me echen a la puta calle, ¿verdad?

—No, Mister —te dice.

—¿En serio? —le preguntas—. Yo no lo he visto así. No después de que se pusieran delante en el marcador y tuvieses aquella oportunidad —no una oportunidad—, un puto regalo, cuando te has caído de puto culo. Los del Huddersfield se estarán partiendo la caja toda la puta temporada.

Te das la vuelta hacia Alan Hinton. Le dices:

—Has jugado bien, Alan. Gracias.

Se los dejas a Peter; para que Peter los acaricie mejor. Sales al pasillo y te enciendes un pitillo. Ahí está Sam Longson, tu presidente.

—¿Lo has escuchado todo? —le preguntas al Tío Sam.

—No le puedes hablar así a la gente —dice Longson.

—¿Ah, no? —le preguntas—. Observa y verás.



«Jones lesionado. Gray lesionado. Bates lesionado. Yorath lesionado. Clarke suspendido. Hunter suspendido. Nuestras posibilidades son mínimas», declaro mientras sirvo las copas.

Para Harry del Yorkshire Post. Para Ron del Evening Post.

«Me hubiese gustado tener a todo el equipo disponible contra el Stoke porque para nosotros es fundamental empezar la temporada con buen pie. Pero estar bajo presión no significa que vaya a cambiar mi filosofía de juego.»

Otra ronda.

«Atacar es mi única filosofía.»

Y otra más.

«Este sábado y todos los sábados.»

Y venga, sigue, soy todo vuestro, una más, la última y nos vamos.

«No sé jugar de otra manera.»



Es el día después de San Esteban de 1971 y pierdes contra el Leeds. Otra vez.

Otra vez, justo cuando empezabas a creértelo; después de perder en Huddersfield ganaste al Manchester City en casa, luego perdiste en Anfield pero después ganaste al Everton en el Baseball Ground. Empezabas a creértelo de nuevo, a desterrar lentamente las dudas y los miedos.

Pero entonces vas a Elland Road. Otra vez. Las dudas y el miedo. De nuevo.

Viste la duda y el miedo en los ojos y en los corazones de tus jugadores, viste la duda y el miedo cuando Gemmill se lesionó a las primeras de cambio, viste sus ojos y sus corazones derrumbarse con él. Pero hoy no insultas; hoy no gritas ni arrancas las paredes del vestuario visitante. Hoy les comprarás bistecs y cervezas de camino a Derby. Te sentarás a su lado en el autocar, les rodearás con tus brazos y les dirás que son los mejores jugadores del país.

Porque tu equipo, tus chavales, no estiran de la camiseta ni sueltan codazos en el área ni protestan cada decisión arbitral ni simulan inocencia ni luego indignación.

Porque tus chicos no mienten y porque tus chicos no hacen trampas.

Pero esta noche no conciliarás el sueño; esta noche te sentarás en tu mecedora y contemplarás la clasificación de la Liga y los partidos que os quedan por jugar. Esta noche todavía no cerrarás los ojos porque estarás viendo el partido una y otra vez, y otra y otra y otra, sin parar, sin parar, sin parar. Pero seguirás sin ver cómo el Leeds os ha superado por las bandas, seguirás sin ver que casi no habéis robado ni un balón, que no habéis tenido presencia física, seguirás sin ver las licencias que les has concedido a Lorimer y a Gray.

Esta noche verás caer a tu equipo, pero los verás caer solo ante sus trampas.

Pero seguirás sin ver que Gray le ganó la partida a Hennessey; seguirás sin ver su pared con Bremner; seguirás sin ver el disparo raso de Gray a gol. Ni tampoco verás el cambio de juego de Gray hacia Bremner; ni el centro de Bremner a Lorimer, que marcará. Seguirás sin ver cómo Gray supera a Webster y conecta con Lorimer; seguirás sin ver cómo Lorimer dispara a puerta a pie cambiado para marcar el tercero.

«El Leeds tiene la desagradable costumbre de recordarle al Derby lo mucho que todavía tiene que mejorar.»

No dormirás. Te quedarás sentado, mirando fijamente la clasificación y los partidos que se avecinan, una y otra vez, una y otra vez y otra, pero todo lo que verás será la expresión de Revie en el momento del pitido final, mientras los equipos se retiran del campo, una y otra y una y otra vez.

La expresión de su cara, el apretón de manos y la sonrisa, y ese campo.

Ese campo de derrotas. Ese campo del odio. Ese campo de sangre.

No dormirás, pero seguirás soñando.

Con ese campo de batalla.



—Soy Brian —le digo a Lillian—. ¿Está Peter?

—Brian. Son las dos de la mañana —me dice—. Está dormido.

—Lo siento —le digo—. No tengo reloj.

—Vete a la cama, Brian —te dice—. Le diré que te llame a primera hora.

—Pero es que tengo que hablar con él ahora mismo.

—¿Ha sucedido algo, corazón? —me pregunta—. ¿Estás bien?

—No, no estoy bien.

—¿Dónde estás? —pregunta.

—Estoy en el puñetero Hotel Dragonara. En Leeds.

—¿Y qué estás haciendo allí? —me pregunta—. Vuelve a casa.

—No puedo; tengo que llevarme al puto Billy Bremner a Londres por la mañana.

—Pero podrás ir directo a casa después de eso, ¿no?

—No —le digo—. Viajamos a Stoke mañana por la noche.

—Pero estarás en casa el domingo, ¿no es así? —dice ella—. No falta nada.

—Solía pasar seis noches a la semana en vuestra casa —le digo—. ¿Te acuerdas? Acababais de casaros; seguro que estabais hartos de verme.

—No, Brian —me dice—. Nunca lo estuvimos.

—Pete y yo siempre nos íbamos a cazar talentos a partidos de la Northern League y luego volvíamos a casa con *fish & chips*. ¿Te acuerdas?

—Sí, Brian —me dice—. Me acuerdo.

—¿Y los helados de Rea? —le pregunto—. ¿Te acuerdas de aquel sitio?

—Sí, Brian —me dice de nuevo—. Me acuerdo.

—Ya no queda ninguna —le digo—. Ninguna heladería ni ninguna cafetería.

—Lo sé, corazón.

—¿Te acuerdas de cuando tú, Peter y yo fuimos a ver *Sábado noche, domingo mañana*¹⁷ al cine. Eso estuvo muy bien, ¿verdad?.

—A ti te encantó esa película, ¿verdad Brian?

—Era la hostia —le digo—. «No dejes que los cabrones te aplasten.»

—Solías decirlo todo el tiempo.

—¿Y qué me dices del día en que fuimos a escuchar a Harold Wilson? ¿Te acuerdas? En una discoteca de Middlesbrough. Apenas éramos cincuenta los que habíamos ido a escucharle; el futuro primer ministro de Gran Bretaña. Fue idea de Peter. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo —dice—. Pero fuisteis solo tú y Peter, corazón.

—Sabes que daría mi brazo derecho por que todo volviera a ser como entonces. Solo él y yo. Esta puñetera panda no se atrevería si estuviéramos los dos, juntos. Se terminarían las confabulaciones en mi contra, no habría más murmullos ni más conspiraciones a mis espaldas. Pete y yo les enseñaríamos lo que vale un peine, quién coño manda.

—Iré a despertarle —te dice—. Tienes que hablar con él.

—Ya no hace falta —le dices—. Se ha hecho tarde.

—¿Seguro? —contesta ella—. En ese caso métete tú también en la cama.

—¿Y cómo estás tú? —le pregunto—. ¿Qué tal Brighton? ¿Y los niños?

—Estamos todos bien —dice—. Peter está muy ocupado, claro. Pero la casa es muy bonita. Las vistas son encantadoras. Wendy está encantada con su trabajo, se ha adaptado muy bien. Pero no quiero molestarte con estas cosas. Métete en la cama y Peter te llamará mañana.

—No estaré aquí —le digo.

—Espera —dice—. Está bajando las escaleras. Ahora te lo paso.

—¿Brian? —dice Peter—. ¿Qué ha pasado? Son las dos y media de la madrugada.

—Dame un precio —le digo—. Puedes pedir lo que te dé la gana, pero ven. Juntos podremos arreglar este sitio. Lo limpiaremos, lo transformaremos. Conseguiremos meterles en cintura. Detener sus habladurías, sus tramas, conspiraciones, intrigas, mentiras y trampas. Tú y yo, como antes.

—Brian...

—Mañana.

—Brian...

—Esto es demasiado para mí —le digo—. Te necesito aquí, Pete.

—No tiene ningún sentido que te mienta —te dice—. No voy a ir a Leeds.

—Entonces hemos terminado —le digo. Y cuelgo.



La derrota contra el Leeds fue un punto de inflexión. Otra vez. Has batido al Chelsea, al Southampton, al Coventry y al Forest. Has ganado al Nottingham County 6-0 en la Copa. Has regalado entradas a los mineros en huelga. Eres Cloughie. Puedes hacer lo que te dé la gana.

Eres entrenador de fútbol una semana y primer ministro la siguiente.

El Manchester United está en Nottingham. Frank O'Farrell¹⁸ está allí para fichar a Ian Storey-Moore. Storey-Moore es un extremo izquierda; es rápido y vertical y tiene veintiocho años. El Nottingham Forest ha aceptado una oferta de doscientas mil libras del United. O'Farrell y el secretario del Forest han ido hasta la urbanización Edwalton Hall para cerrar el acuerdo con Ian Storey-Moore. Entonces Peter escucha que el acuerdo se está rompiendo por las condiciones personales de Storey-Moore.

Pete dice: «Este es nuestro, Brian».

Agarras el teléfono. Llamas a Edwalton Hall. Das con Ian Storey-Moore.

«Aquí Cloughie —le dices—. Quédate donde estás. Estoy de camino.»

Peter y tú conducís hasta Nottingham. Le haces una oferta que no puede rechazar; Ian Storey-Moore jugará en el Derby. No en el United.

Ian Storey-Moore firma formularios en blanco.

Lo último que falta es la firma del secretario del Forest.

Longson te llama. Longson te pregunta:

—¿Estás seguro de que está todo en regla?

—Quiere jugar con el Derby County —le dices—. Así que le he fichado.

Te llevas a Ian Storey-Moore al Hotel Midland de Derby. Se lo presentas a sus nuevos compañeros. Le paseas por el Baseball Ground, con una camiseta del Derby County, antes del partido en casa contra los Wolves. Tu nuevo jugador saluda a la afición. Tu nuevo jugador se sienta en el palco presidencial para contemplar cómo el Derby derrota a los Wolves. 2-1.

Luego, cuando termina el partido, lo llevas de nuevo al Hotel Midland.

Lo encierras en una habitación con su mujer, una bonita habitación.

Cruzas los dedos. Confías en que saldrá bien.

Pero el Forest no firma los papeles del traspaso.

«Estoy completamente estupefacto y consternado con el comportamiento de esta mañana del Nottingham Forest Club de Fútbol. Están privando al juego de la dignidad que merece, y no voy a permitir que el Derby County sea desprestigiado por nadie en el mundo del fútbol.»

Sir Matt Busby¹⁹ le compra a la señora de Ian Storey-Moore un ramito de flores.

Ian Storey-Moore ficha por el Manchester United.

Montas en cólera. Mandas un telegrama de protesta de cuatro páginas a Alan Hardaker y al Comité de Entrenadores de la Liga de Fútbol. Tu presidente manda un segundo telegrama en el que se desvincula de ti y de tu protesta.

Estás colérico, estás colérico de la hostia.

Colérico y sediento de venganza, de nuevo.

DÍA 17

Creo que no he dormido; no desde que colgué con Peter. Estoy aquí tumbado, con los ojos cerrados. Pensando. Lo siguiente es que mi viejo amigo John Shaw, de Derby, está aporreando la puerta de mi habitación.

—¿Te apetece un poco de compañía para el viaje a Londres? —pregunta.

—Creo que tengo billetes reservados en el puto tren para ir con Billy Bremner.

—Que le den —te dice—. Te llevo en coche. Queda con Billy en la sede de la Federación.

Así que eso es lo que hacemos. Vamos a Londres en coche.

Es el día antes de que empiece la temporada. El día antes de nuestro primer partido.

Bajo a Londres por gentileza de Billy Bremner. Hablamos de política y sindicatos, de socialismo y de fútbol. Desearía que fuese un viaje solo de ida.

—Los odio —le digo a John—. Odio ser su entrenador. Pero ¿qué coño puedo hacer? Son guarros y tramposos. Lo han convertido en un arte. En los momentos complicados, siempre hay uno que simula que tiene problemas con la bota, lo cual es solo una excusa para que el entrenador le pase mensajes desde el banquillo. No te creerías de lo que son capaces...

—Tienes que volver al Derby County —dice John—. Tienes que volver al lugar al que perteneces.

—Una de dos: o me trincan ellos o les trinco yo.



1 de abril, día de los Inocentes, de 1972. El Leeds United ha venido a tu

casa. Treinta y nueve mil almas agolpadas en el Baseball Ground para presenciar tu duelo contra Revie.

Don ha vuelto a emplear sus viejos trucos. Le cuenta al primero que escuche que Giles no jugará hoy: «John ha sido descartado por complicaciones en su esguince». Y luego, sorpresa, sorpresa, dan las tres de la tarde y aquí está John Giles.

Pero eso no cambia tus planes. Hoy no importa.

Hoy no perderás. Hoy no.

No en este campo. No en este día.

Generas una ocasión tras otra, mientras Robson no se separa de Bremner y O'Hare encara a Charlton una y otra vez hasta marcar dos goles, el segundo después de un tremendo disparo que Sprake rechaza como puede, rebota en Hunter y se convierte en un gol en propia puerta. Es la primera vez que has derrotado al Leeds United desde el partido de Semana Santa en que Revie alineó a los suplentes; claro que hoy no ha alineado a sus suplentes.

Hoy has derrotado al Leeds United. Has derrotado a Don Revie.

Hoy te encaramas a lo más alto; al primer puesto de la Primera División.

«Brillante, infatigable y completamente despiadado; Brian Clough y el Derby County no solo batieron a Revie y su Leeds, sino que los masacraron...»

Has derrotado al Leeds. Estás en lo más alto de la tabla. Dimites.

Peter, Jimmy y tú. Dimitís los tres.

«Porque queremos algo más de dinero.»



—Ahora deja que sea yo quien hable —dice Sam Bolton cuando nos reunimos—. Tú estás aquí para escuchar.

Bremner del Leeds y Keegan del Liverpool ni siquiera llegan a escuchar. Se les hace esperar fuera de la sede de la Federación de Fútbol, así que son Sam Bolton y Brian Clough, por un lado, y Bob Paisley y John Smith, por el otro, frente a Vernon Stokes, Harold Thompson y Ted Croker, miembros de la Federación, aquí, en Lancaster Gate, en los Pasillos del Poder, con los retratos

de Su Majestad la Reina y Su Alteza Real, el Duque de Kent, patrón y presidente de la Federación, en las paredes.

Poder y dinero; dinero y poder.

Los Vicepresidentes Honorarios, los Vicepresidentes Vitalicios; los antiguos y llanos Vicepresidentes; los títulos después de sus nombres, los títulos antes de sus nombres; los Duques, los Condes, los Brigadieres Mayores, los Generales, los Almirantes, los Mariscales, los Alcaldes y los Concejales; el Muy Honorable esto y el Muy Honorable aquello.

Estos son los hombres que gobiernan el juego, los que controlan el fútbol inglés.

Estos hombres y su poder; estos hombres y su dinero.

El dinero para reclutar a gente. El dinero para echarla.

El dinero para seleccionar a gente. El dinero para dejarlos en la estacada.

Para multarles y para suspenderles.

«Tú estás aquí para escuchar.»

—Ambos clubs están de acuerdo en que el comportamiento de ciertos jugadores en el terreno de juego fue deplorable y no puede ser tolerado. Ambos son conscientes de que la buena reputación de su club está en juego, al margen de la imagen del fútbol. La Federación entiende que ambos clubs están tomando fuertes medidas disciplinarias contra los jugadores involucrados; además, los dos futbolistas que fueron expulsados también deberán someterse a los procedimientos que la Federación considere oportunos. Asimismo, ambos se enfrentarán al Comité de Disciplina de la Federación bajo la acusación de haber desprestigiado el juego.

«Tú estás aquí para escuchar.»

—Nuestra labor disciplinaria cuesta treinta mil libras al año, además del coste que acarrea mantener el departamento disciplinario en sí mismo. Así que tenemos mejores formas de gastar nuestro dinero.

«Tú estás aquí para escuchar.»

—Tenemos que ser contundentes contra las fechorías cometidas dentro y fuera del campo, todos estamos de acuerdo en que así tiene que ser.

«Tú estás aquí para escuchar.»

—No soy pesimista respecto al futuro del fútbol. La temporada pasada experimentamos una ligera mejoría en el número de expedientes

disciplinarios, pero aún debemos mejorar. No pretendemos que se dejen de cometer faltas en los terrenos de juego. Estamos intentando eliminar las disensiones y que se acepten las sanciones.

«Tú estás aquí para escuchar.»

—Los antecedentes disciplinarios del Leeds mejoraron mucho el año pasado respecto a la campaña anterior, lo cual prueba que han hecho un esfuerzo considerable por poner orden en la casa.

Dejo de escuchar. Empiezo a decirles:

—Hay ochenta y cuatro jugadores que se perderán el primer partido de la temporada debido a suspensiones de la temporada pasada. Jugadores como Stan Bowles y Mike Summerbee. Jugadores como Norman Hunter y Allan Clarke.

—Te dije que escucharas —me dice Bolton al terminar la reunión—. Te dije que cerrarás el pico por una puta vez.

—Permítame un consejo amistoso, señor Bolton —le digo—. No vuelva a decirme nunca lo que tengo que hacer, y así yo no le diré nunca más lo que tiene que hacer. Ahora lléveme de vuelta a Leeds.



El 11 de abril de 1972 vuestras dimisiones son aceptadas por la junta directiva del Derby County.

Perdiste contra el Newcastle y empataste con el West Brom. Soportaste las inquisiciones del vestuario. Luego viajaste a Sheffield y derrotaste al Sheffield United 0-4.

Sigues en lo alto. Pero ya os habéis ido.

Tú, Pete y Jimmy. Al Coventry.

Claro que el Coventry City se va a rajar; su presidente ha dejado el champán en hielo demasiado tiempo, y cuanto más se calienta el champán, más se enfrían sus pies²⁰.

Tres horas después de que vuestras dimisiones hayan sido aceptadas, Peter y tú conducís rumbo a la fortuna de Sam Longson. Os acompaña uno de los miembros domesticados de la directiva.

—¿Realmente quiere ser recordado como el presidente que dejó que se fueran los mejores entrenadores de la historia del Derby? —le preguntas a

Sam Longson—. ¿Cuándo antes había estado el Derby County líder de Primera? ¿Cuándo antes había tenido tan cerca el campeonato? El primer campeonato de su historia. ¿Y cuándo había estado tan cerca de la gloria europea? ¿Es así cómo quiere ser recordado? ¿Como el presidente que lo echó todo a perder? ¿Es eso lo que quiere, señor presidente?

—Y solo porque queremos cobrar un poquito más —añade Pete.

Sam Longson niega con la cabeza. Sam Longson pregunta:

—Pero ya es demasiado tarde, ¿no? Ya habéis fichado por el Coventry, ¿no?

Rodeas a Sam Longson con el brazo y le dices:

—Nunca es demasiado tarde, señor presidente.

—Y solo por querer algo más de dinero —añade Pete otra vez.

—Les dije que no podían quedarse con vosotros —dice Longson—. Les dije que os quitaran las manos de encima. Pero en Coventry me dijeron que os queríais ir del Derby.

—No, no, no —le dices—. El hogar está donde está el corazón; y está justo aquí, a su lado.

—Se van a cargar el club —dice el directivo domesticado.

—Solamente por querer un poco más de dinero —dice Pete por tercera vez.

Longson se seca los ojos, se suena la nariz y pregunta:

—¿Cuánto?

—Solo queremos que iguale su oferta.

Longson saca su talonario y pregunta:

—¿Y su oferta es...?

—Cinco mil más para mí, tres mil para Pete y mil más para Jimmy —le dices.

Longson asiente y firma los cheques mientras tú sirves las copas.

Dentro de tu coche, saliendo de la mansión, Pete pregunta:

—¿Qué pasará si el viejo idiota lo descubre?

Dejas de mirar tu cheque y le preguntas:

—¿Si descubre el qué?

—Si descubre que el Coventry ya se había echado atrás.

—¿Y qué más da? —le dices a Pete—. ¿Qué puede hacer al respecto?

¿Echarnos?



Es tarde y no para de llover, y llegamos tarde y estamos puteados cuando llegamos, finalmente, al hotel, que queda junto a la M6, cerca de Stoke. El equipo se baja del autocar y camina rumbo a la entrada y la recepción, hacia el calor y la luz. Les pido que salgan de nuevo al exterior.

—¿Dónde os creéis que vais? —les pregunto—. Salid afuera, todos.

Desfilan de nuevo hacia fuera, bajan las escaleras del hotel, directos a la lluvia y a la noche.

—Por aquí —les digo.

Los conduzco hacia la parte posterior del hotel.

Se quedan de pie con sus trajes y sus corbatas, bajo la lluvia, en mitad de la noche, en el césped del hotel, y me escuchan, me escuchan a mí:

—Mañana todo empieza de nuevo: es el primer partido de la temporada. Yo he ganado ya un campeonato de Liga. Y vosotros también habéis ganado otro. Así que no dudo de que todos creéis saber qué falta para ganar el puto campeonato. Pues el caso es que no lo sabéis, porque habéis ganado vuestros títulos con engaños y artimañas. Esta temporada vais a ganar la Liga a mi manera; honesta y limpiamente. El año pasado jugasteis cuarenta y dos partidos y ganasteis veinticuatro, empatasteis catorce y perdisteis cuatro; pues bien, esta temporada jugaréis cuarenta y dos partidos y solo perderéis tres. La temporada pasada marcasteis sesenta y seis goles y encajasteis treinta y uno; pues bien, quiero que esta temporada marquéis más de setenta y encajéis menos de treinta. Y, si lo hacéis a mi manera, no solo ganaréis la Liga, no solo ganaréis honesta y limpiamente, sino que también conquistaréis los corazones de la gente, algo que no habéis conocido en vuestras putas vidas.

Con sus trajes y sus corbatas; bajo la lluvia, en mitad de la noche, ellos escuchan:

—No solo el título de Liga; este año vamos a por todo lo que se nos ponga por delante. Si el Leeds United participa en una competición, lo hará para ganarla. No habrá onces llenos de suplentes en la Copa de la Liga, no habrá reservas vistiendo la camiseta del Leeds, no con Brian Clough. Porque no pretendo que mi equipo sea el segundo mejor. No está en mi naturaleza. Yo

persigo la excelencia en todas las cosas, y eso incluye cada partido que juguemos —sentencio. Y añadido—: Cada puto partido a partir de mañana, ¿de acuerdo?

Los trajes y las corbatas se quedan en silencio en el césped del hotel, en mitad de la noche y bajo la lluvia, así que se lo pregunto de nuevo. Y se lo pregunto más alto que antes:

—¿De acuerdo?

—De acuerdo —murmuran y mascullan.

—¿De acuerdo, qué? —les pregunto.

—De acuerdo, Míster —dicen, con sus trajes y sus corbatas, bajo la lluvia y en mitad de la noche.

Por lo bajini, entre sus dientes apretados.

—De acuerdo, entonces —les digo—. Vayamos a cenar de una puta vez.



Ganas fácil al Huddersfield Town, 3-0, y te mantienes en cabeza a solo dos partidos del final del campeonato. Ya te has asegurado terminar entre los cuatro primeros, tienes asegurada una plaza para la Copa de la UEFA del próximo año; eso está garantizado, como mínimo.

Quedan dos partidos por jugar; uno contra el Manchester City y otro contra el Liverpool. Fuera contra el City, que va tercero, y en casa contra el Liverpool, que va cuarto.

Dos partidos para detener al Leeds; dos partidos para ganar la Liga.

El 22 de abril de 1972 viajas a Maine Road, a Manchester. Es el último partido de la temporada para el Manchester City; un City entrenado por tu contertulio televisivo, Malcolm Allison; Malcolm Allison, el Gran Mal, que acaba de pagar doscientas mil libras por Rodney Marsh; Rodney Marsh, que marca a los veinticinco minutos y que arranca un penalti en la segunda parte que convierte Francis Lee. Tenéis vuestras oportunidades, pero estáis nerviosos.

El Manchester City se pone en cabeza y vosotros caéis a la tercera posición.



	PJ	G	E	P	GF	GC	PTS
<i>Man. City</i>	42	23	11	8	77	45	57
<i>Liverpool</i>	40	24	8	8	64	29	56
<i>Derby County</i>	41	23	10	8	68	33	56
<i>Leeds United</i>	40	23	9	8	70	29	55

Ahora solo te queda un partido por jugar.

En casa contra el Liverpool de Bill Shankly.

Claro que antes de Bill Shankly y de su Liverpool te queda otro compromiso por disputar: la vuelta de la final de la Copa Texaco²¹ contra el Airdrieonians.

En el partido de ida, en enero, en Escocia, empataste 0-0. Fue un partido durísimo y sabes que la vuelta será igual de intensa y física; también sabes que algunos de tus jugadores serán convocados para partidos internacionales y todavía tienes que jugar contra el Liverpool.

Contra Bill Shankly y su Liverpool.

Te ves obligado a alinear a cinco suplentes. No para engañar. No como Don. Esto es por necesidad. Pura necesidad. Roger Davies es uno de esos suplentes. Y marca, para deleite de Pete. Pero el Airdrie caza a los futbolistas del Derby en cada jugada y es otra noche dura que te cagas, pero ganas 2-1.

Has ganado el campeonato de Segunda División, la Copa Watney y ahora esta: la Copa Texaco de la temporada 1971-72.

No es la Copa ni la Copa de la Liga. Pero es una copa.

«No importa el título que sea que ganemos —declaras a la prensa escrita y a la televisión—. Lo importante es ganar, y esta victoria nos da confianza de cara al partido contra el Liverpool y al título de Liga.».

DÍA 18

El partido contra el Liverpool ha sido trasladado al primero de mayo: es tu día favorito del año. Pero tú no eres un hombre supersticioso. Tú no crees en la suerte.

«No durante cuarenta y dos partidos», declaras al mundo. «No existe tal cosa.»

Pero si hoy ganas al Liverpool todavía tendrás posibilidades de ganar el título. Solo si el Liverpool no gana su último partido. Y si el Leeds no gana los dos que le quedan.

Pero, primero, el Derby tiene que ganar; tiene que derrotar a Bill Shankly, a Kevin Keegan y a todo el Liverpool; Bill Shankly, Kevin Keegan y el Liverpool, que han conseguido veintiocho de los últimos treinta puntos disputados, que no han perdido un partido desde mediados de enero; que solo han encajado tres goles desde entonces, y al que todavía le queda un partido por jugar después de este, fuera de casa, contra el Arsenal, todavía un partido más; algo que tú no tienes, algo que no necesitas.

«Esto es lo que hay —le dices al vestuario—. Es el último partido de la temporada. De la mejor temporada de nuestras vidas. De la temporada en la que ganaremos el campeonato de Liga. Disfrutadlo.»

El partido se juega por la tarde, pero todavía brilla el sol cuando las dos alineaciones son anunciadas por megafonía, mientras las cuarenta mil personas que han batido un nuevo récord de asistencia jalean los nombres de tu once inicial; has puesto a Steve Powell, de dieciséis años, en lugar del lesionado Ronnie Webster.

El marcador no se mueve durante la primera parte. En el descanso, tu equipo, tus chavales, están exhaustos.

Exhaustos por la tensión, una tensión que viaja de los aficionados en las gradas a los jugadores en el campo; una tensión que viaja de los jugadores en el campo al árbitro; del árbitro al banquillo, a Peter y a Jimmy, a Bill Shankly y a su cuarto de las botas²², pero que a ti no te afecta; tú asomas la cabeza por la puerta del vestuario.

«Precioso —les dices—. Quiero más de lo mismo en la segunda parte, por favor.»

En el minuto sesenta y dos de tu partido número cuarenta y dos, Kevin Hector hace un cambio de juego hacia Archie Gemmill; Gemmill avanza a través del borde del área del Liverpool y la toca para Alan Durban, que amaga, se la deja a John McGovern y McGovern marca; John McGovern, tu John McGovern, tu niño.

El que se lleva todas las culpas. El que se lleva todos los abucheos.

1-0 para John McGovern y el Derby County.

Boulton. Powell. Robson. Durban. McFarland. McGovern. Gemmill. O'Hare. Hector y Hinton; Hennessey en el banquillo, con Pete, Jimmy y contigo; Cloughie, Cloughie, Cloughie.

	PJ	G	E	P	GF	GC	PTS
<i>Derby County</i>	42	24	10	8	69	33	58
<i>Leeds United</i>	41	24	9	9	72	29	57
<i>Man. City</i>	42	23	11	8	77	45	57
<i>Liverpool</i>	41	24	8	9	64	30	56

Bill Shankly te estrecha la mano y te dice que tendría que haber sido penalti, un penalti claro, cuando Boulton derribó a Keegan, pero te felicita igualmente.

Todavía piensa que puede ir al campo del Arsenal y ganar la Liga, puedes verlo en sus ojos. Lo lees como a un puto libro abierto. Pero tú sabes.

Sabes, sabes, sabes, sabes, sabes, sabes y sabes.

El Liverpool no ganará su último partido y el Leeds, dos días después de la final de Copa contra el Arsenal, perderá contra el Wolverhampton

Wanderers.

«Pero si mi equipo no consigue ganar —declaras a los periódicos y a la televisión—, ya podéis decirle a Revie y a su Leeds que entonces me gustaría que fueran Bill Shankly y el Liverpool los que se alzarán con el título.»



No he dormido. No he pegado puto ojo. Simplemente me he quedado sentado en el borde de la cama del hotel. La puta noche entera. Contemplando el vaso vacío en la mesilla de noche. Junto a un teléfono que nunca suena. Incapaz de hacer que se mueva. Ni un puto centímetro. Escuchando los pasos en el pasillo. Arriba y abajo, y abajo y arriba. Por el cerrojo de la puerta, al doblar el mango. Pero ahora brilla el sol y ya es sábado. El primer sábado de la flamante temporada. El primer sábado de verdad. Los policías patrullan el centro de Stoke en parejas, sus pastores alemanes tiran de sus correas de cuero. De verdad.

El Leeds United se viene a la ciudad. El Leeds United se viene a la ciudad.

Me quedo de pie junto a la puerta del autocar y contemplo al equipo embarcar rumbo al estadio Victoria Ground. Suben Harvey y Hunter; Hunter está suspendido, pero sube igualmente.

«No seguiréis haciendo esto durante mucho tiempo», les digo. «Pronto lo harán Peter Shilton y Colin Todd en vuestro lugar.»

Harvey y Hunter no dicen nada, simplemente se sientan en sus respectivos asientos del autocar del equipo.

El autocar circula por las calles: se alzan los puños contra las ventanillas, llueven escupitajos contra el cristal...

Me incorporo en la parte delantera del autocar del equipo mientras conducimos hasta el estadio y les digo:

«No tengo muy buenas noticias para ustedes, caballeros. Hoy no habrá partida de bingo antes del partido. Ni tampoco habrá bolos. Sé que todos están muy apegados a sus bingos y a sus bolos, pero mucho me temo que esos días son historia. A partir de ahora, solo fútbol, por favor.»

Los jugadores no dicen nada, con sus trajes oficiales y sus corbatas

oficiales, con sus melenas y sus potentes lociones para después del afeitado. Sus cabezas y sus hombros en sus libros y en sus barajas.

Los escupitajos contra el cristal.

El autocar llega al aparcamiento. El equipo y yo atravesamos la selva de cazadores de autógrafos y de insultos, les dejo para que se cambien y me voy hacia el bar privado; no me voy a molestar en soltarles una charla. No hoy. No tiene sentido. He pegado la alineación en la pared del vestuario y dejaré que se las apañen por sí solos.

Son futbolistas profesionales de los cojones, ¿no?

He puesto a Trevor Cherry en lugar de Hunter y salgo también con Terry Cooper de titular; Cooper, que jugará su primer partido en dos años, su primer partido de Liga desde que se rompiera la pierna sobre este mismo césped; es una oportunidad para que ambos, Cherry y Cooper, se reivindiquen.

Que se reivindiquen ante la mirada de los cazatalentos del Leicester y del Forest.

Son las tres menos diez cuando me termino la copa. Camino de vuelta escaleras abajo. Doblo la esquina. Pasillo abajo. Me quedo de pie junto a la puerta del vestuario y los miro fijamente, uno a uno.

Harvey. Reaney. Cooper. Bremner. McQueen. Cherry. Lorimer. Madeley. Jordan. Giles y McKenzie.

Miro fijamente a cada uno y me pregunto hasta qué punto quieren ganar este partido.

Hasta qué punto realmente quieren ganar este puto partido.

Me los quedo mirando a los ojos y sé que puedo hacerles ganar o perder este partido.

Ganar o perder en un chasquido.

Media parte y van 0-0; media parte y suelto el chasquido.

«¿Tú quieres ganar este puto partido? —le pregunto al Irlandés—. ¿Y tú? —le pregunto a Bremner—. La puta suspensión no ha empezado todavía.»

A los cinco minutos de la segunda parte, Terry Cooper es amonestado, Bremner hace una entrada a destiempo y el Leeds se pone un gol por debajo.

Tres goles por debajo al final del partido.

La prensa espera, la televisión también:

«Hemos jugado lo suficientemente bien como para ganar tres malditos

partidos —les convenzo—. Durante la primera media hora merecimos marcar tres goles. No estoy diciendo que el Stoke no se merezca la victoria —nunca he dicho eso—, pero podría haber ganado cualquiera y me sabe muy mal por los chavales, muy mal. Querían ganar a toda costa.»

Soy el último en subir al autocar y el conductor me deleita con otra encantadora sesión de pilotaje por el Oeste. Me siento al lado de Jimmy en la parte delantera con la cabeza contra la ventana, y entonces el equipo me empieza a aplaudir, el puto autocar entero me aplaude.

Lenta, muy, muy lentamente.

Me sabe muy mal por los chavales.

Exactamente igual que mi gigantesca sonrisa, una puta sonrisa que crece por mis labios, a través de mi rostro.



El Leeds todavía es favorito en las apuestas: 10-11; el Liverpool está 11-8 y el Derby County 8-1.

Pero queda una semana entera por delante y a ti no te gusta esperar. Así que te vas de vacaciones; Peter se lleva al equipo a Cala Millor, en Mallorca, para pasar una semana al sol. Te aseguras de que la prensa sepa que el Derby está allí; te aseguras de que el puto Revie y el Leeds sepan que allí es donde está el Derby; mientras se tuestan al sol de Mallorca, las apuestas se vuelven muy generosas y el champán se enfría.

«No os preocupéis —les repite Pete a los jugadores—. El campeonato es nuestro.»

Tú no vas a España, no esta vez. Te llevas a tu madre, a tu padre, a tu mujer y a tus hijos al Hotel Island, en Tresco, en las Islas Sorlingas. Simulas que no te importa el campeonato, pero no puedes pensar en otra cosa.

Es lo único que tienes en la cabeza mientras levantas castillos con tus niños en la arena.

Lo único; si ganan el Liverpool y Shankly, podrías sobreponerte. Quizá. Pero no si lo hacen el Leeds y Revie. Nunca. No otra vez. No Revie. Ese equipo. Pero sabes en el fondo de tu corazón, en lo más oscuro del fondo de tu corazón, que Don habrá preparado informes, que habrá desplegado su traje azul de la suerte, que habrá rellenado los sobres con billetes usados,

que habrá tenido una charla con el árbitro y estará hasta arriba de tarjetas de bingo y de bolos.

No hay lugar para el azar.

El sábado por la noche, en el Hotel Island, escuchas que el Leeds ha derrotado al Arsenal y ha conquistado la final de la Copa del Centenario. El Leeds está ahora a un solo partido del doblete; el Arsenal ya no es rival para el Liverpool.

La semana pasada estabas seguro de que serías tú el que ganaría el título. Simplemente lo sabías.

Ahora no estás tan seguro, la marea se traga cada día los castillos de arena.

Esas mareas de dudas y esas mareas de miedo; estos mares de duda y de miedo.

El lunes por la noche, a las nueve en punto, el teléfono del Hotel Island empieza a sonar.

El Liverpool ha caído ante el Arsenal y el Leeds ha perdido contra los Wolves.

Besas a tu madre, a tu padre, a tu mujer y a tus hijos; pides champán para los huéspedes y para todos los trabajadores del Hotel Island y posas para el Sun en la playa.

En la playa con olas de champán, mares de champán.

Champán en las Islas Sorlingas. Champán en Mallorca. Champán en la junta directiva de Highbury, donde el Viejo Sam ha ido a ver al Liverpool y a Shankly perder.

«Mantener a los entrenadores y ganar el título —declara el Viejo Sam—. ¿Qué más podría pedir la afición del Derby?»

Tres botellas de champán. Tres botellas de champán distintas. El Derby County es el campeón de Primera División de la temporada 1971-72.

Esa clasificación ya no se borrará nunca de tu memoria.

Es una noche hermosa; lunes 8 de mayo de 1972.

Y el miedo ha muerto. La duda ha muerto.

¡Larga vida a Cloughie!

18	Chelsea	1	0	0	1	0	2	0
19	Leeds United	1	0	0	1	0	3	0
20	Leicester City	1	0	0	1	0	1	0
21	Tottenham H.	1	0	0	1	0	1	0
22	West Ham Utd.	1	0	0	1	0	4	0

He venido a mover las piedras.
Once piedras redondas que serán dispuestas una encima de la otra,
una después de otra.
En la Roca del Maleficio.
Una detrás de otra, una encima de otra, coloco las piedras.
Pero si una se desprende, si una se cae, el maleficio fracasará.
Pero coloco mis piedras. Y luego proclamo tu nombre.
«Brian.»

DÍA 19

Me despierto el domingo por la mañana en el Dragonara con otra puñetera resaca, una resaca de alcohol y pesadillas. Pienso en lo suciamente desconsiderados que son; el Leeds United nunca ha sido noble en la derrota; siempre han interpuesto excusas, siempre con el cuento del pobre.

Segundos en la Liga y finalistas de la Copa en la temporada 1964-65; finalistas de la Copa de Ferias en 1965-66; en la temporada 1966-67 son víctimas de dos goles anulados en la semifinal de la Copa contra el Chelsea y finalistas de nuevo de la Copa de Ferias; finalmente en la campaña 1967-68 conquistan la Copa de Ferias y la Copa de la Liga, aunque caen derrotados en semifinales de Copa por culpa de un error garrafal de Gary «Manos Negligentes» Sprake; finalmente ganan la Liga en la temporada 1968-69, aunque caen en cuartos de final de la Copa de Ferias; en la temporada 1969-70 quedan segundos en Liga, llegan a la final de la Copa y caen eliminados por el Celtic de Glasgow en las semifinales de la Copa de Europa, un fracaso por el que culpan a «la congestión del calendario», a «las lesiones» y a Gary Sprake; en la temporada 1970-71 caen en Copa ante el Colchester, un equipo de la Cuarta División, y luego pierden la Liga por culpa, según ellos, de un árbitro que se llama Ray Tinkler, que concede un gol en fuera de juego al West Brom; aunque se las apañan para recomponerse y conquistar la Copa de Ferias por segunda vez; luego, en la campaña 1971-72 les obligan a jugar sus primeros cuatro partidos fuera de Elland Road —como consecuencia de la invasión de campo en la que desembocó el partido contra el West Brom de la temporada anterior y de las declaraciones de Revie y de su presidente, Woodward— y acaban esa temporada conquistando la Copa, pero pierden el último partido de Liga contra el Wolverhampton Wanderers y el Derby County se proclama campeón.

El Derby County y Brian Clough.

—Revie nunca me felicitó —le digo al camarero turco durante un desayuno tardío, tardío, tardío—. Para él fue el Leeds el que perdió el título, no el Derby el que lo ganó.

Ni felicitaciones. Ni bien hecho. Ni buen trabajo. Ni me alegro por ti, Brian...

—Ya te digo, todavía me cabrea; lo que han escrito en los periódicos, las cosas que se han dicho en televisión; que el Derby ha ganado el título de rebote. ¿De rebote? Idiotas de mierda. ¿Cómo se puede ganar un puto título de Liga de rebote? ¿Me lo explicas, Mehmet?

El camarero sacude la cabeza y dice:

—Eso es imposible, señor Clough.

—Tienes toda la puta razón, no se puede —le digo—. Lo sabes tú y lo sé yo; no se puede ganar un título de rebote. No después de haber jugado cuarenta y dos putos partidos. Teníamos una buena plantilla que consiguió los mejores resultados al final de una temporada de cuarenta y dos partidos, de manera que nos proclamamos campeones. Ni el Leeds. Ni el Liverpool. Ni el Manchester City. El puto Derby County y el puto Brian Clough fueron quienes lo consiguieron.

Solo hay resentimiento. Animadversión. Hostilidad y mal rollo.

Y una investigación policial.

—Nunca se pudo probar nada —le digo al camarero—. Pero donde hay humo, hay fuego e, indudablemente, el viejo Don sabe cómo empezar un incendio.

El camarero sonríe y dice:

—Los incendios son peligrosos, señor Clough.

—Exactamente, Mehmet —le digo—. Pero no debes olvidar que el Leeds y Revie solo necesitaban un punto; un puto punto y el título hubiese sido suyo. La Liga y la Copa: el doblete. Pero solo ganaron la Copa, no te olvides de eso. Habían ganado al Arsenal solo cuarenta y ocho horas antes. El Leeds seguía siendo favorito al título con las apuestas 10-11; la victoria del Derby, en cambio, se pagaba 6 a 1. Y no olvides que Shanks y el Liverpool también tenían opciones. El ambiente en el Molineux, el estadio de los Wolves, estaba que ardía antes de que empezara el partido. Se especuló con que había habido un amaño, ¿lo sabías?

El camarero parece confundido. Pregunta:

—¿Los corredores de apuestas sobornaron a los Wolves?

—No, no, no —le digo—. Fue algo que apareció en el *Sunday People*. Sprake, su propio puto portero, declaró que algunos exjugadores del Leeds United habían estado en el vestuario del Wolverhampton y les habían pedido a los jugadores de los Wolves que se lo tomaran con calma y se dejaran ganar el partido a cambio de mil libras; hubo también algunas palabras con el árbitro, al que se le ofreció un sobre con dinero para que pitara un penalti en el área de los Wolves, y —esta es la puta ironía de la historia— el Leeds reclamó un claro penalti, según parece, que no le fue concedido. Mano. Había sido una mano clarísima. Bernard Shaw era el nombre del jugador. Creo. Un penalti clarísimo por lo que me han dicho. ¿Pero sabes lo que yo creo? Yo creo que esa noche Don y sus jugadores recibieron su merecido por culpa de todos los rumores que corrían sobre un amaño y probablemente el árbitro se lo pensó dos veces antes de concederle nada al Leeds. El árbitro no quiere que nadie diga que ha hecho la vista gorda o que concedió un penalti después de haber recibido un sobre, ¿no? Pero luego, y eso es lo que me tocó los cojones, mientras la Federación y el Departamento de Investigación Criminal empezaron a investigar, el puto Fiscal del Estado en persona, todos investigando, Don salió en la tele y en los putos periódicos llorando, vendiendo otra vez el puto cuento del pobre; que si la acumulación de partidos, que si las lesiones, las suspensiones, los malos arbitrajes y la puta mala suerte. De todo para todos, menos para ellos.

«Esto es demasiado. Nos tendrían que haber pitado al menos tres penaltis. ¿Qué puedes hacer cuando se toman decisiones deliberadas en tu contra?»

El camarero sigue pareciendo confundido. El camarero repite:

—¿Mala suerte?

—¿Mala suerte? —le digo—. La mala suerte me la meto por el culo. No existe nada parecido a la mala suerte, ni a la mala suerte ni a la buena suerte, sobre todo después de cuarenta y dos partidos. Si el Leeds United hubiese sido mejor que el Derby County, entonces el Leeds United hubiese ganado el título. No el Derby County. Pero el Leeds perdió nueve partidos y nosotros solo perdimos ocho; así que el Leeds quedó segundo y nosotros, primeros. ¡Campeones! Puto punto final.

Mehmet recoge mi café vacío y asiente.

—Y tampoco se puede decir que les haya ido mucho mejor en las dos últimas temporadas, ¿verdad? —le digo a Mehmet—. En la campaña 1972-73 perdieron la final de la Copa contra el maldito Sunderland, de Segunda División. Y luego perdieron contra el AC Milan en la final de la Recopa de Europa. Puede que ganaran la Liga el año pasado, pero, desde que Revie los entrena, han perdido tres finales y dos semifinales de Copa, han dejado escapar la Liga ocho veces y han sido segundos cinco putas veces más. ¿Qué me dices de eso, eh, Mehmet?

Mehmet se encoge de hombros y vuelve a decir:

—¿Mala suerte?

—La mala suerte me la meto por el culo —le digo de nuevo—. ¿Quieres que te cuente el porqué? Es porque todo el mundo que no es de esta puta ciudad los ha odiado y los ha despreciado. ¡Todo el mundo! ¿Sabes a lo que me refiero?

Mehmet se encoge de hombros de nuevo y luego asiente otra vez y dice:

—Todo el mundo.

—Mira, piénsalo —le digo—. ¿Sabes por qué durante todos estos malditos años el Leeds *solo* ha dejado escapar el título de Liga o *soloha* perdido la final de Copa? ¿Sabes por qué? Te lo digo yo, ¿vale? Porque cada equipo contra el que se han cruzado, en cada puto partido que han jugado, los ha odiado y los ha despreciado. Aquel lunes por la noche en el Molineux, el campo del Wolverhampton, delante de sus cincuenta mil aficionados, era imposible que los Wolves se lo fueran a poner fácil; de ninguna manera, porque odiaban al Leeds United, porque los despreciaban. Su guardameta, Parkes, jugadores como Munro o Dougan, esos jugadores jugaron el partido de sus vidas, y te diré por qué, ¿vale? Porque no existe un solo equipo en este país, ningún equipo en Europa, que no quiera ganar a Don Revie y su Leeds United. Ni uno. Es lo que más desean: jugar contra Don Revie y el Leeds United y derrotarlos. Si estuvieras en mi puta piel, Mehmet, te pasaría lo mismo que a mí.

Mehmet el camarero parece confundido. Mehmet el camarero sacude la cabeza y dice:

—Pero usted es ahora el entrenador del Leeds United, ¿verdad, señor Clough?

DÍA 20

Has ganado el campeonato de Liga de la temporada 1971-72; has derrotado al Liverpool de Shanks; has derrotado al Leeds de Don Revie.

Sois los campeones de Inglaterra.

Durante los meses de verano, los albañiles vuelven al Baseball Ground, vais a jugar la Copa de Europa. Se han hecho obras en el sector Osmaston End y en la tribuna de Normanton. Han sido levantadas las nuevas torres de alta tensión para la iluminación artificial, ahora tus partidos van a ser retransmitidos en color en casa y en el extranjero.

Ahora sois los Campeones.

Pero todos tus sueños y todas tus pesadillas, tus esperanzas y tus demonios, los pájaros y los tejones, los zorros y los hurones, los perros y los diablos, los lobos y los buitres, todos te sobrevuelan, las nubes y las tormentas se despliegan por encima de ti, más allá de las torres de alta tensión, tus bolsillos están llenos de listas, tus muros pintarrajeados con amenazas, tus cigarrillos no se apagarán y tus copazos no se detendrán.

Las fiestas y los banquetes, las recepciones municipales y los trayectos en autobuses de dos plantas descubiertos, los desfiles y las fotografías; la cena de Campeones a la que ningún otro club se atreverá a asistir; la Charity Shield que nunca defenderás.

Es todo una pantomima, es todo mentira.

No puedes soportar a los directivos y los directivos no te soportan a ti.

«Para mí la amenaza procede de las caras sin rostro, sin nombre, de hombres que visten abrigos largos y llevan cuchillos enormes y maniobran a puerta cerrada.»

La guerra se acerca; una guerra civil de la hostia.

—

No hay necesidad de tener pesadillas. Hoy no...

Cada día me despierto y me pregunto si volveré a ganar alguna vez; me lo pregunté cada día en Hartlepool, Derby y Brighton, me pregunté cada día si volvería a ganar alguna vez. Pero hoy me despierto y por primera vez me pregunto si volveré a querer ganar alguna puta vez; si volveré a importar una mierda alguna vez.

Lunes 19 de agosto de 1974.

Cago. Me afeito. Me lavo y me visto. Bajo las escaleras. Los chicos ya están con sus amigos en el jardín, pegando chutes bajo el rocío. Mi hija está en la mesa coloreando. Mi mujer me pone el desayuno delante y se lleva el periódico lejos de mi vista. Me estiro y lo traigo de vuelta.

No hay ninguna necesidad de tener pesadillas. Es lo que declararé a la prensa el sábado y es el titular de hoy, y es lo que les volveré a decir; hoy y cada puto día.

—¿Pero qué te dirás a ti mismo? —pregunta mi mujer—. ¿Díselo a mi marido?

—

Has tenido problemas toda tu vida, en todos los sitios donde has estado, una crisis detrás de otra, una guerra detrás de otra. Esta vez, este problema, esta guerra, empieza así:

—Entonces no me voy a ningún lado —le dices a la junta directiva del Derby—. Tan sencillo como eso.

—Es la gira de pretemporada —dice Sam Longson—. Por Holanda y Alemania Federal. Fue sugerencia tuya. El motivo por el que te negaste a que el Derby participara en la Charity Shield de este año.

—¿Va a seguir dándome el coñazo con eso?

—Yo no te estoy dando ningún coñazo —dice Longson—. Pero nada de lo que dices tiene sentido.

—Escúcheme —le dices—. La gira se organizó mucho antes de que ganáramos el título.

—Mientras tú decías que no podríamos ganarlo —dice Jack Kirkland.

El Gran Estruendo de Belper, así es como Pete ha bautizado a Jack Kirkland; un hombre que hizo fortuna a fuerza de alquilar maquinaria pero que se cree que sabe de fútbol. Planea convertir el Baseball Ground en un complejo deportivo; un plan que requiere grandes taquillas y el dinero de tus traspasos, un dinero que has metido en sus arcas gracias a los treinta y tres mil espectadores que les has llevado, un dinero que tienes que gastar para generar taquillas todavía más grandes o serás despedido.

Pero a Jack Kirkland eso le importa una mierda. Jack Kirkland es el hermano de Bob Kirkland; Bob Kirkland, un tipo cuya dimisión forzasteis tú y Pete.

Ahora Jack Kirkland, el Gran Estruendo de Belper, busca un asiento en la directiva; busca un asiento en la directiva y quiere tu cabeza y la cabeza de Peter pinchadas de un palo.

Jack Kirkland tiene sed de venganza.

—No hay nada que le parezca bien, ¿verdad? —le preguntas—. Primero me dice que soy un arrogante y un engreído, y luego va y me echa en cara mi humildad y mi honestidad.

—Si no puedes soportar la tensión —empieza Kirkland.

—La clave es... —interrumpe Longson.

Pero dos son demasiados para este juego, y así se lo dices.

—La clave es que, o bien mi familia se viene al viajecito de los cojones o irá su puta madre.

Así es cómo sucede, una y otra vez, hasta que Longson se harta.

—¡Es un viaje de trabajo, no unas vacaciones! —grita—. Y te ordeno que bajo ninguna circunstancia te lleves a tu mujer y a tus hijos con el equipo a Holanda o a Alemania Federal.

—¿Me lo ordena? ¿Me lo está ordenando? —le preguntas repetidamente—. ¿Ordenarme a mí? ¿Pero quién coño se ha creído que es?

—El presidente del Derby County —te dice—. El presidente desde antes de que llegaras aquí.

—Eso es verdad —le dices—. Era el presidente del Derby County antes de que llegara, me acuerdo de eso; cuando el Derby County estaba en lo más bajo de la Segunda División; cuando hacía veinte años que nadie se

acordaba de ellos y cuando nadie había escuchado jamás el puto nombre de Sam Longson. Punto y final. Me acuerdo. Y allí es donde todavía estaría si no fuera por mí; en el culo de la maldita Segunda División, donde nadie se acordaba de usted ni nadie había escuchado nunca su nombre. Solo recuerde que el Derby County no existiría sin mí; ni el título de Liga ni lo de campeones de Inglaterra. Nada de eso sin Brian Clough. Solo acuérdesese de eso, señor presidente de los cojones.

Longson suspira una y otra vez.

—No te vas a llevar a tu familia a un viaje de trabajo.

—Entonces no me da la puta gana ir —le dices.

Y no vas. Y así es cómo empieza; este conflicto, esta guerra, esta vez.



El sábado, diez minutos antes del pitido final, me llamaron de Elland Road; Eddie Gray se había lesionado en un partido con el filial en la Central League. Se había retirado cojeando.

«Si fueses un caballo de carreras ya te hubiésemos pegado un tiro.»

Lesiones y suspensiones, malas decisiones y puta mala suerte.

La Maldición del Leeds United.

Atravieso las puertas. Bajo la grada. Doblo la esquina. Pasillo abajo. Estoy sentado en el puto escritorio del puto despacho, pensando en qué coño voy a hacer el miércoles contra el Queens Park Rangers, a quién coño debería alinear y a quién coño no; a quién coño *podré alinear*, cuando Jimmy Gordon asoma su cabeza por la puerta y levanta el pulgar.

—¿Es una puta broma? —le pregunto.

—No es ninguna broma —dice Jimmy—. Es el traspaso del siglo.



Peter está en la gira de pretemporada por Holanda y Alemania con el equipo y los directivos. Tú estás en casa, en Derby, con tu mujer y tus hijos.

Es agosto de 1972.

Es entonces cuando el Comité Directivo de la Liga de Fútbol emite su informe sobre tu conducta en el estrepitoso traspaso de Ian Storey-Moore.

«El Comité ha valorado las pruebas tanto verbales como escritas del Nottingham Forest, del Derby County, del jugador y del secretario de la Liga. Estas revelan que, pese a que el jugador había firmado un acuerdo de traspaso con el Derby County, este nunca fue firmado por el Nottingham Forest. Al mismo tiempo, el jugador no recuerda haber firmado ningún contrato con el Derby County. Existe constancia de que el secretario de la Liga había informado al secretario del Derby County de que el jugador no sería inscrito en el Derby County hasta que el acuerdo de traspaso fuese completado por el Nottingham Forest. El Comité considera, en consecuencia, que llevar al jugador a Derby y anunciar públicamente su fichaje cuando todavía era jugador del Nottingham Forest constituye una violación del artículo 52 (a) del reglamento de la Liga de Fútbol.»

El Comité Directivo de la Liga de Fútbol sanciona al Derby con una multa de cinco mil libras.

Es porque se trata del Derby County. Porque se trata de Brian Clough.

Es por las cosas que has dicho. Por las cosas que has hecho.

Porque no juegas la Charity Shield.

Porque no mantienes tu puta boca cerrada.

Así arranca la temporada 1972-73 para los campeones de Inglaterra.

No arranca ni con la Charity Shield ni con la cena de campeones, sino con Peter, el equipo y los directivos jugando contra el ADO de La Haya, mientras tú, tu mujer y tus hijos estáis en casa, en Derby, con vuestras reprimendas y vuestras multas.

El puto mundo entero en guerra contra ti; tú en guerra contra el puto mundo entero.



—Espera solo un maldito minuto, Clough —dice Sam Bolton.

—No tengo un maldito minuto —le digo—. Y me levanto.

—Siéntate —me dice. Y lo dice en serio—. Basta ya de numeritos. No es tu pasta la que te estás gastando, así que mejor te sientas de una puta vez como es debido y te callas la boca hasta que esta reunión haya terminado y te digamos si aceptamos o si rechazamos tu petición de fondos para traspasos.

Dejo mis ojos en blanco y digo:

—Hay partido el miércoles por la noche.

—Ya lo sé —dice Bolton.

—Entonces... ¿Tiene idea cuántos jugadores hay disponibles?

—Ese es su trabajo, Clough —dice—. No el mío.

—Exacto —le digo—. Por fin está hablando con algo de puto sentido común, señor Bolton. Así que si es mi trabajo saber de cuántos jugadores dispongo, entonces también es mi trabajo salir y hacer algunos putos fichajes más, porque tenemos a tres jugadores suspendidos, a dos lesionados por una larga temporada y a un montón con lesiones leves.

—No me parece que nadie dude de tus razones —dice Cussins, el pacificador.

—¿En serio? —le pregunto—. A mí no me suena así para nada.

—Solo pienso —dice— que quizá la forma de hacer las cosas en el Derby County y la forma de hacerlas en el Leeds United sea, probablemente, bastante distinta.

—Me encantaría pensar que es así —sonríe Bolton.

—¿Qué quiere decir con eso? —le pregunto.

—Venga ya, Clough —dice Bolton—. Todo el mundo sabe cómo trataste a Sam Longson y al resto de memos de su junta directiva. Los tenías a todos bailando en la puta palma de tu mano, comiendo de ella.

—¿Y qué? —le pregunto—. Les conseguí el título, ¿no? Les llevé hasta las semifinales de la Copa de Europa. Nadie se acordaba de ellos cuando me hice cargo del equipo. Eran el Derby. Hombres de ayer. Y mírales ahora: son un imperio llamado Derby County.

—Sé que *tú* eres ese imperio —sonríe Bolton.

Consulto mi reloj, pero no tengo. Así que voy directamente al grano.

—Quiero a John McGovern y quiero a John O'Hare. El Derby pide ciento treinta mil libras por ellos. ¿Sí o no?



Sois los campeones de Inglaterra y así es como empezáis a defender vuestro título en el partido inaugural de la temporada 1972-73.

Juegas en The Dell y empatas 1-1 contra el Southampton ante la taquilla

más floja del día; la asistencia más baja del día para ver a los campeones, para ver cómo fallan una ocasión tras otra. Lo único bueno que te llevas de vuelta a Derby es la actuación de John Robson en defensa. Tres días después empatas de nuevo en Selhurst Park, el campo del Crystal Palace. En otro partido decepcionante, tu mejor jugador vuelve a ser John Robson.

Así es como empiezas la defensa de tu título como campeón de Inglaterra, con empates contra el Southampton y el Crystal Palace. Pero no estás demasiado preocupado.

No con todo lo que tienes que hacer, con todo lo que tienes en la cabeza: tu nuevo contrato como comentarista para la London Weekend Television, para el programa On the Ball, y tus columnas de opinión para el Sunday Express:

Deberían suspender la Copa durante un año para incrementar al máximo las opciones de Inglaterra en el Mundial. Creo que soy el mejor entrenador para encargarme de George Best; él es un genio del fútbol y yo soy un genio del fútbol, así que seguro que nos entenderíamos bien. Aunque yo dejaré el fútbol en breve. Me gustaría tener un trabajo fuera del fútbol; un trabajo que me permitiera estar más tiempo con mi familia. De hecho, estoy pensando en llamar a Sir Alf y proponerle que nos intercambiamos los trabajos durante un año. Por desgracia, el presidente ha rechazado que acompañe a Inglaterra en su gira de invierno por el Caribe. Creo que me gustaría el supremo trabajo de dictar las reglas del fútbol. Detendría la Liga en marzo para concederle a la selección nacional tres meses de preparación para la fase final del Mundial.



Solo una llamada. Es todo lo que hace falta. De Jimmy a Dave. Basta con una llamada para que salga para allí. De Elland Road al Baseball Ground.

Consigo que Archer, el secretario del Leeds, conduzca mientras yo me siento en la parte de atrás con Ron del *Evening Post*; esto es casi una exclusiva para Ron y más de uno se enfadará, pero Ron y el *Post* se han portado bien conmigo, me han acompañado en el Dragonara, me han sacado de la cama del hotel, de mi moderna y lujosa cama; Ron, nuestro Ron del *Post*, es uno de esos que nunca dice que no a una copa.

Es la hora del té y estoy sentado con Dave Mackay en *mi* antiguo

despacho. Dave en *mi* antigua silla en *mi* antiguo escritorio, sirviendo las copas en *mis* antiguos vasos.

—¿Nunca tuviste la tentación de quemar el despacho, Dave? —le pregunto.

—Y tanto —me dice—. No sabes cómo hablaban de ti los putos jugadores; hablaban una y otra vez, sin parar. Que si el puto Cloughie esto, que si el puto Cloughie lo otro. Como si nunca hubieses dejado el puto edificio, era como si hubieses encantado el puto lugar.

—¿Y entonces por qué no lo quemaste? —le pregunto—. ¿Por qué no liquidarlo de una puta vez?

—Sería un desperdicio quemar un escritorio tan bueno —dice mientras ríe.

En mi silla. Sobre mi escritorio. En mi despacho. El escocés tacaño y cabrón.

Del Baseball Ground hasta el Hotel Midland donde John y John están esperando. No están esperando en el vestíbulo. John McGovern y John O'Hare están en el bar.

Estos son mis chavales. Y mis chavales me conocen bien.

—¡Champán! —le digo a Steve, el barman—. Y que no deje de correr, jovencito. Porque esta noche paga el Leeds United.



El Chelsea os derrota 1-2 en el primer partido en casa de la temporada; vuestro primer partido en casa como defensores de vuestro título, frente a treinta y dos mil espectadores. Jugáis con ansiedad, hay amonestaciones y protestas; no hay control de balón ni rápidos contraataques; no hay calma ni hay método. Habéis perdido la fe en vosotros; has perdido la fe en ti mismo.

También hay problemas en las gradas, peleas entre los aficionados por primera vez, perros y sirenas policiales por las calles colindantes, problemas y peleas.

Fuera del campo y en el campo; en el despacho de la junta directiva y en el vestuario; arriba y abajo; a la vuelta de cada esquina, al final de cada pasillo.

Ganarás al Manchester City y escalarás hasta el decimosegundo puesto de la clasificación antes de que termine el mes de agosto de 1972. Pero antes de que termine agosto de 1972 la prensa ya ha encontrado un apelativo nuevo para el Derby County: Campeones Caídos.

Los mismos hombres del año pasado entrenados por el mismo tipo que el año pasado; Adiós Cloughie.

Peter te separa a un lado. Peter dice:

—Vende a John Robson.

—¿De qué estás hablando? —le preguntas—. Acaba de conseguir la medalla de campeón; solo se perdió un partido en toda la temporada pasada, no ha cometido ni un solo error esta temporada.

—Que le follen —dice Pete—. Estamos hablando de la puta Copa de Europa, Brian. No te duermas sobre tus laureles. Robson ya tiene su medalla, ahora quitatelo de encima.

Pete ha tenido los oídos bien abiertos; saca su pequeña libreta negra, se pega al teléfono. El Leicester City ha estado exhibiendo su dinero; han fichado a Frank Worthington por ciento cincuenta mil y al lateral Denis Rofe por ciento doce mil libras.

—¿En qué lugar deja esto a David Nish? —pregunta Pete.

—¿De camino al Derby County, quizá.

Pete asiente. Pete te palmea la espalda. Pete dice:

—Vete a hacer tus cosas, Brian.



La prensa conecta sus micrófonos y agarra sus bebidas.

«No podía defraudar a los aficionados del Leeds y traer a jugadores que no tuviesen la calidad a la que están acostumbrados. El miércoles por la noche nos vimos en una situación crítica. Teníamos a Allan Clarke, a Norman Hunter y a Billy Bremner suspendidos, Terry Yorath se estaba recuperando todavía de su gastroenteritis, Eddie Gray se retiró del partido con el filial con molestias en el muslo, Mick Jones se estaba recuperando de su operación de rodilla y Frank Gray cayó víctima de la gripe.

»Así que estoy absolutamente encantado de haber fichado a McGovern y a O'Hare, no solo por el tipo de jugadores que son, sino por el tipo de personas

que han demostrado ser. Ambos son jugadores técnicos y con carácter y nos van a cubrir las espaldas en un momento en que las lesiones y las suspensiones son un auténtico problema.»

La prensa aparca sus bebidas. La prensa descuelga los teléfonos.



No quedaste con nadie. No llamaste por teléfono. No haces cola ni llamas a la puerta. Simplemente te metes directamente en el despacho de la junta directiva del Leicester City y les dices:

—He venido a fichar a vuestro defensa.

A Len Shipman, presidente del Leicester City y de la Liga de Fútbol, no le hace mucha gracia. Shipman dice:

—Estamos a mitad de una reunión muy importante. No está bien que se cuele aquí sin que nadie le haya invitado.

—Muy bien —le dices—. Esperaré afuera, pero ustedes seguirán estando sin blanca.

No te importa, te la suda. Vas a fichar a David Nish por doscientas veinticinco mil libras le guste o no al Leicester; le guste o no al Derby.

Derby County: ¡el club que más ha gastado en fichajes de toda la Liga!

Al Derby County no le gusta. Sam Longson dice:

—Es la hostia de dinero para un defensa que ni siquiera es internacional; para un defensa que no podrá jugar la Copa de Europa. Es mucho dinero para gastar sin ni siquiera consultarlo.

—No había tiempo —mientes—. Había otros clubs llamando a su puerta.

—Mira, Brian, sabes que siempre hemos hecho todo lo que hemos podido para financiaros a Peter y a ti. Pero ¿por qué no nos has consultado? ¿Ya has olvidado la conversación que tuvimos? ¿Dónde están el respeto y la confianza?

—Como te he dicho, no había tiempo.

—Y sin embargo la junta cree que podríamos haber fichado a Nish por una suma considerablemente inferior a las doscientas veinticinco mil que has pagado por él sin ni siquiera consultarnos —dice Longson.

—¿Acaso no llamé por teléfono?

—Desde el bar del hotel. Borracho como Dios.
—Estábamos celebrando el trabajo bien hecho.
—Me morderé la lengua —dice él—. Y me tragaré el orgullo lo mejor que pueda.
—Haz eso, entonces —le dices—. Haz eso, Sam.



Ya es tarde cuando pido un taxi del Hotel Midland a mi casa. Le hago pasar por el Baseball Ground, el camino más largo hacia casa.

—Nunca tendrían que haberte hecho lo que te hicieron —dice el taxista—. Es indignante.

—Nos lo hicimos a nosotros mismos —le digo—. Fue autoinfligido.

—Eso ya no lo sé —dice el taxista—. Lo único que sé es que no estuvo bien.

—Eres un buen hombre —le digo.

—No estuvo bien —repite otra vez—. Todo el mundo lo sabe. Pregúntale a cualquiera.

—No en Leeds —le dices.

El taxista detiene el coche frente a la casa. Se da la vuelta y me pregunta mirándome a los ojos:

—¿Por qué te fuiste allí, Brian? No te merecen. No en el Leeds.



Kirkland os detiene a Peter y a ti en el pasillo, a la salida del vestuario visitante de Carrow Road; os detiene después de que hayáis perdido contra el Norwich City en el debut de David Nish con el Derby County; el Derby County, el campeón de Inglaterra, que ahora va decimosexto en la Liga; Jack Kirkland te detiene y dice.

—Este es vuestro límite.

—¿Este es nuestro puto qué?

—El despilfarro para fichajes como el de Nish —dice Kirkland—. Hasta aquí habéis llegado.

—El flujo de jugadores no puede detenerse nunca —dice Peter—. Es la sangre del club.

—Se acabaron las transfusiones entonces —se ríe Kirkland—. Hasta aquí podíamos llegar.

—¡Vete a la mierda! —grita Peter—. ¡A la mierda!

—Lo tenéis crudo —dice Kirkland. Y guiña el ojo—. Vosotros dos saldréis de este club antes que yo. Os lo prometo.

DÍA 21

Mi coche está todavía en Elland Road, así que Jimmy Gordon viene a recogerme a casa a las ocho y media y salimos para el Hotel Midland a por McGovern y O'Hare.

—En poco tiempo podríamos dirigir un puto negocio de autobuses —se ríe Jimmy—. El Derby Express.

—Sería la hostia —le digo—. Cuanto antes, mejor.



Cuatro días después de perder contra el colista, el West Bromwich Albion, vosotros, los campeones de Inglaterra, volvéis a ir decimosextos en la clasificación. Y aunque ganasteis al Liverpool, habéis perdido cuatro de los ocho partidos disputados; de hecho, tan solo habéis ganado dos y a duras penas habéis marcado seis goles; y es en tal día como hoy cuando Europa os saluda. Esto no es la Copa de Ferias. Ni la Recopa. Esto es el mismísimo Santo Grial: la Copa de Europa.

Solo Jock Stein y su Celtic, solo Matt Busby y su Manchester United han bebido de esta copa; esta copa con la que sueñas, una copa cuya conquista detendría tus pesadillas.

Las dudas y los miedos; coloca lo que quieres por encima de todo lo demás.

Porque esto es lo que quieres y esto es lo que obtendrás.

Hoy es 13 de septiembre de 1972 y juegas en casa contra el Zeljeznicar Sarajevo yugoslavo en la fase previa, una eliminatoria a dos partidos. El que gana, pasa.

«Olvidaos del puto West Bromwich Albion. Olvidaos del Everton. Olvidaos del Norwich y del Chelsea —le dices a tu vestuario en Derby—. Cualquiera puede jugar contra el West Bromwich Albion. Contra el Everton, el Norwich y el maldito Chelsea.

»Pero esto es la Copa de Europa. La puta Copa de Europa. Donde solo juega un equipo inglés al año. Y esta noche ese equipo somos nosotros. Ni el Liverpool. Ni el Arsenal.

»Ni el Manchester United. Ni el Leeds.

»Es el puto Derby County el que va a jugar esta noche, sobre este césped y en los libros de Historia.

»Así que vais a saltar a ese terreno de juego, vais a asaltar las páginas de esos libros de Historia y vais a disfrutar de la hostia, porque, si no lo hacéis, puede que no tengáis otra puta ocasión de repetirlo jamás.»



Bajo las gradas, atravieso las puertas y doblo la esquina, camino pasillo abajo, abajo, abajo, me cruzo con Syd Owen y me cruzo con Maurice Lindley cuando Syd dice a mi espalda, por lo bajini y entre sus dientes apretados, dice algo que suena como:

—¿Por qué coño los ha fichado?

Me detengo. Doy media vuelta y pregunto:

—¿Que qué?

—Una pareja de suplentes —suscribe Maurice—. Suplentes.

—Si ni siquiera jugaron un puto buen partido en el Derby County de los cojones —dice Syd.

—Son internacionales —les digo—. Y ambos han sido campeones de Liga.

—¿Campeones de Liga? —pregunta Maurice—. ¿Y cuándo fue eso?

—En 1972 —le digo—. Y ya lo sabes, no me jodas.

—Pero no las ganaron realmente, ¿verdad? —dice Syd—. No realmente.

—¿Y se puede saber qué coño hicieron entonces? —le pregunto—. ¿Se las encontraron por casualidad?

—Sí, podría decirse eso —sonríe Maurice.

—De alguna manera —se ríe Syd.

—Ya os mostrarán sus medallas —les digo.

—Pero las medallas de poco les servirán mañana —dice Maurice.

—¿Qué? —le pregunto— ¿De qué hablas ahora?

—No pueden jugar —dice Syd—. Ni remotamente.

—Por supuesto que pueden —le digo—. ¿Por qué coño no podrían?

—Porque no están bien físicamente —dice Maurice.

—En tal caso seguro que encajan de puta madre, ¿no? —digo y me doy media vuelta para largarme, por el pasillo, hasta doblar la esquina.

—Perdone, una cosa más —dice Syd a mi espalda, por lo bajini, con las manos por detrás y entre sus dientes apretados—. Entrenamiento.

Me detengo. Me doy la vuelta. Pregunto:

—¿Qué pasa con el entrenamiento?

—Es un poco desastre —dice Maurice.

—¿Qué significa un poco desastre?

—Hay un partido mañana, ¿recuerda? —dice Syd—. Contra el QPR.

—He visto el calendario de los cojones, Sydney —me río—. No te preocupes.

—Pero sí que nos preocupamos —dice Maurice—. Ni usted ni Jimmy Gordon han dicho o hecho nada sobre el juego del QPR. Nada.

—Don hubiese entrenado con los malditos suplentes jugando como lo hace el Rangers —dice Syd—. Y hubiese hecho que el primer equipo jugara contra ellos. Analizando aquello, analizando eso otro.

—Gilipollecés —les digo—. Son futbolistas profesionales de los cojones; no necesitan toda esa basura. Basta con detener a Bowles; eso es todo lo que hace falta saber sobre el QPR.

—Eso es una locura —dice Maurice—. Una locura...

—Yo, de hecho, creo que *usted* estás chalado —me dice Syd—. Chalado como una regadera, eso es lo que creo.

—Bien, pues ya que estamos —les digo a los dos—, hay un par de cosas que me gustaría deciros a ambos. Primero de todo, no necesito daros explicaciones a ninguno de vosotros dos. Ni de cómo ni de cuándo entreno. Ni de a quién ficho o a quién pongo. Segundo, si no os gusta eso o si no os gusta yo, si os pensáis que estoy loco, si os pensáis que estoy chalado, entonces, por lo que a mí respecta, podéis iros a tomar por el puto culo. ¡Y ahora esfumaos!

—les chillo—. ¿Queda claro? ¿Me he explicado bien? —les pregunto—. ¿Os ha quedado claro?

Syd Owen simplemente me mira. Se me queda mirando. Entonces Syd Owen dice:

—Tiene razón, señor Clough. No tiene que justificarse por sus acciones ni darnos explicaciones ni a Maurice ni a mí. Pero venga mañana por la noche y se encontrará con cuarenta mil personas aquí, cuarenta mil personas ante las que sí tendrá que justificarse. No se equivoque.

—Y no se olvide de los once hombres a los que va a hacer saltar al terreno de juego —añade Maurice Lindley—. No se olvide de ellos.



Ganas al Zeljeznicar de Sarajevo 2-0 en la ida, en el Baseball Ground, bajo los focos del nuevo alumbrado artificial; no solo los derrotáis, sino que hacéis añicos su fe en pasar la eliminatoria, tal es vuestro dominio, la grandeza de vuestro juego, de Hennessey y de McGovern. Es una puta vergüenza que solo veintisiete mil personas vinieran a veros.

Como una puta vergüenza fue ir luego a Old Trafford y perder 3-0 contra el peor Manchester United en años. Una puta vergüenza que solo hubieras entrenado media hora con el equipo aquella semana. Una puta vergüenza que te pasaras la mayor parte de la semana en el tren o en la autopista, yendo y viniendo de la London Week Television. Una puta vergüenza que nadie se hable con nadie, que nadie escuche a nadie.

«Mis condiciones son sencillas. Si alguien quiere contratarme, tiene que aceptarme como soy. Si después de cinco años, no pueden aceptar como soy, entonces es que el mundo entero se ha vuelto loco.»

Sesenta mil personas se han congregado esta noche entre los árboles y las colinas de Bosnia y Herzegovina; entre las mezquitas y los minaretes, en el estadio Kosevo, para ver el partido de vuelta; sesenta mil hijos de Tito con sus bocinas y sus bengalas.

«Europa es una aventura —le dices al equipo—. Como un incentivo o como unas vacaciones. Así que pasadlo de puta madre, disfrutad y ¡a por la puta victoria!»

En quince minutos Hinton y O'Hare han puesto el 0-2 en el marcador, 4-

0 en el total de la eliminatoria, con un juego tan bueno como definitivo es el resultado. Claro que el Zeljeznicar de Sarajevo no cae con elegancia en la noche de los Balcanes; patean y pegan viajes, en ese terreno duro, duro, en ese pesado, pesadísimo barro yugoslavo; son peores que el Leeds United, peores que los hijos de Don Revie.

Los hijos de Tito queman sus periódicos, los hijos de Tito encienden sus cohetes.

Pero ganáis. Y la prensa dice:

«Nos vemos en Belgrado el próximo mayo.»

Belgrado. Próximo mayo. Final de la Copa de Europa de 1973.



Bremner no llama. Bremner abre la puerta y dice:

—¿Quería verme?

—Sí —le digo—. Siéntate, Billy. Ponte cómodo.

Bremner no habla. Bremner se sienta en la silla y espera.

—Estás fuera para los tres próximos partidos. ¿Quizá algunos más?

Bremner sigue sin hablar. Bremner se sienta en la silla y espera.

—Pues bien, no sé qué te parecerá esto —le digo—, pero como capitán del equipo y como líder natural sería la hostia de triste perder tu presencia en el vestuario y en el campo durante estos tres grandes partidos.

Bremner sigue sin hablar. Bremner sigue sentado en su silla, a la espera.

—Me gustaría que, al menos, estuvieras aquí para los partidos de casa —le digo—. Valoro tus aportaciones en las charlas de equipo, mientras comemos, en el vestuario o en el banquillo, junto a mí.

Bremner se levanta. Bremner dice:

—¿Eso es todo?



Europa te da esperanzas. Europa te hace soñar.

Empiezas a ganar los partidos en Inglaterra. Derrotas al Birmingham y al Tottenham y empatas con el Chelsea en la Copa de la Liga. Has sido

emparejado con el Benfica en la próxima ronda de la Copa de Europa; el Benfica de Eusebio, cinco veces finalistas y ganadores en dos ocasiones; tus esperanzas y sus sueños hechos realidad.

Pero siempre hay dudas. Siempre existe el miedo. Y siempre hay problemas.

Las venganzas infantiles y las travesuras, la traición y la política.

La directiva le está comiendo la oreja al presidente, le preguntan sobre Peter; ¿a qué se dedica ahora?, ¿cómo lo hace?, ¿cuánto cobra? y... ¿seguro que lo necesitamos?

Entonces el presidente te come la oreja a ti sobre Peter; ¿qué hace exactamente?, ¿cómo lo hace exactamente?, ¿cuánto cobra exactamente?, ¿seguro que lo necesitamos?, ¿qué tal un poco más de dinero para ti en tu próximo contrato? El dinero extra y el contrato podrían ser tuyos...

Si Peter Taylor se queda fuera.

Luego el secretario del club le susurra a Peter cositas al oído sobre ti; sobre lo poco que apoyas a Peter en la junta directiva, sobre cómo ya has tramado la forma de deshacerte de él; sobre cómo tú nunca das la cara, excepto en la televisión y en la prensa, sobre el dinero extra incluido en tu nuevo contrato, un dinero que cobrarás si te quitas a Peter de en medio, o sobre el dinero extra y el nuevo contrato que podría conseguir Peter...

Si no estuviese Brian Clough.

Siempre hay dudas y siempre hay miedo. Siempre hay problemas, siempre hay tensión. Tensión y problemas. Dudas y miedos; guerra, guerra, guerra y, entonces, en el momento preciso...

Y como por arte de magia, aquí llega el Leeds, Leeds, Leeds.



Bajo las gradas. Bajo las gradas. Bajo las gradas. Bajo las gradas. Hay un bocadillo de queso medio comido sobre mi escritorio, junto a mi agenda, que yace abierta.

A cada entrenador que he conocido, cada preparador físico, cada asistente y cada cazatalentos...

«Elegid al que queráis», les digo por teléfono.

Se lo digo al Forest. Al Leicester. Al Birmingham. Al Everton. Al Stoke e

incluso al Carlisle...

«Harvey. Cooper. Cherry. Giles. Hunter», le digo al primero que escuche.
Ipswich, Norwich, Luton, Burnley, Sheffield Wednesday y hasta al maldito Hull.

«Elegid al que os haga más puta rabia», les digo, les suplico, les imploro.
A Cada entrenador que he conocido, cada preparador físico, cada segundo entrenador y cada cazatalentos.

El bocadillo de queso a la mitad, mi agenda y un vaso vacío, consumido.
Bajo las gradas. Bajo las gradas. Bajo las gradas.

«¿Dónde está el puto reloj?»



Longson ha sido citado a otra reunión del Comité Directivo de la Liga de Fútbol, otra reunión de mierda del Comité Directivo, otra puta reunión para hablar sobre ti. El Comité Directivo de la Liga de Fútbol le cuenta a Longson que el Derby County Club de Fútbol se enfrenta a severas acciones disciplinarias y a duras multas, acciones y multas que serán todavía más severas si el entrenador no rectifica sus críticas en televisión y en los periódicos, sus críticas en la caja tonta y en las columnas de opinión, sus críticas para con la Liga de Fútbol y la Federación.

Longson se caga en sus putos pantalones. Longson ingresa en el hospital.

Los pájaros y los tejones, los zorros y los hurones, los perros y los demonios, los lobos y los buitres te sobrevuelan en círculos, se suman a las nubes negras y a las tormentas de invierno, mientras tus flamantes focos, las torres de alta tensión, chirrían y gimen al viento que sopla por encima del Baseball Ground, chirrían y gimen y amenazan con derrumbarse, con venirse abajo.

Entonces el fútbol llega como un alivio; un alivio ante las venganzas infantiles y las travesuras, ante las traiciones y el politiquero, llega como un alivio incluso cuando es en Leeds, Leeds, Leeds.

Es un 7 de octubre de 1972 y estás en el autocar del Derby rumbo a Elland Road, rumbo a Leeds.

Sois los campeones de Inglaterra, el Derby, no el Leeds United; el Derby

County acabó primero, el Leeds United terminó segundo; vosotros ganasteis y ellos perdieron. «Un robo a mano armada», dice Don Revie. Y Leeds, Leeds, Leeds United, otra y otra y otra vez.

Un robo a mano armada. Un robo a mano armada. Un robo a mano armada.

Hoy ambos equipos tienen algo que demostrar, algo que demostrar y mucho que provocar. Pero cuando te levantas en la parte delantera del autocar, cuando te levantas para contar los corazones que viajan a bordo, puedes notar las dudas y oler el miedo, los problemas y la tensión.

Hoy no estarán ni John McGovern ni Terry Hennessey.

Vas a colocar a Peter Daniel como centrocampista en su lugar; es un experimento. Pero en el fondo de tu corazón sabes que Elland Road no es lugar para experimentos de ningún tipo.

En ese campo de derrotas y en ese campo de odio, en ese campo de sangre, ese campo de batalla.

El autocar del Derby aparca en Elland Road, ante los puños que aporrean los laterales del autocar y las bufandas que ondean contra los cristales, y los jugadores pálidos, sus corazones hundidos, y ya vas un gol por debajo.

Y ya vas un gol por debajo incluso antes de bajarte del puto autocar.

Después de dos largas partes y de noventa minutos, el Derby County ha perdido 5-0, gracias a dos goles de Giles, a uno de Bremner, otro de Clarke y otro de Lorimer.

«Ni siquiera han jugado tan bien —dice Pete—. No son tan buenos.»

Pero tú no estás escuchando; estás harto de él, del equipo, del juego.

De estos campos de derrota y de estos campos de odio, de estos campos de sangre y de estos campos de guerra.



La larga sogá. El cuchillo afilado. El revólver cargado. La prensa está aquí para contemplar cómo hago desfilar a McGovern y O'Hare, están aquí para escuchar mi cabalgata de embustes y de engaños.

—Me remito a lo que dije hace quince días: que nadie se va a ir del Leeds en una buena y larga temporada. Cuando la gente habla de hacer limpieza, se refieren, invariablemente, a aquellos jugadores que no querrías ver con otra

camiseta. Puedo decir con toda sinceridad que deshacerme de alguno de esos jugadores es algo que nunca se me ha pasado por la cabeza. Estos dos nuevos fichajes son producto de la necesidad. Soy muy consciente de que el Leeds United es el vigente campeón, así que no me puedo permitir traer al primero que pasa. Tienen que ser los hombre adecuados, además de buenos jugadores, y estoy seguro de que McGovern y O'Hare están hechos a la medida de este club.

Una pregunta desde las primeras filas:

—¿Alguna novedad sobre Eddie Gray?

—Podría estar fuera durante otra larga temporada —les digo—. Y, obviamente, pesa un interrogante sobre su condición física.

Una pregunta desde la parte de atrás:

—Ha habido algunas declaraciones sobre presuntas disputas entre bastidores entre usted y Syd Owen. ¿Tiene algo que decir al respecto?

—Esas declaraciones son vergonzosas —les digo—. Completamente lamentables. Nunca he tenido diferencias con nadie del club, ni con sus trabajadores ni con nadie en absoluto. Syd ha trabajado a destajo para mí desde el día que empecé. Es muy honesto y trabajador, exactamente la clase de persona con la que me llevo bien.

Una pregunta desde uno de los laterales:

—Entonces... ¿Absolutamente nadie se va de Elland Road?

—Aquí hay trabajo para todos —les digo—. Incluso para mí.



Te vas a Portugal a ver jugar al Benfica. A espiar. No te llevas a Peter. Te llevas a tu mujer y a tus hijos en su lugar. Estás encantado de ir. De hacer una escapada. Estás harto de Inglaterra. También estás harto del Derby County de los cojones; de sus malditos directivos y de la afición; de sus desagradecidos directivos y de sus desagradecidos aficionados:

«Solo se ponen a cantar hacia el final, cuando vamos un gol por delante —declaras a los periódicos—. Quiero escucharles cuando perdemos. Son una panda abominable.»

El Benfica también es una mierda y tiene suerte de empatar.

No tienes dudas. No tienes miedo.

*No de las Águilas de Lisboa.
Sabes que puedes ganar.
Sabes que ganarás.*



Nunca aprendo, me cago en la hostia. Nunca lo hice y no lo haré en mi puta vida. Estoy de vuelta en el bar del Dragonara, aunque debería estar de vuelta en casa, en Derby, con mi mujer y mis hijos. Estoy aquí, en el bar, con Harry, Ron y Mike; tipos a los que no conocía hace dos semanas, de los que nunca había escuchado una puñetera palabra, ahora convertidos en mis mejores colegas, amigos para siempre.

—Una copa para todos mis amigos —grito—. ¡Otra puta copa, barman!

Encima de las sillas y de los sillones del bar del Dragonara.

—¡Toca «Glad to Be Unhappy»! —le grito a Bert, el pianista—. «Only the Lonely».

Por las mesas y por los suelos.

—¡«In the Wee Small Hours of the Morning»!

Encima de las sillas y de los sillones. Por las mesas y por los suelos. En el ascensor y en el pasillo. En mi moderna y lujosa habitación, en el moderno y lujoso lavabo de mi hotel.

Porque nunca aprendo; nunca lo consigo; nunca lo hice y no lo haré en mi puta vida; por eso no conseguí el graduado escolar y por eso nunca he conseguido un título a mi nombre, ni un puto certificado; por eso marqué 251 goles en 274 partidos, aunque solo jugué dos veces con la selección de Inglaterra, ni una puta vez más.

Por eso gané los campeonatos de Segunda y de Primera División; por eso alcancé las semifinales de la Copa de Europa y, por eso, la ganaré en breve.

Porque nunca aprendo; nunca aprendo. Nunca lo hice y no lo haré en mi puta vida.

Porque soy el maldito Brian Clough. Y esta noche tengo la puta cara estampada contra el suelo.

El futuro seleccionador inglés con la puta cara estampada contra el suelo.

DÍA 22

Aquí está Europa otra vez; tus esperanzas y tus sueños. Las esperanzas y los sueños que todavía te mantienen aquí, en casa, contra el Benfica.

El Derby County contra el Benfica en la segunda ronda de la Copa de Europa.

No puedes dormir. No puedes comer. No crees en la suerte. No crees en las oraciones, así que solo te queda tramar, tramar y conspirar.

Le pediste al encargado de mantenimiento del campo que vaciara medio río Derwent sobre el terreno de juego ayer por la noche, que dejara el césped convertido en un lodazal. Kevin Hector es conducido por el estrecho pasillo hasta la sala de recuperación. El médico del equipo le mete a Kevin Hector cortisona hasta las trancas una hora antes del pitido inicial; una hora antes de que las Águilas de Lisboa se peguen su banquete a costa de los Carneritos de Derby.

La prensa no te da ninguna opción. La prensa ha anticipado tu siniestro total: No has tenido suerte, Cloughie, escriben todos. Esta vez juegas contra un rival de otra categoría.

Pete clava los recortes de periódico en el vestuario; aquí es donde tú y Peter estáis en vuestra auténtica salsa, en el vestuario, junto a los recortes, diez minutos antes del pitido inicial. Le has preguntado a Peter que estudie a sus jugadores, a quién hay que vigilar y por qué hay que hacerlo, algo que normalmente no haces, algo que siempre te la suda. Esta noche no es distinta. Pete mira al pedazo de papel que tiene en sus manos y luego mira de nuevo al equipo, a vuestros chavales, y entonces arruga el pedazo de papel.

«Estad tranquilos —dice—. Contra estos no hay nada de lo que

preocuparse.»

Peter tiene razón, tú tienes razón; esta es una de esas noches con las que has soñado; una de esas noches para las que naciste, que estás destinado a vivir, y, a pesar de tus comentarios, a pesar de tus críticas, más de treinta y ocho mil personas están aquí esta noche para compartirlo contigo, esta noche en la que barrerás al Benfica y a Eusebio del terreno de juego, desde el primer hasta el último minuto, desde el minuto en que McFarland se eleva por encima de su defensa para cabecear a la red el centro de Hinton, desde el minuto en que McFarland cabecea otro centro de Hinton que cae a los pies de Hector, que marca de un zurdazo por la escuadra; desde el minuto en que McGovern controla un balón alto de Daniel y marca desde el borde del área, desde el primer hasta el último minuto.

«Increíble —te dice Malcolm Allison en la media parte—. Increíble de la hostia.»

Asomas la cabeza por la puerta de ese vestuario y simplemente les dices:

«Sois fabulosos, todos y cada uno de vosotros.»

Boulton. Robson. Daniel. Hennessey. McFarland. Todd. McGovern. Gemmill. O'Hare. Hector y Hinton.

El Derby County; tu equipo, tus chavales.

Esta noche es la noche con la que siempre habías soñado. La noche para la que siempre habías trabajado. La noche para la que naciste y que estás destinado a vivir. La que tramaste y conspiraste.

Esta noche es la reivindicación. Esta noche es la explicación.

Esta noche es tu venganza, venganza, venganza.

Esta noche es la noche del Derby County 3, Benfica 0.

25 de octubre de 1972.

Esta noche solo tienes una palabra que decirle a la prensa después del partido, una palabra para tu equipo, para tus chicos, y esta noche la palabra es «mágica».



Esta es otra de *sus* costumbres, otra de *sus* rutinas, otro de *sus* putos rituales. Esta noche juego mi primer partido en casa, en Elland Road; en casa contra el Queens Park Rangers. Pero no quedamos en Elland Road; quedamos

en el Hotel Craiglands, en Ilkley.

Me cago en Ilkley, en medio de un puto descampado, en medio de ninguna parte.

Un entrenamiento corto y suave y una comida ligera; un poco de bingo, un poco de bolos; una charla con los preparadores y una discusión con Don; y luego, de vuelta a Elland Road.

—Desde hace mucho tiempo —dice Maurice Lindley—, cada partido en casa ha sido así.

—Bien, pues esta es la última vez —le digo—. Estarían mejor en casa, con sus mujeres y sus críos durante un par de horas, que aquí tirados, de brazos cruzados; o apostándose sus putos sueldos, esperando y preocupándose como un puñado de viejas.

—Es un momento valioso de la preparación —dice Maurice—. Les ayuda a concentrarse en el partido.

—Es una pérdida de tiempo y de dinero que te cagas —le digo—. Me ha costado una puta fortuna llegar aquí en taxi —añado.

—A los chicos no les gustará —dice él—. No les gustan los cambios.

—Menuda puta mierda, entonces —le digo. Y me meto dentro, hasta llegar al desierto y vacío restaurante; desierto excepto por el primer equipo, que está sentado frente a su sopa de tomate, a la espera de su bistecs con patatas.

Billy Bremner está aquí. El Rastreador y Hunter también, por más que los tres estén suspendidos. Voy hacia Billy Bremner, le rodeo el hombro con el brazo, le doy una palmadita en la espalda y le digo:

—Qué bueno que hayas venido, Billy. Te lo agradezco mucho. Gracias, Billy.

Billy Bremner no se da la vuelta. Billy Bremner se queda mirando su sopa de tomate y dice:

—Tampoco tenía otra puta opción, ¿verdad, señor Clough?



El Derby County viaja al Estadio da Luz, en Lisboa, para disputar el partido de vuelta, un 8 de noviembre de 1972. Tú no te entrenas. No te ejercitas. Tú te haces unas sardinas a la parrilla y bebes vinho verde.

«LA ESTRATEGIA DEL BEBEDOR», publica el Daily Mail.

Tienen razón.

Hace cuatro días visitaste Maine Road, el campo del Manchester City, y os aplastaron; fueras de juego, goles en propia puerta y de nuevo el puto Rodney Marsh. Encajaste cinco goles contra el Leeds. Tres contra el Manchester United. Ahora te caen cuatro contra el City.

—Y ni siquiera han jugado tan bien —dice Pete—. Tampoco son tan buenos.

—Pues igual que tú, entonces —le sueltas de golpe—. Porque no sabes decir otra cosa.

La duda. El miedo. Los problemas. La tensión.

Volviste más tarde. Llamaste a su puerta. Le gritaste a través del buzón. Esperaste hasta que dejó sus libros sobre el nazismo y, finalmente, abrió la puerta. Entonces le besaste y lo arreglaste. Y ahora aquí estáis, de nuevo codo con codo, en Lisboa.

En el Estadio da Luz, frente a setenta y cinco mil aficionados; encajados entre las murallas y murallas de cuerpos, los muros y los muros de ruido, las olas y las oleadas de camisetas rojas, las olas y las oleadas de camisetas rojas desde el pitido inicial hasta el pitido final.

Pero tu equipo, tus chicos, aguantan con firmeza y Boulton juega el partido de su vida y salva una y otra vez las acometidas de Eusebio, de Baptista, de Jordao, hasta que llega el descanso y, entonces, las Águilas de Lisboa empiezan a desplomarse sobre el campo, el tiempo, ya, en su contra.

Los poderosos Carneritos de Derby en su contra.

Sin miedo. Ni dudas. Ni problemas. Ni tensión.

Hay silbidos al final, pero no para vosotros, no para el Derby County; silbidos y cojines arrojados al terreno del Estadio da Luz, pero no son para ti ni para el Derby County.

A lo largo de las últimas doce temporadas de fútbol continental, solo el Ajax de Ámsterdam había sido capaz de detener a Eusebio y a las Águilas de Lisboa, de impedir que marcaran; solo el Ajax y, ahora, el Derby.

Tú y el Derby merecéis una ovación. Tú y el Derby merecéis respeto.

Y es que tú y el Derby estáis en cuartos de final de la Copa de Europa.



El autobús del equipo nos lleva de vuelta a Elland Road a las cinco y media y ya hay gente en las inmediaciones, haciendo cola en las taquillas, comprando sus programas de mano, comiendo sus hamburguesas y bebiendo sus tazones de Bovril²³. Yo me escondo en el despacho, pasillo abajo, doblada la esquina, atravesadas las puertas, bajo las gradas. Me escondo y escucho los pasos que avanzan por encima de mí, que trepan hasta sus asientos y que se acomodan en sus butacas, que afilan sus cuchillos y envenenan sus dardos, que se aclaran las gargantas y empiezan a corear, corear, corear, corear, a corear lo de:

Leeds, Leeds, Leeds, Leeds, Leeds, Leeds, Leeds, Leeds, Leeds.

Hundo la cabeza en mi escritorio. Hundo los dedos en mis oídos. Cierro los ojos. En este despacho. Pasillo abajo. Doblada aquella esquina. Atravesadas esas puertas. Bajo las gradas y bajo sus pasos, pasos, pasos.

Lllaman a la puerta. Es John Reynolds, el encargado del césped.

—Aquí lo tiene, viejo —dice. Y me entrega mi reloj—. Mire lo que ha aparecido.

—¡Me cago en la puta! ¿Dónde lo has encontrado? —le pregunto.

—Estaba en el campo de entrenamiento, detrás de una de las porterías —dice John—. Un poco guarro, pero se lo he limpiado. Es un reloj de puta madre; todavía anda y todo.

—Eres un santo —le digo. Y saco una botella de Martell de mi cajón—. Y ahora te vas a sentar a beberte una conmigo, ¿vale?

—Venga pues, viejo —sonríe—. Lo haré por razones puramente medicinales.

—Los resfriados de verano —me río—. Son lo peor, ¿a que sí?

John Reynolds y yo alzamos los vasos y nos bebemos nuestra copa. Y entonces John dice:

—¿Puedo decirle algo, viejo?

—Puedes decir lo que te dé la gana, John —le digo—. Te lo debo.

—Bien, sé que quiere hacer cambios aquí —dice—. Que quizá uno o dos jugadores y uno o dos miembros del cuerpo técnico estén a punto de irse. Yo no lo precipitaría, viejo. No tenga demasiadas prisas, especialmente aquí. No se toman muy bien los cambios por aquí. A fin de cuentas, Roma no se construyó en un solo día, ¿verdad?

Me quedo mirando fijamente a John Reynolds. Y entonces me levanto, extendiendo mi mano y le digo:

—Eres un buen hombre, John Reynolds. Un buen hombre y un cuidador cojonudo. Gracias por tu consejo, por tu amistad y por tu bondad, maestro.



No quieres largarte nunca de este sitio. No quieres que esta sensación se extinga jamás.

La ovación de la afición del Benfica. El respeto de la afición del Benfica.

Son las noches con las que sueñas, las noches para las que naciste, que estabas destinado a vivir.

Noches por las que beber y beber y beber y beber.

En el restaurante, durante la celebración, te incorporas para hablar. Te levantas y gritas:

—¡Eh, Toddy! ¡Ni me gustas tú ni me gusta tu mujer!

Nadie se ríe, nadie aplaude ni nadie te respeta ahora; apenas un carraspeo embarazoso y amortiguado. Mañana llamarás a la señora Todd. Mañana te disculparás y le mandarás flores. Mañana intentarás explicárselo.

Pero esta noche Longson esconde su rostro mientras Kirkland golpea su vaso con su cuchillo lenta, lenta, lentamente. Golpea, golpea, golpea. Lenta, lenta, lentamente.

—Te voy a sepultar —susurra Jack Kirkland con un odio fresco que reluce en su aliento—. Voy a sepultarte, te lo prometo.

Te quieres ir a casa. Quieres cerrar tu puerta con llave. Quieres correr las cortinas. Los dedos en los oídos, los dedos en los oídos.

No quieres salir de casa nunca más.



Tengo miedo. Estoy asustado. Acojonado. Ojalá tuviera a mis dos chicos aquí, aquí para agarrarme de la mano, para achucharme. Pero están en casa, en Derby, acostados, debajo de sus pósters del Derby County, de sus bufandas del

Derby County; esta noche no están aquí conmigo, en Elland Road, aquí conmigo esta noche delante de treinta y dos mil hombres y mujeres de Yorkshire. Esta noche estoy solo enfundado en mi puñetero traje de Jack Jones²⁴.

*Tetley Bittermen*²⁵ —reza el anuncio—. *Únete a ellos.*

Respiro hondo y trago, trago y bajo por el túnel de vestuarios, camino túnel abajo y salgo al estadio, afuera, al rectángulo de juego, y emprendo mi largo, largo, larguísimo camino hasta el banquillo, pero, mientras me dirijo al banquillo, esta noche, estas treinta y dos mil almas de Yorkshire, en Elland Road, esta noche, se incorporan como una sola y me aplauden mientras camino hacia el banquillo, y saludo a la muchedumbre y les dedico una ligera reverencia mientras camino, saludo y me inclino y luego me siento en el banquillo, en el foso, tomo asiento en ese banquillo como entrenador del Leeds United; el Leeds United, campeón de Inglaterra.

Tetley Bittermen —reza el anuncio—. *Únete a ellos.*

—¡Bienvenido a Elland Road, señor Clough! —grita un tipo por detrás del foso.

—¡Mucha suerte! —grita otro.

Y Jimmy Gordon irrumpe en su flamante nuevo chándal Admiral²⁶ del Leeds United, con su sucio nombre a la espalda, y me guiña el ojo y me da un codazo, y yo consulto el reloj, mi reloj que vuelve a estar en mi muñeca, y, por primera vez, por primera vez en mucho tiempo, pienso que quizá, solo quizá, esto pueda funcionar.



Los susurros. Los susurros. Los susurros. Los susurros. Los susurros. La forma en que las cosas están yendo, tienes que seguir ganando partidos, seguir ganando partidos, de lo contrario esa jauría de directivos te va a degollar.

A degollar. A sepultar.

Así que eso es lo que le haces al Arsenal. Les rebanas el pescuezo, les sepultas 5-0; McGovern (21'), Hinton (37'), McFarland (40'), Hector (42') y Davies (47').

«No voy a decir que ha sido el mejor partido de la temporada —declaras

a la prensa y a las cámaras, a los columnistas y a los tertulianos—. Nuestro mejor partido fue en Goodison Park en agosto, cuando perdíamos 1-0 en el minuto veintinueve y todos vosotros nos condenasteis, nos degollasteis y nos enterrasteis. Fue entonces cuando las dudas empezaron a trepar, las dudas y los miedos a que podíamos perder incluso jugando muy bien. Pues bien, hoy esas dudas y esos miedos se han disipado.»

Han pasado más de tres años desde que le metieras cinco al Tottenham, tres años desde que Dave Mackay y tú degollarais y sepultarais a Bill Nicholson y a su Tottenham.

El Arsenal se encierra en el vestuario visitante durante más de cuarenta y cinco minutos tras la conclusión del partido.

Degollado y sepultado.

Exactamente como sabes que te quedarás si resbalas, si pierdes.

Si en algún momento apartas tu mente de la sucia pelota.



A los quince minutos de partido, Harvey se mueve para cubrir la pelota con su cuerpo, para atajarla después de que bote, pero se le escapa, se le cuela por debajo y acaba alojada en el fondo de las mallas.

Dos partidos. Dos derrotas. Cero goles.

—Mala suerte, chavales —le digo al vestuario—. No nos merecimos perder esta noche. Tenemos cosas que trabajar mañana, cosas de las que hacernos cargo antes de ir a Birmingham; pero podemos solucionarlas en el campo de entrenamiento y hacerlo bien el sábado. Que no cunda el pánico y no os culpéis a vosotros mismos. Es una cuestión de confianza, eso es todo.

—Ay, ay, ay —masculla Syd Owen desde el fondo del vestuario—. Nunca había escuchado tanta sucia basura junta.

Me muerdo la puta lengua, me la muerdo hasta que empieza a sangrar, y salgo afuera, afuera, al pasillo, ante la prensa y las cámaras, los buitres y las hienas, y declaro ante todos:

«Jugamos sin confianza.»

«Ay, ay, ay. Nunca había escuchado tanta sucia basura junta.»

«Echamos mucho de menos a Bremner, Clarke y Hunter.»

«Ay, ay, ay. Nunca había escuchado tanta sucia basura junta.»

«Me sabe muy mal por David Harvey, pero es fundamental que olvide lo de hoy.»

«Ay, ay, ay. *Nunca había escuchado tanta sucia basura junta.*»

«Creamos ocasiones, pero no supimos materializarlas.»

«Ay, ay, ay. *Nunca había escuchado tanta sucia basura.*»

«Es un mal arranque desde todos los puntos de vista. Especialmente desde el punto de vista del Leeds United.»

«Ay, ay, ay. *Nunca había escuchado tanta sucia basura.*»

«Pero estaremos aquí por la mañana trabajando como condenados.»

«Ay, ay, ay. *Nunca había escuchado tanta sucia basura.*»

«Es lo único que podemos hacer. Buenas noches, caballeros.»

Entonces me alejo de la prensa, de la prensa y de las cámaras, de los buitres y de las hienas, doblo la esquina y bajo el pasillo hasta el despacho, el teléfono y la botella.

Solo con que pudieras venir a verme aquí, solo con que pudieras escucharme...

Echo de menos a mi mujer. Echo de menos a mis hijos. Ojalá no estuviera aquí. Ojalá fuera otra persona.

Solo con que pudieras abrazarme aquí. Solo con que pudieras ayudarme...

Las putas cosas que he hecho. Las putas cosas que he dicho.

«*Nunca había escuchado tanta sucia basura junta.*»

Todas las cosas que he dicho y que he hecho.



Te han invitado a dar un discurso en la cena del «Personaje Deportivo del Año» organizada por la televisión de Yorkshire. No has ganado, solo te han invitado para que hables del ganador.

El señor Peter Lorimer del Leeds Unied.

La cena del «Personaje Deportivo del Año» se celebra en el Hotel Queen's de Leeds. Se retransmite en directo por la televisión de Yorkshire, que organiza el evento en colaboración con el Variety Club de Gran Bretaña.

El señor Wilson, el antiguo y el futuro Primer Ministro, es el invitado de honor.

Pero el señor Wilson no te impresiona. No en esta época. Es otro socialista de mierda acomodado que solo piensa en sí mismo, en su oficio y en su beneficio, un beneficio destinado a enriquecer a sus amiguitos.

Empiezas a tararear: «Estamos aquí todos por el bueno del Número Uno». Empiezas a cantar: «El Número Uno es el único que cuenta para mí».

Cuando te levantas para hablar, estás borracho; estás borracho y te importa una mierda.

«Vamos a ver —le dices a Harold Wilson y a toda esta sala plagada de esmóquines de Yorkshire—. He estado aquí sentado durante la última hora y lo único que he hecho es escuchar gilipolleces. Así que ahora os vais a quedar aquí sentados a esperar a que vaya a echar una meada.»

Te vas y meas. Vuelves. Sueltas tu discurso.

«A pesar del hecho de que Lorimer se deja caer cuando ni siquiera le han tocado. A pesar del hecho de que Lorimer reclame al masajista cuando ni siquiera está lesionado. A pesar del hecho de que proteste cuando no tiene ningún motivo para hacerlo...»

Empiezan los silbidos. Arrancan los abucheos.

«Si no os gusta, si sois incapaces de escuchar, invitad al puto Basil Brush²⁷ el año que viene.»

Las sillas se arrastran y la noche se termina.

«Una bomba, una puta bomba.»

EL TERCER JUICIO

Clasificación de la Primera División, 22 de agosto de 1974

		PJ	PG	E	P	GF	GC	PTS
1	Man. City	2	2	0	0	5	0	4
2	Carlisle Utd.	2	2	0	0	4	0	4
3	Ipswich Town	2	2	0	0	2	0	4
4	Everton	2	1	1	0	2	1	3
5	Liverpool	2	1	1	0	2	1	3
6	QPR	2	1	1	0	2	1	3
7	Wolves	2	1	1	0	2	1	3
8	Newcastle Utd.	2	1	1	0	5	4	3
9	Stoke City	2	1	0	1	4	2	2
10	Middlesbrough	2	1	0	1	3	2	2
11	Arsenal	2	1	0	1	1	1	2
12	Derby County	2	0	2	0	1	1	2
13	Leicester City	2	1	0	1	4	4	2
14	Sheffield Utd.	2	0	2	0	3	3	2
15	West Ham Utd.	2	1	0	1	2	4	2
16	Burnley	2	0	1	1	4	5	1
17	Coventry City	2	0	1	1	3	4	1

18	Chelsea	2	0	1	1	3	5	1
19	Birmingham C.	2	0	0	2	3	7	0
20	Luton Town	2	0	0	2	1	4	0
21	Leeds United	2	0	0	2	0	4	0
22	Tottenham H.	2	0	0	2	0	2	0

Os maldigo, os maldigo, os maldigo.

Lanzo montones de pullas en el plató de televisión y grito:

«¡Soy la última persona realmente Ingenua que queda!»

¡Cuidado! ¡Cuidado!

¡Os devorará como el aire!

Lanzo montones de pullas en el plató de televisión y juro:

«Os arrepentiréis del día de hoy durante el resto de vuestros días.»

DÍA 23

Llega otra mañana; otra mañana después de la derrota de anoche.

El sol brilla en mi moderna y lujosa habitación de hotel. Atraviesa las cortinas y se derrama por el suelo de la moderna y lujosa cama del hotel en la que no he pegado ojo, donde me estiro y repaso el partido de anoche en mi cabeza, dentro de mi cráneo, donde revivo cada toque y cada patada, cada pase y cada centro, cada entrada y cada parada, una y otra vez y una y otra vez, jugador por jugador, posición por posición, metro a metro; una y otra vez, de nuevo y de nuevo, desde el primer hasta el último minuto.

Las cosas que vi y las cosas que me perdí.

Las muchas, muchísimas sucias cosas que me perdí.

Tan solo es otra mañana; otra mañana en la que desearía no estar aquí.



Derrotas al Manchester United 3-1 en el Baseball Ground el día de San Esteban. Al Manchester United de Tommy Docherty. Subes hasta la séptima posición y el United se hunde en la clasificación. Pensaste que era un punto de inflexión, otro punto de inflexión, como lo fueron el Benfica o el Arsenal. Pero estabas equivocado de nuevo. No fue ningún punto de inflexión.

Descuelgas el auricular. Marcas el número de Longson. Gritas al otro lado de la línea:

—¡Si Peter Taylor vuelve al puto trabajo el viernes, yo no viajaré a Liverpool con el puñetero equipo, me iré a la puta calle, y tanto que lo haré!

—Por los clavos de Cristo... ¿Se puede saber cuál es tu problema? —pregunta Sam Longson.

Dinero, dinero y dinero. Eso es lo que está mal; ese ha sido siempre el puto problema de Peter Taylor; dinero, dinero, dinero.

Cuelgas. Te acercas a casa de Longson. Le suplicas a Longson que eche a Taylor. Arrojas tu copa contra la pared de la cocina cuando se niega.

—¡Me estoy yendo al carajo con todos vosotros, menuda panda de inútiles! —gritas.

—Pero ¿cuál es el problema? —pregunta Sam Longson.

Dinero, dinero y dinero, ese es el problema; ese es el puto problema que siempre ha tenido Peter Taylor; no habla de otra puta cosa.

—Tan solo quiero mi parte del pastel —te dijo de nuevo—. Tan solo la puta parte que me corresponde.

—Tendrás tu parte —le dijiste—. Tendrás tu parte e incluso más.

—No te jode —te dijo él—. ¿Dónde esta mi maldita chaqueta nueva? ¿Y mi trituradora de papel? ¿Y dónde coño están mis putas acciones?

—¿Tus putas qué? ¿De qué coño estás hablando? —le pregunté.

—No me trates de gilipollas, Brian —me dijo—. Webb me lo ha contado todo.

—De acuerdo, entonces —le dijiste—. Te puedes quedar con el puto pastel entero si lo deseas, si eso es lo que tanto te jode, porque a mí no me haces puta falta, puedo tirar adelante sin todos tus delirios de mierda. Pero te diré una cosa: no aguantarás ni un puto minuto, ni un miserable puto minuto allí afuera, solo, delante de las cámaras, de las muchedumbre; si no eres ni capaz de comprarte un par de calcetines en el centro; con lo que te acojona que te reconozcan, que te hablen los desconocidos; pero adelante, lárgate, si eso es lo que quieres, si es tu puto deseo, a tomar por el culo, ya te lo digo, ya he tenido suficiente, suficiente para una puta vida entera —sentencié.

Esto fue hace diez días: la última vez que viste a Pete. Webby te llamó al día siguiente para decirte que Pete estaba un poco acatarrado. Hace diez días.

—¿Un poco acatarrado? —le preguntaste a Webby—. ¿Un puto catarro?

—Acatarrado, ya sabes —dijo Webby—. Por el tiempo.

—¿Por el tiempo? —le preguntaste.

—Por el tiempo —repitió Webby.

*De eso hace diez putos días; así empieza el año.
Un año nuevo que deseabas que nunca hubiese llegado.
Mil novecientos setenta y tres.
El peor año de tu vida.*



Bajo el cielo. Bajo un cielo plomizo. Bajo un cielo gris y plomizo. Voy directo del taxi al terraplén, rumbo al campo de entrenamiento, bajo el cielo plomizo y gris de Yorkshire.

Han pasado solo seis días desde que empezara la temporada y el equipo ya parece necesitar vacaciones. Pero no hay vacaciones, no hay días libres, ahora no; el sábado, pasado mañana, jugamos contra el Birmingham en casa. Y luego, tres días después, contra el Queens Park Rangers. No hay días libres.

—Si ellos pueden llegar puntuales —dice Syd—, ¿por qué coño no puede hacerlo él?

—Da mal ejemplo —añade Maurice—. Muy mal ejemplo, de hecho.

Jimmy se acerca corriendo. Jimmy con su puto chándal Admiral. Y Jimmy dice:

—Creo que ya hemos hecho suficiente por hoy, Míster.

Sacudo la cabeza. Grito:

—¡Volvamos a empezar! ¡Desde el principio, me cago en la puta!

Desde el principio, con las carreras y los ejercicios de levantamiento, desde los pases y los disparos, hasta ensayar libres directos y saques de esquina; los saques de puerta y los saques de banda; las jugadas de estrategia y el diseño de la muralla defensiva; ataque contra defensa, defensa contra ataque, ataques que perfeccionar y defensas que endurecer, que se endurezcan y parezcan contundentes bajo este cielo. Este cielo plomizo. Este cielo gris y espeso. Este puto cielo gris y plomizo de Yorkshire.



Pronto volverán las noches de fútbol europeo, pronto volverá a brillar el sol. Nadie se escapa de Europa. Nadie se escapa del brillo del sol. Taylor apareció bajo la nieve, en Anfield, y empatasteis en un día horrible, horrible

de verdad.

—Es el puto clima, Pete —le dijiste—. Tú y yo somos criaturas de sangre caliente. Mallorca, eso es lo que somos. Tendríamos que emigrar cada puto invierno.

—Y seguro que la junta nos ayudará a hacer las malditas maletas —dijo Pete—. Tal y como van las cosas.

Pero entonces las cosas, esas cosas que siempre están yendo, esas cosas, empiezan a mejorar. El Derby pilla una pequeña racha, una pequeña racha para mantener el calor durante estos días largos y oscuros de invierno. Derrotas al West Brom en Liga y luego empatas contra el Tottenham en Copa. Terminarás ganando el partido de desempate en la prórroga por 5-3.

Remontas un 3-1 a doce minutos del final; remontas con un hat-trick de Roger Davies; remontas para acabar imponiéndote 4-2 al QPR en partido de quinta ronda.

Claro que todas estas cosas buenas, como todo lo bueno, se terminan. Y va y te toca el Leeds United en los cuartos de final de la Copa. Lo que significa que el Derby tiene que jugar contra el Leeds dos veces en dos semanas. Un partido de Liga y otro de Copa. Y no se trata de dos semanas cualquiera; tienes que jugar contra el Leeds United solo cuatro días antes de enfrentarte al Spartak de Trnava en los cuartos de final de la Copa de Europa; y luego tienes que volver a jugar contra el Leeds a solo cuatro días del partido de vuelta contra el Trnava. Si fueras un tipo supersticioso, pensarías que la diosa Fortuna te ha abandonado, que te ha dado la espalda.

Pero no eres un tipo supersticioso ni nunca lo serás.

Si fueras un hombre religioso pensarías que Dios te ha abandonado, que te ha dado la espalda. Pero tú no eres religioso ni nunca lo serás. Tú no crees en Dios.

Tú crees en el fútbol; en la repetición dentro del fútbol; en la repetición dentro de cada partido, dentro de cada temporada, dentro de la historia de cada club, de la historia del juego.

Eso es en lo que tú crees; en eso y en Brian Howard Clough.



El cuchillo afilado y el revólver cargado. La larga sogá. La autopsia. La rueda de prensa. El Leeds United no había perdido sus dos primeros partidos de la temporada desde que regresara a Primera División en 1964.

«No somos pesimistas —declaro a la prensa—. Solo tenemos que trabajar más duro.»

El Leeds United no había perdido sus dos primeros partidos de la temporada desde que regresara a Primera División en 1964.

«Hemos echado mucho de menos a algunos jugadores», les digo.

El Leeds United no había perdido sus dos primeros partidos de la temporada desde que regresara a Primera División en 1964.

«Estoy encantado de poder contar con Clarke y Hunter para el sábado», confieso.

El Leeds United no había perdido sus dos primeros partidos de la temporada desde que regresara a Primera División en 1964.

«No somos pesimistas —declaro otra vez—. Tendremos que trabajar más duro.»

El Leeds United no había perdido sus dos primeros partidos de la temporada desde que regresara a Primera División en 1964. La puerta de entrada y la de salida. Las esquinas y los pasillos. El despacho. La larga sogá. El cuchillo afilado. El revólver cargado. La puerta. La salida.



El invierno ya casi ha terminado y Europa vuelve a estar aquí. Pero Europa también se terminará, si no ganas esta noche. Las últimas dos semanas no han sido precisamente felices.

Por primera vez desde que juegas en Europa, te tocó jugar el primer partido de la eliminatoria lejos de casa, lejos, en una pequeña ciudad de provincias checoslovaca, el hogar del Spartak Trnava:

«Son el Derby County de Checoslovaquia», habías bromeado. Pero no fue gracioso y tuviste suerte de perder solo 1-0 contra los campeones de Checoslovaquia, los campeones de Checoslovaquia en cuatro de los últimos cinco años: llevan siete años sin perder un solo partido de Liga en casa y suman ciento sesenta y cuatro partidos con la selección checa entre todos ellos.

«No fue surte lo que tuvimos —declaraste a la prensa—. Tuvimos a nuestro portero, Colin Boulton.»

Cuatro días antes de ese partido, Don Revie y su Leeds United os habían derrotado 2-3 en el Baseball Ground; tu tan aclamada, talentosa y cara defensa concedió dos estúpidos penaltis y un gol tonto mientras el equipo era cosido a patadas, puñetazos, forcejeos y volteado al más puro estilo Mick McManus²⁸.

«¡Eso era tarjeta, Cherry!», gritaste desde la banda.

Patada tras patada, falta tras falta, infracción tras infracción.

«¡McQueen! —gritaste—. ¡No estás para jugar en esta categoría!»

Estabas enfurecido, rabioso que te cagas, porque sabías exactamente por qué el Leeds jugó así; por qué Revie pidió a sus jugadores que jugaran de esa manera; porque el Derby era el vigente campeón de Liga; el Derby, no el Leeds.

Un robo a mano armada. Un robo a mano armada. Un robo a mano armada.

Porque tú estás en la Copa de Europa y él, no.

«¡Eres un animal! —gritaste—. ¡Eres un puto animal, Hunter!»

No le diste la mano a Revie al terminar el partido y no volverás a hacerlo jamás.

Entonces, cuatro días antes del partido de esta noche, diez días después de que perdieras en Checoslovaquia, el Leeds te ganó otra vez, te ganó 0-1 en casa en partido de Copa.

Campos de derrota. Campos de odio. Campos de sangre. Campos de batalla.

A la mierda Lorimer. A la mierda Revie. A la mierda el Leeds United. A la mierda todos.

Hinton no había jugado en los tres últimos partidos. Esta noche lo hará:

21 de marzo de 1973; Derby County contra Spartak de Trnava.

Son los cuartos de final de la Copa de Europa, el partido de vuelta; esta noche han venido 36.500 personas a verlo en el Baseball Ground.

A verlo. A escucharlo. A olerlo. A probarlo. A tocarlo y a sentirlo con intensidad.

La tensión. La tensión. La tensión. La tensión.

Tienes que marcar dos goles o te quedarás fuera de Europa, tus

esperanzas y tus sueños sepultados; Alan Hinton vuelve al once inicial, pero también lo hace el maldito Kuna para el rival.

La tensión. La tensión. La tensión.

Las líneas frescas. La pelota nueva.

La tensión. La tensión.

Dos goles o fuera.

La tensión, el pitido y empieza, finalmente, empieza y será largo de cojones, y tú esperas, incluso rezas, por un gol temprano, pero no llega y sabes que el Trnava es el mejor equipo contra el que has jugado este año, mejor que el Benfica de los huevos, mejor que el puto Leeds; aguantan la pelota, se la quedan y no la sueltan; segundo a segundo, minuto a minuto, no la sueltan, no la pierden hasta que Adamec lo hace y Gemmill está atento, atento para llevársela, se la lleva, la juega con McGovern y McGovern centra para que Hector haga un remate raso que acaba en el fondo de las bonitas, preciosas, putas mallas, e iguale el global de la eliminatoria; 1-1 durante dos minutos, solo dos minutos hasta que Hinton centra y Davies cae dentro del área y el área entera se congela a la espera del silbato, a la espera del penalti, el área entera congelada excepto Hector, que se reclina ante el bote de la sucia pelota y empalma la puta cosa a gol desde dieciocho metros, y desde entonces, a partir de ese momento, solo puedes mirar el reloj, será el único lugar al que puedes soportar mirar.

No el terreno de juego de los cojones, el terreno es el último puto lugar que puedes mirar.

No miras el terreno cuando Hector es derribado, no miras el terreno cuando tumban a Davies, no miras cuando el maldito Baseball Ground clama, clama y clama el penalti; no miras cuando Boulton hace volar a Martinkovic y el puñetero estadio entero se queda en silencio, en silencio, callado, a la espera de un penalti para el Trnava, un penalti que volvería a igualar el total de la eliminatoria 2-2, pero que le daría al Trnava la victoria por el valor doble de los goles marcados en campo contrario, un penalti que el árbitro no ve; igual que tú, que tienes la mirada clavada en el reloj, y el puto marcador se quedará en 2-1.

Tú solo miras tu reloj, solo miras tu reloj, miras tu reloj.

El único lugar, el único, único y único lugar que soportas mirar.

No la entrada desesperada de Webster, ni el vital, vital despeje de Nish.

Tú solo miras tu reloj, solo miras tu reloj.

Hasta que finalmente el señor Angonese, el colegiado italiano, mira su propio reloj y levanta su mano derecha y lenta, lenta, muy lentamente, el señor Angonese, el encantador, delicioso, encantador colegiado italiano, se lleva su precioso, precioso, bellissimo silbato negro a sus rojos, rojísimos, rojos labios y pita el final, el finalísimo final que clasifica al Derby County,

El puto Derby County. El puto Derby County clasificado para las semifinales.

La semifinales. Las putas semifinales de la Copa de Europa.

El Derby County. No el Leeds United. ¡El puto Derby County!

Esa misma noche, algo más tarde, borracho y entre excitado y deprimido, llamas a Don, llamas al puto Don a su residencia familiar, solo para asegurarte de que lo sabe.

—Solo te llamaba por si no te habías enterado —le dices.

—¿Cómo has conseguido este número? —pregunta—. Son las dos y media de la madrugada.

Cuelgas. Subes arriba. A tu cama, con tu mujer.

Entonces escuchas cómo el teléfono suena de nuevo y te incorporas y caminas escaleras abajo y descuelgas el teléfono y es tu hermano mayor:

—Hemos perdido a mamá —te dice—. Hemos perdido a mamá, Brian.



Me voy a casa pronto. Me importa una mierda. Beso a mi mujer. Beso a mis hijos. Dejo el teléfono descolgado. Me pongo un delantal y me concentro en cocinar. Salchichas y puré de patatas, coles de Bruselas y quejidos y lamentos de los niños, con muchísima salsa, una salsa espesa que te cagas; insuperable. Luego lavo los platos y meto a los críos en la bañera. Les leo cuentos y les doy el beso de buenas noches. Entonces me siento en el sofá con mi mujer y vemos un rato la tele.

Nixon y Chipre. Nixon y Chipre. Nixon y Chipre.

Mi mujer se va a la cama, pero yo sé que no seré capaz de dormir, no todavía, no durante un buen rato, de manera que me quedo despierto en la mecedora y termino leyendo el periódico de los cojones otra vez, despliego la tabla de resultados, intento reproducir la clasificación de la Liga en el dorso

de uno de los dibujos de mi hija, una tabla clasificatoria de los dos primeros partidos de la temporada, una tabla que deja al Leeds junto al farolillo rojo, inmediatamente antes que el último, y entonces repaso la lista de encuentros que tengo anotados en mi cabeza, dentro del cráneo.

Si el Leeds gana este partido y el Derby pierde este otro; si el Derby pierde este y el Leeds gana aquel; si el Leeds consigue cinco puntos en sus tres partidos y el Derby solo tres, entonces la clasificación quedará de esta manera y no de aquella, de esta y no de esa, y así y venga y así y así...

Hasta que el sol brilla en mi casa a través de las cortinas y por el suelo; y tan solo es otra mañana; otra mañana en la que desearía no estar allí.

Ojalá no tuviese que volver allí.

DÍA 24

Vuelves a casa, a Middlesbrough, para incinerar a tu madre.

El final de todo lo bueno. El principio de todo lo malo...

Cuando estás muerto, estás muerto; eso es lo que tú crees.

El final de todo lo bueno. El principio de todo lo malo...

Ni ultratumba. Ni paraíso. Ni infierno. Ni Dios. Nada.

El final de todo lo bueno. El principio de todo lo malo.

Pero hoy, por una vez en tu vida, solo por una, desearías estar equivocado.



La junta me ha convocado escaleras arriba, en su despacho de Yorkshire con sus cortinas de Yorkshire corridas, para darme las malas noticias.

—La Federación ha citado a Clarke para que comparezca frente al Comité de Disciplina, junto con Bremner y Giles —dicen.

—¿Por qué? —les pregunto—. Es inconcebible.

—Es algo escandaloso —coincide Cussins—. Pero...

—Es más que escandaloso. Es una puta atrocidad y una injusticia. No voy a permitir que ninguno de los jugadores del Leeds sea juzgado por televisión. Pero si no estaba ni amonestado, no le dijo ni una puta palabra al árbitro. La única razón por la que le han citado es para repetirle la jugada de su maldita entrada a Thompson, una y otra vez, mañana, mediodía y toda la puta noche.

—Brian, Brian, Brian —suplica Cussins—. Cálmate.

—Se calmará su puta madre —les digo—. Le acabo de recuperar y me va a dar por el culo perderlo otra vez por tres o cuatro sucios partidos, solo por

culpa de la puta televisión.

—Brian, Brian...

—No, no, no —les digo—. Si eso es lo que va a suceder, entonces quiero que se prohíban las cámaras de televisión en el campo, en Elland Road. Si es lo que hace puta falta hacer para detener esta especie de operación en mi contra, entonces...

—Nos consta que el señor Revie se sintió a menudo de la misma manera —te dicen.

—¡Que le den por el culo al puto Revie! Hay que prohibirla. ¡Prohibid la televisión!

—Quien a hierro mata —se ríe Bolton—, a hierro muere.



Estás jugando a las cartas todavía vestido de chándal en el bar del hotel de Turín, juegas a cartas con el equipo, tu equipo, tus chicos, a veinticuatro horas de la ida de la semifinal de la Copa de Europa.

Había una urraca en el césped de tu casa cuando has salido hacia el aeropuerto. También había una sobre el pavimento cuando te has bajado del avión, en Turín. Justo ahora has visto a otra cruzar la ventana del bar del hotel. Pero tú no crees en la suerte. Ni en rituales ni en supersticiones.

Tú crees en el fútbol, el fútbol, el fútbol.

Peter baja las escaleras. Baja las escaleras enfundado en su esmoquin.

—¿Todavía no estás listo? —pregunta—. La cena es en media hora.

—Ve tú.

—Pero es una maldita cena para nosotros —dice—. Todos los periodistas italianos e ingleses van a estar allí. Somos los putos invitados de honor.

—Ve tú.

—Venga, Brian —dice—. Además, tienes que hablar.

—Hazlo tú.

—¿Pero qué dices? Nunca he dado un discurso en mi puta vida.

—Pues ya tienes tu oportunidad.

—Venga ya, Brian —te repite de nuevo—. Sabes que no puedo.

—No, no lo sé.

—Vamos a llegar tarde —dice—. Deja de hacer el capullo, ¿de acuerdo?

—Ve y habla tú para variar.

—No me hagas esto, Brian —te dice—. Por favor.

—¿No querías tu puta parte del pastel? —le pregunto—. Pues aquí la tienes.

—Vete a la mierda.

—Es lo que querías, ¿no? —le dices—. Disfrútalo.

—Por favor, Brian, no me hagas esto.

—¿Hacer el qué? —le preguntas—. ¿El qué?

—No lo hagas, Brian. No delante del equipo.

—¿Por qué no? —le preguntas—. ¿No quieres que vean quién eres realmente? Un puto gordo cabrón sin personalidad que no puede ir a ningún lado ni hacer nada sin que yo le lleve de la mano.

Peter agarra un vaso. Peter te arroja el whisky en la cara.

—¡Vete a la mierda! ¡Vete a la mierda!

Salta. Te embiste.

—¡Vete a la mierda tú, puta bola de sebo!

Los jugadores se incorporan de golpe. Los jugadores os separan.

—¡Cenas, discursos! —estás gritando—. Se trata de esto. Esto es el puto pedazo de pastel que querías. Siempre hablando de lo mismo, siempre quejándote. Ahora es todo tuyo. No llegues tarde.

Se te abalanza de nuevo, llora a lágrima viva.

—¡Venga, no te cortes! —le gritas—. Hazlo, si es lo que quieres.

—¡Que te jodan! ¡Que te jodan!

Te peleas con Peter vestido de chándal en el bar de un hotel de Turín, tu mejor colega, tu único amigo, tu mano derecha, tu sombra, te peleas con Peter veinticuatro horas antes de la ida de la semifinal de la Copa de Europa.

La sangre de una urraca muerta se derrama por una de las ventanas del bar del hotel.

La sangre de tu mejor amigo en los nudillos de tu mano.

Es la primera vez que hablas con alguien desde que murió tu madre.

—

Tres horas y tres llamadas después, el señor Vernon Stokes, el presidente del Comité de Disciplina de la Federación, le dice a Manny Cussins que, después de valorarlo, ha decidido que no sería correcto citar a Clarke ante el Comité por no haber sido amonestado durante el partido, y porque, si citaba a Clarke del Leeds, tendría que hacer lo mismo con cada jugador que cometió una falta durante la Charity Shield.

Bajo las escaleras para comparecer ante la prensa, comparezco ante la prensa con una sonrisa en la boca por una vez, tengo una sonrisa en la boca cuando me preguntan por el sorteo de la Copa de la Liga.

—Hubiese preferido que nos tocara el Huddersfield como locales. Obtuvieron un resultado fabuloso en primera ronda, lo que demuestra que son peligrosos. No cabe duda de que Bobby Collins está haciendo un gran trabajo.

—¿Tiene algo más que declarar sobre sus dos partidos como entrenador hasta la fecha?

—Escúchenme —les digo—. El Leeds perdió tres partidos en quince días cuando estaba en la cresta de la ola que le llevaría al título. Esta clase de cosas han pasado antes.

—Pero usted ha dicho que juegan sin confianza y, pese a todo, son los campeones de Liga; ¿cómo es posible, entonces, que no tengan confianza?

Porque Don Revie les hizo creer en la suerte, les hizo creer en rituales y en supersticiones, en informes y expedientes, en el uso de prácticas poco ortodoxas para ganar y en hacer putas trampas, les hizo creer en todo excepto en sí mismos y en sus habilidades.

—Es un círculo vicioso —les digo—. Una vez el Leeds recupere la senda de la victoria, entonces su confianza regresará y nadie podrá detenerles.

—¿En la carrera por el título? —preguntan.

—El Leeds estará metido en esa batalla igual que lo ha estado durante los últimos diez años.

—Pero usted dijo que quería ganar el título de otra manera, mejor —me recuerdan—. Sin embargo, la primera vez que ganaron el título, en 1969, solo perdieron dos partidos en toda la temporada.

—¿Es eso una pregunta o una afirmación? —pregunto.

—Depende de usted —dicen.

—Bien, en tal caso, les basta con ganar los siguientes cuarenta partidos, ¿no es así?

—Pero ¿cómo se siente realmente usted? —te preguntan—. Después de dos partidos, los campeones de Liga todavía no han conseguido ni un punto y aún no han marcado ni un gol.

—El Birmingham City tampoco tiene ningún punto —les digo.

—¿Está sugiriendo que el partido del sábado será una batalla por la permanencia?

—No.

—¿Nos puede decir algo del equipo que jugará mañana?

—Lo único que puedo decir es que Bates, Cooper y Jordan se quedarán fuera.

—Habrá algunos jugadores molestos en el vestuario, ¿no?

—Siempre hay jugadores molestos en el vestuario, pero estos tres jugadores también saben lo contento que estoy con ellos hasta la fecha, y Cooper y Bates serán suplentes mañana, además de Terry Yorath, y seguirán cogiendo ritmo. Jordan se quedará en el banquillo.

—¿Y McKenzie?

—El joven Duncan McKenzie ha sido víctima de la maldición que habéis arrojado sobre el Leeds United —me río—. Está lesionado y tendrá que ver el partido desde la grada.

—¿Se está volviendo supersticioso, Brian? —pregunta otro.

—Nunca.

—¿Dirá lo mismo mañana si vuelve a perder?

—A ver. Mi llegada aquí ha magnificado todo este asunto. Ni siento la presión ni la quiero y tampoco la quiero para los jugadores —declaro a la prensa y la televisión, a sus micrófonos y a sus cámaras, a sus cámaras y a sus ojos.

Pero hay algo en sus ojos, en la forma en que sus miradas nunca se cruzan con la mía; en la forma en que me observan, la forma en la que me miran, pero solo cuando miro a alguna otra parte; como si estuviese muy enfermo o algo así; como si tuviera un cáncer y estuviese a punto de palmarla.

Me siento como la muerte. Me siento como la muerte. Me siento como la muerte.

Muriéndome, pero nadie se atreverá a decírmelo.



Media hora antes del inicio del partido, Peter llega corriendo al vestuario.

—Se ha vuelto a meter en el puto vestuario del árbitro. Acabo de verle entrar. Es la segunda vez.

—¿Quién? —le preguntas—. ¿Quién?

—Haller, uno de sus suplentes —dice Pete—. Acabo de verle entrar con mis propios ojos. Es la segunda vez, cojones. Hablando en puto Kartoffen.

—Olvídalo —le dices—. Podría ser cualquier cosa.

—¡Y una mierda! —grita Pete—. Haller es un puto alemán, igual que el puto árbitro, Schulenberg. Aquí hay algo raro. Estos se traen algo entre manos.

—Déjalo de una puta vez, Pete —le dices de nuevo—. Concéntrate en el partido, en el juego.

El partido de ida de la semifinal de la Copa de Europa; 11 de abril de 1973.

En el estadio Comunale, el blanco y el negro; las banderillas blancas y negras de los setenta y dos mil aficionados de la Juventus, la mismísima Vecchia Signora.

Zoff. Spinosi. Marchetti. Furino. Morini. Salvadore. Causio. Cuccureddu. Anastasi, Capello y Altafini.

—Sucios, sucios, sucios hijos de puta —dice Pete. Lo dice incluso antes de que lleguéis al banquillo, antes de que os lleguéis a sentar, antes siquiera de que la pelota empiece a rodar.

Durante los primeros veinte minutos, las entradas a destiempo, los agarrones de camiseta y el juego poco ortodoxo es escandaloso.

—Y lo hacen delante de las putas narices del árbitro.

Las obstrucciones, las zancadillas y los agarrones.

—Sucios, piscineros, tramposos, putos cabrones italianos.

Entonces, Furino le pega un codazo en la cara a Archie Gemmill. Gemmill se revuelve, le da una pequeña zancadilla y es amonestado.

—¡Árbitro, cabrón! —grita Pete—. ¿Y al puto Furino nada?

Roy McFarland salta a por un balón alto con Cuccureddu. Sus cabezas colisionan en el aire. McFarland es amonestado.

—¡¿Por qué, coño, por qué?! —grita Pete—. ¡Si no ha hecho nada!

Tarjeta amarilla para Gemmill. Por la puta cara. Tarjeta amarilla para McFarland. Por la puta cara.

—Por el capricho de un puto árbitro Cabeza Cuadrada.

Gemmill y McFarland ya habían sido amonestados en eliminatorias anteriores. Esto era lo único que no querías que sucediera esta noche; ambos están suspendidos ahora para el partido de vuelta, era lo único que no querías que sucediera.

—Y lo sabían —dice Pete—. Lo sabían, me cago en todo.

Pero después de casi media hora, de casi treinta minutos y con el 0-0 todavía en el marcador, Anastasi les roba la cartera a Webster y a Todd, les roba la cartera a Webster y a Todd y habilita a Altafini, habilita a Altafini para que marque el 1-0 para la Juventus; 1-0 para la Juventus. Sin embargo, dos minutos después, solo dos putos minutos después, y así, de la nada, O'Hare manda un balón largo a Hector, Hector lo conduce hasta el área, amaga un disparo con la izquierda, recorta, se mete dentro del área y dispara, dispara con su pierna derecha y, de pronto, dos minutos después y de la nada llega el...

¡1-1! ¡1-1! ¡1-1! ¡1-1!

Salvadore y Morini hundidos, Zoff de culo y el estadio Comunale en silencio, esas banderillas negras y blancas caídas en el suelo.

Causio desperdicia una ocasión con un zambombazo que se pierde por encima del travesaño. Nish saca un disparo de Marchetti sobre la línea de gol, pero el resultado al descanso sigue 1-1; en la puta media parte.

Haller, el alemán de la Juventus, sale directamente del banquillo y camina por el túnel de vestuarios con Schulenberg, el árbitro.

—Mira eso —dice Pete—. ¿Cómo se puede tener tan poca vergüenza?

Y Pete sale directamente de vuestro banquillo y los persigue, corriendo, túnel abajo.

—¡Disculpen, caballeros! —grita—. Yo también hablo alemán. ¿Les importa si me uno a la conversación?

Pero Haller empieza a golpear a Pete en las costillas para mantenerle alejado de Schulenberg y clama por la asistencia de los guardias de seguridad, que empujan a Pete contra la pared del túnel y le inmovilizan mientras tú y la hilera de jugadores desfiláis junto a la melé camino del vestuario.

No hay nada que puedas hacer por Pete. Nada que puedas hacer ahora. No ahora.

Ahora tienes que llegar al vestuario, llegar hasta el vestuario porque allí es donde te ganas el sueldo. Allí es donde tu puta vida existe.

Allí es donde tienes que estar, tienes que estar con tu equipo, con tus chavales.

—Son como un equipo de Tercera División —les dices—. Sobre todo no os pongáis nerviosos.

Sin embargo, ahora es cuando las cosas se tuercen, mientras piensas en Pete inmovilizado contra la pared; aquí es donde te equivocas, mientras piensas en Pete inmovilizado contra la pared.

Pete inmovilizado contra la pared de este túnel; su cabeza, ida.

¿Defendéis el 1-1? ¿Buscáis el 1-2?

Pero el Derby ni defiende ni atacará.

Todas vuestras cabezas idas.

Haller sustituye a Cuccureddu en el minuto sesenta y tres y todo cambia; es el fin de todo lo bueno, el principio de todo lo malo.

En el minuto sesenta y tres de la ida de la semifinal de la Copa de Europa, Haller y Causio tocan la pelota sobre la frontal del área una vez; y otra. Hasta que Causio se da media vuelta repentinamente y bate a Boulton para convertir el 2-1 para la Juventus en el minuto sesenta y seis.

Claro que un 2-1 para la Juve no es un mal resultado, cuentas con el gol de Hector en campo contrario; te bastaría un 1-0 en el partido de vuelta en el Baseball Ground para pasar; para meterte en la final de la Copa de Europa.

Es en lo que estás pensando, en lo que estás pensando a solo siete minutos del final, a siete sucios minutos del final, cuando Altafini regatea a dos de los tuyos y coloca el 3-1 para la Juventus, tres putos goles contra uno, y sus banderillas vuelan.

*Negro y blanco. Negro y blanco. Negro y blanco.
Ellos son el mejor equipo, pero eso no importa.
Porque son unos tramposos y los tramposos nunca deberían vencer:
—¡Putos tramposos de mierda! —declaras a gritos a la prensa.
Y en caso de que no les haya quedado claro, lo repites más lentamente:
—Putos. Tramposos. De mierda.
—Cos'ha detto? Cos'ha detto? —preguntan—. Cos'ha detto?
No eres diplomático. No eres un buen embajador del juego, del juego
inglés.
—¡No hablo con putos tramposos de mierda! —gritas.
Ni diplomático. Ni embajador. Ni futuro entrenador de Inglaterra.
—¡Tramposos y putos cobardes! —chillas.
Odias Italia. Odias a la Juventus.
A la puta Vecchia Signora.
A la puta de Europa.
Recordarás su hedor, la pestilencia de Turín; lo recordarás hasta el final
de tus días; el tufo a corrupción, la peste a decadencia.
El final de todo lo bueno, el principio de todo lo malo.
Y recordarás este lugar y este mes.
Turín, Italia; abril de 1973.
Todo lo malo.
Has perdido a tu madre. Has perdido a tu madre. Has perdido a tu
madre.*

DÍA 25

Habrán habido supersticiones. Habrá habido tradición. Habrá habido rutina. Habrán habido rituales. Habrá existido el traje azul. Y habrán existido los informes. El bingo y los bolos. Habrán existido los paseos alrededor de los semáforos. El mismo recorrido hasta este banquillo. Y no habrán habido fotos de pájaros. Ni plumas de pavo real. Ni ornamentos animales.

Sábado, 24 de agosto de 1974.

Bajo los pies. Bajo las gradas. Atravesadas las puertas. Dobladas las esquinas. Pasillos abajo. Estoy en el despacho con la puerta cerrada con llave y una silla empotrada contra el pomo; cuelgo un dibujo de un búho que ha hecho mi hija en la pared; lo cuelgo encima del elefante de porcelana y del caballo de madera; lo cuelgo al lado de la fotografía del pavo real y del espejo.

El espejo roto y resquebrajado.

Habrán habido también sobres llenos de pasta. Debajo de la mesa. Maletines y cajas de dinero. Cientos de miles. Billetes sin marcar y no correlativos. En una bolsa de papel marrón o bajo el umbral de cualquier trastero. Tal habrá sido el hedor de los sábados de Don. El tufo de los sábados de Don.

¿Dónde está el dinero, Don? ¿Adónde ha ido a parar?

Bajo los pies y bajo las gradas, al atravesar las puertas y al doblar las esquinas, sus voces llegan del final de los pasillos, llaman a la puerta, forcejean la cerradura.

—¿Qué pasa ahora?! —grito—. ¿Quién es?

A través del agujero de la cerradura Syd y Maurice susurran:

—Somos nosotros.

—Bates y Cooper no van convocados; Hunter y Clarke han vuelto a entrar; Jordan está en el banquillo; McGovern y O’Hare siguen en el once inicial. ¡Y ahora iros a la mierda! —les grito—. ¡Los dos!

El eco de sus carcajadas se desvanece por el pasillo. Dobladas las esquinas. Atravesadas las puertas. Bajo la grada. Bajo los pies, que trepan hasta sus asientos y se sientan en sus butacas, afilan sus cuchillos y envenenan sus dardos, se aclaran las gargantas y empiezan a corear lo de:

Leeds, Leeds, Leeds, Leeds, Leeds, Leeds, Leeds, Leeds, Leeds.

El tufo de mi sábado. El pestazo de mi sábado.

Mierda, mierda, mierda. Mierda, mierda, mierda. Mierda, mierda, mierda. Mierda, mierda, mierda. Mierda, mierda, mierda.



25 de abril de 1973, Baseball Ground. Partido de vuelta de la semifinal de la Copa de Europa y los más de casi treinta y ocho mil espectadores están casi en el terreno de juego. La gente está apretujada que te cagas, apretujada y tensa, el Baseball Ground es como la puta fosa de los leones. Te enderezas la corbata. Te meces el pelo.

Esta noche no está Gemmill. Esta noche no está McFarland.

«Nos la jugaron en Turín —les dices a los jugadores—. Ahora seremos nosotros quienes se la juguemos a ellos, aquí, esta noche, en Derby. Aquí, esta noche, en nuestra casa. Aquí, esta noche, en nuestro campo.»

Webster provoca una buena parada de Zoff en los primeros minutos; O’Hare dispara y Zoff detiene de nuevo; un libre directo de Hinton provoca otra parada de Zoff.

Pero esta noche los labios de la Vieja Puta están sellados; sus piernas, frías y secas, están cerradas; la Vieja Puta agobia a tus jugadores, les muerde, les hace cosquillas y se burla de ellos.

Salvadore es amonestado; Spinosi y Altafini, también.

La posesión es toda tuya; la resistencia es toda suya.

Finalmente insinúa su muslo; el más corto, sutil y fugaz destello de las piernas bajo las faldas de la Vieja Puta; en el minuto cincuenta y cuatro Kevin Hector es derribado. Suena el silbato y el Derby dispone de un penalti. Alan Hinton da un paso al frente. Alan Hinton dispara.

Tampoco es ningún consuelo que la Juventus pierda contra el Ajax de Ámsterdam en la final que se disputará en Belgrado dentro de un mes. No será ningún consuelo que el árbitro portugués, Francisco Lobo, declare a la UEFA que intentaron comprarle antes del duelo de esta noche, que le ofrecieron cinco mil dólares y un Fiat si los italianos ganaban el partido de vuelta. No es ningún consuelo que hace cinco años estuvieras perdiendo en casa contra el Hull City frente a quince mil espectadores, decimosexto en Segunda División.

No es un puto consuelo ni nada que se le parezca.

No hay consuelo.

Estos días y estos meses, este año y este momento estarán siempre contigo, nunca te abandonarán, nunca te abandonarán, nunca te abandonarán.

Los dos meses más negros de toda tu vida, meses que todavía te persiguen y te acosan, que siempre te perseguirán y te acosarán, que siempre te perseguirán y te acosarán.

Marzo y abril de 1973; el final de todas las cosas buenas, el principio de todo lo malo.



Entro en el vestuario y el vestuario se queda en silencio. Miro fijamente a David Harvey. Miro fijamente a Paul Reaney. Miro fijamente a Trevor Cherry. Miro fijamente a John McGovern. Miro fijamente a Gordon McQueen. Miro fijamente a Norman Hunter. Miro fijamente a Peter Lorimer. Miro fijamente a Allan Clarke. Miro fijamente a John O'Hare. Miro fijamente a John Giles y miro fijamente a Paul Madeley.

«Hoy vais a ganar —les digo—. Hoy vais a ganar.»

Luego dejo el vestuario y camino hacia el túnel y salgo al rectángulo de juego y recorro la distancia hasta el banquillo, hasta el búnker, donde me siento entre Jimmy Gordon y Joe Jordan.

Nadie dice «Buenas tardes, Cloughie».

Nadie dice «Mucha suerte, Brian».

Nadie dice nada y la asistencia de público ha disminuido en nueve mil espectadores respecto a la misma fecha el año pasado; quizá sea que es un fin

de semana de puente; puede que sea la violencia de los *hooligans* en algunos campos; puede que sean los resultados del Leeds United hasta el día de hoy.

Puede que sea yo.

La duda y el miedo. El tufo a sábado. El pitido.

El Birmingham no ha venido a defender. Ha venido a atacar.

Están a punto de marcar en cuatro ocasiones. A través de Francis. De Burns. De Hatton. De Kendall. Pero en las cuatro ocasiones, fallan.

Hunter atrás. Hunter regresa al equipo tras la suspensión. Hunter marca la diferencia.

McGovern ha jugado mejor. McGovern ha jugado peor.

O'Hare juega bien junto a Lorimer. O'Hare juega bien junto a Clarke.

Clarke adelantado. Clarke vuelve después de la suspensión.

Clarke marca la diferencia.

El rechace del Birmingham golpea en el árbitro. La pelota rebota y retrocede con efecto hacia el joven defensa debutante del Birmingham. Clarke es demasiado rápido para él.

¡1-0! ¡1-0! ¡1-0! ¡1-0! Un puto gol a cero.

Salgo del banquillo, salgo del búnker con un gran, gran beso para Allan Clarke. Un besote directo a los morros.

Nadie en Inglaterra podría haberlo hecho mejor de lo que lo ha hecho Clarke. Tiene más calidad que cualquier otro.

No hay nada de suerte al respecto.

Ni trajes azules. Ni informes secretos. Ni bingo ni bolos. Ni paseos rituales alrededor de los semáforos ni itinerarios de la suerte hasta este banquillo, en el foso. No hay sobres llenos de dinero. No hay malas artes ni trampas.

Solo fútbol...

Ni supersticiones. Ni putos rituales ni puta suerte.

Solo un fútbol limpio, honesto y limpio.

«Nadie nos va a detener —declaro a la prensa—. A partir de ahora nadie nos detendrá.»

EL CUARTO JUICIO

Clasificación de la Primera División, 25 de agosto de 1974

		PJ	PG	E	P	GF	GC	PTS
1	Carlisle Utd.	3	3	0	0	5	0	6
2	Ipswich Town	3	3	0	0	4	0	6
3	Liverpool	3	2	1	0	4	2	5
4	Wolves	3	2	1	0	6	3	5
5	Everton	3	2	1	0	5	3	5
6	Arsenal	3	2	0	1	5	1	4
7	Derby County	3	1	2	0	3	1	4
8	Stoke City	3	2	0	1	5	2	4
9	Man. City	3	2	0	1	5	4	4
10	Middlesbrough	3	1	1	1	4	3	3
11	Chelsea	3	1	1	1	6	6	3
12	QPR	3	1	1	1	2	2	3
13	Newcastle	3	1	1	1	7	8	3
14	Leicester City	3	1	0	2	5	6	2
15	Sheffield Utd.	3	0	2	1	3	5	2
16	West Ham	3	1	0	2	4	7	2
17	Leeds Utd.	3	1	0	2	1	4	2

18	Burnley	3	0	1	2	4	7	1
19	Coventry City	3	0	1	2	4	7	1
20	Luton Town	3	0	1	2	2	5	1
21	Birmingham C.	3	0	0	3	3	8	0
22	Tottenham H.	3	0	0	3	0	3	0

Maldigo la clase de hombres que sois. Maldigo vuestra tierra.
Voy de campo en campo. Recojo una piedra detrás de otra.
Amontono las piedras. Me arrodillo junto a ellas.
«Que todas las desgracias, que todos los infortunios
Caigan sobre este hombre. Que caigan sobre esta tierra.»
Me elevo sobre las piedras y las agarro, agarro las piedras.
Y las arrojó por aquí. Y las arrojó por allá.

DÍA 26

Estás fuera de la Copa de Europa. Estás fuera de la lucha por el título de Liga. Has sido eliminado de la Copa y de la Copa de la Liga. La única manera en que el Derby County podría clasificarse para la UEFA es ganando esta noche al Wolverhampton Wanderers y luego el Leeds United derrota mañana en la final de Copa a un Sunderland que está en Segunda División o si el Leeds United derrota al Milan en la final de la Recopa. Tú derrotas a los Wolves. Para ello solo necesitas media hora.

Roy McFarland marca primero a pase de John O'Hare; acto seguido, O'Hare centra para que Roger Davies fusile al portero; luego es Davies quien se abalanza de nuevo para cazar el rechace de un remate de David Nish; el trabajo está hecho en media hora, tus ojos surcan el techo de la gradería, las briznas de hierba del rectángulo de juego, las manecillas de la esfera de tu reloj.

Porque estos son los últimos minutos de la temporada 1972-73. Vuestros últimos minutos como campeones de Liga. Luego sonará el pitido final y Bill Shankly y su Liverpool serán los nuevos campeones, no vosotros.

Claro que... ¿Quién sigue a Bill Shankly por televisión? ¿Quién lee sus columnas de opinión?

¿Acaso Mike Yarwood²⁹ imita a Bill Shankly en su programa de televisión?

Sabes que molestas tanto como entusiasmas en tus apariciones televisivas en On the Ball y The Big Match. Lo mismo algunos espectadores pateen el televisor; puede que otros lo besen, pero sabes que nadie lo apaga cuando sales tú. Sucede lo mismo con tus columnas en los periódicos: en el Sunday Express y en The Sun. Puede que les joda y que arrojen el periódico a la basura; puede que lo recorten y lo peguen en el corcho; pero sabes que

nadie pasa de página. Sucede lo mismo con los directivos. Sabes que molestas a tantos directivos como impresionas a otros. Pero sabes también que a la mayoría de ellos les encantaría tenerte de entrenador, sabes que la mayoría te contrataría en menos de un suspiro.

Lo mismo con los entrenadores: les molestas tanto como les inspiras. Pero sabes que a todos les encantaría tener un poco de lo que tú tienes, un poco de lo que tú tienes, darían su brazo derecho por tenerlo.

Lo mismo sucede con los putos jugadores. Sabes que son más los que te odian que los que te quieren. Pero sabes que ninguno de ellos pediría el traspaso estando a tus órdenes; ni por encima de sus putos cadáveres.

Has visto las lágrimas en sus ojos. Les has visto suplicar clemencia.

Porque cuando tienes el día, cuando tienes el día, no hay nada que te detenga. Cuando tienes el día, nada te puede salir mal; puedes caminar sobre el agua; y luego convertirla en vino.

Como hoy mismo; incluso después de haber sido eliminado y robado a mano armada por la Juventus; incluso después de que te hayan timado en la Copa de Europa, de haber sido privado de tu destino por esa vieja puta vestida de negro y blanco; pero incluso después de todo eso, incluso así has salido a jugar y has ganado los tres putos últimos partidos de la temporada.

Incluso así has marcado nueve goles, solo has concedido uno, incluso así has sumado seis puntos de seis posibles.

Has derrotado 3-1 al Everton, 3-0 al Ipswich Town y, ahora, 3-0 a los Wolves.

Pero ahora todo se detiene. La temporada ha terminado. Ya no eres campeón. Ya no estás en Europa.

Has hecho tu trabajo. La temporada ha terminado. Ya no está al alcance de tus manos.

De tus manos vacías. Sin trofeos. Tu temporada, finalmente, finiquitada.

Entre los dedos, las briznas de hierba.

En el suelo. En la suciedad. En el barro.

Todo es malo, malo, malo.

Te golpea nuevamente a diario. Cada vez que cierras los ojos. Es lo único que ves. Su rostro en la cocina. En el umbral de la puerta. En el jardín. Su sombrero. Ella con su camisón. En el hospital. Desearías haber

enterrado a tu madre en lugar de incinerarla. Ahora no hay una tumba, ningún lugar adonde ir. Pero si la hubieses enterrado, si hubiese habido una tumba, hubieses ido cada domingo.

Pero no existe otro sitio adonde ir más que aquí, aquí, aquí, aquí, aquí, aquí, aquí, aquí.

Aquí, donde todo el público se ha ido a casa; aquí, donde no hay público.

Ni público. Ni trofeos. Ni uno. Ni nadie ahora, ahora, ahora.

«He perdido a mi mamá.» Es todo lo que puedes decir. Una y otra vez. Y una y otra vez.

Aquí no hay espíritus. Aquí no hay fantasmas. Ni santos.

«He perdido a mi mamá» es todo lo que puedes repetir.

Aquí solo hay diablos. Ahora solo hay demonios.

«He perdido a mi mamá.» Es todo lo que puedes decir.

Demonios y diablos. Aquí y ahora.

Ahora, ahora tu mamá está muerta.

DÍA 27

Brilla el sol, el cielo está azul, es un precioso lunes por la mañana de finales de agosto. La clase de día en la que agradeces estar vivo y agradeces ser inglés; estás agradecido por tu familia y por tus amigos; agradecido por tener salud y agradecido por tener un trabajo; esta semana juegas dos partidos como visitante, uno en Londres y el otro en Manchester; Billy Bremner y Johnny Giles comparecen frente al Comité de Disciplina de la Federación; pero nada te puede arrebatar esta sensación.

Esta sensación de victoria. Esta sensación de triunfo...

Me limpio y me visto; un buen afeitado y un buen traje; una bonita corbata, unos zapatos limpios. Saco mi otro traje y saco mi maleta. Guardo la navaja de afeitar y guardo el cepillo de dientes. Bajo las escaleras rumbo a mi familia. El olor del beicon en la sartén y del pan en la tostadora. El sonido de las cáscaras de huevo que se rompen y de la tetera que hierve. Me siento a la mesa y le pido a mi hijo mayor que me pase el azúcar, y entonces derriba el salero y derrama la sal hacia mí, en mi dirección.

Ni supersticiones. Ni puñeteros rituales. Ni puta suerte.

Salgo del coche. Pongo la maleta en la parte de atrás. Entro en mi casa de nuevo. Me despido de mi mujer y de mis hijos con un beso. Les saludo con la mano mientras hago marcha atrás por el camino de entrada y les mando más besos. No recojo a Jimmy Gordon; no recojo a John McGovern ni a John O'Hare. Hoy voy solo rumbo al Norte. Solo en esta preciosa mañana de finales de agosto, de camino al trabajo con la radio encendida, escuchando las noticias.

«Kevin empezó a ir a los partidos del Blackpool hace dos años. Iba a ver todos los partidos cuando jugaban en casa. No iba a ser yo quien le impidiera asistir a los partidos, pero siempre le dije: «Ten cuidado, no te

metas en problemas». Yo mismo solía ir a ver al Blackpool, pero los problemas en el Kop, en el estadio, me quitaron las ganas y ahora no voy. Creo que es una desgracia. Me sabe muy mal por los auténticos aficionados. Tendrán que hacer algo al respecto. Solo tenía catorce años.»

Apago la radio mientras salgo de la autopista. Doblo las curvas y las esquinas rumbo a la intersección con Lowfields y Elland Road. Giro bruscamente a la derecha, cruzo las puertas de entrada y freno en seco; hay un gran perro negro en la entrada del aparcamiento. Aprieto la bocina con fuerza, pero el perro negro no se mueve. Empiezo a dar marcha atrás. Miro por el retrovisor. Veo una pintada en la pared.

AREUF HGUOLC



Según las casas de apuestas, nunca había habido un equipo más favorito para ganar la Copa que este Leeds. Pero Bob Stokoe no lo veía así.

El mismo Bob Stokoe de los cojones que te miró mientras yacías en aquel suelo duro y frío de San Esteban y dijo: «Clough está haciendo teatro».

El puto Bob Stokoe odia a Don Revie incluso más que tú, así que el Leeds United perderá la final de Copa ante su Sunderland, un equipo de Segunda División. Once días después, con Clarke y Bremner suspendidos, Giles lesionado y con Revie, presuntamente, de camino al Everton, el Leeds United perderá la final de la Recopa contra el AC Milan en Grecia.

«Ha sido un atraco», proclaman desde Leeds. «Han hecho trampas.»

Pero lo mismo le ha pasado al Derby. El Derby se queda fuera de Europa.

«¿Confiar en el puto Leeds? —le dices a la gente—. No me extrañaría una puta mierda que hubiesen perdido las finales a propósito. ¡Para dejar al Derby fuera de Europa!»

El Leeds United también ha sido declarado culpable por su «persistente mal comportamiento» en el terreno de juego; el Leeds United ha sido multado con tres mil libras y suspendido por un año.

Es la gota que colma el vaso. Y esto es lo que escribes en el Sunday Express:

Don Revie debería haber sido multado de forma individual y el Leeds United relegado a la Segunda División por haber abanderado al club más sucio de Inglaterra. Sin embargo, las espesas cabezas de los hombres que dirigen el fútbol en este país han dejado escapar una maravillosa oportunidad para limpiar el juego de un plumazo. El problema del sistema disciplinario del fútbol es que quienes lo legislan son también miembros de otros clubs y bien pueden tener intereses creados. Yo creo firmemente que esta sanción es la medida más errática jamás orquestada por la Federación, un organismo raramente distinguido por su sentido común. ¡Es comparable a hacerle un control de alcoholemia a un borracho, que dé positivo, se le devuelvan las llaves del coche y se le pida que conduzca hasta su casa con precaución!

Este artículo es la gota que colma el vaso de la Liga de Fútbol. Se te acusa de desprestigiar el juego. Una acusación que, a su vez, colmará el vaso de Longson.

Tu presidente no te habla. Estás en el punto de mira. Estás fuera de Europa. Te encierras en casa bajo llave. Corres las cortinas y dejas el teléfono descolgado. Subes las escaleras. Te metes en la cama y te cubres con la manta hasta la cabeza.

La temporada 1973-74 está a solo unas semanas de empezar, a solo unos días, a solo unas horas.



Son sucios y están jadeando. El entrenamiento ya casi ha terminado. El sol todavía brilla, pero ahora también llueve. El cielo está negro y azul, morado y amarillo. Aquí no hay arcoíris. Ni sonrisas. Pensaba que hoy habría algunas carcajadas. Ahora vamos ganando. Pero el único que sonrío, el único que se está riendo, es Allan Clarke.

—¿Me va a dar un beso cada vez que marque un gol, Míster? —me pregunta.

—Si eso es lo que hace falta para que sigas marcando, sí, puto maricón de mierda.

—En ese caso le escocerán los labios para cuando llegemos a mayo —se ríe de nuevo el Rastreador.

—Espero que así sea, joder —le digo.

Pero hoy Harvey, Reaney, Cherry, McQueen o Hunter no sonríen. Ni rastro de las carcajadas de Lorimer, Giles, Madeley, Jordan o Bremner.

Ni siquiera sonríen McGovern y O'Hare.



Puedes ver la salida; la salida a los fracasos en el campo, a las injusticias fuera de él.

Jimmy Hill³⁰ ha abandonado el barco, se ha ido a la BBC, y en Independent Television están desesperados: solo falta un año para el Mundial de 1974. ITV te ofrece un trabajo fijo por dieciocho mil libras; dieciocho mil libras al año sin directivos con los que lidiar ni derrotas que padecer.

Sin victorias ni copas ni aplausos ni adoración ni amor.

Lo quieres y no lo quieres. No lo quieres y lo quieres.

Al final aceptas un trabajo de media jornada. Viajarás a Londres los jueves para grabar un programa y viajarás de nuevo los domingos para grabar otro.

No lo consultas con tu mujer. No lo consultas con Peter. No lo consultas con Longson ni con la junta directiva. No lo consultas con nadie. Eres Brian Howard Clough.

Cloughie, como te llaman tus audiencias millonarias.

Y Cloughie no pregunta nada a nadie.

Cloughie se lo dice a la puta cara.



La rueda de prensa del lunes por la mañana; hoy no hay sogas largas ni autopsias, hoy solo hay guirnaldas y palmaditas en el hombro, alabanzas y cumplidos.

¿Qué piensa del Birmingham City?

«Freddie Goodwin no puede permitirse perder tres partidos con el equipo que tiene —declaras a la prensa—. Tiene a muchos jugadores de talento y se están dejando la piel por él. Están lejos, pero que muy lejos, de ser el peor equipo de la Liga.»

¿Qué le ha parecido el debut de John O'Hare?

«Lo ha dado todo desde el primer hasta el último minuto —proclamo—. Esperaos a que lleve aquí unas semanas y veréis.»

¿Y el gol de Allan Clarke?

«Nadie en Inglaterra podría haberlo hecho mejor que él —de-claro—. Fue un toque de maestro, insuperable.»

¿Y qué opina de los rumores de salidas y de traspasos?

«Nadie se va —lo repito y lo repito—. No se va ni Dios.»

¿Qué piensa sobre el futuro del Leeds United y sobre la temporada en general?

«No habrá quien se nos resista a partir de ahora —declaro a la prensa—. Nadie nos detendrá.»

¿Y qué nos puede decir del partido de mañana por la noche contra el Queens Park Rangers?

«No habrá quien pueda con el Leeds United a partir de ahora —les digo una y otra vez—. Ya lo verán.»



Inglaterra jugará contra Polonia en Wembley en octubre. Inglaterra debe derrotar a Polonia para clasificarse para el Mundial de 1974 en la República Federal de Alemania. Será el partido más importante de la selección desde la final del Mundial de 1966. Serás uno de los comentaristas del partido para ITV.

Antes de medirse con Inglaterra, Polonia juega un partido amistoso de preparación contra Holanda; será un partido interesante, lo dará ITV y tú serás el comentarista estrella, el que provoca que la gente encienda el televisor, el que los mantiene pegados a la pantalla.

Le dices a Longson que te vas a Ámsterdam. Le dices a Longson que te acompaña Pete. Le dices a Longson que se lo puede tomar como parte de tus vacaciones.

—En ese caso es un viaje privado —dice Longson—. Y el Derby no lo costeará.

—Por supuesto que no —le respondes—. No lo soñaría ni borracho.

Entonces Sam Longson te dice:

—Me pregunto con qué coño sueñas a día de hoy, Brian.

—¿Qué diablos quiere decir con eso?

—¿Sueñas con el Derby County? —te pregunta— ¿O sueñas con la televisión?

—¿Qué está diciendo? —le dices.

—No estoy diciendo nada —dice Sam Longson—. Todo lo que sé es que un hombre no puede servir a dos maestros. Al final terminará amando a uno y odiando al otro.

—Si me obliga a abandonar todo esto, la televisión, entonces dimitiré, presidente.

—Pues ya puedes presentar la puñetera dimisión —se ríe Longson.

—Pero si lo hago, presidente, ya sabe que entonces usted también estará acabado.

Longson se escupe en las manos. Longson se las frota y entonces Longson dice:

—Bueno, Brian. Eso habrá que verlo.



La asistente está limpiando mi despacho, limpia debajo del escritorio y detrás de la puerta, silba y tararea todas las canciones que se le pasan por la cabeza.

—¿Sabías que despedí a todas las asistentes del Derby? —le preguntas.

—¿Y por qué haría algo así, Brian? —me pregunta ella.

—Para reírme después de una derrota.

—Al menos tuvo una buena razón —dice ella—. No como el señor Revie.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno —dice ella—. El señor Revie echó una vez a una muchacha por ir de verde.

—¿Por ir de verde?

—Pues sí —dice—. Pensaba que ir de verde traía mala suerte al club.

—¿Y la echó?

—Pues sí —dice de nuevo—. Después de que perder la final de Copa

contra el Sunderland.

—¿Tal que así?

—Sí —dice ella—. Tal que así.

El teléfono de mi despacho empieza a sonar. Contesto. Les digo:

—Estoy ocupado.



Es la nueva temporada, 1973-74; pero la nueva temporada no supone un principio nuevo; ni un principio ni un final. Las cosas van de mal en peor; estás fuera de Europa, en el punto de mira; tu presidente está decidido a echarte y tu madre sigue muerta; así empieza la temporada 1973-74.

Te enfrentas al Sunderland en segunda ronda de la Copa de la Liga; te enfrentas al puto Bob Stokoe y a un montón de malos recuerdos. Sin embargo, el Derby lleva dos goles de ventaja al descanso. Superas a los vigentes campeones de Copa y verdugos del Leeds United durante tres cuartas partes del partido. Es una exhibición de fútbol.

Entonces el Sunderland reacciona e iguala con dos goles. Ahora tendrás que desplazarte a Roker Park para jugar el partido de desempate. Ahora nadie apostaría a que el Derby pueda ganar ese partido.

«¡Pura falta de puñetero profesionalismo!», dices gritando en el vestuario. «Vuestros cerebros todavía están en España, sentados al sol de aquella puta playa. ¡La temporada ya ha empezado!»

«Nunca perdáis de vista la pelota de los cojones.»

«Nunca juguéis al fútbol para la galería.»

«Sentenciad siempre el partido.»

«Ganadlo siempre.»

«¡Siempre!»



Escaleras arriba. Pasillo abajo. Doblo la esquina y atravieso las puertas. Llego tarde al almuerzo del lunes con la directiva. Tarde de nuevo. La directiva espera en el comedor del club, se han comido todo el pan y tienen la sopa fría y las verduras blandas. El vino es barato.

Me siento. Me enciendo un puro y pido un coñac, uno largo que te cagas.
Pensaba que habría más sonrisas aquí. Más carcajadas.

—¿Se ha muerto alguien? —pregunto.

Pero la habitación está en silencio y apesta a tabaco; los ceniceros están llenos y ya no queda vino. Los camareros retiran la vajilla y la cubertería del club, los manteles blancos de lino.

—¿A qué hora sale el equipo para Londres? —pregunta Cussins en un momento dado.

—Cuando se termine esta fiesta —le digo con la copa en la mano.



Los dos primeros partidos de la nueva temporada son contra el Chelsea y el Manchester City. Ganas los dos primeros partidos en casa contra el Chelsea y el Manchester City. Ambos por un gol a cero. Has conseguido cuatro puntos de cuatro posibles. El Derby County no ganaba los dos primeros partidos de la temporada desde 1961. Y eso fue en Segunda División. No en Primera.

Luego empatas 0-0 en Birmingham, defiendes muy atrás, adoptas las mismas tácticas por las que castigas repetidamente al entrenador de Inglaterra en ITV, esas tácticas negativas que tantas veces has criticado en ITV y en tus columnas de opinión. Hubo también un claro, un clarísimo penalti; el más flagrante, el más flagrante de todos los que hayas visto jamás:

«Lo único bueno de eso ha sido la demostración de respeto y disciplina de los jugadores del Derby County —declaras al mundo entero—. Estoy seguro de que cierto equipo que normalmente viste de blanco, al menos por fuera, hubiese asediado al árbitro.»

Puedes decir lo que te dé la puta gana. Sumas cinco puntos de seis posibles.

Dices lo que te da la puta gana. Dos veces a la semana en la caja tonta. Cloughie, ese eres tú. Dos veces por semana. Lo que te da la puta gana.



He estado metido en la sala del material. Rodeado de medias y correas, camisetas y pantalones cortos, pero he encontrado lo que buscaba. He cambiado mi elegante traje y mi bonita corbata por unos pantalones de chándal y una vieja camiseta de portero del Leeds United.

Pasillos abajo. Dobladas las esquinas. Atravesadas las puertas y hasta el aparcamiento. El equipo y sus preparadores ya están sentados en el autocar, a la espera de que llegue. Me subo a bordo y me hundo en un asiento junto a Syd Owen en la parte delantera del autocar.

—¿Qué te parece esto, Sydney? —le pregunto.

—¿El qué?

—Esto —le digo de nuevo.

Y me señalo la vieja camiseta de portero del Leeds United.

—Creo que si el equipo debe llevar traje cuando viaja, también debe hacerlo su entrenador.

—Pero dime, Sydney, ¿qué te parece el color?

—¿Verde? —pregunta—. Creo que le pega, señor Clough.



Has conseguido cinco puntos en tus tres primeros partidos. El cuarto partido de la temporada 1973-74 es en Anfield, contra los vigentes campeones; contra el Liverpool de Kevin Keegan, contra Bill Shankly. El joven Steve Powell y John McGovern provocan sendas tempranas buenas intervenciones de Ray Clemence, pero a partir de entonces todo el dominio es de Kevin Keegan, de todo el Liverpool. Phil Thompson, diecinueve añitos, marca el primero de la noche y el primero de su carrera en el Liverpool, el primer gol que encaja el Derby County después de 305 minutos en Primera División. En el minuto ochenta y cinco de partido, Kevin Keegan anota el segundo de penalti.

Has sido derrotado, claramente derrotado, te han pasado por encima.

El Derby County cae del quinto al séptimo puesto de la tabla.

Ocho días después, el miércoles 12 de septiembre, el Liverpool visita el Baseball Ground. Entre ambos encuentros has derrotado al Everton en un partido que algunos periódicos han descrito como el peor del Derby County desde que lo entrenas:

«Un partido desastroso»; «Un partido para olvidar»; «Una absoluta falta de implicación»; «El Everton robado por dos decisiones del juez de línea.»

Pete clava los titulares en el corcho del vestuario; esta noche no hay charla de equipo y, cuatro días después de una de tus peores actuaciones, destrozas al campeón de Liga.

Atacas. Atacas. Yatacas.

«El hecho de que puedan pasar de lo macabro a lo sublime —dicen ahora los periódicos— significa que el Derby County está entrenado de un modo superlativo. Nadie había dudado nunca de la capacidad de este equipo, pero alguien tenía que sacar lo mejor de estos jugadores.»

Roger Davies caza un rechace tras un disparo de Kevin Hector y la mete dentro.

«Y ese alguien es Brian Clough.»

Roy McFarland hace varias paredes con Hector hasta que conecta un preciso cañonazo.

«El sábado pasado uno tenía que esforzarse mucho para encontrar siquiera un jugador que hubiese hecho un partido pasable. Anoche se podría haber escrito un libro entero describiendo la fluidez de los movimientos y las excelentes actuaciones individuales.»

Entonces Nish, Davies y Gemmill combinan para que Hector marque el tercero.

«Incluso Don Revie y su Leeds United, que contemplan a sus rivales desde una ventaja de tres puntos, deben de estar encantados con las actuaciones de McGovern, Powell y Gemmill.»

Has derrotado a los campeones de Liga 3-1; has derrotado a Kevin Keegan y a su Liverpool; has derrotado a Bill Shankly: le has derrotado, le has dado un repaso.

Les has masacrado y sepultado.

Vuelves a enfilar el camino a la cumbre. Vuelves a enfilar el rumbo hacia donde perteneces.

Es miércoles, 12 de septiembre de 1973.



No hay sonrisas en el autocar del equipo que viaja a Londres. No hay risas

ni sonrisas. Solo murmullos y susurros, barajas de cartas y libros de bolsillo. Bremner no ha viajado con nosotros; vendrá mañana por su cuenta, listo para comparecer el miércoles ante el Comité de Disciplina. De vez en cuando miro pasillo abajo en dirección a Giles, el último de la fila, le miro en busca de señales que delaten duda o miedo.

Pero le suda la polla.

Ni ríe ni sonríe, juega una mano de cartas y luego lee otra página de su libro de bolsillo, *El exorcista*.

Siguen sin haber sonrisas cuando nos registramos en el hotel Royal Garden de Kensington. Ni risas ni sonrisas durante la charla de equipo y el reparto de los horarios de mañana. Las copas y la cena. Ni risas ni sonrisas. Solo murmullos y susurros.

Se acuestan pronto, pero a mí todavía me queda mucha noche.

Una noche larga, sin dormir.

Sin dormir pero con sueños de perros.

De grandes perros negros que ladran:

«¡Fuera Clough!».

DÍA 28

No hay principio ni final. Las cosas van de mal en peor; a peor y a peor, semana a semana, de mal en peor, día a día, a peor y a peor.

Longson quiere su asiento en el Comité ejecutivo de la Liga, su lugar en el avión cuando Inglaterra viaja al extranjero, una palabra o un saludo del Duque de Kent en el palco presidencial, en Wembley, cena y copas con Hardaker y Shipman.

Longson creyó que tú serías su pasaporte a todos estos lugares, su billete a la cumbre, así que te dio las llaves de su coche y de su bungalow en Anglesey, te dio un depurador para la cocina y te puso un chaqueta de terciopelo Burberry sobre los hombros; les hizo regalos a tus hijos y se puso la fotografía del hijo que nunca tuvo en la cartera.

«El poder que Brian tiene sobre los jugadores, el poder que tiene sobre mí, está en sus ojos.»

Sin embargo, ahora Longson desearía no haberte mirado nunca a los ojos, los ojos del hijo que nunca tuvo; el hijo al que ya no quiere más; este hijo con el que ya ni se habla.

Así que tú dictas y Peter mecanografía:

«Debido a una completa ausencia de comunicación, de sentido común y a una incapacidad para tener una conversación sensata con el presidente, nos parece imposible seguir trabajando con el señor Longson por el bien del Derby County. Si es usted tan amable, le agradecería que nos sugiriera la mejor manera de resolver este asunto con urgencia.»

Ambos firmáis la carta, la metéis dentro de un sobre y luego en el buzón.



Ni brilla el sol ni el cielo está azul: es un triste martes por la mañana de agosto de 1974. La ausencia de sueño y la ausencia de sueños. El exceso de pesadillas y el exceso de alcohol. La resaca y la llamada a casa. A tu mujer y a tus hijos. Para decir os quiero y os echo de menos y ojalá estuviese allí.

Allí, allí, en cualquier lugar menos aquí.

El hotel Royal Garden, en High Street, Kensington, Londres.



No hay respuesta. La carta no recibe contestación. No hay principio ni final. Las cosas se están poniendo peor y peor, día a día, van a peor y a peor, hora a hora, a peor y a peor.

Jack Kirkland y Stuart Webb, el nuevo director deportivo y el nuevo secretario, se están haciendo un hueco en tu guarida. Kirkland y Webby han desvelado sus planes para construir un nuevo estadio con capacidad para cincuenta mil espectadores, un estadio para cincuenta mil espectadores que incorpore un pabellón, un estadio para cincuenta mil espectadores que significa que ya no hay dinero ni para traspasos ni para los jugadores ni para ti.

Te irías a quejarte al presidente, pero no te habla. Te quejarías ante la junta directiva, pero ninguno de ellos te habla; ninguno salvo Jack Kirkland:

«Te voy a dar un consejo —te dice—. No importa lo bueno que seas ni lo poderoso que creas ser, porque el presidente es el jefe. Y luego vienen los directivos y después el secretario y luego los aficionados y los jugadores; y finalmente, está el último de todos ellos, el puto entrenador».

Pero tú ya tienes los dedos metidos en los oídos y el ojo puesto en tu reloj; hora a hora, minuto a minuto, las cosas se están poniendo cada vez peor. Y peor.

Los dedos en los oídos; los ojos en el reloj.

No hay principio. No hay final.



No hay nadie en el comedor cuando bajo. El desayuno ha terminado. Los

camareros están recogiendo las tazas y los platos. El equipo se ha ido. Me siento y escurro las últimas gotas de una tetera fría y raspo un último pedazo de mantequilla sobre una tostada fría. Los camareros me observan junto a la puerta que da a la cocina.

—Sentaos —les digo—. Tomad asiento y hablemos.

Pero los camareros se quedan donde están, junto a la puerta de la cocina, observándome.

—¿Os cuento una historia o qué? —les pregunto—. Resulta que Frank Sinatra estaba una vez en un bar en Palm Springs, de madrugada, solo él y el barman, que estaba recogiendo y preparándose para cerrar, cuando, de repente, se abre la puerta y entra una mujer corriendo y dice:

—¡Perdón! ¡Disculpa! ¿Tenéis *jukebox*?

Frank Sinatra se da media vuelta, la mira a los ojos y le dice:

—Perdona, ¿qué has dicho?

Y la mujer repite de nuevo.

—Que si tenéis *jukebox*.

Y entonces Frank recorre la habitación con la vista y se da media vuelta de nuevo hacia ella y le dice:

—No parece que haya, pero si quieres te canto algo.

Y entonces la mujer le dice:

—No, gracias —y se da media vuelta y desaparece.

El caso es que el camarero se siente incómodo con lo sucedido y dice:

—Está claro que no le ha reconocido, señor Sinatra.

Y entonces Frank se encoge de hombros y dice:

—O quizá sí.

Los camareros se acercan a mi mesa junto a la ventana. Los camareros, ahora sí, se han armado de valor y se acercan con sus bolígrafos y sus pedazos de papel.

—Lo conocí, ¿sabíais? —les digo mientras les firmo un autógrafo.

—¿A quién? —preguntan.

—A Frank Sinatra.



Te han dicho que no hay dinero. Te han dicho que no fiches a más jugadores. Te han dicho que no hay dinero para traspasos. Pero pierdes 1-0 en el campo del Coventry y sabes que tienes que fichar. Haces una llamada telefónica. Conduces hasta Londres. Hasta el Hotel Churchill.

—Me han dicho que te gustaría ganar una medalla de campeón.

—¿Y a quién no?

—A quien ya tenga una —le digo.

Bobby Moore sonríe. Bobby Moore se alegra. Bobby Moore, capitán del West Ham y de Inglaterra. Bobby Moore, campeón del mundo y tesoro nacional.

—¿Jugarías para el Derby County? —le pregunto.

Bobby Moore se enciende otro cigarrillo. Bobby Moore se ríe:

—¿Por qué no?

—No necesito más —le dices. Y te lo llevas a comer al restaurante.

—Me temo —empieza a decir el maître del hotel en la puerta del restaurante— que el señor Moore no está vestido adecuadamente para nuestro restaurante...

—Escúchame —le dices—. ¡Mi equipo no volverá a quedarse aquí nunca más si mi jugador no se puede sentar en este restaurante, mi jugador, un jugador que ha ganado un Mundial, mi jugador, que ha hecho más por este puto país que ninguna otra persona a la que hayas tenido nunca en tu sucio restaurante de mierda!

—Todavía no juego para ti —susurra Bobby Moore.

—¡Cállate! —exclamas—. Eres mío. Llamaré a Ron tan pronto acabemos de comer.



El equipo estará entrenando, recibirá sus masajes y sus friegas, comerá de nuevo en el hotel y luego hará una pequeña siesta. Me reúno con la prensa de Londres en el bar del hotel. Les confirmo que Madeley y McKenzie están lesionados y que no jugarán esta noche. Declaro que Yorath sí lo hará. Niego tener interés alguno en Dobson, el capitán del Burnley. Me niego a hablar de Bremner y de Giles y de su comparecencia de mañana ante el comité. Me tomo un par de copas con un par de periodistas y luego almuerzo, un larguísimo

almuerzo, con David Coleman³¹. Regreso al hotel con un retraso de media hora, subo a mi habitación, arrojo mi ropa en la maleta y tomo el autocar junto con el equipo rumbo a Loftus Road, el campo del QPR.



No pides cita. No llamas. Te vas directo a Upton Park. Ni esperas en la cola ni llamas a la puerta de Ron Greenwood. Simplemente te metes en su despacho y le dices:

—He venido para hablar. ¿Tienes whisky?

Ron Greenwood se incorpora. Ron Greenwood te sirve un whisky.

—¿Tienes agua? —le preguntas—. He venido en coche.

—La cocina está aquí al lado —te dice.

Sales en busca de la cocina. Consigues que la recepcionista te lleve hasta el palco presidencial. Le haces toda clase de preguntas sobre el West Ham United, sobre Ron Greenwood y Bobby Moore.

Veinte minutos después estás de vuelta en el despacho de Ron.

—Me he dado un garbeo por el lugar —le dices—. Es encantador, ¿no? Todo tan pulcro y tan bonito. No sabes la suerte que tienes de tener un lugar tan bonito como este.

—Me alegro de que te guste —dice Ron Greenwood—. ¿Querías alguna cosa más?

—Sí —le dices—. Quiero fichar a Bobby Moore y a Trevor Brooking.

—No puedes estar hablando en serio, Brian.

—Todo el mundo tiene un precio —le dices—. Y ya me he encargado de que se trate de una bonita cifra, con una buena tacada para ti, para Bobby y para Trevor.

—No están en venta —dice Ron Greenwood.

—¿Qué tal si empezamos con trescientas mil libras por ambos más tu parte?

—No están en venta —te dice de nuevo.

—Entonces... ¿Qué me dices de cuatrocientas mil libras por los dos más tu parte?

—Brian —dice Ron Greenwood—: no están en venta.

—De acuerdo. Pero entonces, si no puedo fichar a Moore, ¿podría fichar a Brooking? ¿O qué me dices de esto? Si no pudiese fichar a Brooking, ¿podría fichar a Moore?

—No están disponibles —te dice de nuevo—. Pero haré llegar tu oferta a la junta directiva.

—¿Qué tal medio millón? —preguntas—. ¿Quinientas mil libras por los dos? Y algo para ti por las molestias causadas. No te puedo ofrecer un trato mejor. ¿Lo hacemos, Ron?

Ron Greenwood se incorpora de nuevo y abre la puerta de su despacho.

—¿Qué me dices de otro whisky? ¿El último antes de coger el coche?



Han pasado solo seis días desde que el Queens Park Rangers derrotara al Leeds United 0-1 en Elland Road. Mi primer partido en casa ante una cálida acogida. Solo seis días, apenas la semana pasada. Pero parece que hayan pasado seis años, una vida entera.

—Estos jugadores jugaron en vuestro campo la semana pasada y os derrotaron —dices en el vestuario visitante de Loftus Road—. Os derrotaron en vuestra propia casa, frente a vuestros aficionados; los campeones de Liga en su casa ante sus aficionados. Os derrotaron porque fuisteis incapaces de detener al puto Gerry Francis. Yorath se encargará de él esta noche, así que el resto podéis olvidaros de él porque no lo vais ni a ver. Pero recordad esto, todos vosotros, todos y cada uno de vosotros: os derrotaron en vuestra propia casa la semana pasada, frente a vuestros aficionados. Así que en mi librito de maestrillo solo tengo una sucia respuesta para este tipo de situaciones y espero que no os haga puta falta que os diga cuál es, ¿verdad?

Miran hacia arriba desde sus botas. Desde sus medias y desde sus etiquetas. Los ojos en blanco.

—¿Hace falta?

Niegan con la cabeza. Asienten con la cabeza.

—De acuerdo, pues, ¡salid y mostradme la puta respuesta!

Se levantan de los bancos. Salen en fila del vestuario.

Hacia el pasillo. Túnel abajo. Hasta el rectángulo de juego.

La hierba y la tierra. El suelo y la suciedad.

El pesado, pesadísimo barro.



Todo el mundo se ha enterado de tus aventuras en Londres; el presidente, los directivos, los jugadores y los aficionados. Te has asegurado de que así sea. Por tus cojones. Puede que no tengas a Bobby Moore, puede que no tengas a Trevor Brooking, pero la directiva no te niega ahora el dinero para traspasos, así que haces un nuevo fichaje: Henry Newton, del Everton, por ciento veinte mil libras.

Toda esta cháchara sobre los nuevos fichajes, sobre los viajes a Londres, sobre Bobby Moore y Trevor Brooking, todo esto significa que hoy no hará falta que des la charla de equipo.

Sábado, 22 de septiembre de 1973; Derby County contra Southampton.

A los siete minutos se señala un penalti. Hay que repetirlo y Alan Hinton lo anota. Veinte minutos después, Roger Davies controla un centro de Hinton con el pecho y marca el segundo. Diez minutos más tarde, Hinton centra de nuevo y esta vez es Kevin Hector quien anota. El Southampton recorta con un gol antes del descanso, pero no importa. A los diez minutos de la segunda parte, Hinton deja a dos jugadores del Southampton clavados y la centra de nuevo para que Hector haga el 4-1. Entonces el Southampton marca el segundo, pero, de nuevo, no importa. Hector habilita a Davies para que marque el quinto y luego Davies habilita a Hector para que este consume su hat-trick.

Es la primera vez que el Derby County marca seis goles desde que derrotara al Scunthorpe United en abril de 1963. El hat-trick de Kevin Hector es el primero del Derby en Liga desde 1969. Con estos tres goles Hector supera el récord anotador que Jack Parry estableció después de la guerra, gracias a sus ciento siete goles en doscientos ochenta y siete partidos.

El Derby County se coloca de nuevo segundo en la tabla; el Leeds todavía conserva el liderato.



Ha sido un buen partido, el mejor hasta la fecha. Han jugado para restituir su orgullo, han jugado con corazón. Sobre todo durante la primera parte, cuando Lorimer, McGovern, Giles y Yorath se hacen con el centro del campo, abren al Queens Park Rangers en canal y Yorath marca uno y McGovern se queda a las puertas de otro que Terry Venables saca en la misma línea de gol. El Rangers ha empatado al principio de la segunda parte, pero eso no quita que haya sido un buen partido, el mejor hasta la fecha.

«Hemos sido una apisonadora esta noche —declaro a los micrófonos y a los bolígrafos, a las cámaras y a los flashes, en el terreno de juego y en el túnel de vestuarios—. Y si lo analizamos en perspectiva, si consideramos que no hemos podido contar con hombres como Bremner, McKenzie, Madeley y Jones, entonces la lectura es maravillosa. Tendríamos que haber sentenciado en la primera parte, fuimos muy superiores. Pero, al menos, no hay más lesiones que lamentar.»

Ha sido un buen partido, el mejor hasta la fecha. Han jugado por su orgullo y han jugado con el corazón. Pero sigue sin haber sonrisas en el autocar del equipo a la salida de Loftus Road. Ni risas ni sonrisas. Solo los murmullos y los susurros, los libros de bolsillo y las barajas de cartas. Me hundo de nuevo en el asiento junto a Syd Owen.

—¿Tú crees que debería ponérmela cada día de partido, Sydney?

—¿Ponerse qué?

—Esto —le digo.

Y señalo a mi vieja camiseta verde de portero del Leeds United.

—¿Por qué?

—He pensado que podría ser mi camiseta de la suerte —le digo—. Mi color de la suerte.

—Pensaba que usted no creía en la suerte, señor Clough. Ni en supersticiones.

—Bueno, ya sabes lo que dicen —le comentas—. «Allá donde fueres, haz lo que vieres.»

—Entonces, ¿se la va a volver a poner mañana? —pregunta Owen.

—¿Mañana? —le pregunto—. ¿Qué hay mañana?

—Solo una comparecencia disciplinaria ante la Federación.



Has caído 1-0 ante el Tottenham Hotspur en White Hart Lane, has empatado en casa contra el Norwich City y has observado como Henry Newton sufría en ambos partidos. La directiva se ha opuesto a que Peter escriba para el Derby Evening Telegraph. La directiva ha denegado a vuestras respectivas mujeres las entradas para asistir a Old Trafford este sábado.

Es jueves y vuelves a llegar tarde a la reunión semanal de la junta directiva. Sam Longson ha propuesto tu despido en tu ausencia.

—¿Por incumplimiento de contrato? —repites.

—Hay una cláusula en tu contrato —declara Longson— que te exige consagrar todo tu tiempo y toda tu atención a los asuntos del Derby County Club de Fútbol.

—¡Hipócritas! ¡Malditos hipócritas! Hace tres años, cuando me invitaron a formar parte del equipo de comentaristas del pasado Mundial, todos ustedes me dijeron que tenía que hacerlo. Y en aquellos días incluso me llevaba al puto viejo conmigo —les dices, proclamas, señalando a Longson—. ¡Y se lo pasaba de puta madre! ¡Le encantaba!

—Si le prohíben que haga televisión —les dice Peter—, le estarán arrebatando una parte íntegra de su trabajo como entrenador. Es injusto. Brian tiene razón: ustedes fueron los primeros en animarle a que lo hiciera.

—Yo no —dice Jack Kirkland—. Y no serás tú la gallina ponedora que ensucie mi puerta.

—Y entonces, ¿se puede saber qué es esto? —pregunta Longson—. Y extiende un pedazo de papel.

Es una factura por tus gastos de desplazamiento a Ámsterdam; tu viaje a Ámsterdam para ver el Polonia-Holanda, el partido de preparación para el Polonia-Inglaterro.

El partido de Inglaterra que verás y comentarás para ITV.

—Esto es un error —les dices—. La cadena corre con los gastos.

Esta vez la junta directiva te cree. Esta vez Sam Longson pierde la votación para echarte. Has sobrevivido a esta batalla.

Pero Jack Kirkland tiene la última palabra.

—Mantente alejado de la maldita televisión y rebaja tus colaboraciones

en la prensa —te dice—. Y espabila con el puto trabajo por el que te pagamos.

Es jueves, 11 de octubre de 1973.

EL QUINTO JUICIO

Clasificación de Primera División, 28 de agosto de 1974

		PJ	PG	E	P	GF	GC	PTS
1	Ipswich Town	4	4	0	0	7	0	8
2	Liverpool	4	3	1	0	6	2	7
3	Carlisle United	4	3	0	1	5	1	6
4	Everton	4	2	2	0	6	4	6
5	Man. City	4	3	0	1	7	5	6
6	Derby County	4	1	3	0	4	2	5
7	Stoke City	4	2	1	1	6	3	5
8	Middlesbrough	4	2	1	1	5	3	5
9	Wolves	4	2	1	1	6	5	5
10	Chelsea	4	2	1	1	8	7	5
11	Arsenal	4	2	0	2	5	4	4
12	QPR	4	1	2	1	3	3	4
13	Sheffield Utd.	4	1	2	1	5	6	4
14	Leicester City	4	1	1	2	6	7	3
15	Newcastle Utd.	4	1	1	2	8	10	3
16	West Ham Utd.	4	1	1	2	4	7	3
17	Leeds Utd.	4	1	1	2	2	5	3

18	Coventry City	4	0	2	2	5	8	2
19	Luton Town	4	0	2	2	2	5	2
20	Burnley	4	0	1	3	5	9	1
21	Birmingham C.	4	0	1	3	4	9	1
22	Tottenham H.	4	0	0	4	1	5	0

Lo primero que hago cada mañana, lo último que hago cada noche,
es recitar el Salmo 109.

Dos veces al día durante todo un año.

Si fallo una mañana, si fallo una noche,
entonces muero, no tú.

Pero soy un Hombre Astuto. Soy un Hombre Inteligente.
Y nunca fallo.

DÍA 29

Son más de las dos de la madrugada cuando el autobús nos deja de nuevo en Elland Road y el taxi me recoge para llevarme a mi moderno y lujoso hotel. El bar está cerrado; el piano, en silencio. Subo a la habitación y descuelgo el teléfono para llamar a mi mujer y a mis hijos, para llamar a mis hermanos, para llamar a John, a Billy o a Colin o a cualquiera de mis amigos o de mis familiares que no están aquí esta noche.

Mi madre y Peter.

Marco el número del servicio de habitaciones y pido champán. Luego desenfundo los bolígrafos y saco los periódicos. Despliego el *Evening Post* y empiezo por la clasificación de la Liga y por el calendario. Llaman a la puerta y el camarero desliza el carrito hasta el interior de la habitación.

El cubo y la botella.

«Muchísimas gracias —le digo—. Y ahora agarra el teléfono, llama a tu jefe y dile que no bajarás hasta dentro de una hora porque el maldito Brian Clough ha requerido el placer de tu compañía; así que ve, agarra otro vaso, ponte cómodo y levanta la copa para brindar conmigo.»

«Por los amigos ausentes. ¡Que se vayan todos a la mierda!»



Nadie habla cuando os encontráis en el aparcamiento del Baseball Ground. Nadie habla cuando os subís al autocar. Nadie habla durante el trayecto a Old Trafford. Nadie habla en absoluto; los jugadores no hablan; los entrenadores y los preparadores no hablan; Jimmy y Peter no hablan; tú no hablas; Longson y Webby no hablan; Kirkland y los otros directivos no hablan. Nadie habla en absoluto. Nadie dice una maldita palabra.

Las cosas han desembocado en esto: mes a mes, semana a semana, día a día. Ahora las cosas no pueden ir a peor; el mes ha llegado, la semana ha llegado, se acercan el día, la hora y el minuto. Tic, tac, tic, tac, hacen las manecillas de tu reloj. Tic, tac.

Esto es el final, piensas. Esto es el final. El final.

Peter y tú os quedáis con el equipo en el vestuario, vuestras mujeres están en las gradas con entradas de reventa; el suelo se está llenando, el suelo se está abriendo.

Tic, tac hacen las manecillas de tu reloj. Tic, tac.

Bajas por el túnel con el equipo, tu equipo, y sales al terreno de juego. Caminas a lo largo de la línea de banda. Miras en dirección a la grada en busca de tu mujer. La ves en una de las tribunas. Unes dos dedos y la saludas con la mano. Tomas asiento en el foso, en el banquillo, junto a Peter y Jimmy.

Tic, tac hacen las manecillas de tu reloj.

A los cuatro minutos, Forsyth pifia un pase hacia atrás para Stepney, Hector lo intercepta y se saca un disparo por toda la escuadra. Solo han pasado cuatro minutos y la situación es inmejorable, tan inmejorable como puede llegar a ser, hasta que en el minuto setenta y nueve Kidd y Young mandan el balón a la madera. Pero el marcador ya no se mueve.

Esto es el fin, piensas. Es el final.

—Sé que Don Revie analiza la tabla cada noche —declaras a la prensa y a la televisión—. Y sé que estará mirando la clasificación y pensando en el Liverpool y en el Newcastle. Pero también sé que habrá un club que le impactará en toda la cara, y ese club es el Derby, y esta vez os aseguro que estaremos preparados para cuando Don Revie y su Leeds United visiten el Baseball Ground, el veinticuatro de noviembre.

—¿Todavía seguirá, verdad? —te preguntan—. ¿Todavía será el entrenador?

Peter te aparta. Peter se te lleva a un lado. Peter te dice:

—Ganar aquí no es algo muy habitual. Llémonos a nuestras mujeres arriba, al palco.

—No creo que sea una buena idea —le dices.

—Venga ya —te dice él—. Quizá no vuelva a pasar nunca más.

Tic, tac, tic, tac hacen las manecillas de tu reloj. Tic, tac.

—Adelante, pues —le dices—. Pero no me quedará más de media hora.

Así que Peter se larga y se reúne con vuestras mujeres y entonces los cuatro subís las escaleras que llevan al palco presidencial del Manchester United, donde Longson, Kirkland y el resto de los jefazos del Derby se lo están pasando en grande, con los puros en sus manos y sus mujeres del brazo, se lo están pasando como nunca, hasta que entras y entonces el palco del Manchester United se queda callado, en silencio.

Tic, tac hacen las manecillas de tu reloj. Tic, tac.

Pero entonces los vasos tintinean, se producen algunos carraspeos y las conversaciones empiezan a retomarse.

—¿Esta debe de ser la primera vez que está aquí, verdad? —pregunta Louis Edwards³² mientras descorcha una botella de champán.

Pero Peter te vuelve a apartar, se te lleva a un lado y te dice:

—Es hora de volver abajo.

—Déjame en paz —le dices—. Acabamos de llegar, me cago en la hostia.

—Pero es que no estoy cómodo —te dice—. No son de los míos.

—Sin embargo parece que alguien quiere tener una pequeña charla contigo —le dices.

Y entonces Peter se da media vuelta y ve cómo Jack Kirkland encorva su dedo, le señala y le hace gestos para que se acerque.

—A mí nadie me llama con el puto dedo —dice Peter.

—Acércate a ver lo que quiere el capullo y luego nos vamos —le dices.

Tic, tac hacen las manecillas de tu reloj.

Pero mientras Peter camina a través de la junta directiva del Manchester United rumbo a Jack Kirkland, Longson camina hacia ti y, delante de tu mujer y de la habitación entera, Sam Longson te pregunta:

—¿Has dedicado la uve de la victoria a los directivos del Manchester United?

—¿Si he hecho qué?

—¿Le has dedicado la uve de la victoria a Sir Matt y a los directivos del Manchester?

—No.

—Ellos dicen que sí.

—Pues no es así.

—Quiero que te disculpes.

—No.

—No te estoy sugiriendo que te disculpes —dice Longson—. Te estoy ordenando que te disculpes.

—Vete a la mierda.

El presidente del Derby County Club de Fútbol te mira fijamente a los ojos mientras tu mujer baja la vista en dirección a los diablos estampados en la moqueta y tú consultas tu reloj.

Se ha detenido.

Longson se da media vuelta y se aleja mientras Peter regresa a través de la moqueta del Manchester United. Peter viene, además, con los ojos cubiertos de lágrimas. Peter toma a Lillian del brazo. Peter se la lleva del palco del United.

Te diriges hacia tu mujer. Le dices: «Nos vamos».

De camino a Derby, nadie habla en el autocar; los jugadores no hablan; los preparadores y los asistentes no hablan; Jimmy y Peter no hablan; tú no hablas; vuestras mujeres no hablan; nadie habla en absoluto.

Nadie dice una puta palabra.

Es sábado, 13 de octubre de 1973 y sabes que esto es el final.



Brilla el sol y el cielo está azul, pero es otra fea mañana en el culo de agosto cuando me despierto en mi moderna y lujosa cama, en mi moderna y lujosa habitación de hotel, y me siento como una puta mierda de perro, y alcanzo los bolígrafos y los periódicos, la clasificación y el calendario, y enciendo la moderna y lujosa radio que hay junto a la cama.

«El señor Denis Howell, ministro de Deportes, presidió ayer la llamada Cumbre del Fútbol para aprobar medidas para lidiar con el fenómeno hooligan, después de que un joven seguidor del Blackpool de catorce años fuera apuñalado mortalmente el sábado pasado. Una vez concluida la cumbre, el señor Howell declaró que también se les exigirá a los jugadores que mejoren su actitud sobre el terreno de juego.

»Hemos coincidido en expresar que es la obligación de la Federación,

en su lucha contra las malas conductas, subrayar la gravedad de la situación y mostrar su determinación para atajar el problema y proteger los intereses del fútbol y del deporte en general.

»En unas horas, Billy Bremner, capitán de Escocia y del Leeds United, y Kevin Keegan, capitán del Liverpool y de Inglaterra, comparecerán ante el Comité de Disciplina de la Federación de Fútbol, en Londres, bajo la acusación de haber desprestigiado el fútbol, tras estirarse de sus respectivas camisetas una vez ambos habían sido expulsados de la Charity Shield en Wembley a principios de mes.»

Apago mi moderna y lujosa radio y me estiro de nuevo en mi moderna y lujosa cama y celebro en el puto nombre de Dios haber dejado a Maurice en Londres para que acompañe a Bremner y a Giles.

Gracias al puto Dios, por una vez.

El autocar os deja a todos en el Baseball Ground. Llamas a sendos taxis para que recojan a vuestras mujeres y subes al despacho con Peter.

«Quiere saber exactamente en qué consiste mi trabajo —arremete Peter—. ¿Te lo puedes creer, el puto cabrón? Solo lleva dos putos minutos en la directiva y quiere saber en qué coño consiste mi trabajo. Después de señalarme con su puto dedo delante de todo el mundo. “Es lo primero que quiero el lunes por la mañana”, me ha dicho el muy hijo de puta. Pues bien, Brian, no pienso ir. Ni de coña. Nadie me señala con el puto dedo.»

Abres la puerta de tu despacho. Enciendes las luces. Te metes dentro.

El mueble bar está cubierto por una reja metálica.

Te aproximas a la reja. La sacudes.

Está candada.

Hoy no hay entrenamiento y el aparcamiento está vacío cuando el taxi te deja en las instalaciones del Leeds. Esto se llenará en breve; tan pronto como el Comité de Disciplina anuncie su veredicto. Veo a John Reynolds en el campo de entrenamiento. Corro por el terraplén y me meto en el campo.

Me sujeto la muñeca y el reloj y le digo:

—Todavía anda bien, John.

—Eso está muy bien —dice él.

Asiento y sonrío y le pregunto:

—¿Cómo te encuentras esta mañana, John?

—Estoy trabajando —dice—. Y se larga.



Caminas y caminas moqueta arriba y moqueta abajo. Hacia delante y hacia atrás. Caminas y caminas. Las paredes se estrechan y se estrechan, la habitación se calienta y se calienta, cada vez más. Es domingo a la hora de comer y escuchas cómo redoblan las campanas de la iglesia, hueles el olor a asado dominguero. Achicharrante. Peter está sentado en tu sofá. Peter fuma. Agarras el teléfono. Llamas a Longson a su casa.

—¿Me da permiso para despedir a Stuart Webb? Ha candado el bar.

—Lo sé —te dice Longson—. Se lo he ordenado yo.

—¿Que qué? ¿Por qué? ¿Qué está pasando?

—Tú dedícate a entrenar al equipo —te dice y te cuelga.

Arrojas el teléfono. Lo estampas contra el escritorio. Lo rompes.

Peter está sentado en tu sofá. Peter llora.

Es domingo, 14 de octubre de 1973.



Bajo las gradas. Atravieso las puertas. Doblo las esquinas. Pasillo abajo hasta el despacho. Abro la puerta con llave y enciendo las luces. El teléfono está sonando. Me sirvo una copa, enciendo un pitillo y descuelgo.

—Mejor vente para aquí —dice Cussins—. Tenemos el veredicto.

Me termino la copa, aplasto el cigarrillo. Apago las luces y cierro la puerta con llave. Camino pasillos abajo. Doblo las esquinas. Subo escaleras arriba y atravieso las puertas.

En el despacho de la junta directiva de Yorkshire, bajo las cortinas de Yorkshire, la directiva está silenciosa y hundida, desalentada y con cara de

palo. Los ceniceros se están llenando.

—Bremner y Keegan han sido multados con quinientas libras cada uno y suspendidos desde hoy hasta el treinta de septiembre.

—¿El treinta de septiembre? —repito—. Eso es más de un mes.

—La opinión pública estaba consternada y ofendida por lo que vio —dice Cussins—. La Federación estaba decepcionada. El señor Stokes y el Comité han percibido que no tenían otra alternativa.

—¿Y qué pasa con Giles?

—Tanto John Giles como Tommy Smith han recibido sendas amonestaciones verbales —dice Cussins—. Pero no se ha tomado medida alguna contra ninguno.

—¿Cuántos partidos se perderá Bremner? —pregunta Percy Woodward.

—Ocho —le digo—. Incluida la primera ronda de la Copa de Europa.

—¿Ocho? —repite Cussins.

—Sin olvidar los tres que ya se ha perdido, así que son once en total.

—Sobreviviremos —dice Woodward—. No será la primera vez.

—Se ha pasado ciento cuarenta y dos días suspendido en los últimos diez años —les digo.

—Pero este es el primer problema de Bremner en más de cuatro años —dice Woodward—. El señor Revie trabajó muy duro para mejorar la disciplina.

Me enciendo un cigarrillo. No digo nada.

Entonces Sam Bolton dice:

—Tendrías que haber estado allí.

—¿En la Federación? ¿Por qué?

—Paisley estaba allí con sus jugadores.

—¿Y qué? —le digo—. Lo que hizo Bremner no tiene nada que ver conmigo y no quiero que se me relacione con ello.

—Es tu jugador —dice Bolton—. Tu capitán.

—Que hubiese estado allí no hubiese cambiado las cosas, coño.

—No en cuanto a la multa o la suspensión —dice Bolton—. Pero hubiese cambiado alguna cosa para el jugador y para el maldito equipo.

—¡Y un huevo! —le digo.

Se lo digo a todos. Y me largo. Atravieso las puertas. Escaleras abajo.

Doblo las esquinas. Pasillos abajo. Abro la puerta y enciendo la luz. Hay una nota en el suelo, debajo de la puerta, que dice que Bill Nicholson ha llamado.



Peter sale de su reunión con Jack Kirkland y dice:

—No creo que haya lugar para mí aquí ahora mismo. Es como en Hartlepool, otra vez lo mismo, intentan llegar a ti a través de mí.

—Se creen que nos hemos convertido en un par de engreídos —le dices a Peter mientras le alcanzas la carta.

La carta ha llegado esta mañana. Es una carta de Longson.

Urgente. Y certificada:

Estimado señor Clough,

De ahora en adelante cada uno de sus artículos para la prensa y cada una de sus apariciones televisiva tendrán que ser aprobadas por la junta directiva. Si después de recibir esta carta reincide o continúa infringiendo las obligaciones que ha contraído con el club, la junta se verá obligada irrevocablemente a seguir el único rumbo que le deja abierto. Debo añadir que lo harán con cierta reticencia, pero sin titubear.

Le saluda atentamente, Samuel Longson.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Peter.

—Nos vamos —le dices—. Eso es lo que vamos a hacer.

Agarras el teléfono. Llamas a Longson.

—Ya tiene lo que querías —le dices—. Vamos a convocar una reunión de urgencia de la junta directiva esta noche y vamos a dimitir.

—No habrá ninguna reunión esta noche —te dice—. No voy a conducir hasta Derby por dos tocachuevos. Poned vuestras dimisiones por escrito y se las entregáis a la junta mañana por la mañana.

Arrojas el teléfono. Contemplas tu despacho.

Contemplas a Pete. A los periodistas y a los amigos que se han reunido aquí.

—Como maldito periodista que eres, supongo que sabrás escribir a máquina, ¿verdad? —le dices al tipo del Evening Telegraph. Y Gerard Mortimer, del Derby Evening Telegraph asiente.

—Bien —le dices—. Entonces escribe esto:

«Estimado señor Longson,

Gracias por la carta, que me ha sido entregada hoy. La he estudiado con detalle y he llegado a la conclusión de que la carta, junto con el resto de acontecimientos acaecidos en los últimos tres meses, no me deja alternativa. Así pues, es mi deseo comunicarle tanto a usted como a la junta directiva que presento mi dimisión como entrenador de este club y deseo que así sea con efecto inmediato.

Le saluda atentamente, Brian Clough.»

Gerard Mortimer deja de mecanografiar. El despacho está en silencio. La reja metálica, candada.

—Bien, Peter —le dices—. Tu turno.



Conduzco rumbo a Derby temprano. Beso a mi mujer y beso a mis hijos. Cierro la puerta con llave y descuelgo el teléfono del auricular. Ceno con mi mujer y mis hijos. Lavo y seco los platos. Baño y seco a mis hijos. Les leo cuentos y les doy un beso de buenas noches. Veo la televisión con mi mujer y le digo que me quedaré un rato despierto. Entonces apago la televisión y me sirvo una copa.

Saco mis bolígrafos y saco mis periódicos.

La tabla y los resultados. La tabla y el calendario.

Pero los resultados nunca cambian. Jamás. La clasificación nunca cambia.

Hasta que casi hay luz afuera. Otra vez. La mañana ya está aquí.

Esto no funcionará. Ese enorme y puto perro negro otra vez.

«¡Fuera Clough! —ladra—. ¡Fuera Clough! ¡Fuera Clough!».

DÍA 30

Te has pasado la noche entera patrullando; de casa en casa, de pub en pub, de club en club, reuniendo a los que te apoyan y liderando a tus tropas; ya te pesa el arrepentimiento en el corazón, pero tu cabeza sigue iluminada por la injusticia y la rabia, injusticia y rabia, injusticia y rabia...

Primero te reúnes con Phillip Whitehead, amigo y diputado local.

—No permitas que la junta te pase por encima —te dice—. Porque eso es lo que quieren, lo que están esperando. Solo dimite si realmente no quieres el trabajo y estás de acuerdo con que el sacrificio ha valido la pena.

Injusticia y rabia. Injusticia y rabia.

Y entonces volaste de nuevo, te fuiste en tu coche oficial para reunirte con Sir Robertson-King, el presidente honorario del Derby County, en el pub de su barrio, en Borrowash.

—¿Estás seguro de lo que estás a punto de hacer? —te preguntó.

—No, no estoy seguro —le dijiste—. Pero no puedo seguir trabajando en este ambiente. Claro que si usted tomara la presidencia de la junta...

—Veremos cómo van las cosas en la reunión de la junta de mañana.

Injusticia y rabia. Injusticia y rabia.

Ahora la noche es el día, mañana es hoy, y la mañana de la reunión con la junta directiva ya está aquí, tus hijos te están mirando con ojos muy abiertos e inquietos, inquietas sus bocas abiertas, por las cosas que han visto y las cosas que han oído.

Las cosas que perciben pero que no entienden.



Me despierto tarde, me lavo tarde, me visto tarde, bajo las escaleras tarde y salgo por la puerta tarde. Esta mañana me recoge Jimmy, que ya ha aparcado fuera. Jimmy tiene la mano en la bocina y lo primero que dice cuando abro la puerta es:

—¿Se has enterado de lo de Bill Nick, Míster?

—¿Qué pasa con él?

—Ha dimitido.

—¿Qué?

—¿No lo sabía?

—No.

—Ha salido en todos los periódicos, en todas las radios.

—¿Por qué?

—Malos resultados y jugadores demasiado modernos, por lo menos eso es lo que están diciendo.

—¿Y qué hay de las directivas modernas y de los presidentes modernos?

—No dicen nada de ellos —se ríe Jimmy—. Pero en serio. Creo que es por lo de Rotterdam. Creo que nunca lo superó. Le dijo a Dave Mackay que estaba físicamente enfermo, así de asustado estaba. ¿Sabía que su hija estaba en el estadio cuando hubo los disturbios con toda la afición? Dave estaba allí y dice que nunca ha escuchado nada tan triste como la voz de Bill Nick implorando por megafonía a los aficionados que dejaran de pelearse.

—No sabía nada de eso —le digo a Jimmy—. Pero hay una cosa que sí sé...

—¿Y qué es, Míster?

—Nunca dimitas —le digo—. Nunca jamás dimitas.

Entonces recogemos a los Johns. Cuatro grandullones en un coche pequeño.

No hay conversación. Ni charla. No hay coñas. Ni bromas. Ni radio. Nada. Solo cuatro tipos rumbo a Leeds. Rumbo al tajo.



Tienes algunos compromisos antes de la reunión de la junta directiva, compromisos que no quieres anular; así que conduces durante kilómetros y

kilómetros para inaugurar la flamante tienda de un viejo amigo; luego conduces kilómetros y kilómetros de vuelta al centro para visitar a algunos ancianos en el hospital.

Y tanto en la tienda como en el hospital, tanto los clientes como los pacientes, los trabajadores y los doctores, todos te estrechan la mano y te dicen: «No te vayas Brian, por favor.»

Y tú les estrechas la mano y asientes y agradeces sus palabras y les dices: «No me quiero ir.»

Luego conduces hasta el Baseball Ground y aparcas tu coche oficial en el espacio reservado para el entrenador del Derby County y caminas a través de la prensa y la televisión, de los bolígrafos y los micrófonos, de las cámaras y los flashes, pasado un grupo de trabajadores nocturnos de Rolls-Royce que te palmean la espalda y te suplican: «Por favor no te vayas, joder, Brian. No nos hagas esta putada, por favor.»

Y les estrechas las manos y asientes con la cabeza y agradeces las palmadas y las súplicas. Y les dices: «No me quiero ir.»

Entonces desapareces por el interior del Baseball Ground; entonces, desapareces.



Bajo la lluvia y el sol, bajo el negro y azul, morado y amarillo cielo de Yorkshire; esto tendría que ser lo habitual, el habitual entrenamiento para todo el mundo. El secretario del club ha emitido una declaración en nombre del Leeds United:

«Billy se entrenará con el resto de sus compañeros como ha hecho a lo largo de las últimas dos semanas, cuando también estaba suspendido.»

Pero la prensa y la televisión todavía quieren más, los bolígrafos y los micrófonos, las cámaras y los flashes me siguen esperando mientras estacionamos en el aparcamiento de Elland Road, mientras cierro de un portazo la puerta del coche de Jimmy, mientras me ajusto los puños y les digo a todos:

«No voy a decir ni una palabra sobre la decisión de la Federación. Ni una palabra.»

—

Escaleras arriba. Atravesadas las puertas. Dobladas las esquinas. Pasillos abajo. Pete todavía sigue aquí; en el vestíbulo, fumando sus cigarrillos y mordiéndose las uñas.

—¿Dónde estabas? —pregunta—. Pensaba que no ibas a presentarte.

—Tenía cosas que hacer —le dices—. Ya podemos entrar.

—Tenemos que esperar aquí.

—¿Por qué?

—Para que están valorando nuestra dimisión.

—Si tienen algo que decir, me lo pueden decir a la puta cara —le dices y caminas en dirección al despacho de la junta.

—Por favor, no lo hagas —dice Peter, te lo implora—. Solo empeorará las cosas.

Así que te das media vuelta y te sientas a su lado y te enciendes uno de tus cigarrillos; miras fijamente el reloj de la pared y la maceta de las plantas de la puerta de la junta; y entonces sabes que has cometido un gran error, sentado aquí afuera, fumando tu cigarrillo, esperando tu turno, acordándote de todas las malditas cosas que tendrías que haber dicho, todas las putas cosas que sabes que tendrías que haber hecho, todas las putas cosas que has olvidado.

Entonces se abren las puertas y Longson grita:

—¡Venga, vosotros dos, adentro!

Pero antes incluso de estar metido completamente en el despacho, antes incluso de haberte sentado, ya le has soltado:

—Acepten nuestras dimisiones.

—Espera, Brian —interviene Sir Roberston-King—. Nos gustaría que lo reconsideraras.

Pero Longson también es rápido, tan rápido como para soltar:

—Ha dimitido y quiere que aceptemos su dimisión, así que propongo que lo hagamos, que la aceptemos y resolvamos este asunto de una puta vez.

—Ahora escúchenme ustedes —le dices, se lo dices a todos—. Solo hemos dimitido por él; por él y su estrechez de miras. Todo lo que he hecho ha sido siempre por el bien del Derby County, ¡todo! Y eso incluye mis

colaboraciones en la televisión y los periódicos, la televisión y los periódicos que ayudaron a poner al Derby County en el puto mapa, ¡que los han puesto a ustedes en el puto mapa! Así que él no me va a decir a mí —ni él ni la Federación ni la Liga ni nadie— qué puedo o no puedo escribir y qué puedo o no puedo decir. Pero si esta junta retira su estúpido ultimátum y nos quita a este desgraciado de la vista, si nos permite que hagamos nuestro trabajo, que no es otro que ganar la Liga y la Copa de Europa, si nos permite hacernos cargo de cada aspecto del juego y de crear una dinastía futbolística aquí, en el Derby County, entonces retiraremos nuestras dimisiones.

La junta asiente con sus cabezas. La junta murmura. La junta lo someterá a votación. La junta os pide a ti y a Peter que esperéis fuera de nuevo.

Afuera, junto al reloj en la pared. La planta en su maceta, junto a las puertas. Las puertas que enseguida se abren de nuevo para que volváis a entrar.

—Vuestras dimisiones han sido aceptadas con muchas reservas —sonríe Jack Kirkland.

Solo Sir Robertson-King y Mike Keeling han votado en contra. Mike Keeling dimite junto con tu secretario.

—Ni se te ocurra pensar en un acuerdo —te dice Longson—. ¡No vas a sacar nada!

Te quedas de pie en el centro de la habitación, desnudo y derrotado, con Peter a tu lado.

—Deja las llaves del coche encima de la mesa y lárgate —ladra Longson.

En el centro de la habitación, desnudo y derrotado ante la directiva, sus ojos mirando a la mesa, sus dedos en sus labios, sus pies arrastrándose, muriéndose de ganas de irse.

—¿Nadie de ustedes tiene los cojones para detener esto? —les preguntas —. ¿Ni uno solo de ustedes?

Pero sus miradas siguen clavadas en la mesa, sus dedos en sus labios.

—¡Cobardes! —les gritas y te giras hacia las puertas, las puertas y la salida, la salida y el vestíbulo; pasado el vestíbulo y pasillo abajo; pasillo abajo hasta el salón de los directivos.

—¡Os quiero fuera de las instalaciones! —grita Longson—. ¡A los dos, ahora mismo!

Directo al calor de los flashes, a la mirada de las cámaras, directo a la... ¡acción!

Los puñales desenfundados, las pistolas preparadas. Tú te quedas en un extremo del salón y Longson en el otro; Longson haciendo declaraciones a la prensa y a la televisión, a los bolígrafos y a los micrófonos, a las cámaras y a los flashes, declarando cómo han sido aceptadas vuestras dimisiones; aceptadas, aunque con «cierta tristeza».

—Me sorprende un poco —respondes tú— que la gente, la misma gente que quiere impedir que llame a las cosas por su nombre, sea incapaz de hacerlo por sí misma.

Pero Longson continúa titilando ante los flashes, continúa tartamudeando ante las cámaras, titila y tartamudea sin parar sobre la aceptación y la tristeza.

—Me siento profundamente avergonzado por el presidente —les dices a las mismas cámaras y a los mismos flashes, sin titilar ni tartamudear—. Y profundamente avergonzado del Derby County.

Finalmente Jack Kirkland arrastra al presidente lejos del calor de los flashes y de la mirada de las cámaras, lo arrastra de vuelta a la reunión de la junta y, mientras se va, mientras vuelve al despacho de la junta, Longson se da media vuelta, te mira a los ojos y escupe sobre su propia mano; escupe sobre su propia mano de nuevo y te guiña el ojo.

Y entonces tú te abres paso a empujones a través de la prensa y la televisión, de los bolígrafos y los micrófonos, de las cámaras y de los flashes; te abres paso a empujones hasta el pasillo que lleva al despacho de la junta, y sus puertas se cierran en tu cara, de un portazo, en tu puta cara.

En tu cara, en tu cara, después de todas las malditas cosas que has hecho por ellos, te cierran las puertas en la cara, y entonces agarras la jarra de agua de la mesa y te dispones a arrojarla contra las puñeteras puertas; a arrojarla en sus putas caras, cuando Peter te agarra del brazo, Peter te agarra del brazo y devuelve la jarra a la mesa y dice:

—Déjalo, Brian. Déjalo.



El chico malo del fútbol británico no llama a la puerta. El chico malo del fútbol británico simplemente abre la puerta del despacho y dice:

—¿Quería verme?

—Sí —le contesto—. Siéntate, William. Fúmame un cigarro y tómate una copa si te apetece.

Bremner acepta sentarse. Bremner acepta el cigarrillo. Bremner acepta la copa.

—Te vas a perder el partido del sábado contra el Manchester City —le digo—. Y luego el partido contra el Luton del sábado siguiente, el partido de la Copa de la Liga contra el Huddersfield, y luego los de Liga contra el Burnley, el Sheffield United, el Tottenham y el Everton, además de la ida de la primera ronda de la Copa de Europa. Lo que significa que te reincorporarás al equipo en el partido de vuelta en Zúrich.

—He mirado el calendario —dice Bremner—. Ya sé lo que me voy a perder.

—Son ocho partidos más —le digo—. Además de los tres que ya te has perdido. Once malditos partidos en total.

Agarra otro de mis cigarrillos. Se toma otro vaso de mi whisky.

—Ya te lo he dicho —le digo de nuevo—. Si tuviera que elegir a cualquier miembro del primer equipo de aquí, del Leeds, con el que no poder contar por suspensión, el último nombre de esa lista —y con mucha diferencia— sería el tuyo. Clarkey, Giles, Peter Lorimer, Norman Hunter; cualquiera menos tú. No hay otro maldito jugador en este puto club a quien podríamos echar de menos tanto como a ti.

Bremner apaga el cigarrillo. Bremner se termina la copa.

—¿Es todo?

—Siéntate —le digo—. Siéntate y escucha, ¿quieres?

Bremner se sienta de nuevo. Bremner me vuelve a mirar por encima de mi escritorio.

—Como ya te he dicho antes —le digo de nuevo—, no quiero perderte en el terreno de juego, pero, si tengo que hacerlo, entonces lo que no quiero es perderte fuera del terreno de juego. Así que no te voy a pedir que viajes con nosotros en los partidos que jugamos fuera de casa, no, a no ser que así lo

quieras, pero lo que sí te voy a pedir es que consideres acudir a los partidos de la Central League en casa, que veas los partidos del filial en mi lugar, que me ofrezcas otro par de ojos.

Bremner no habla. Bremner solo mira fijamente.

—Así que, en lugar de viajar a Maine Road con nosotros el próximo sábado —continúo—, te quedarás aquí viendo jugar al filial contra el Bolton. En última instancia será una experiencia positiva para ti, especialmente si, como he escuchado, estás considerando convertirte en entrenador.

Bremner no habla. Bremner solo mira fijamente.

A mis ojos. Al silencio.

Y entonces se abre la puerta de nuevo. No llaman. John Giles aparece bajo el umbral.

—Miles de disculpas —sonríe—. No interrumpo, ¿verdad?

Bremner se levanta. Bremner pregunta:

—¿Me puedo ir ahora, Míster?



Peter y tú os abris paso a empujones hasta el coche del club, que está aparcado en el espacio reservado para el entrenador del club, y luego conducís a través de la prensa y de la televisión, atravesáis los bolígrafos y los micrófonos, las cámaras y los flashes, hasta pasado el grupo de trabajadores nocturnos de Rolls-Royce que aporrean el techo de tu Mercedes gris y te suplican, te suplican, te suplican: «Por favor, no jodas, Brian. Haz el favor de no largarte.»

Pero Peter y tú os largáis del Baseball Ground, conducís hasta un taller para cambiar los neumáticos del coche oficial del club y llenáis el depósito de vuestro coche oficial y se lo cargáis a la cuenta del club, y entonces Peter y tú conducís hasta casa de Peter.

Hasta el silencio de su comedor. El silencio y la taza de té.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntas.

—Creo que me compraré un puñetero billete de avión a Mallorca —te dice—. ¿Y tú?

—No tengo ni puta idea —le dices.

Es martes, 16 de octubre de 1973, y no tienes trabajo.

DÍA 31

Están sucios y jadean de nuevo bajo otro cielo gris abotargado de Yorkshire; sucios y jadeando con sus chándales violetas y sus nombres a la espalda. Todavía no hay sonrisas. Sigue sin haber carcajadas. Solo las manchas en sus rodillas, las manchas en sus culos. Me he rendido con las sonrisas. Y me he rendido con las risas.

Maurice y Sydney están de pie en la banda con las cabezas juntas, torcidos y encorvados; susurran y murmuran, murmuran y susurran.

Jimmy está en el medio, hace un poco de esto y hace un poco de lo otro, una broma por aquí y otra por allá. Pero nadie sonrío. Ni nadie se ríe. Nadie escucha siquiera.

Salvo la prensa y los aficionados. Detrás de la valla. A través de la reja.

Ahora tienen sus ojos puestos en mí, me escrutan y me examinan, me miran y me observan, me miran y me miran y me miran fijamente.

«Basta de zombis —estoy pensando—. Basta de putos zombies, Brian.»

Camino hacia Maurice y Sydney. Le agarro el silbato a Sydney. Le quito los petos a Maurice y organizo algunos partidos de cinco contra cinco; yo en un equipo y Clarkey en el otro.

Sé que todos me quieren segar, que todos me quieren entrar duro, para derribarme, para echarme al suelo, para devolverme a la tierra, para verme caer de cara o de culo otra vez.

Magullado y dolorido, dolorido y lastimado, lastimado y dolido.

Pero leo el movimiento y recibo el pase, recibo el pase de espaldas a portería, de espaldas a portería, y protejo la pelota de McQueen, protejo la pelota de McQueen y la aguanto, la aguanto y me doy media vuelta, me doy media vuelta y disparo, disparo de primeras, directo a la escuadra, lejos del

alcanza de Stewart, superada la mano de Stewart, que se revuelca, y la bola alcanza el fondo de las mallas.

El fondo de las putas mallas, las putas mallas.

Pero no hay aplausos. Ni adoración. Aquí no hay amor.

Aquí no hay sonrisas. Aquí no hay risas.

—Doscientos cincuenta y un goles —les digo—. ¡Superad eso!

Pero ya se están yendo del campo de entrenamiento, de vuelta al vestuario, se están quitando los petos y las chaquetas del chándal, lo arrojan contra el suelo.

Sucios y jadeando, jadeando y conspirando, conspirando y maquinando.

La prensa y los aficionados. Detrás de la valla. A través de la reja.

Sus ojos puestos en mí, me escrutan y me examinan, me miran y me observan. Me están mirando, mirando, mirando fijamente, pero solo cuando miro hacia otra parte.

Siento que estoy muerto. Me siento muerto. Me siento muerto.

John Giles camina hacia mí. John Giles me dice:

—El domingo me concentro con la selección de Irlanda y luego me iré a ver a los Spurs.

—¿Me lo estás preguntando o me lo estás contando, Irlandés?

—Contando, supongo.

—O sea que te han llamado del Tottenham, ¿no es así?

—Varias veces —dice—. Pensé que querría escuchar las buenas noticias.

—Cruzaremos los dedos entonces —le digo—. Cruzaremos los dedos.

—Y yo que pensaba que usted no era supersticioso —se ríe y se ríe y se ríe y se ríe.

Como un puto enorme perro negro.



Te lleva un momento recordarlo. Recordar por qué suena el teléfono. Recordar por qué suena el timbre de casa. Recordar por qué la prensa y la televisión, los bolígrafos y los micrófonos, las cámaras y los flashes están acampados fuera de tu casa.

Recordar por qué tus tres hijos están escondidos en sus habitaciones,

debajo de sus camas, con los dedos en los oídos y los ojos cerrados.

Te lleva un momento recordar que ya no eres entrenador del Derby County Club de Fútbol; que estás desempleado, que no tienes trabajo.

Pero entonces recuerdas que no estás desempleado. Todavía tienes un trabajo. Todavía te queda la televisión. Todavía tienes a ITV. Inglaterra contra Polonia. La clasificación para el Mundial.

El partido que tienen que ganar. Esta noche. La mayor noticia desde 1966. Más grande, incluso, que la dimisión del maldito Brian Clough.



Huesos. Músculos. Huesos rotos. Desgarros musculares. Piel y carne. Esqueletos y cadáveres. Es la rueda de prensa del viernes a la hora de comer; hoy no debería haber autopsias, solo profecías; no debería haber excusas, solo optimismo; confianza, no dudas; esperanza y nunca miedo.

—Solo desearía contar con Duncan McKenzie, con Paul Madeley, Michael Jones y Eddie Gray, y tener a Bremner disponible para jugar contra el Manchester City —declaro.

—¿Le gustaría también disponer de Hartford? —me preguntan.

Me lo preguntan porque el jugador del Manchester City Asa Hartford estuvo a punto de fichar por el Leeds en 1971, un traspaso abortado por Don por razones médicas.

Un agujero en el corazón; Hartford, no Revie.

—Querrá exhibirse contra nosotros —les digo—. Es lo que quieren muchos jugadores.

Pero no sonríen. No se ríen. Simplemente miran hacia sus cuadernos, sus cuadernos de espirales, y encajan y desencajan los tapones de sus bolígrafos de punta fina; los encajan y los desencajan, los encajan y desencajan.

Dentro y fuera. Dentro y fuera. Dentro y fuera.

Hay algo en sus ojos otra vez.

Esqueletos, cadáveres y muerte.



El día después de tu dimisión del Derby, los jugadores de la selección

inglesa están sobre el terreno de juego, calientan en la noche de Wembley, saludan a sus familias y a sus amigos, posan para las fotografías oficiales; se aguantan los nervios, los estómagos, las entrañas.

Tú te bajas de la grúa y cruzas el campo, esa turba sagrada, hasta el círculo central, rumbo a Roy McFarland, David Nish, Colin Todd y Kevin Hector, les extiendes la mano y les dices: «No os preocupéis, chavales. Todo va a salir bien».

Y te estrechan la mano cuatro veces, pero te miran confusos y desconcertados, con dudas y miedo. Hay preocupación en sus bocas abiertas, por las cosas que han visto, por las cosas que han oído.

Las cosas que perciben pero que no comprenden.

Pero entonces tú ya te has ido. Cruzas de nuevo el terreno, esa turba sagrada, subes a la grúa, donde te sientas y observas juiciosamente.

A Inglaterra y a Alf Ramsey.

Pero esta noche, mientras te sientas y contemplas a Alf Ramsey, sientes el arrepentimiento, el arrepentimiento por todas las cosas que has dicho, todo lo que has dicho en televisión, en escenarios como este; todas las cosas que has dicho y que han herido a Alf, que le han herido, que sabes que le han herido.

«¿Cómo es posible que sea incapaz de elegir a un equipo entre dos mil jugadores?», te preguntaste en televisión, en un espacio como este, después de que Inglaterra perdiera contra Italia el año pasado.

Esas cosas que le han herido, que le han herido y que le han dejado expuesto; expuesto y desnudo ante los susurros y los rumores que dicen que tú deberías ser el próximo entrenador de Inglaterra, que dicen que es solo una mera cuestión de tiempo, en caso de que ocurra lo impensable, que Inglaterra pierda, que Inglaterra empate.

Que Inglaterra no se clasifique.

Entonces sería tu momento. Entonces te llegaría la hora, si Inglaterra perdiese. Si Inglaterra empatara. Si Inglaterra no se clasificara para la fase final del Mundial.

Es una esperanza que jamás osarías verbalizar. Esta esperanza que nunca te atreverías a proclamar.

«Inglaterra pasará —le aseguras al país entero desde Independent Television—. El portero polaco es una pepa, una absoluta pepa.»

Inglaterra domina la primera parte, está volcada en la mitad del terreno polaco, pero esa pepa, esa absoluta pepa, hace una parada tras otra, detiene a Madeley, a Hughes, a Bell, a McFarland, a Hunter, a Currie a Channon, a Chivers, a Clarke y a Peters.

A los diez minutos de la segunda parte, Polonia logra sacudirse del dominio inglés e irrumpe en el otro extremo del campo. Hunter llega tarde a un cruce y Lato se va solo por la izquierda, solo por la izquierda y libre para centrar la pelota hacia Domarski, que dispara raso por debajo de Shilton.

Y se hace el silencio, un silencio absoluto. En las gradas y en el campo, silencio.

Excepto tú, encaramado a la grúa, en la televisión, tu hábitat natural, abriendo y cerrando la boca. Pero nadie te está escuchando. Ni siquiera tú.

Arriba en la grúa. Juzgando a Inglaterra. Juzgando a Alf Ramsey.

Ramsey, que no para quieto en el banquillo, allí abajo.

Pero diez minutos después, Inglaterra ha igualado después de que Peters sea derribado en el área y de que Clarke convierta con aplomo el penalti más importante de la historia del fútbol inglés. Pero Inglaterra debe marcar de nuevo, marcar de nuevo para ganar, para ganar y clasificarse, y entonces Alf mete a Hector. Hector, que debuta con la selección para jugar los dos últimos minutos. Hector, que ve cómo su disparo es despejado sobre la línea de gol y que a continuación escucha el pitido final.

Ese final, el pitido final y el fin de una era.

Es la primera vez que Inglaterra no consigue clasificarse para el Mundial desde que jugara la competición por primera vez en 1950. La primera vez desde 1950 en que Inglaterra no estará en el Mundial, no estará en la República Federal de Alemania. No en 1974. No después de esta noche.

Esta noche que termina con todo. Que lo termina todo. Todo.

Desde la grúa contemplas sentado cómo Bobby Moore camina campo a través para rodear con el brazo a Norman Hunter; un Norman Hunter que se culpa a sí mismo; y tú observas cómo Harold Sheperdson hace lo mismo y se lleva a Hunter del terreno de juego.

«¡Hunter ha perdido el Mundial! ¡Hunter ha perdido el Mundial!»

Y entonces ves a Ramsey y observas a Ramsey, observas cómo desaparece por ese largo, largo túnel rumbo a una larga, larguísima noche, y te vuelves a sentir arrepentido.

Arrepentido. Arrepentido. Arrepentido.

Arrepentido no solo por las cosas que has dicho, las cosas que has dicho por televisión, esas cosas que sabes que le han herido, sino también por las cosas que has pensado.

Esas cosas en las que has pensado, en las que has soñado, que has soñado y te has atrevido a desear.

Que Inglaterra perdía. Que Inglaterra empataba. Que Inglaterra no se clasificaba.

Que Alf Ramsey perdía su trabajo como entrenador de Inglaterra.

Que tú le arrebatabas el cargo de seleccionador de Inglaterra.

Pero ahora, esta noche, te arrepientes, te arrepientes y te odias, sientes odio por ti mismo.

Bajas de la grúa, cruzas el terreno, esa turba sagrada, túnel abajo, rumbo al vestuario de Inglaterra.

«Aunque ya no sirva de nada, te diré que eres el hombre con más mala suerte del fútbol —le dices a Alf—. Les podríais haber metido seis o siete.

Pero cuando Ramsey levanta la vista para mirarte, cuando te mira fijamente desde el suelo del vestuario, no hay ninguna comprensión en sus ojos, solo hay dolor.

Dolor y miedo.



Nunca aprendo, nunca aprenderé. Nunca lo hice y no lo haré en mi puta vida. En el piano bar del Hotel Dragonara, dos de la mañana, borracho perdido, borracho perdido en compañía de los caballeros de la prensa local; Harry, Ron y Mike, esos pedazos de escoria gacetillera.

Hay algo en sus ojos de nuevo.

Harry, Ron y Mike estaban allí, en el entrenamiento; Harry, Ron y Mike estaban en el almuerzo; Harry, Ron y Mike siguen aquí, conmigo, ahora, a las dos de la madrugada en el piano bar del Hotel Dragonara, escuchando mis historias, riéndose de mis bromas y sirviéndome copas.

Hay algo en sus ojos.

Me levanto. Me siento. Me levanto de nuevo. Señalo mi vaso al otro lado del bar y grito.

—¿No tenéis una puta casa a la que ir?

Pero Bert, el pianista, sonrío y funde suavemente la canción con el «It's a Lonesome Old Town» de Sinatra.

—Nunca supe lo mucho que te echaba de menos —intento cantar, pero me callo.

Harry me empuja de nuevo hacia el sofá.

Pero me incorporo de nuevo, señalo y grito:

—¡«Hang My Tears Out to Dry»! ¡Toca «Hang My Tears Out to Dry»!
¡Toca «Hang My Tears Out to Dry» o estás despedido!

—Siéntate —me dice Ron—. Venga, Brian, siéntate.

—Pues canta «One For My Baby» —dice Mike entonando la canción.

—¡Cállate! —le grito, se lo grito a todos—. ¡Esta no!

—Brian —dicen ellos—. Brian, por favor.

—Yo quiero el «Guess I'll Hang My Tears Out to Dry» —le digo al bar, al hotel, a Leeds entera—. Eso es lo único que quiero. «Guess I'll Hang My Tears Out to Dry». ¡Sois una panda de putos pajilleros!

Pero ya no queda nadie en el piano bar.

Harry, Ron y Mike se han ido a casa.

Bert, el pianista, también se ha ido a casa.

Aquí no queda ni Dios, solo yo.

Solo el gilipollas de Brian Clough.

Cloughie.

El barman me agarra de las piernas, el camarero me agarra de los brazos, pero nadie me lleva a casa.

DÍA 32

Inglaterra ha empatado. Inglaterra está fuera del Mundial. La prensa y la televisión quieren que Ramsey se vaya. La prensa y la televisión te quieren a ti. Pero lo que tú quieres esta mañana es compañía. No quieres quedarte solo con tu estilismo barato en un hotel pijo de Londres. Hoy no; es jueves, 18 de octubre de 1973.

Dejas la capital. Conduces de vuelta a Derby. Hay un hombre bajo en el umbral de tu puerta. Un hombre al que no has visto nunca antes. Dice:

—Quiero ayudarte a recuperar tu trabajo, Brian.

Se llama John. John escribe obras de teatro. Obras sobre la guerra de Yom Kipur.

—Pues entra —le dices—. Siéntate y tómate una copa.

Le alcanzas una copa larga de whisky escocés con agua. Suena el timbre.

—Brian —susurra tu mujer—. Es la policía, mi amor.

Dejas tu whisky sin agua. Te incorporas y te vas directo a la entrada.

—Buenas, George. ¿Quieres entrar? —le preguntas al inspector de policía George Stewart.

—Hoy no, Brian —te dice—. Me temo que hoy me toca abrirte expediente.

—¿Y eso, George? —le preguntas.

George inclina la cabeza hacia tu Mercedes.

—¿Sabes que no estás asegurado, verdad? —pregunta.

—¡Su puta madre no estoy asegurado! —le gritas—. ¡Pero si acabo de llegar de Londres, me cago en todo!

—Me sabe mal tener que decirte esto, pero el señor Kirkland ha cancelado tu seguro.

—¿Que qué? —le preguntas—. ¡Será cabrón!

—Escucha —dice George—. No me gustaría que te cruzaras con uno de los nuestros que no sepa quien eres, o a quien le importe una mierda quien seas; o con uno que quiera un poco de celebridad a tu costa, o con alguien a quien no le hagas puta gracia.

—Anotado, George —le dices y le cierras la puerta en la cara.

—Esto es un atropello de los cojones —dice John—. Siniestro a más no poder.

—Inoportuno que te cagas, también —le dices—. Tengo que ir a Birmingham.

—¿Por trabajo?

—Ojalá —le dices—. Tengo que bajar para jugar un partido benéfico esta noche.

—Yo te llevo —dice John—. Lo haré encantado.

—En tal caso me tomaré otra copa —le dices mientras tu mujer se va a por los niños.

Se va a hacerles té. A bañarlos. A acostarlos.

A intentar seguir llevando una puñetera vida normal.

Más tarde, mucho más tarde, de noche, John te conduce de vuelta desde Birmingham, después del partido benéfico y de la discoteca *The Talk of the Midlands*, donde has compartido escenario con el humorista Mike Yarwood y has apelado al apoyo de la gente de Derby.

La gente de Derby, que se ha puesto en pie para dedicarte una ovación cojonuda.

John te está llevando a casa cuando te pregunta:

—¿Vas al partido?

Tú abres los ojos. Le preguntas.

—¿A cuál?

—Al Derby-Leicester —se ríe—. El sábado.

Sacudes la cabeza. Le dices:

—No me atrevería.

—¿Cómo? —dice él—. ¿Cloughie asustado?

—Así es —asientes con la cabeza.

—Escúchame —te dice él ahora—. Si el sábado por la tarde fueras a dar

la vuelta alrededor del campo, recibirías una ovación de órdago. La televisión estará allí. Saldría en todos los noticiarios. Piensa en el impacto visual. El impacto entre el público.

—No puedo hacerlo —le dices—. Podrían echarme.

—No te echarán —se ríe—. Tú creaste ese equipo. Eres un héroe.

—Bueno, el caso es que ni siquiera tengo entrada.

—Eso déjame a mí —dice John—. Déjalo todo en mis manos.



El sábado llega de nuevo, lo quieras o no, llega de nuevo como siempre hace, deseado o no, buscado o no, como otro día de juicio.

La posibilidad de ser salvado, la posibilidad de ser condenado.

Me siento solo en la parte delantera del autocar mientras vamos por la autopista rumbo a Manchester y ya sé cuál será el resultado de hoy, lo sé incluso antes de que lleguemos.

No hay ningún misterio. Hoy no. No aquí. No en Maine Road.

Todavía no he estado nunca en un partido donde no haya sabido el resultado de antemano, antes de que mi equipo se haya vestido de corto, antes de que haya sonado el pitido inicial, antes de que el balón haya empezado a rodar; conozco el resultado, conozco la respuesta.

Porque los miro a los ojos. Porque miro a sus corazones.

Ningún misterio. Hoy no. Ni hoy ni ningún otro día. No aquí.

Ni en sus ojos. Ni en sus corazones.

Allí no hay misterio. Solo respuestas.

En los ojos. En los corazones.

Porque en nuestros ojos y en nuestros corazones ya hemos perdido, ya estamos condenados.



Es sábado a la hora del almuerzo. Estás en el hotel Kedleston Hall, tu nuevo cuartel general, estás en mitad de una larga comida con John, su amigo Bill Holmes, tu amigo Dave Cox y Peter.

Peter tiene aspecto de haber muerto dos veces en los dos últimos días.

Todos fumáis y bebéis más de lo que coméis; agarrando de nuevo la botella, imbuidos de una confianza alcohólica.

Reís y bromeáis más de lo que habláis.

Entonces John consulta su reloj. Y entonces John dice:

—Es la hora, Brian.

Te terminas la copa. Palmeas la rodilla de Pete. Os levantáis los dos. Dejáis el restaurante del hotel Kedleston Hall. Os dirigís al aparcamiento. Os metéis dentro del Rolls-Royce. Vas en el asiento delantero de un Rolls-Royce dorado. Giras la llave del contacto. Arrancas el motor y sales rumbo a las calles de Derby. Pete en el asiento trasero, tú al volante. A través de las calles desiertas, de las casas atrincheradas y de los refuerzos policiales; calles desiertas salvo por la presencia policial, los manifestantes y sus pancartas. Los manifestantes que han boicoteado el partido, cuyas pancartas proclaman: «QUE VUELVA CLOUGHIE».

A través de las calles desiertas, de las barricadas, rumbo al Baseball Ground. Faltan cinco minutos para las tres de la tarde cuando aparcas el coche y el policía te pregunta:

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte, Brian?

—Cinco minutos, no más —le dices.

—Entonces... ¿no vienes a ver el partido?

—Lo creas o no —le dices—, solo me he acercado para despedirme.

El policía te deja aparcar el Rolls, te permite que dejes a Pete en el asiento trasero, para que así puedas asomarte a los manifestantes, a través de las cámaras y de los flashes, más allá del abrumado agente de seguridad y pasadas las taquillas, hasta que logras entrar en el campo con un carné de socio prestado; desde allí te diriges a la entrada de jugadores, pero el vigilante te barra el paso y dinamita tus planes de irrumpir en la pista de atletismo; así que, en lugar de hacer eso, corres junto a la tribuna principal y luego subes, subes y subes los escalones, hasta que llegas a la fila donde está tu asiento prestado, justo delante del palco presidencial.

Y allí te levantas, te yergues con los brazos en alto.

Estás inmaculado con tu nuevo traje gris.

Los brazos extendidos.

Inmaculado y de vuelta.

Los jugadores detienen el calentamiento, los jugadores del Derby y los jugadores del Leicester City, mientras la muchedumbre de Derby aplaude a su héroe.

Aplaudes, adoras y amas a su héroe.

Al otro lado, Longson se incorpora, mientras sus compañeros de directiva y los socios que quedan por detrás del palco presidencial le aplauden.

Pero es muy poco y demasiado tarde. Demasiado tarde.

Los verdaderos aplausos, la verdadera adoración, el amor verdadero es todo tuyo.

¡Cloughie!, ¡Cloughie!, ¡Cloughie!

Entonces el árbitro sopla el silbato y tú ya te estás yendo, te has ido de nuevo escaleras abajo. Pasadas las taquillas. Pasado el agente de seguridad.

A través de la calle desierta. Te metes en tu Rolls-Royce de oro y desapareces.

Rumbo a Londres. Al programa de entrevistas Parkinson. A la televisión.

Sin mirar atrás. Sin darte la vuelta.

Es sábado, 20 de octubre de 1973.

EL SEXTO JUICIO

Clasificación de la Primera División, 1 de septiembre de 1974

		PJ	PG	E	P	GF	GC	PTS
1	Liverpool	5	4	1	0	9	2	9
2	Ipswich Town	5	4	0	1	8	3	8
3	Everton	5	3	2	0	8	5	8
4	Man. City	5	4	0	1	9	6	8
5	Carlisle United	5	3	1	1	6	2	7
6	Stoke City	5	2	2	1	7	4	6
7	Middlesbrough	5	2	2	1	6	4	6
8	Wolves	5	2	2	1	7	6	6
9	Sheffield Utd.	5	2	2	1	8	7	6
10	Derby County	5	1	3	1	4	4	5
11	Newcastle Utd.	5	2	1	2	10	10	5
12	QPR	5	1	3	1	4	4	5
13	Chelsea	5	2	1	2	8	10	5
14	Arsenal	5	2	0	3	6	6	4
15	Leicester City	5	1	2	2	7	8	4
16	Burnley	5	1	1	3	8	9	3
17	Luton Town	5	0	3	2	3	6	3

18	West Ham Utd.	5	1	1	3	4	9	3
19	Leeds United	5	1	1	3	3	7	3
20	Tottenham H.	5	1	0	4	3	5	2
21	Birmingham C.	5	0	2	3	5	10	2
22	Coventry City	5	0	2	3	5	11	2

Aquí está el último de los Hombres Astutos.
Tengo el pelo de tu cepillo. Tengo el pelo de tu desagüe.
Esta noche lo enterraré. Esta noche lo enterraré.
Todas las bestias del campo están aquí también.
Los pájaros y los tejones. Los zorros y los hurones.
Los perros y los demonios. Los lobos y los buitres.
Vienen a devorarte, a comerte.

DÍA 33

El día más solitario y jodido de la semana, el lugar más solitario y jodido sobre la faz de la tierra; bajo las gradas, atravesadas las puertas, dobladas las esquinas hasta el cuarto de baño y el inodoro del pasillo. La puerta del baño está cerrada con llave, el espejo del baño está roto. Llevo un pañuelo sucio y gris anudado alrededor de los nudillos de mi mano derecha y, cuando miro de nuevo al espejo, hay astillas negras esparcidas por toda mi cara, terribles astillas negras por toda mi cara.

El Leeds United perdió ayer. Dos sucios goles a uno contra el Manchester City en Maine Road; el Leeds United ha logrado solo tres puntos en cinco partidos y solo ha marcado tres goles. El año pasado, a estas alturas, el Leeds United había derrotado al Everton, al Arsenal, al Tottenham, a los Wolves y al Birmingham City; el año pasado, a estas alturas, el Leeds sumaba diez puntos en cinco partidos y había marcado quince goles: seis de Lorimer, cuatro de Bremner, dos de Jones y uno de Giles, Madeley y Clarke.

El año pasado, a estas alturas, cuando el cabrón de Don Revie era el entrenador del Leeds United y yo era el entrenador del Derby County; cuando Don estaba en lo más alto y yo iba segundo; el año pasado, a estas alturas, Alf Ramsey todavía era entrenador de Inglaterra.

Abro el grifo. Me lavo la cara. Abro la puerta del cuarto de baño. Atraviesso el pasillo. *Su* pasillo. Doblo la esquina. *Su* esquina. Túnel abajo. *Su* túnel. Afuera, bajo la luz y hasta el campo. *Su* campo. *Su* terreno.

Su campo de derrotas. *Su* campo de sangre. *Su* campo de sacrificio. *Su* campo de matanzas. *Su* campo de venganza. ¡*Su* campo de victorias!

No debería estar aquí. Debería estar en casa con mi mujer y mis hijos, rellenando el pollo y cavando el jardín, paseando al perro y lavando el coche. No aquí. No en este lugar.

Este lugar odioso, perverso.

Cubierto en sus flemas.

Vuelve a llover. Apago el cigarrillo. Me termino la copa. Salgo de ese campo, de ese terreno. Camino túnel abajo, pasillo abajo. Doblo esas esquinas, atravieso esas puertas, hasta salir de Elland Road.

En el aparcamiento de abajo, a la sombra de las gradas, hay cuatro niños en tejanos con las botas puestas; chutan la tapa de un tarro de mermelada.

—¡Buenos días, chavales! —grito.

—Buenos días, señor Clough —saludan.

—¿Cómo estáis, chavales?

—¡Todo bien, sí! —gritan—. ¿Y usted?

—Sobreviviendo —les digo.

Y cruzo el aparcamiento a pie, atravieso el aparcamiento rumbo a las casetas elevadas, junto al terraplén que lleva al campo de entrenamiento. Todas las casetas están cerradas con candado, así que tengo que meterle un buen patadón al candado antes de que ceda.

—¿Qué hace? —me preguntan los chavales.

—Ya lo veréis —les digo—. Y fuerzo la puerta de una de las casetas hasta abrirla. Me meto y arrastro afuera una de esas enormes bolsas de paja que contienen las pelotas usadas en los últimos partidos. Abro la bolsa y chuto una pelota escaleras abajo, desde la caseta a los chavales en el aparcamiento.

—Aquí tenéis —les digo—. Cortesía del Leeds United.

—¡Muchas gracias! —gritan todos.

—De nada, chavales —les digo y bajo de nuevo los escalones que separan la caseta del suelo, bajo al aparcamiento y lo cruzo hasta llegar a mi coche. Hay un chavalín esperando junto a la puerta.

—¿Qué le ha pasado en la mano, señor Clough? —me pregunta.

—Me la debo de haber pillado en algún sitio —le digo.

—¿Y cómo lo ha hecho?

—La he metido donde no debería haberla metido.

—Al menos no ha sido su puñetera nariz —se ríe.

—Quizá tengas razón —le digo—. Pero no hace falta hablar así, no en domingo, así que ahora, pequeño mocososo, vete a casa y lávate bien esa boca.

DÍA 34

Los escenarios han cambiado, los decorados vuelven a ser distintos. Cae un telón y se levanta otro nuevo. Has recibido tu última ovación en el viejo Baseball Ground. Te has trasladado a Londres. Has estado en el célebre programa de televisión de Michael Parkinson. Y has aparecido en los periódicos, en todas sus páginas, de la primera a la última, de la portada a la contraportada.

Nunca dejas de salir en los periódicos. Nunca dejas de aparecer en la televisión.

Erguido en tu nuevo traje gris, los brazos extendidos.

Cloughie. Inmaculado.

Jimmy Gordon, Judas James Gordon, se quedará temporalmente a cargo del equipo, puede que fuera él quien decidiera la alineación; pero el caso es que los jugadores del Derby, tus jugadores, derrotaron al Leicester City 2-1: «Va por Brian y por Peter —dijeron—. Por Brian y por Peter».

No por Jimmy. Ni por la junta directiva. Ni por el puto Longson.

Pero Longson no se ha quedado callado. Longson ha respondido. Longson sale en los periódicos. En las portadas y en las contraportadas. Longson sale en televisión y entonces las cosas se ponen chungas, muy, pero que muy chungas, pues Longson ha vertido toda clase de acusaciones sobre ti; acusaciones sobre gastos, acusaciones sobre traspasos, acusaciones sobre los honorarios y las primas de los futbolistas; acusaciones sobre entradas y sobre pírricas sumas de dinero. Dinero, dinero y dinero.

Siempre el divertido, el divertidísimo dinero.

No son acusaciones que haya hecho la directiva entera. Solo Longson.

Ayer volviste de Londres en un coche de alquiler. Besaste a tu mujer.

Besaste a tus hijos. Tuviste el almuerzo del domingo. Luego te pasaste el resto del día hablando por teléfono con tus amigos; amigos que se pasaron, a beberse tus bebidas y a apoyarte, amigos que son abogados, amigos que revisaron la declaración de Longson párrafo a párrafo, línea por línea, frase a frase, palabra a palabra. Acusaciones de mierda contra acusaciones de mierda.

Hoy tus amigos abogados presentarán un denuncia por difamación en tu nombre. Presentarán una querrela. No solo contra Longson, sino contra la directiva entera.

«Los pondré en contra de Longson —dijo John—. Abriré una brecha entre ellos. Provocaré que se tiren a la yugular, ya lo verás. Los unos a las yugulares de los otros.»

Sales de la cama. Te lavas. Te vistes.

Bajas las escaleras. Te metes en la cocina.

Erguido otra vez sobre tu nuevo traje gris.

Cloughie. Inmaculado.

Desempleado.



Puede que el sol esté brillando afuera, puede que el cielo sea azul, pero yo estoy debajo del edredón de la cama, con la clasificación y los partidos en la cabeza; si el sábado que viene el Leeds gana al Luton, el Leeds tendrá cinco puntos. Cinco puntos podrían encaramar al Leeds hasta el undécimo o el duodécimo puesto de la clasificación, siempre y cuando el Leicester pierda contra los Wolves, el West Ham pierda contra el Sheffield United, el QPR contra el Birmingham, el Chelsea contra el Middlesbrough y el Tottenham contra el Liverpool; y siempre y cuando el Arsenal empate con el Burnley, el Carlisle con el Stoke y el Ipswich con el Everton. El problema es el partido del Derby contra el Newcastle. Si Derby y Newcastle empatan, ambos quedarán con seis puntos, y si el Leeds derrota al Luton, el Leeds tendrá solo cinco puntos. El mejor resultado sería, pues, una derrota del Derby. En ese caso, el Newcastle sumaría siete puntos, el Derby y el Leeds se quedarían con cinco y habría que mirar la diferencia de goles. De manera que el Leeds tendría que derrotar al Luton por tres o cuatro goles de diferencia para superar

al Derby en la clasificación. Pero primero hay que derrotar al Luton, que ascendió como segundo clasificado de la Segunda División —primero fue el Middlesbrough— la temporada pasada.

La clasificación y el calendario en mi cabeza, las dudas y el miedo a que el Leeds pierda contra el Luton, lo cual, combinado con una victoria del Tottenham sobre el Liverpool, del Birmingham sobre el QPR y del Coventry sobre el Manchester City, harían que el Leeds quedara como farolillo rojo de Primera División.

Mi mujer fríe algo de beicon, los niños comen sus cereales.

Que el Leeds quedara como farolillo rojo de Primera División.

Me sirvo una taza de té. Le meto cuatro azúcares.

Farolillo rojo en Primera División.

Cuatro besos. Hasta luego.

Adiós, joder, adiós.



Los jugadores del Derby, tus jugadores, han escrito una carta a la junta directiva. Esto es lo que los jugadores del Derby, tus jugadores, han escrito en su carta a la junta:

Estimado Señor Longson y directivos del Derby County Club de Fútbol:

Durante los acontecimientos de la semana pasada, nosotros, los jugadores que suscribimos esta carta, dejamos que nuestros sentimientos se quedaran en el vestuario. En cualquier caso, y en este momento, queremos proclamar nuestro unánime respaldo al señor Clough y al señor Taylor, y nuestro deseo de que sean readmitidos como entrenador y entrenador asistente del club.

La victoria contra el Leicester del pasado sábado era absolutamente vital para nosotros, además de para el club y los aficionados. Ahora que nos hemos quitado ese partido de encima, nadie podrá decir que nos hemos dejado arrastrar por el calor del momento ni que hemos sido demasiado impulsivos.

Convocamos una reunión de los jugadores del primer equipo y subrayamos que nadie estaba obligado a acudir. Sin embargo, vino todo el mundo. Entonces decidimos escribir esta carta y, una vez más, nadie estuvo obligado a firmarla. Y, una vez más, todos la firmamos.

Atentamente,

Colin Boulton. Ron Webster. David Nish. John O'Hare. Roy McFarland. Colin Todd. John McGovern. Archie Gemmill. Roger Davies. Kevin Hector. Alan Hinton. Steve Powell.

Se te caen las lágrimas por las mejillas ante lo que los jugadores del Derby, tus jugadores, han escrito sobre ti, tienes un enorme y puñetero nudo en la garganta y el teléfono en la mano.

«Estoy alucinado —declaras en exclusiva al Daily Mail—. Pase lo que pase, siempre les estaré agradecido a los jugadores, a misjugadores, por haberme devuelto la fe en la naturaleza humana.»



La asistenta está limpiando la oficina, limpia debajo del escritorio y detrás de la puerta, pero hoy lo hace sin silbar ni tararear sus canciones.

—¿Qué tal estás, Joan? —le pregunto.

—Podría estar mejor, Brian —te dice—. Podría estar mejor.

—¿Y eso por qué, corazón?

—Pues por cómo han dejado el maldito lavabo del pasillo —dice.

—¿Qué ha pasado?

—Tendría que haberlo visto —te dice—. El espejo roto. Sangre en la pica. Todo el suelo meado.

—¿En serio?

—Como lo oye, Brian —me dice—. No nos pagan lo suficiente para lavar todo eso.

Tengo la cara roja y la mano todavía vendada cuando digo:

—Lo siento, corazón.

—¿Por qué? —se pregunta—. Ni que fuera culpa suya, Brian. Usted no reventaría un espejo y dejaría la pica perdida de sangre y después se mearía por todo el suelo solo por perder un partido, ¿verdad?



Has recuperado la fe en la naturaleza humana, pero sigues sin coche y sin trabajo. Tienes que tomar un taxi para ir a comer con los jugadores del Derby, tus jugadores, en el hotel Kedleston Hall, tu flamante cuartel

general. Tienes que pagar el taxi de tu bolsillo. Los jugadores del Derby esperan confundidos, con las manos en la cabeza; los jugadores están deprimidos y enrabiados, las caras largas; los jugadores están asustados y furiosos, tienen los ojos bien abiertos, alarmados.

—¡Es una puta aberración! —exclama Roy McFarland; Red Roy, como le llama la prensa—. La forma en que te han tratado después de todo lo que has hecho por ellos. Solo te digo que la semana pasada fue la peor de mi puta vida. Empatar con Polonia y perderle como Mister, la peor semana de mi vida. Ni siquiera salí después del partido de Inglaterra, no volví al hotel con el resto de compañeros; simplemente me subí al coche y conduje del tirón hasta Derby.

Los ojos se llenan y las bebidas se vacían, los ánimos se acaloran y las voces se ahogan.

—¿Qué podemos hacer, Mister? —te preguntan todos.

—Ya habéis hecho suficiente —les dices—. La carta era preciosa. Significa mucho para mí.

—Pero tiene que haber algo más que podamos hacer —dicen todos—. Tiene que haber algo, ¿no, Mister?

—Os diré lo que vamos a hacer —les dices—. Montaremos una fiesta de la hostia. Esta noche.

—¿Una fiesta? —se preguntan todos—. ¿Qué clase de fiesta?

—Un fiestón por todo lo alto —les dices—. Así que ya podéis iros todos a casa, recoged a vuestras mujeres, recoged a vuestros chavales, os ponéis vuestras mejores galas y nos encontramos todos en el hotel Newton Park esta noche.



Hoy no tendría que haber entrenamiento. Hoy no tendría que haber jugadores. Deberían estar todos en sus casas con sus mujeres y sus hijos, con sus novias y sus mascotas. Pero Jimmy me dijo que iban a venir de todos modos, que vendrían a recoger los nuevos coches, sus puñeteros y flamantes nuevos coches oficiales. Pero después de lo del sábado, después de lo de Maine Road, no se merecen ni una puta bicicleta oficial entre todos, así que anulé sus días libres y les dije que tenían que presentarse aquí el lunes a las

nueve de la mañana si querían sus coches oficiales de los cojones.

—La de oportunidades que fallasteis el sábado —les digo—. Tendrían que obligaros a ir a pata hasta el puto campo, tendrían que olvidarse de regalaros ningún puto coche. Claro que en ese caso no sabríais llegar, con lo empanados que estáis la mayoría de vosotros.

Les doy la espalda. Se los dejo a Jimmy. Me voy caminando del campo de entrenamiento. Terraplén abajo. Pasadas las casetas y los pilotes que las sostienen. John Reynolds, el encargado del campo, y Sydney Owen están encaramados en lo alto de las escaleras de una de las casetas. Tienen las miradas puestas en un candado reventado y en una puerta abierta.

—Habrán sido los malditos niños —les digo mientras les rebaso.

Sydney dice algo que suena a «Otra vez el bocazas de mierda».

—¿Qué has dicho? —le pregunto.

—He dicho que deben de haber sido unos niños la hostia de grandes —dice Sydney.

Al menos hoy no está Maurice. Maurice está en Suiza. Se ha ido a ver el partido del Zúrich contra el Ginebra. Para espiar al Zúrich. Para compilar información para su expediente. Para escribir su informe. Tampoco está John Giles. El Irlandés está en Londres con la selección irlandesa. Y para reunirse con el Tottenham. Para ponerse un precio. El salvoconducto de mierda que se lo lleve de aquí.

Eso es en lo que piensan esos jugadores mientras entrenan.

No en el Stoke City. Ni en el Queens Park Rangers. Ni en el Birmingham o el Manchester City.

No piensan en las oportunidades falladas; en las ocasiones que deberían haber materializado.

Contra el Luton. Contra el Huddersfield y contra el Zúrich.

En el puto Johnny Giles, en eso están pensando.

En el puto Johnny Giles y en carrocerías Vauxhall de mierda.

—¿Qué modelo piensa elegir, Mister? —ha sido lo primero que me ha preguntado Jimmy esta mañana.

—¿Acaso estoy incluido en la rifa? —le he dicho.

—¿Y por qué no iba a estarlo?

—Porque no me han invitado.

—¿Por qué no? —me pregunta otra vez.

—Quizá piensen que no estaré por aquí lo suficiente como para necesitar un puñetero coche nuevo.

—Espero que sea una broma —me ha dicho Jimmy.

—Ojalá lo fuera —le he contestado—. Ojalá lo fuera.



Dejas a los jugadores del Derby, a tus jugadores, hasta esta noche. Te vas a por Mike Keeling en coche. Mike Keeling cree que la junta se ha rebelado en contra de Longson. Cree que quizá se haya abierto una brecha entre ellos.

—Están saltando a la yugular —te dice—. ¡A la yugular!

—Me juego algo a que ahora desearías no haber sido tan rápido a la hora de dimitir, ¿verdad?

—¿Qué te pasa? —pregunta—. ¿Es así cómo te sientes, verdad, Brian?

—Sabes que sí —le dices—. Lo sabes bien, joder.

—Bien, quizá por una vez —te dice— seamos capaces de retrasar el reloj.

—¿Lo crees de verdad, Mike? ¿En serio?

—No te puedo prometer nada —dice—. Pero creo que tenemos una oportunidad.

—Pues entonces dime qué puedo hacer para ayudarte —le preguntas—. ¿Qué puedo hacer para ayudar a que así sea?

—La pipa de la paz, Brian —te dice—. Tenderles la pipa de la paz de alguna manera ayudaría.

—Bien. He estado pensando —le cuentas—. He estado pensando en que, si me quieren, y cuando me refiero a ellos no me refiero al cabrón de Longson, pero si la directiva quiere que vuelva, que volvamos Peter y yo, entonces estaría dispuesto a pasar de la televisión y de los periódicos.

—¿En serio? ¿Dejarías todo eso? ¿La televisión y los periódicos?

—No lo dudes.



Me termino la copa. Me termino el cigarro. Me voy del despacho. Cierro la puerta con llave. Compruebo que está bien cerrada. Atravieso el pasillo, doblo la esquina, subo las escaleras, doblo otra esquina y luego atravieso otro pasillo rumbo a la entrada del comedor de la directiva. Puedo escuchar sus acentos de Yorkshire más allá de las puertas, cómo se elevan sus voces de Yorkshire.

Puedo escuchar mi nombre. Solo mi nombre. Y nada más que mi puto nombre...

Me enciendo otro cigarrillo y escucho. Entonces abro las puertas de su comedor y sus voces de Yorkshire se derrumban repentinamente. El comedor se queda en silencio. Sus ojos clavados en los platos. En los cuchillos y los tenedores.

Sam Bolton alza la vista. Sam Bolton sostiene el cuchillo en la mano y me pregunta:

—¿Qué coño está pasando con John Giles y el maldito Tottenham Hotspur?

—¿Qué es lo que tanto os inquieta? —le pregunto a él y a todos los demás —. Hace dos minutos todos os queríais deshacer del pobre desgraciado, ¿o no?

Los demás se han quedado sin voz. Siguen con los ojos clavados en los platos. En los tenedores y los cuchillos.

—En tal caso, crucemos los putos dedos —les digo.

Pero nadie se ríe. Nadie sonrío. Apago mi cigarrillo. Me doy media vuelta rumbo a la puerta. A la salida.

—Una última cosa —dice Bolton—. No nos preocupa demasiado ser antepenúltimos.

—Estamos una posición por encima del antepenúltimo —le corrijo.

—Tampoco nos preocupan demasiado los entrenadores que se aferran a clavos ardiendo, Clough —sentencia.



Te llevas a tu mujer y a tus hijos al hotel Newton Park, cerca de Burton-upon-Trent. Te llevas a tu mujer y a tus hijos para que conozcan a los jugadores del Derby, tus jugadores, y a sus mujeres y a sus familias. Peter y Lillian se vienen también. Se supone que es una cena de despedida, así se lo

has vendido a tu mujer y a tus hijos, a Peter y a Lillian.

Pero nadie quiere despedirse. Nadie quiere decir adiós.

Así que corre el champán, las treinta botellas que has pagado tú, mientras los niños corren descontrolados y las mujeres se marchitan, mientras arrancan las bromas y las historias, los recuerdos y las leyendas.

Las bromas y las historias, los recuerdos y las leyendas de los partidos y de las copas; los partidos y las copas que has ganado, los recuerdos y las leyendas que nadie quiere que se terminen.

—Si no juego para el Míster —dice alguien—. No quiero jugar.

—Ni yo ni nadie —dice alguien más—. Ni yo ni nadie.

—Yo creo que tendríamos que boicotear al puto club —dice alguien.

Y luego alguien más dice:

—¡Entrenemos en el puto aparcamiento con el Míster!

—Tendríamos que subirnos a un avión y largarnos todos a Mallorca —dice alguien más, probablemente tú, mientras abres otra botella y pides otra, otra copa, una más, y te sirves otra, sacas otro cigarrillo, te enciendes uno más.

—¡Hagámoslo, me cago en la puta! —dicen todos los demás—. ¡Venga, cojones, hagámoslo!

Todos y cada uno de los jugadores se ha incorporado. Todos y cada uno de ellos ya se ve en España.

—¡Que viva España! —canta todo el mundo—. Nos vamos al sol de España.

Pero entonces las mujeres se incorporan y sientan a sus maridos, les tranquilizan, les estrujan las manos, cada vez más y más apretadas.

Tu mujer te estruja la mano con más fuerza que ninguna otra.



La rueda de prensa se retrasa. La rueda de prensa gira en torno al Irlandés y el Tottenham Hotspur. No es una rueda de prensa sobre el partido contra el Manchester City; ni sobre las oportunidades que el Leeds ha dejado escapar ni sobre la posición del Leeds en la tabla. Pero Manny Cussins ha venido igualmente; para mostrarme su apoyo, la confianza que tiene en mí.

Pero la prensa no quiere saber nada del Manchester City. La prensa no quiere saber por qué los campeones de Liga están a solo una plaza y un punto de los puestos de descenso. La prensa solo quiere saber qué ocurre con el Irlandés y el Tottenham Hotspur.

Gracias al puto Jesucristo por haber interpuesto al puto Johnny Giles.

—A título personal, todo lo que puedo decir es que creo que deberíamos estar todos muy tristes si perdemos a un jugador de su nivel —dice Many Cussins—. Todos valoramos lo mucho que ha aportado a nuestro club.

—¿El Tottenham ha hecho alguna oferta o ha preguntado por él?

—No hemos hablado con nadie del Tottenham —dice Cussins con la vista puesta en mí—. Imagino que, si alguien se hubiese interesado por Giles, el señor Clough nos lo hubiese contado.

—¿Es verdad, Brian? —me preguntan—. ¿No ha tenido ningún contacto con el Tottenham?



Estás en el aparcamiento del hotel Newton Park con los jugadores del Derby, tus jugadores, estás con los jugadores del Derby, sus mujeres y sus hijos; estás con tu mujer y tus hijos.

Nadie quiere meterse en el coche. Nadie quiere volver a casa.

Nadie quiere decir buenas noches. Nadie quiere despedirse. Ni decir adiós.

Nadie quiere decir que esto es el final y dejar que se termine.



A la vuelta de la esquina. Pasillo abajo. Hay un montón de cartas apiladas y una lista de llamadas en el escritorio del despacho. Las arrojo directamente a la papelera y me sirvo otra copa bien cargada. Me inclino sobre las dos patas traseras de la silla y me enciendo otro cigarrillo: hoy ya llevo cuarenta.

Hay voces. Hay voces. Hay voces en el pasillo.

Es la voz de Don; juro que la voz del pasillo suena como la voz de Don.

Me siento hacia delante. Aparto mi copa. Abro la puerta.

Las voces se han ido, pero su eco sigue aquí.

«¿Estás ahí, Brian?»



Es lo último que vas a hacer esta noche. Tienes la cabeza llena de champán y el pecho lleno de tabaco, y agarras el teléfono y Keeling te dice:

—Han intentado fichar a Bobby Robson.

—¿A Bobby Robson? —le preguntas—. ¿Te estás quedando conmigo?

—Longson y Kirkland contactaron al Ipswich a primera hora de la mañana.

—No aceptará el trabajo —le dices—. Bobby, no.

—Puede que tengas razón —te dice Keeling.

—Y entonces... ¿cuál es el siguiente de la lista? —preguntas—. ¿Alf Ramsey?

—Pues no me extrañaría —dice Keeling entre risas—. Alf o Pat Saward.

—¿Pat qué? —le preguntas.

—Pat Saward —se ríe Keeling—. El Brighton le ha despedido esta tarde.

—¿El Brighton? —le preguntas—. ¿En qué mierda de categoría están?

DÍA 35

Jimmy me recoge esta mañana, me recoge en su flamante nuevo Vauxhall Victor 1800, cortesía del concesionario Wallace Arnold Sales and Service Limited y del Leeds United Club de Fútbol.

—McQueen y Hunter se han pillado sendos Magnums; Bates, el Magnum Estate —suelta Jimmy entusiasmado—. Reaney, Jones, Stewart y Duncan han elegido el Victor 2300; que es el que conduce tu colega Irlandés. Bremner, Lorimer, Harvey y Joe Jordan ya tienen el VX 4/90. Trevor Cherry, Terry Cooper, Madeley y Clarkey eligieron el mismo que yo.

—Es conmovedor —le digo—. Sois como una gran familia, ¿verdad?

—¡Anda ya! —dice riéndose—. Usted también se va a pillar el suyo y lo sabe, no me joda.

—¿Ah, sí? —le pregunto—. ¿Y entonces dime qué se han pillado John McGovern y John O'Hare?

Jimmy deja de reír. Jimmy dice:

—No han hecho acto de presencia.

—Te lo dije —le digo de nuevo—. Nos odian.

—¿Quién le odia? —pregunta Jimmy—. Venga, dígame, ¿quién le odia?

—Los jugadores, Syd Owen y Lindley, y todo el resto de preparadores y de asistentes, la junta directiva, el personal de mantenimiento, el equipo médico, los oficinistas, las asistentes, los cocineros; dame un solo puto nombre, todos nos odian joder, todos nos desprecian.

—Y entonces... ¿Cómo es que me han regalado un coche? —pregunta Jimmy.

—Será por alguna cosa sobre ti que yo desconozco y ellos no.

—Me parece que ahora se está poniendo paranoico —te dice—. Se está

poniendo paranoico, Míster.



Lo primero que haces por la mañana, con la cabeza como un timbal y el pecho cuajado de pinchazos, es agarrar el teléfono. Keeling te dice:

—Están intentando fichar a Dave Mackay.

—¿Dave Mackay? —repites—. ¿Me estás tomando el pelo?

—Ojalá fuera broma, Brian. Ojalá.

—No aceptará la oferta jamás —le dices—. Él, no.

—Bueno. Anoche Longson se fue hasta Northampton solo para verle.

—¿A Northampton?

—Mackay estaba allí para ver jugar a los juveniles del Nottingham Forest.

—No lo aceptará jamás —le dices—. Dave no lo haría. No en el Derby.

—Parece que el trabajo es más que suyo, Brian.

—¿Me estás tomando el pelo? —le preguntas de nuevo—. Dave Mackay nunca lo haría.

—Sí —te dice Keeling—. Dave Mackay lo ha hecho.



Bajo las gradas, en las profundidades de esas gradas, atravesadas las puertas, nada más atravesar esas puertas, al doblar la esquina, nada más doblar la esquina y pasillo abajo, abajo, abajo y pasillo abajo, me siento en mi despacho y descorcho otra botella. Descorcho otra botella y me enciendo otro cigarrillo. Me enciendo otro cigarrillo y me recuesto de nuevo sobre las dos patas traseras de la silla. Inclino la silla sobre sus dos patas y cierro los ojos, cierro los ojos e inclino la silla.

Más y más y más.

Inclino la silla hacia atrás y entonces siento cómo las patas empiezan a ceder. Siento cómo las patas empiezan a ceder hasta que resbalan del todo. Resbalan del todo y caigo de espaldas. Caigo de espaldas y me golpeo la cabeza contra la pared de detrás del escritorio. Me golpeo la cabeza y me quedo tendido en el suelo.

Más y más y más.

Bajo las gradas y atravesadas las puertas. Doblada la esquina, pasillo abajo, estoy tumbado en el suelo. El coñac derramado y el cigarrillo apagado.



Os habéis pasado por casa de Archie Gemmill. Roy McFarland y tú. Archie Gemmill y su mujer os han ofrecido té y galletas. A ti y a Roy McFarland. Y ahora Roy McFarland se pone a hablar por teléfono con Dave Mackay.

—Te respetamos enormemente, Dave, y eres nuestro colega —le dice Roy a Dave—. Pero, por favor, no vengas aquí. No vengas a Derby, por favor...

Roy escucha. Y entonces Roy dice:

—No es justo lo que han hecho contigo...

Roy escucha de nuevo. Entonces Roy dice:

—Queremos que vuelva Brian y creemos que podemos conseguirlo.

Roy escucha. Roy separa el auricular de su oreja. Roy cuelga.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Archie Gemmill—. ¿Qué dice Dave?

—¿Qué coño te crees que ha dicho? Me ha mandado a la mierda, ¿te lo puedes creer? Me ha dicho que ha llegado a un acuerdo con Longson, que ya está todo cerrado.

—¿Y entonces qué vamos a hacer ahora? —pregunta Gemmill—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Pues ahora nos vamos a ver a Longson y a la directiva nosotros mismos —dice Roy—. En persona.

Roy va a por su chaqueta y Archie va a por la suya. Ambos salen precipitadamente de la casa, escaleras abajo, para recoger al resto de sus compañeros del primer equipo, para llevarlos al Baseball Ground, para zanjar el asunto con Longson y con el resto de la directiva. En persona.

Te has pasado por casa de Archie Gemmill. Ahora estás sentado solo en el sofá de casa de Gemmill con un cigarrillo y una copa, con las luces y la chimenea apagadas, debatiendo qué vas a hacer con el resto del día.

Es martes 23 de octubre de 1973.



Bajo las gradas, atravesadas las puertas, doblada la esquina, estoy a la espera de escuchar los pasos por el pasillo, las voces.

Hay voces. Hay voces. Hay voces detrás de la puerta.

«Eres búho y búho serás —susurran—. Y todos los pájaros del mundo te picotearán, te picotearán, te picotearán...»

Hay voces y se escuchan pasos. Pasos por el pasillo.

Manny Cussins no llama a la puerta. Manny Cussins abre la puerta del despacho y arroja un periódico sobre el escritorio y dice:

—Me da igual que me tomen por loco.

Miro el periódico. El *Yorkshire Post*. La fotografía de John Giles.

—Bueno, venga, va —dice Cussins—. Léelo.

Agarro el periódico. El *Yorkshire Post*. La fotografía de John Giles.

El señor Nicholson llamó al señor Clough la semana pasada. Quería pedirle permiso al señor Clough para hablar conmigo, y el señor Clough le dijo que adelante. Obviamente, estoy interesado en jugar con el Tottenham —quien diga lo contrario está loco—. Tengo muchas ganas de ser entrenador, pero, si nada de todo esto sale, me hará igualmente feliz seguir jugando.

Dejo el periódico. El *Yorkshire Post*. La fotografía de John Giles.

—Hay unos cuantos allí arriba, en la junta directiva —dice Manny Cussins tranquila, lentamente—, que no te querían aquí. Que dijeron que traerías problemas. Que eres un creído y un bocazas. Que dijeron que te morías de ganas de ir a la tuya. Que dijeron que te descontrolarías. Que estarías demasiado obsesionado con ser el Número Uno, más interesado en ser Brian Clough que en el Leeds United. Que dijeron que no eras la persona indicada, el entrenador que menos le convenía al Leeds United. Sin embargo, yo fui el que discutió con ellos. El que los convenció de que Brian Clough era la mejor opción, y, créeme, convencerles no fue fácil. Pero les dije que tenías la experiencia, la experiencia del que ha ganado el campeonato de Liga, del que ha competido en la Copa de Europa; les dije que tenías la ambición, la ambición del que quiere ganar más títulos, del que quiere levantar la Copa de Europa; les dije que emplearías tu experiencia y tu ambición para liderar la lealtad de tus jugadores y del club entero, y les dije que la suma de tu experiencia, de tu ambición y de tu lealtad, su combinación, traería a este club los campeonatos y las copas que se merece y que espera conquistar.

Luego añade:

—Así que aquí estás: ni en el Brighton ni en la Tercera División. Estás aquí. En el Leeds United. En Primera División. En la Copa de Europa. Y fui yo, Brian. Fui yo el que consiguió que estés ahora aquí.

Miro de nuevo el periódico. El *Yorkshire Post*. La fotografía de John Giles.

Many Cussins no se despide. Many Cussins abre la puerta para largarse y dice tranquila y lentamente:

—No estaría mal que recordaras quiénes son tus amigos aquí.



La junta del Derby County no recibirá a los jugadores. La junta directiva del Derby County ignora la petición de los jugadores de reunirse con ella. Pero los jugadores no se irán. Los jugadores harán una sentada.

«El Asedio de Derby».

Has conducido de vuelta a casa. Has cerrado la puerta con llave. Has corrido las cortinas. Ahora te sientas en casa y ves la televisión. Y ves:

«El Asedio de Derby».

Alan Hinton desfila arriba y abajo del Baseball Ground. Alan Hinton lleva una tetera en la cabeza. Alan Hinton habla con las cámaras y los micrófonos:

«Esta es la única copa que vamos a ganar de ahora en adelante», declara.

Estás sentado en tu casa. La puerta cerrada con llave y las cortinas corridas. Sintonizas tu radio:

Se comenta que la junta directiva está en el Hotel Midland. Se comenta que están a punto de anunciar el nombre del nuevo entrenador del Derby County.

Apagas la radio. A oscuras. Enciendes el televisor.

Colin Boulton y Ron Webster corren por las calles contiguas al Baseball Ground. Colin Boulton y Ron Webster golpean el techo del coche de Jack Kirkland.

El maldito Kirkland les dice a Boulton y a Webster, a las cámaras y a los

micrófonos y a la puta ciudad entera de Derby:

«Tendréis un nuevo entrenador mañana a primera hora.»

Apagas el televisor. La puerta cerrada, las cortinas corridas. Estás sentado en tu casa.

A oscuras.



Bajo las gradas y atravesadas las puertas, doblada la esquina y pasillo abajo, todavía no me he ido del despacho, todavía no me atrevo a hacerlo; los pasos y las voces al otro lado de la puerta, susurrando, susurrando y susurrando; una y otra y otra vez; los puños que aporrean y aporrean y aporrean la puerta; una vez y otra y otra; el teléfono que suena en el escritorio, suena y suena, una y otra vez, una y otra vez.

«¿Estás ahí, Brian? ¿Sigues ahí?»

No abro la puerta. No contesto al teléfono. Simplemente dejo mis pies encima del escritorio, con un pitillo en la boca y una copa en mi mano buena.

«¿Estás ahí, Brian? ¿Sigues ahí?»

Se abre la puerta y entra Bolton. Bolton entra y arroja otra carta encima de mi escritorio:

«¿Es que nunca contestas al maldito teléfono? Arriba, ahora.»



Las manifestaciones han atravesado el centro de Derby. Se han hecho mítines en las salas de bingo de Derby. Esta noche se celebra la primera reunión del comité que dirige el Movimiento de Protesta del Condado de Derby. John y su amigo, Bill Holmes, pasan la cesta por toda la sala. La cesta devuelve un total de 150 libras con 53 peniques y medio.

«La junta directiva del Derby County tendrá que escucharnos ahora — declara Bill Holmes—. La junta del Derby County no puede ignorar las masivas peticiones de traspaso de la plantilla del primer equipo al completo. La junta del Derby no puede ignorar la ira de treinta mil manifestantes.»

Te sientas en el escenario y quieres creer a Bill Holmes. Desesperada-

mente. Pero Bill Holmes es un seguidor del Nottingham Forest y esta noche solo hay trescientas personas.

Pero entonces llega Mike Keeling. Mike te hace a un lado. Mike te da esperanzas.

—He hablado con Bill Rudd —te cuenta Mike—. Y Bill dice que considerará recuperaros a Peter y a ti si estáis dispuestos a seguir las reglas. Le conté todo lo que tú me dijiste, le conté que te habías ofrecido a abandonar tus colaboraciones en la prensa y tus apariciones televisivas si te readmitían, y Bill dijo que eso era más que suficiente para él.

—Eso es fantástico —le dices—. Es cojonudo.

—Es mejor que eso —dice Mike—. Bill piensa que ahora será capaz de convencer a Innes e incluso a Sidney Bradley.

—Fantástico —le dices de nuevo—. Cojonudo.

—A todos excepto a Longson y Kirkland —dice Keeling—. Bill lleva todo el día intentando ponerse en contacto con ellos, para decirles que quiere otra reunión de la junta.

—¿Pero?

—Pero no ha podido hablar con ellos todavía, no ha podido localizarlos —dice Mike—. No están en sus casas, ni en el campo ni en el Hotel Midland.

—Entonces, ¿dónde coño están? —le preguntas—. ¿Dónde están?

—En Nottingham —dice Mike—. Creo que están en el Hotel Albany.

—¿Y los ha llamado allí? —le preguntas—. ¿Lo ha intentado allí?

—Lo ha intentado, sí —dice Mike—. De hecho, acaba de salir para allí.

—¿Y?

—Y habrá que tener esperanzas y rezar por que no llegue demasiado tarde.

Te muerdes el labio. Cierras los ojos. Inclinas la cabeza.

No crees en Dios, pero sí crees en la esperanza.



Camino por el pasillo. Las fotografías en la pared. Los trofeos en las vitrinas. Camino pasillo abajo y doblo la esquina. Doblo la esquina hasta el tramo de escaleras. Y entonces subo escaleras arriba y aparece Syd; Syd que

dice algo que suena como: «Ayer, en las escaleras, me encontré con un tipo que no estaba allí. Tampoco estaba hoy. Ojalá ese hombre desaparezca».

—¿Perdón? —le pregunto.

Syd se detiene en las escaleras. Syd se da media vuelta para mirarme y Syd dice:

—Hay un dicho por aquí que dice que, cuando te cruzas con alguien en las escaleras, solo puede desembocar en una pelea o en una separación, y que no volverás a cruzarte con esa persona, ni siquiera en el cielo.

—No te preocupes —le digo—. De todos modos, tampoco contaba con que nos encontráramos allí arriba, Syd.

—Y yo que pensaba que no creía en Dios ni en el cielo.

—Después de haber pasado treinta y cuatro días aquí —le digo—, he cambiado de opinión, Syd.

—¿Y eso por qué? —sonríe.

—Pues mira, si existe un infierno como este, tendrá que existir un cielo en algún otro lugar.

Syd se ríe. Se ríe de verdad. Syd dice:

—Si esto le parece el infierno, espere a perder el sábado en casa, contra el Luton, y luego fuera contra el Huddersfield Town, y luego a caer en la puta primera ronda de la Copa de Europa, en Zúrich.

—Eso sería el cielo para ti —le digo—. ¿Verdad, Sydney?

—No —dice. Y se da media vuelta, dobla otra esquina y recorre otro pasillo.

Subo lo que queda de escalera, atravieso el pasillo hasta las puertas de la junta directiva. Puedo escuchar sus acentos de Yorkshire subidos de tono otra vez. Puedo escuchar de nuevo mi nombre. Abro la puerta.

Está Bolton. Está Cussins. Hay un tipo al que no he visto nunca antes.

—Maldita la hora —dice Bolton—. ¿Qué has estado haciendo?

—Estábamos a punto de mandar a un equipo de rescate —dice Cussins.

—Lo siento —les digo a ambos—. Estaba hablando con Syd Owen.

—Bien, me gustaría que conocieras a alguien que seguro que estará mucho más contento de hablar contigo que el maldito Syd Owen —dice Bolton—. Te presento a Martin Hughes.

—¿Cómo está, señor Clough? —dice Martin Hughes.

—¿Qué tal? —le contesto.

—Martin es el director de Mercedes aquí en el Norte —dice Cussins.

—¿Mercedes? —repito.

—Hemos escuchado que es el coche que te gusta conducir —dice Bolton—. ¿Mercedes, verdad?

—Es el coche que conducía en Derby —les digo—. Sí.

—Bueno. Pues no podemos permitir que el Derby County nos pase por encima, ¿a que no? —se ríe Cussins—. Así que aquí Martin se te va a llevar a su salón de muestras y se va a encargar de ti, siempre y cuando no estés demasiado ocupado ahora mismo, claro.

Sacudo la cabeza. Inclino la cabeza. Busco mis cigarrillos.

—Puedes sonreír si quieres —dice Bolton—. ¿Qué pensabas que te iba a tocar?



Cerraste los ojos, inclinaste la cabeza y, por una vez en tu vida, rezaste; rezaste y rezaste y luego rezaste un poco más, pero esto es lo que has conseguido; todo lo que has conseguido a cambio de tus putas oraciones, esto es todo lo que has conseguido después de todos sus mítines y de todas sus protestas, de todas sus acampadas y de todas sus huelgas.

La junta del Derby fue a Nottingham. La junta tenía un contrato listo para Mackay. Mackay quería esperar a que terminase el partido del Forest contra el Hull. Cinco minutos después del pitido final, Mackay sacó su pluma y firmó el contrato. Ahora Mackay es el entrenador del Derby County.

Dave Mackay. No tú.



Conduzco de vuelta a Derby en mi flamante Mercedes-Benz azul. Recojo a mi mujer y a los niños en mi flamante Mercedes-Benz azul. Salimos a dar un paseo por Derby en el flamante Mercedes-Benz azul. Pasamos por delante del Baseball Ground y del Hotel Midland en mi flamante Mercedes-Benz azul. Nos detenemos a por *fish & chips* en mi flamante Mercedes-Benz azul. Luego volvemos a casa en mi flamante Mercedes-Benz azul.

«¿Sigues ahí, Brian? ¿Sigues ahí?»

Espero a que mi mujer bañe a los niños y los acuesto. Veo un poco de tele con mi mujer antes de que ella suba a acostarse. Y entonces me siento en la vieja mecedora con una copa y una sonrisa porque sé que ganaremos al Luton el sábado en casa. Sé que ganaremos al Huddersfield en la Copa de la Liga. Y sé que batiremos al Zúrich en la primera ronda de la Copa de Europa. Sé que subiremos en la clasificación. Sé que no nos eliminarán en las Copas.

«¿Sigues ahí, Brian? ¿Sigues ahí?»

Cierro los ojos, pero no duermo. No duermo, pero sueño. Sueño con ciudades vacías después de la bomba atómica. Ciudades vacías en las que soy el único hombre que queda vivo. El único hombre vivo, obligado a caminar y a caminar solo por esas ciudades. A caminar y caminar por esas ciudades hasta que escucho el sonido del teléfono. Escucho el sonido del teléfono y busco a tientas hasta que lo encuentro. Lo encuentro y lo agarro y escucho la voz que me pregunta: «¿Sigues ahí, Brian? ¿Sigues ahí?».

—Sí —digo—. Todavía estoy aquí.

—Entonces, ¿quién se lamenta ahora, Brian? —se ríe la voz telefónica—. ¿Quién se lamenta ahora?

DÍA 36

Sigues en tu casa. La puerta sigue cerrada y las cortinas todavía corridas. A oscuras. Te pasas la mitad del tiempo en la cama y la otra, en el sofá. Subiendo y bajando escaleras. Desoyes las llamadas y contestas las llamadas. Te metes en la cama y te levantas de la cama. Pones la radio. La apagas. Subes y bajas las escaleras de nuevo. En el sofá y fuera de él. Pones la televisión. La quitas. Todo porque Dave Mackay es el nuevo entrenador del Leeds United FC. No tú.

Porque hoy es el primer día de trabajo de Dave Mackay. Tu trabajo.

Miércoles, 24 de octubre de 1973.

Anoche, en Nottingham, hubo escenas de indignación, los aficionados del Nottingham Forest acusaron a Mackay de traición, de largarse con el trabajo a medio hacer. Ha habido palabras de indignación en los periódicos de esta mañana. Los jugadores del Derby County han declarado que no jugarán para Dave Mackay, que no entrenarán bajo sus órdenes. Que no trabajarán para Dave Mackay.

Los jugadores del Derby, tus jugadores, están diciendo que se van a declarar en huelga:

«¡Para que nos devuelvan a Cloughie!»

Se producen escenas de indignación en el Baseball Ground, escenas de indignación mientras Dave Mackay desembarca en su primer día de trabajo, en tu trabajo, y es recibido por pancartas y manifestantes.

—¡Devolvednos a Cloughie! —corean—. ¡Devolvednos a Cloughie!

Detrás de la puerta, detrás de las cortinas, subes el volumen de la televisión y el de la radio.

—¡Vete a la mierda, Mackay! —gritan—. ¡Aquí no eres bienvenido!

Pero Dave Mackay tiene estómago. Dave Mackay tiene huevos.

—¿Quién ha dicho eso? —contesta Mackay a gritos—. Decidle que se venga a hacer una prueba. Creo que podría jugar de extremo.

A la prensa y la televisión se les hace la boca agua con sus declaraciones. Las cámaras y los micrófonos. Los aficionados. Las libretas de autógrafos y los bolígrafos. Hasta los manifestantes se ríen.

—Este trabajo es mi destino —les dice Dave Mackay a las cámaras y los flashes, a las pancartas y a los manifestantes—. Tengo mucho que demostrar, pero no tengo miedo. Puedes ver el vaso medio lleno o verlo medio vacío. Yo lo veo medio lleno... ¡Y me apetece un copazo!

Apagas la televisión. Apagas la radio.

Arrojas los periódicos de la cama al suelo.

Te cubres la cabeza con el edredón.



Soy el primero en levantarme esta mañana. Escaleras abajo, me meto en mi flamante Mercedes-Benz azul. Soy el primero en cruzar las puertas esta mañana, doblo la esquina y camino por el pasillo y grito: «¡William! ¡William!».

Voy pasillo abajo y grito de nuevo: «¡Billy!».

Finalmente Bremner se detiene. Deja su bolsa de mano en el suelo y se da media vuelta.

Camino por el pasillo hacia él. Le pregunto:

—¿Vienes esta noche?

—¿Adónde? —contesta Bremner.

—Aquí —le digo—. Al partido del filial contra el Blackburn.

—¿Por qué? —pregunta Bremner.

—Ya te lo dije —le digo de nuevo—. Valoro tus comentarios tácticos.

—¿Tengo que venir entonces? —pregunta Bremner—. ¿Es una orden?

—Por supuesto que no es una orden —le digo—. Te lo estoy preguntando porque creo que...

Pero Bremner sacude la cabeza. Bremner dice:

—Esta noche dan *Only a Game*.

—¿Qué? —le pregunto.

—En la tele, esta noche —dice Billy Bremner—. Dan *Only a Game*: Escocia contra Brasil. Se vienen unos amigos a tomar algo. ¿No espera que me lo vaya a perder, verdad?

Le doy la espalda. Doblo la esquina y camino por el pasillo hasta mi despacho. Me sirvo una copa y me enciendo un cigarrillo. Saco mi agenda. Agarro el teléfono y hago algunas llamadas. Hago un montón de llamadas de mierda. Luego cuelgo el teléfono. Aparto mi agenda. Apago el cigarrillo. Me termino la copa y me cambio. Me pongo mi antigua camiseta verde de portero. Abro un cajón del escritorio. Saco un silbato. Cierro la puerta del despacho con llave. Compruebo que esté bien cerrada. Camino pasillo abajo. Doblo la esquina. Cruzo la recepción y salgo al aparcamiento. Corro entre los charcos y los socavones. Pasadas las casetas. Terraplén arriba. Hasta el campo de entrenamiento.

Cabrones. Cabrones. Cabrones.

Soplo el silbato. Grito:

«Jordan, Madeley, Cooper, Bates, Yorath y el joven Gray —les digo—. Esta noche jugáis todos con el filial. Os veo allí.»

Doy media vuelta, me alejo de ellos y me topo con Syd Owen y Maurice Lindley, juntos, de pie, esperando, susurrando, murmurando; susurrando y murmurando. Maurice sostiene un gran sobre marrón entre los dedos. Me lo da.

—Aquí tiene —me dice.

—¿Qué coño es esto? —le pregunto.

—El informe sobre el FC Zúrich —dice.

—Me basta con que me digas si ganaron este fin de semana.

—Ganaron —dice—. 0-3.

—¿Qué tal juegan?

—Son buenos —contesta.

—De acuerdo —le digo y le devuelvo el sobre—. Es todo lo que necesitaba saber.

Corro terraplén abajo. Paso las casetas. Surco los socavones y los charcos. Cruzo el aparcamiento y me meto en recepción. Sam Bolton está allí de pie; de pie, esperando.

—¿Qué tal el coche? —me pregunta.
—Está muy bien —le digo—. Gracias.
—Me alegro —dice—. Ahora cámbiate y vente para arriba.



Todavía estás en la cama. Todavía debajo de las sábanas. Abajo suena el teléfono. Suena y suena. No sales de la cama. No contestas. Tu mujer lo hace.

*—¡Brian! —grita escaleras arriba—. ¡Es Mike Bamber, del Brighton!
Asomas la cabeza más allá de la colcha. Sales de la cama. Bajas las escaleras. Te pones el auricular en la oreja.*

—Señor Clough. Me llamo Mike Bamber —dice Mike Bamber—. Y soy el presidente del Brighton & Hove Albion Fútbol Club. Me preguntaba si podríamos hablar sobre una vacante que tengo aquí.

—¿Brighton? —le preguntas—. Están en Tercera División, ¿verdad?

—Por desgracia —dice Mike Bamber—. Pero creo que usted es la persona adecuada para hacer algo al respecto.

—Lo consideraré —le dices—. Y si me interesa, ya le llamaré.

Cuelgas. Miras a tu esposa.

—Un trabajo es un trabajo —dice ella.

—¿En Tercera División? ¿En la costa sur?

—A caballo regalado, no le mires el diente —te responde ella.



Mike Bamber y el Brighton & Hove Albion han emprendido acciones legales contra el Leeds United. Mike Bamber y el Brighton & Hove Albion han interpuesto una demanda contra el Leeds United y contra mí. Mike Bamber y el Brighton & Hove Albion me exigen daños y perjuicios por incumplimiento de contrato. Mike Bamber y el Brighton & Hove Albion le exigen al Leeds United una indemnización por daños y perjuicios por haberme inducido a incumplir mi contrato. Mike Bamber y el Brighton & Hove Albion declaran que el Leeds United prometió pagarles setenta y cinco mil libras como compensación. Mike Bamber y el Brighton & Hove Albion también declaran que el Leeds United

les prometió jugar un partido amistoso en el campo del Brighton & Hove Albion, el Goldstone Ground. Mike Bamber y el Brighton & Hove Albion quieren su partido amistoso. Mike Bamber y el Brighton & Hove Albion quieren su dinero.

«¡No van a conseguir nada! —grita Sam Bolton—. Ni una puta libra. Ni ellos ni todos los presidentes y directivos que llevan toda la mañana llamando, preguntando por Joe Jordan, preguntando por Paul Madeley, preguntándonos por Terry Cooper y Mick Bates, por Terry Yorath y por Frankie Gray.»

Y añade:

«No van a conseguir nada —dice Bolton—. Porque no les vamos a dar una puta mierda.»



Te reúnes con los jugadores del Derby, tus jugadores, otra vez, para almorzar en el Hotel Midland. Tan solo Peter, tú y los jugadores del Derby, tus jugadores.

La junta del Derby sigue sin reunirse con ellos. Los jugadores están pasmados. Los jugadores están amargados. Los jugadores están dolidos. Son jóvenes. Y son sensibles. Son jugadores leales. Te haces cargo.

—Jugué de delantero centro para el Derby County cada semana —les dices.

Se hacen cargo. Saben lo que es eso. Y entonces te dicen:

—No vamos a entrenar. No vamos a jugar. No hasta que le hayamos traído de vuelta, Mister.

Se lo agradeces infinitamente. Pides infinidad de botellas. Y les dices:

—La próxima vez que nos reunamos será en mi casa para celebrar mi regreso.

Pero esta noche, los jugadores del Derby, tus jugadores, tienen que reunirse con Dave Mackay.

—Eso no va a solucionar nada, ¿verdad? —pregunta Roy McFarland.

—El caso es que él es vuestro entrenador ahora —dice Pete—. No nosotros, Roy. Es Dave.

Te das la vuelta hacia Peter. Miras a Taylor. Le gritas:

—¿Qué coño dices?

—Asúmelo de una puta vez, Brian —te dice—. Espabila. Esto se ha acabado.

—Y una puta mierda —le dices—. ¿Qué pasa con el Movimiento de Protesta?

—Brian, Brian, Brian...

—Adelante, entonces —le dices—. Tira la puta toalla, como siempre haces. Pero yo no me voy a rendir, no voy a dejar a estos jugadores en la estacada. No después de la hostia de cosas que han hecho por nosotros, no después de todo lo que han arriesgado por nosotros. Nunca...

—¡Exacto! —dice Peter—. Y esa es precisamente la razón por la que no deberíamos pedirles que arriesgaran nada más. Todo este discurso sobre no entrenar, sobre no jugar. Todo este discurso sobre sentadas, sobre declararse en huelga. Estarán incumpliendo sus contratos, joder. Les echarán del club, se quedarán sin trabajo; les prohibirán jugar en ningún otro sitio. Se quedarán sin trabajo, igual que nosotros.

—Vete a la mierda —le dices—. Eres un cobarde. Un puto gallina.

Pero Taylor se limita a encogerse de hombros. Apaga el cigarrillo y se incorpora. Luego le estrecha la mano a cada jugador, a cada jugador del Derby.

—Gracias por todo —dice—. Y que tengáis toda la suerte el sábado, os lo digo de corazón.



Solo quedan quince minutos para que arranque el partido de la Central League contra el Blackburn y Elland Road sigue vacío. Vacío, salvo por los directivos, los entrenadores y los ojeadores.

Freddie Goodwin, del Birmingham City, está aquí. Alan Brown, del Forest, también. Han venido del Leicester. Del Everton. Del Stoke. Del Aston Villa. Del Ipswich. Del Norwich. Del Luton. Del Burnley. Del Coventry. Del Sheffield Wednesday. Del puto Hull y hasta del Carlisle. Han venido todos a este escaparate; han venido todos a esta liquidación de mierda.

«Elegid lo que os dé la puta gana —les digo—. Que no quede ni uno.»

Atravesadas las puertas. Escaleras arriba. Doblada la esquina y pasillo

abajo. Camino hacia las puertas de la junta directiva de Yorkshire. Hacia la junta de Yorkshire y el caos.

Hay un hombre tendido en el suelo del pasillo, frente al despacho de la directiva.

Se trata de Harry Reynolds, expresidente del Leeds United.

La gente le desabrocha el cuello, le aflojan la corbata.

La gente pregunta por un médico, por una ambulancia.

Pero Harry Reynolds ya está muerto.



El taxi te deja de nuevo en casa. Roy McFarland y Henry Newton te ayudan a salir. Tu mujer está tumbada en el sofá.

«No escuchéis a Peter —les dices a Roy y a Henry—. Solo está asustado. Es un gallina.»

Tu mujer se espera a que Roy y Henry se hayan ido. A que hayas dormido un poco. A que te hayas tomado una buena taza de té. Entonces tu mujer te cuenta que ha llamado Stuart Dryden del Nottingham Forest. Puede que Stuart Dryden solo sea un miembro de la junta del Nottingham Forest. Pero Stuart lo tiene claro. Stuart tiene un sueño.

El Nottingham Forest puede ascender de Segunda a Primera División; el Nottingham Forest puede ganar el campeonato de Primera División; el Nottingham Forest puede ganar la Copa de Europa; no una vez, ni dos, sino una detrás de otra.

Stuart Dryden sabe que tú eres el hombre que puede materializar su sueño.

—Que tú eres el único que puede convertir ese sueño en realidad —te dice Stuart Dryden en mitad de la noche.

Desde un despacho de Nottingham. En secreto.

—¿Nos está ofreciendo el trabajo? —le preguntas a Stuart Dryden.

—Me encantaría poder hacerlo —dice—. Pero solo llevo una semana en la junta.

—Bien. Me interesa —le dices—. Y a Peter también. Pero no vamos a solicitarlo.

—Pero tienes que hacer algo para ayudarme a que lo consiga —dice Dryden.

—¿Como qué?

—Como llamar al club mañana a las once de la mañana y hacer una discreta consulta sobre la vacante. Me aseguraré de estar allí para contestar la llamada.

—No mendigaré una mierda —le dices—. No soy un puto mendigo.

—No es mendigar —te dice—. Es hacer una discreta consulta.

—¿Pero quién me asegura que mañana a esta misma hora no volveré a ser el entrenador del Derby? —le preguntas.

—Pero si ya han fichado a Dave Mackay —dice Stuart Dryden—. Ya está hecho.

—Nunca se sabe. Igual cambian de opinión y «deshacen» el fichaje —le dices—. Entonces el Derby me recuperaría a mí, vosotros recuperaríais a Mackay y todos contentos.

—Pero es que nosotros no queremos que vuelva Mackay —dice Stuart Dryden—. Nosotros te queremos a ti.



Finalmente se juega el partido del filial y el Leeds derrota al Blackburn por 3-0, pero no importa. Ya no. Ahora Harry Reynolds está muerto. Ya no importa, no ahora que ha llegado Don Revie como por arte de magia.

«Harry Reynolds fue el hombre que me dio la oportunidad —dice Don Revie—. Sin él no habría habido nada. Ningún otro hombre podría haber hecho tanto por un club de fútbol como Harry Reynolds. De no haber sido por su intervención, es muy posible que yo me hubiese ido al Bournemoth, tantos años atrás. Le debo algo que no puedo expresar con palabras. Estoy profundamente afectado por su pérdida: todo lo que he conseguido en mi carrera como entrenador se lo debo a él. Cuando pienso en el esfuerzo y la dedicación que puso en su carrera como presidente durante mis inicios como entrenador, en los viajes que hizo conmigo por todo el país para fichar a jugadores, para convencer a jóvenes promesas de que tenían un futuro en el Leeds, me doy cuenta de que fue único.»

He cerrado con llave la puerta de mi despacho. La silla encajada contra el

pomo. Los dedos en los oídos, los dedos en los oídos.

El resto de directivos, de entrenadores y de ojeadores, se ha largado ya.

Pero Don Revie, no. Don Revie todavía sigue ahí afuera. Bajo la grada. Doblando la esquina. Recorriendo los pasillos, llamando a las puertas.

«¿Estás ahí, Brian? ¿Sigues ahí?»



Estás tumbado en la cama junto a tu mujer. Escuchas el tictac del reloj junto a la cama. Cierras los ojos, pero no duermes. No quieres ser el entrenador del Nottingham Forest de los cojones. No quieres ser el entrenador del sucio Brighton ni de su puto Hove Albion. Ni siquiera quieres ser el entrenador de Inglaterra.

Tú quieres ser el entrenador del Derby County. ¡Eso es lo que quieres!

El trabajo en el Derby, ese es el único trabajo que quieres. Tu antiguo trabajo.

Recuperar tu antiguo trabajo, eso es todo lo que quieres, todo lo que quieres.

Todo lo que siempre quisiste y todo lo que quieres ahora.

Ahora no tienes trabajo, ahora es demasiado tarde.

El reloj hace tictac, tictac.

Ahora estás sin trabajo.

Otra vez en paro.

DÍA 37

Todavía no me puedo dormir, así que abro los ojos de nuevo; todavía sigo en la moderna y lujosa cama del hotel, en mi moderna y lujosa habitación con una vieja resaca y un conocido dolor de cabeza, mi moderno y lujoso teléfono no para de sonar y sonar y sonar.

—¿Cariño? ¿Eres tú, cariño? —pregunto—. ¿Qué hora es?

—No soy tu mujer ni tu putilla —se ríe la voz al otro lado de la línea—. Y ya es hora de que estés en el tajo, vago de los cojones. Ya sé que soy un puto...

Alan Brown, entrenador del Nottingham Forest. Alan Brown, el amigo de Peter.

—¿Alan? —le pregunto—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Ayer por la noche apenas tuve ocasión de charlar contigo —dice Alan—. Estaban todos los directivos revoloteando como moscas, pero me gustó lo que vi en el campo.

—¿Quién te gustó?

—Terry Cooper —dice Alan—. Nos vendría muy bien, suponiendo que...

—¿Qué coño estás suponiendo?

—Suponiendo que su pierna esté completamente recuperada y que el precio sea el adecuado, eso es todo.

—No te preocupes por su pierna —le digo—. Y no te preocupes tampoco por el puto precio.

—De acuerdo —dice Alan—. Ya me dirás algo más tarde, ¿no?

—Hablaré con la directiva —le digo—. Te llamo más tarde y hablamos de cifras.

—Esperaré con impaciencia —dice él—. Esperaré con impaciencia.

Cuelgo mi moderno y lujoso teléfono. Salgo de mi moderna y lujosa cama. Me meto en mi moderno y lujoso lavabo y abro los modernos y lujosos grifos de mi moderna y lujosa bañera mientras mi puto moderno y lujoso teléfono empieza a sonar y a sonar y a volver a sonar.

Así que me anudo una de las modernas y lujosas toallas y me deslizo a través de la moderna y lujosa moqueta para volver a descolgar el moderno y lujoso teléfono:

—No nos digas que ya te han echado a la puta calle...

Freddie Goodwin, entrenador del Birmingham y compañero de batallas.

—¿Freddie? —le pregunto—. ¿Qué puedo hacer por ti en esta bonita mañana de Yorkshire?

—Podrías vendernos a Joe Jordan —me dice.

—Dalo por hecho —le digo—. Dalo por hecho.

Dejo el auricular del moderno y lujoso teléfono descolgado y camino de nuevo hacia mi moderno y lujoso baño para hundirme en el puto frío polar de mi moderna y lujosa bañera.

Faltan solo trece días para la primera ronda de la Copa de Europa.

El Leeds United va cuarto por la cola en Primera División.



Peter y tú presenciáis el partido entre el West Ham United y el Derby County. Pero no desde el banquillo. No desde el foso. Ni desde el palco. Peter y tú no estáis ni siquiera en las gradas del maldito Upton Park, el estadio del West Ham. Peter y tú estáis presenciando el partido entre el Derby y el West Ham desde los estudios de la puta cadena de televisión London Weekend.

Se acerca la media parte y el Derby ha desplegado un buen juego ante un West Ham netamente inferior. Roger Davies ha dominado el centro del campo con comodidad, y en uno de sus cabezazos, un balón que apenas ha peinado tras el saque de puerta de Boulton, ha dejado a Hector solo para que batiera a Mervyn Day, pero el guardameta ha desviado el disparo y el balón ha salido fuera. Peter y tú estáis de nuevo sentados en vuestros asientos. De nuevo en vuestros escritorios. No en Upton Park. Ni en el foso. Ni en el banquillo.

Lees la alineación: Boulton, Webster, Nish, Newton, McFarland, Todd, McGovern, Gemmill, Davis, Hector, Hinton. Suplente: O'Hare. Entrenador: Mackay.

No estás en Upton Park. No estás en el foso. No estás en el banquillo.

Estás aquí, en los estudios de la London Weekend Television.

Te aflojas la corbata. Te sueltas el cuello de la camisa. Todavía no puedes respirar. Te levantas. Les dices que tienes que ir a mear. Sales del estudio. Bajas por un pasillo. Doblas una esquina. Bajas algunas escaleras. Sales afuera por una puerta en busca de una cabina telefónica.

«Escucha, Mike —le dices a Mike Keeling—. ¿Podrías localizarnos a Mike Bamber? El presidente del Brighton. No tengo ni puta idea de dónde está, pero tengo que hablar con él...»



El Leeds United está de luto. Sus trajes oscuros, sus corbatas oscuras, sus banderas, a media asta. La directiva está demasiado ocupada en su aflicción como para verme. Sus puertas están cerradas; sus labios, sellados.

Pero no los de John Giles. El Irlandés me guiña el ojo. El Irlandés me pregunta:

—¿Me ha echado de menos?

—Como a un agujero en el cráneo —le contesto.

El Irlandés sonrío.

—Me lo tomaré como un cumplido, señor Clough.

—Tómalo como una referencia, si quieres.

El Irlandés sonrío:

—Me aseguraré de que lo sepan en el Tottenham.

—¿Todavía te quieren?

El Irlandés silba.

—Esa es la pregunta del millón de dólares ahora mismo, ¿a que sí?

—Pero te reuniste con ellos, te sentaste con ellos, ¿no?

El Irlandés asiente.

—Compartimos el pan, sí —dice.

—¿Pero lo untaste? ¿Untaste tu pan?

El Irlandés se encoge.

—Todavía es pronto, señor Clough. Todavía es pronto.

—Pero tú quieres, ¿no?

El Irlandés se encoge de nuevo. El Irlandés pregunta:

—¿Quién lo dice?

—Aquí no hay nada para ti. ¿Lo sabes, verdad? —le digo.

El Irlandés sonríe:

—Ahora que lo dice, yo no estaría tan seguro.

—Te lo estoy diciendo directamente a la puta cara: aquí no queda nada para ti.

El Irlandés se ríe.

—Pues eso no es lo que me ha dicho un pajarito, precisamente.

—¿Qué coño quieres decir con eso? —le pregunto.

El Irlandés me guiña el ojo de nuevo.

—Las cosas pueden cambiar, señor Clough.

—¿De qué coño estás hablando? ¿Qué es lo que has oído?

El Irlandés se incorpora.

—Ya nos iremos viendo, señor Clough...



Mike Keeling localiza a Mike Bamber. Bamber está en el palco de Hereford. Está viendo como el Hereford United derrota al Brighton & Hove Albion por tres goles a cero. Mike Bamber abandona el palco. Sale corriendo. Bamber contesta la llamada de Keeling.

«Brian me ha dicho que te subas al autocar del equipo y que te pases por Londres de camino de vuelta a Brighon. Brian dice que se reunirá contigo en el Waldorf.»

Así que Mike Bamber y el primer equipo del Brighton dan un rodeo de treinta kilómetros para venir al Waldorf; el Waldorf, donde te hospedas por gentileza de la London Weekend Television.

—¿Qué has hecho con el equipo? —le preguntas a Bamber en el bar.

—Están afuera, esperando, en el autocar. Así que tendrá que ser breve.

—Pues bien. He decidido considerar tu oferta —le dices.

—Eso es fantástico —dice Mike Bamber—. ¿Por qué no te vienes a mi hotel, en Brighton, o ahora o mañana a primera hora? Podremos almorzar juntos.

—No puedo ir a Brighton —le dices—. Ni esta noche ni mañana.

—De acuerdo —dice Bamber—. ¿Y qué tal el lunes?

—El lunes tampoco puedo —le dices—. Pero ¿por qué no te vienes tú a Derby?

—De acuerdo —dice él—. Dime un lugar y una hora.

—El martes a la hora del almuerzo. En el Hotel Midland, en Derby.

Mike Bamber extiende su mano. Bamber dice:

—Te veo entonces.



Quedan solo trece días para la primera ronda de la Copa de Europa y el Leeds United es cuarto por la cola en Liga. El FC Zúrich ha empezado mejor; los campeones suizos están invictos; no van cuartos por la cola en su campeonato.

La prensa tiene dudas. La prensa tiene miedos:

—Tiene a jugadores lesionados, tiene a jugadores suspendidos —te dicen.

—Sé que tengo a jugadores lesionados —les digo—. Sé que tengo a jugadores suspendidos.

—¿Y entonces por qué está intentando vender a Jordan al Birmingham? —me preguntan.

—Freddie Goodwin vino anoche a ver el partido de la Central League —les cuento—. Después del partido, Freddie me preguntó si alguno de los jugadores estaba disponible y le contesté lo mismo que le he contestado a todo el mundo: ¡de aquí no se va nadie, al menos todavía no!

—¿Todavía no? ¿Y qué hay de Johnny Giles? —me preguntan.

Y entonces contesto:

—Escuchad. La pelota está ahora en el tejado de los Spurs. Giles no ha pedido irse, así que el próximo movimiento tiene que venir de los Spurs. Imagino que si le quieren de entrenador, se pondrán en contacto conmigo, y a partir de ahí, decidiremos. Si es que realmente le quieren de entrenador...

—Pero entonces... ¿Qué pasa con Joe Jordan? ¿Qué hay de Terry Cooper y el Forest? ¿Y de Terry Yorath y el Everton? ¿Jugarán Jordan y Cooper el sábado? ¿Y Yorath? —preguntan.

Les digo lo mismo de nuevo:

—Tenemos a jugadores lesionados y suspendidos y la fecha límite de traspasos en la Copa de Europa ya ha pasado. Estamos a solo trece días. Así que os puedo asegurar que, en trece días, seguiremos todo aquí.

—¿Todos? —se preguntan—. ¿Cree que *usted* también seguirá aquí dentro de trece días?



El Derby terminó empatando 0-0 en casa del West Ham en el primer partido de Dave Mackay como entrenador del Derby County. Longson se sentó de nuevo en el palco.

«Puedo manejar a este grupo —declaró Longson a las cámaras del Match of the Day.»

Le estás viendo desde tu cama, en el Hotel Waldorf, tumbado en la cama con tu traje y tu corbata televisivos, mientras vacías el mueble bar.

Aunque realmente no estás viendo a Longson ni estás viendo el Match of the Day; estás pensando en las habladurías y en los rumores; en las habladurías y en los rumores que dicen que la Federación te va a castigar con todo el peso de la ley; que te va a castigar con todo el peso de la ley por las cosas que has dicho y por las cosas que has escrito; todas las cosas que dijiste y escribiste sobre Don Revie y el Leeds United el verano pasado; las habladurías y los rumores que dicen que el Comité de Disciplina quiere acabar con tu carrera; sentenciarte de por vida o castigarte por varias temporadas; las habladurías y los rumores de que el Forest ha sido disuadido, de que ningún club se te volverá a acercar, ninguno.

Pete apaga su cigarrillo. Pete se levanta de la silla. Pete desconecta la televisión.

—Estaba viéndolo, joder —le dices—. Enciéndela, quieres.

—Después de que hayamos tenido una pequeña charla —dice él.

—Ya estamos otra vez —le dices—. ¿Qué he hecho ahora, mamá?

—Quiero saber si te interesa de verdad lo de Brighton —pregunta Pete.

—Como dice mi mujer: «a caballo regalado...».

—No somos caballos —dice Pete—. Todavía no.

—Podría acabar siéndolo —le confíasas—. Esta condena por desprestigio podría terminar con mi carrera.

—¿Se lo has contado a Bamber? —pregunta Pete.

Niegas con la cabeza. Apuras tu copa. Te enciendes otro pitillo.

—Tendrás que contárselo —dice Pete—. Hazlo pronto.

—¿Por qué? —preguntas tú— ¿Para que se asuste y se largue como todos los demás?

—Venga ya, Brian. No decírselo está mal. Lo sabes.

Te sirves otra copa y te la fundes. Te enciendes otro cigarrillo y te lo fundes.

—Tengo mujer, tres hijos y no tengo un puto trabajo. Estoy asustado, Pete.

—¿Y eres tú el que me llama cobarde de mierda? —se ríe Pete—. Eres un gallina, siempre lo has sido. ¿Y sabes qué? Siempre lo he sabido.

—Está muy lejos —le dices—. El Brighton de los cojones.

—Cobarde.

—¿Has visto dónde están? —le preguntas—. En lo más bajo de la puta Tercera División.

—Eres entrenador de fútbol —dice Pete—. Tu trabajo es sacarlos de allí.

—¿Con seis mil espectadores en la grada? —le preguntas—. Imposible.

—¿Y se puede saber qué vas a hacer, entonces? ¿Conducir un taxi? ¿Comprar un pub?

—¡Vete a la mierda!

—Perro ladrador, poco mordedor —dice Pete—. Ese es el auténtico Cloughie.

—¡Vete a la mierda! —le gritas y le arrojas un cojín.

—Perro ladrador, poco mordedor —se ríe—. ¡No tienes huevos!

—Vale, vale —le dices—. Aceptaré el puto trabajo si eso sirve para que cierres el pico.

—Siempre y cuando te quieran —dice él—. Y siempre y cuando no te suspendan.



Bajo las gradas, atravesadas las puertas, doblada la esquina y pasillo abajo: Terry Cooper tiene los ojos cubiertos de lágrimas; Terry Cooper, que ha jugado en el Leeds United durante catorce años, que ha vestido la camiseta trescientas veces; Terry Cooper, que ha conquistado infinidad de medallas y que ha sido internacional con la selección diecinueve veces; que suma infinidad de medallas y diecisiete convocatorias más con la selección que yo; Terry Cooper, que contiene las lágrimas y me pregunta de nuevo, «¿setenta y cinco mil libras?».

Me termino la copa. Me sirvo otra. Enciendo un pitillo y asiento.

—¿Es eso lo que te crees que valgo? ¿Setenta y cinco mil libras?

Me termino esa copa. Apago ese cigarro. Y vuelvo a asentir.

—¿Qué pasa con mi partido de homenaje? —pregunta Terry Cooper—. ¿Qué hay de eso?

—¿Qué pasa con eso? —repito yo.

—Llevo aquí catorce años. He jugado trescientos veintisiete partidos en este club —dice Terry Cooper—. Fui yo quien marcó el gol de la victoria contra el Arsenal en Wembley; el gol que nos hizo ganar la Copa de la Liga en 1968. El primer título de nuestra historia.

—Eso fue entonces —le digo—. Ahora estamos en 1974.

DÍA 38

No puedes tirar la toalla. No puedes largarte. Porque nadie quiere entrenar para él. Nadie quiere jugar para él. Te lo han dicho unas cien veces. A la cara y por teléfono. Nadie quiere jugar para él.

Quieren jugar para ti. Quieren trabajar para ti.

No para Dave Mackay. Ni para Sam Longson.

Te quieren a ti.

Cloughie.

Hoy el Derby County viaja a Roker Park para jugar el partido de desempate de la Copa de la Liga contra el Sunderland. Pero nadie quiere viajar con él. Nadie quiere jugar para él. Te lo han dicho miles de veces.

Si el Derby pierde este partido, si Mackay pierde este partido, entonces, quién sabe...

Nadie quiere jugar para él. Nadie quiere trabajar con él.

Quieren jugar para ti. Quieren trabajar para ti.

No para Dave Mackay. Ni para Sam Longson.

Te quieren a ti.

Cloughie.

Así que si el Derby County pierde este partido, si Mackay pierde este partido, entonces, ¿quién sabe? ¿Quién sabe qué sucederá mañana?

Cloughie, elevado e inmaculado.

Cloughie, ¿de vuelta otra vez?



Soy el último en levantarme esta mañana. Escaleras abajo, me meto en mi

flamante Mercedes-Benz azul. Soy el último en cruzar las puertas y llegar al trabajo; doblo la esquina, pasillo abajo, el entrenamiento ha terminado, pero los jugadores siguen aquí; los jugadores siguen aquí y quieren hablar un momento; quieren hablar un momento porque Johnny Giles ha estado ocupado, ha tenido una mañana movidita.

El Irlandés le ha contado al resto del equipo por qué quiere irse al Tottenham; por qué quiere dejar el Leeds. Joe Jordan también ha estado ocupado. El escocés le ha contado al resto del equipo lo que piensa de jugar con el filial; lo que piensa de haber sido vendido al Birmingham City. Terry Yorath también ha estado ocupado. El galés le ha contado al resto del equipo qué piensa de su fichaje por el Everton. Claro que el que más ocupado ha estado ha sido Terry Cooper. El inglés les ha contado a todos que lo han vendido al Forest; les ha dicho que su partido de homenaje está en el aire. Ahora están todos preocupados. Están todos asustados. Están todos enfadados. Y todos quieren hablar.

«¿Estás ahí, Brian? ¿Todavía está ahí? ¿Todavía sigues ahí o qué?»

Bajo las gradas, pasadas las puertas, doblada la esquina y pasillo abajo. He cerrado la maldita puerta con llave y he encajado la puta silla contra el pomo.

Duda y miedo. Duda y miedo. Duda y miedo.

Me sirvo una copa. Me enciendo otro pitillo. Cancelo la rueda de prensa del viernes a mediodía. Les digo a Harry, Ron y Mike que ya hablaremos por teléfono.

—Estás a dieciocho puestos del primer clasificado...

—Lo sé.

—Llevas un promedio de un gol por partido...

—Lo sé.

—Pero sigues dejando a Jordan y McKenzie en el banquillo.

—Ya lo sé.

—Estás jugando con O'Hare en punta cuando ni siquiera puede ir convocado en Europa.

—Lo sé.

—A doce días de Europa.

—Ya lo sé.

—Hablas de vender a Terry Cooper y Joe Jordan, de que Giles se va al Tottenham, hablas de fichar a otros jugadores que tampoco podrán jugar en Europa.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? —te preguntan—. ¿Qué vas a hacer, Brian?

—Voy a poner toda la carne en el asador —les digo.

—¿Crees que Don Revie hubiese tenido...?

—Procuro no pensar en Don Revie —les interrumpo—. Pero la situación hubiese sido la misma.

—Pero él no hubiese fichado a McKenzie —dicen—. No hubiese fichado a O'Hare ni a McGovern. Y no estaría intentando vender a Cooper, a Giles y a Jordan.

—Don ya no está —les comento—. Y lo único que puede cambiar las cosas es ganar.

—¿Y si no ganas? —te preguntan—. ¿Qué cambia entonces? ¿Quién cambia?

—Nada cambia —les digo.

—Algo tendrá que cambiar —me responden—. Algo tendrá que...

—Nadie cambia —insisto—. Como digo, pondré toda la carne en el asador.

Fuera. Fuera. Fuera.



Mike Bamber y Harry Bloom, el vicepresidente del Brighton, conducen hacia Derby. Hasta el Hotel Midland. Para reunirse con Pete y contigo.

Pero tú no estás allí. Solo está Pete.

Bill Wainwright, el encargado del Midland, te llama a casa, te pillá en la cama.

«Ofréceles algo de cerveza y bocadillos —le dices—. Llego enseguida.»

Pero no llegas enseguida. Llegas dos horas después. Con tu harapiento traje azul.

Peter está cabreado. Furioso a más no poder. Bamber y Bloom, también.

—Eres un impresentable —dice Mike Bamber—. Nos haces venir conduciendo hasta aquí y te presentas dos horas tarde.

—He tenido un contratiempo —les cuentas.

Bamber y Bloom siguen enfadados, claro que también siguen estando desesperados.

—El caso es que no he hecho todo este camino para enfadarme contigo —dice Bamber—. Así que esta es mi oferta.

Mike Bamber os ofrece siete mil libras a cada uno solo por firmar por el Brighton, y luego os ofrece a cada uno un sueldo superior del que cobrabais en el Derby.

Peter ya está sonriendo. Peter ya ha hecho sus cálculos. Taylor ya ha tomado una decisión.

—Pero estos son honorarios de Primera División —le dices a Bamber.

—Sois entrenadores de Primera División —responde Bamber.

—¿Pero estás seguro de que puedes permitirte?

—¿Estás seguro de que lo vales? —pregunta Bamber.

—Sí —le dices.

—Entonces yo también —dice Bamber—. Entonces yo también.



Bajo las gradas, con el peso a mis espaldas. Atravesadas las puertas, con el peso a mis espaldas. Doblada la esquina, con el peso a mis espaldas. Escaleras arriba, con el peso a mis espaldas. Pasillo abajo, con el peso a mis espaldas. Ese peso a mis espaldas que noto cuando empujo las puertas del comedor del club. La sopa es otra vez de rabo de buey. La carne es cordero. Las verduras están blandas y el vino es barato. Sus trajes son oscuros y siguen llevando corbatas negras.

—Por supuesto que le jode irse —dice Bolton—. ¡Somos el Leeds United!

—Pero yo necesito jugadores que estén pensando en ganar títulos —le digo—. A él le preocupa más su partido de homenaje que el Leeds United.

—Ha jugado aquí catorce años —afirma Cussins—. Se merece un homenaje.

—Nunca dije lo contrario —le respondo, se lo digo a todos—. Yo he sido

futbolista; vosotros, no; ninguno de vosotros, ni uno. Me lesioné, no sabéis lo que es eso. Estaba acabado, finiquitado, y nos hubiésemos muerto de hambre de no ser por el dinero de mi partido de homenaje. Solo estoy diciendo que la mitad de vuestro equipo de los cojones se va a pasar la temporada jugando partidos de homenaje.

—Eso es una exageración —dice Woodward—. No llega a la mitad del equipo.

—Cooper, Giles, Paul Madeley, Paul Reaney, Norman Hunter y Peter Lorimer —le digo, se lo digo a todos—. Sumo seis malditos jugadores del primer equipo que jugarán puñeteros partidos de homenaje esta temporada, y eso hace muy, muy, muy difícil que podamos vender a ninguno de ellos.

—¡Pues entonces intenta dejar de vender a los pobres desgraciados! —grita Bolton—. Son campeones, por Dios. Campeones de Liga, joder.

—No. Esta sucia temporada no lo son —le digo, se lo digo a todos—. Esta temporada son unos vejestorios.

—Eso es una gilipollez —dice Woodward—. ¡Una gilipollez mayúscula!

—¿Ah, sí? —le pregunto, se lo pregunto a todos—. ¿Los habéis visto en el terreno de juego?

—Hay quien podría decir que el problema no son los jugadores —dice Bolton.

—¿Ah, sí? —le pregunto, se lo pregunto a todos de nuevo—. ¿Y se puede saber quién podría decirse que es el problema, entonces?

—Algunos podrían decir que el entrenador —dice Bolton—. Algunos podrían decir que el problema eres tú.



Tienes que tirar la toalla. Tienes que largarte. Pero no puedes. No puedes irte. Tendrías que estar pensando en Brighton, tendrías que estar pensando en el futuro. Pero no puedes dejar de pensar en el Derby, no puedes dejar de pensar en el pasado.

No puedes dejar de pensar y pensar y pensar en ello, de pensar en ellos.

El Derby County solo logró empatar contra el Sunderland. Remontó un penalti. Remontó un gol en contra. Remontó para empatar 1-1. Pero un 1-1 no es un buen resultado. No contra el Sunderland. Los jugadores del Derby,

tus jugadores, lo saben. Los aficionados y la prensa lo saben. Longson y la directiva lo saben y, más que nadie, lo sabe Dave Mackay.

Así que es Mackay quien ha jodido la eliminatoria. Los jugadores del Derby, tus jugadores, están cabreados, muy cabreados, con el temita. Ahora el Derby tiene que enfrentarse al Sunderland en Roker Park mañana por la noche; y quien gane ese partido jugará contra el Liverpool en casa la siguiente eliminatoria de la Copa de la Liga. Pero, pero, pero...

Si el Derby perdiera mañana por la noche. Si el Derby County no consiguiera alcanzar la siguiente ronda de la Copa de la Liga. Si el Derby County no llega a jugar contra el Liverpool en casa...

Si el Derby pierde este partido, si Mackay pierde este partido, entonces, ¿quién sabe?

Los jugadores no quieren jugar para él. Los jugadores no quieren trabajar para él. Quieren jugar para ti, son tus jugadores. Quieren trabajar para ti.

No para Dave Mackay. Ni para Sam Longson.

Ellos te quieren a ti, tus jugadores te quieren.

Quieren a Cloughie; elevado, inmaculado, de nuevo en casa.

Así que no hay manera de que puedas tirar la toalla, todavía no. No hay manera de que te puedas largar, no ahora. No hay manera de que puedas dejar de pensar y pensar y pensar en ello, en ellos. Pero, pero, pero...

Has cerrado el acuerdo con el Brighton. Te has dado un apretón de manos con Bamber. Mañana por la mañana estarás volando desde el aeropuerto de East Midlands hasta el aeropuerto de Sussex.

Pero odias volar. Lo odias con todo tu alma. Así que has encontrado la excusa para que te entre el canguelo; tienes tu agenda y tu teléfono a mano.

Llamas a Phillip Whitehead, tu diputado de confianza. Le preguntas qué deberías hacer.

—Todo el mundo quiere que vuelvas —te dice—. Pero es tu carrera.

Llamas a Brian Moore³³. Le preguntas qué deberías hacer.

—Todo el mundo en ITV quiere que trabajes aquí a jornada completa —te dice—. La oferta sigue en pie, ya lo sabes. Pero en el fondo de tu corazón eres un entrenador de fútbol. Y eso lo sé yo y lo sabes tú. No soy quien para decirte lo que tienes que hacer, Brian, pero quizá deberías hacer lo que te

dicte el corazón.

Llamas a Mike Keeling. Le preguntas qué deberías hacer.

—Nadie quiere que te vayas —te dice—. Pero tú decides.

Llamas a John Shaw. Le preguntas qué coño deberías hacer.

—La gente de Derby quiere que te quedes —te dice—. La gente de Derby, los aficionados del Derby County Club de Fútbol quieren que te quedes y van a luchar sin descanso hasta conseguir que vuelvas a casa, y tú sabes que tanto yo como todos los demás implicados en el Movimiento de Protesta haremos todo lo que esté en nuestras manos para que así sea. Todo lo que esté en nuestras manos. Claro que, mientras tanto, también tienes a una mujer y a tres hijos que alimentar...

No puedes tirar la toalla. No puedes largarte. Porque no puedes dejar de pensar en ello. Porque no puedes parar de pensar y pensar y pensar en ellos.

Cuelgas el teléfono. Le preguntas a tu mujer qué deberías hacer.

—Habla con Peter —te dice ella—. Cuéntale tus dudas. A ver qué dice.

Te tomas una copa. Luego otra. Entonces llamas a Peter; Pete está ocupado haciéndose la maleta y silbando.

—Me gustaría estar en primera línea de mar.

—No puedo hacerlo —le dices—. De verdad que no puedo, Pete.

—El acuerdo es inmejorable —dice Peter—. Mejor que el que teníamos.

—No se trata del dinero —le dices—. Simplemente no puedo hacerlo.

—¡Entonces hemos terminado! —grita, berrea, vocifera y desvaría—. ¡En tal caso, tú y yo hemos terminado!

DÍA 39

Llega otra vez el sábado, llega con su tufo habitual; el sudor y el barro, las lociones y la grasa; el vapor y el jabón, los desagües y el champú. La incertidumbre y el miedo. La incertidumbre y el miedo. La incertidumbre y el miedo.

Algunos dicen que podría ser culpa de su entrenador. Algunos dicen que podrías ser tú el culpable.

Sé que nadie quiere jugar para mí. Que nadie quiere ponerse la camiseta por mí. Y que nadie quiere calzarse las botas por mí. Ni caminar por el túnel. Ni salir al campo.

Algunos dicen que podría ser culpa de su entrenador. Algunos dicen que podrías ser tú el culpable.

Ni Harvey ni Stewart. Ni Reaney ni Madeley. Ni Cherry ni Yorath. Ni Hunter ni McQueen. Ni Jordan ni Jones. Ni Cooper ni Lorimer. Ni Bates ni los Gray. Ni Giles ni Bremner. Ni Allan Clarke ni Duncan Mackenzie. Ni siquiera John McGovern o John O'Hare. No a día de hoy. No este sábado.

Sábado, 7 de septiembre de 1974.

Bajo sus pasos y bajo sus gradas, atravesadas sus puertas y dobladas sus esquinas. Me quedo fuera de su vestuario. Me quedo fuera del despacho de su junta directiva; pasillos abajo, me encierro en mi despacho con mis animalitos decorativos y con mis fotografías de pájaros, sirviéndome copas y encendiendo cigarrillos; escuchando sus pasos y escuchando sus voces.

Algunos dicen que podría ser culpa de su entrenador. Algunos dicen que podrías ser tú el culpable.

Me sirvo otra copa, me enciendo otro cigarrillo; otra copa, otro cigarrillo. Más pasos y más voces, llamando a la puerta, forcejeando el cerrojo.

—Míster —me llama Jimmy—. Míster, los jugadores le están esperando en el vestuario.

—¿Para qué, si puede sabarse? —le contesto—. ¿Para susurrar y conspirar a mi puta espalda? ¿Para ignorarme y burlarse de mí? ¿Para maquinar y...?

—Solo quieren saber quién juega —interrumpe Jimmy—. Eso es todo, Míster.

—Harvey. Reaney. Cherry. McGovern. McQueen. Hunter. Lori-mer. Clarke. O'Hare. Giles y Madeley —le digo—. Con Yorath en el banquillo.

—Entonces, ¿no va a venir? —pregunta Jimmy—. ¿No nos va a decir nada?

—Hoy no —le digo—. Os veo a todos fuera.

Se escucha el sonido de los pasos de Jimmy, que se retiran y resuenan pasillo abajo y al doblar la esquina; que se retiran y resuenan y se pierden entre el sonido de los miles de otros pasos, de pies que trepan hasta sus asientos, que se apostan en sus butacas para asistir al momento decisivo, a la representación final.

«¿Estás ahí, Brian? ¿Sigues ahí?»

Me termino la copa y apago mi cigarrillo. Abro el cerrojo y abro la puerta. La cierro con llave. Camino pasillo abajo, doblo la esquina, cruzo el vestuario y camino túnel abajo. Los equipos ya están en el terreno de juego. Salgo hacia la luz, al estadio. Al silencio. Sigo a través del foso. Hasta ese banquillo. Hasta ese asiento. En silencio.

«¿Cómo sobreviviremos, Brian? ¿Cómo sobreviviremos?»

Los 26.450 zombis de Yorkshire se quedan hoy en silencio en Elland Road. Los 26.450 zombis de Yorkshire se quedan en silencio hasta que un enorme perro negro ladra:

«¡Lárgate ya, Clough! ¡No eres Don ni lo serás en tu puta vida!»



Anoche el Derby County fue derrotado por el Sunderland. Derrotado por un hat-trick de Vic Halom. Derrotado 3-0 y eliminado de la Copa de la Liga. El Derby no jugó especialmente mal y el Derby tampoco jugó especialmente bien, pero, según la prensa, la diferencia entre el Derby y el Sunderland estriba en que los jugadores del Sunderland harían cualquier cosa que les

ordenara su entrenador.

¡Caminad por el agua! ¡Corred por el fuego!

Cualquier cosa que el puto Bob Stokoe les pidiera; se aferraron a cada una de sus palabras, vivieron cada una de sus palabras, exactamente como tu equipo hacía, igual que tus chicos.

Pero los del Derby County no hicieron lo que Dave Mackay les pidió. Los del Derby County no se aferran a cada palabra de Dave Mackay. No le escuchan en absoluto.

Así que ahora el Derby County no jugará la próxima ronda contra el Liverpool en casa.

A la prensa no le sorprende. A los aficionados, tampoco.

«¡Que vuelva Cloughie! ¡Que vuelva Cloughie! ¡Que vuelva Cloughie!»

Pero esta mañana no estás en Derby. Esta mañana Peter y tú os habéis besado y os habéis reconciliado en el aeropuerto de East Midland. Ahora tú y Peter estáis en el Goldstone Ground, el estadio del Brighton. Habéis ido en avión, os han recogido en el aeropuerto y os han llevado al Hotel Courtland.

Champán para desayunar. Un Rolls-Royce al llegar. La alfombra roja.

Así que ahora estás a punto de convertirte en el nuevo entrenador del Brighton & Hove Albion Fútbol Club; el secreto ha sido desvelado y anunciado. Pero todavía queda tiempo, queda tiempo...

Te aflojas la corbata. Te desabotonas el cuello. Te inventas algunas excusas. Caminas por un pasillo. Doblas una esquina. Encuentras un teléfono. Llamas a John Shaw.

—Toda la puta prensa deportiva de todo el maldito país está aquí —le dices—. ¿Firmo o no firmo, John? ¿Firmo o no firmo?

—Es tu carrera —te contesta—. Yo no puedo decirte lo que tienes que hacer, Brian.

—Pero si pudiera volver —le insinúas—. Si volviera...

—Estamos haciendo todo lo que podemos —te dice—. Lo estamos haciendo lo mejor que sabemos.

—Sé que es así —le dices—. Lo sé.

—Y si el equipo sigue cosechando resultados como el de anoche, ¿quién sabe, no? —te dice.

—Tienes razón —respondes—. ¿Quién sabe? Podría ser solo cuestión de tiempo.

—Ese es el único problema —te dice John Shaw—. Saber cuánto tiempo llevará.

—De acuerdo —le dices—. Voy a firmar, pero estaré de vuelta esta noche para la reunión.

—Te veo entonces —responde John—. Te veo entonces.

Cuelgas el teléfono. Encuentras un espejo. Te enderezas el cuello y la corbata; llevas puesta la corbata de World of Sport³⁴, tienes una sonrisa en la cara y algunas citas preparadas para las cámaras y los micrófonos, para tu audiencia...

—Esto es lo más grande que ha sucedido en la historia del Brighton —dice Mike Bamber—. A partir de ahora tenemos derecho a soñar.

—Y permíteme decir algo —interrumpes—. Este presidente y su directiva me han vendido el Brighton mucho mejor de lo que yo supe vender al Derby County.

—Lo ha hecho en el pasado —te dice la prensa—. ¿Está seguro de que repetirá la hazaña?

—Estoy ansioso por empezar —les respondes—. Porque entiendo que todavía queda mucho trabajo por hacer y porque sé que esto será incluso más difícil que en Hartlepool; más difícil, sobre todo, porque en el Hartlepool no esperaban nada de mí. Y más difícil que en Derby porque allí había una tradición. Una historia. Ahora Pete y yo tenemos una reputación, ahora hay expectativas, y no hay hadas madrinas al final del espigón de Brighton.

—¿Qué opinión le merece la plantilla del Brighton? —te preguntan.

—Solo hay dieciséis futbolistas, solo hay un portero, solo un preparador físico, solo un secretario, solo un encargado de mantenimiento; de hecho, solo hay uno en cada área. Así que, por una vez, esto nos sitúa a mí y a Peter como mayoría, pues ahora tienen a dos malditos entrenadores.

—¿Qué clase de personal y de jugadores incorporará?

—Baratos —respondes—. Y con los rostros tiznados de carbón.

—¿Qué tiene que decirle a la gente que dice que traelos a usted y a Taylor al Brighton es como contratar a McAlpine³⁵ para que decore un bar

de carretera?

—¿Qué tiene de malo un bar de carretera? —les preguntas—. Se puede decorar como si fuera el Ritz. O el Savoy. Lo mejor de la maldita cocina inglesa se sirve en los bares de carretera.

Y tú todavía eres el maldito mejor entrenador de Inglaterra, y las malditas cámaras y los malditos micrófonos todavía lo saben; las malditas cámaras y los malditos micrófonos todavía te quieren, todavía te adoran y te aplauden mientras les dedicas una reverencia y te vas...

Mike Bamber os conduce a Peter y a ti rumbo a un hotel en Lewes para que conozcáis a la plantilla del Brighton. El equipo está nervioso. El equipo tiene miedo.

Los pones nerviosos, los intimidas.

Esconden sus nervios y sus miedos tras una capa de bromas y de fanfarronería, sus bromas habituales, su fanfarronería habitual. Los odias. Los desprecias. Sus nervios y su miedo, sus bromas y su fanfarronería.

Te quitas la chaqueta. Esgrimes tu mentón.

—Venga va, dadme un puñetazo —les arengas—. ¡A ver quién tiene los putos huevos de hacerlo!



Ni yo soy Don Revie ni John McGovern es Billy Bremner. La muchedumbre está pidiendo mi cuello a gritos; la muchedumbre pide el cuello de John McGovern a gritos.

—Saque al maldito chaval —dice Jimmy—. Ya ha sufrido lo suficiente, joder.

—No lo sacaré ni aunque estuviéramos perdiendo 5-1 —le digo.

Pero el Leeds no está perdiendo 5-1 contra el Luton. El Leeds está empatando 1-1 con el Luton, el recién ascendido Luton Town; el Luton, que va dos puestos por encima del Leeds en la clasificación. Pero un 1-1 no es un buen resultado. No contra el Luton Town. Los jugadores del Leeds, *sus* jugadores, lo saben. Los aficionados y la prensa lo saben. Cussins, Bolton y la puta directiva entera del Leeds lo saben; y, por encima de todo, yo lo tengo claro de cojones.

Suena el silbato. El pitido final. El partido ha terminado.

Se baja el talón entre los abucheos y los silbidos de los 26.450 zombis de Yorkshire cuyos gritos ahogan la megafonía.

La megafonía por la que suena el «Who's Sorry Now?»³⁶.

Me levanto de ese banquillo. Me largo de ese búnker. Camino hasta el túnel, atravieso las puertas del vestuario y el pasillo, hasta encontrarme con la prensa; la prensa, la prensa, la prensa, la prensa, la prensa.

«¿Quién se lamenta ahora? ¿Quién se lamenta ahora?»

—Hemos estado muy cerca de haber hecho un partido formidable —les digo.

«¿Cuál es el corazón que se duele ahora por haber roto todas las promesas?»

—Ha sido una cuestión de confianza y yo soy responsable de esa confianza.

«El que está triste y deprimido y el que también llora.»

—O la inculco o la destruyo, y todavía no he sido capaz de inculcarla.

«Igual que yo lloré por ti.»

—Si hubiésemos aguantado el 1-0 y hubiésemos marcado el segundo, entonces hubiésemos florecido.

«Hasta el final, como un amigo.»

—Os juro que así de cerca hemos estado —les digo mientras reproduzco la forma de lo que sería medio centímetro con el índice y el pulgar—. Os juro que solo nos ha faltado esto. Os lo juro.

«Intenté advertirte.»

—No estoy en absoluto preocupado por la situación en la que estamos.

«Lo hiciste a tu manera, asume las consecuencias.»

—Solo me preocupo cuando no veo la manera de mejorar.

«Me alegro de que ahora te laments.»

—Me alegro de ser el entrenador del Leeds y no el del Luton.

«Hasta el final, como un amigo.»

—Me alegro de ser el entrenador.

«Intenté advertirte.»

—Soy el entrenador.

«Lo hiciste a tu manera, asume las consecuencias.»

—¡Arriba! —brama Bolton desde el pasillo— ¡Ahora mismo!

«Me alegro de que ahora te lamentes. Me alegro de que ahora te lamentes. Me alegro...»

16	Arsenal	6	2	0	4	6	7	4
17	Birmingham C.	6	1	2	3	6	10	4
18	Luton Town	6	0	4	2	4	7	4
19	Leeds United	6	1	2	3	4	8	4
20	Coventry City	6	0	3	3	7	13	3
21	West Ham Utd.	6	1	1	4	5	11	3
22	Tottenham	6	1	0	5	5	10	2

Era un hombre de Yorkshire y era un Hombre Astuto.

¡Y te maldije!

Primero con regalos, luego con derrotas.

¡Te maldije!

Derrotas y luego regalos; regalos y luego derrotas.

Hasta que perdiste. Hasta que te fuiste.

Yo te maldije, Brian. Yo te condené, Cloughie.

DÍA 40

Ahora lo lamentas, ahora lo lamentas, ahora lo lamentas, joder si lo lamentas.

Pensabas que nunca te irías. Pensabas que Mike Bamber nunca permitiría que te fueras. Pensabas que te encerraría en tu habitación del Hotel Courtland, en Brighton. Luego pensaste que Pete nunca aceptaría volver contigo. Que no volvería a Derby contigo. No esa noche. Luego pensaste que nunca encontrarías un coche. No a esa hora. No para ir a Derby. Pensaste que no encontrarías conductor. Y luego el viaje duró una eternidad. El tráfico. El tiempo. Pensabas que no lo conseguirías. Pensabas que, para cuando hubieses llegado, la reunión ya habría terminado. Pero aquí estás, de nuevo en casa, en Derby. Has llegado para la reunión en el King's Hall³⁷, en Derby.

El King's Hall está lleno. Todo el mundo de pie. El King's Hall suspira.

Subes al escenario. Alzas tus manos. Te aguantas las lágrimas.

—Hemos aceptado el trabajo porque nos habíamos quedado en paro —le dices al King's Hall de Derby—. Somos hombres de fútbol y el puesto estaba disponible.

Has venido a decir adiós. Has venido a decir gracias.

—Muchas gracias por todo lo que estáis haciendo —les dices—. Y no os olvidéis de apoyar a Roy McFarland.

Empiezas a llorar. No puedes parar. Le pasas el micrófono a Peter y Peter dice:

—Me parece que deberíamos dejarlo aquí. Pero gracias por vuestro apoyo.

Pero el Movimiento de Protesta del Derby County no está de acuerdo. El

Movimiento de Protesta del Derby County no quiere dejar nada. El Movimiento de Protesta quiere que vuelvas.

—Esto es increíble —le dices a John Shaw—. Si puedo volver a Derby, lo haré.

—Pero no vamos a volver —te dice Taylor—. No podemos volver, Brian. Ya no. Hemos firmado por el Brighton. Así que deberíamos continuar todos con el resto de nuestras vidas y dejar de confundir a la gente. Al Movimiento de Protesta, a los jugadores, a la gente de Derby. No es justo; no es justo para ellos ni es justo para Dave.

—¡Que se joda Dave Mackay! —le dices—. Que se joda.

—En realidad no lo piensas —te dice—. Lo único que estás consiguiendo es hacerle daño a él y hacerte daño a ti mismo. La mitad de la gente que está aquí protestando, que te pide que vuelvas, solo lo hace para obtener un poco de publicidad gratuita para sus negocios, solo se suben al carro para autopromocionarse.

—¡Vete a la mierda! —le gritas—. ¡Vete a la mierda!

—Abre los ojos, hombre —te dice—. Mira a tu alrededor. No le importas a nadie. A nadie le importa el Derby County. A nadie le importa una mierda este pequeño club.

—Vete a la mierda.

—Hemos dimitido, Brian. Tenemos otro trabajo ahora —te dice—. Es hora de mirar hacia delante.

Te largas furioso. Te largas a portazos. Caminas por las calles de Derby. Encuentras un taxi. Consigues que te lleve a casa gratis. Abres a empujones la puerta principal. Subes rápido arriba. Te tiras sobre la cama y te cubres la cabeza con el edredón.

—¡¿Qué he hecho?! —gritas y aúllas—. ¡¿Qué coño he hecho?!

Es jueves, 1 de noviembre de 1973.

DÍA 41

Lo veo desde la autopista. A través del parabrisas. «¿Estás ahí, Brian?» Sucumbes en lo alto de Beeston Hill. Estás hecho un ovillo recortado contra la línea del ferrocarril y el terraplén de la autopista. «¿Sigues ahí todavía?» Los focos y las gradas, esos dedos y esos puños que se alzan sobre los bastones y sobre las piedras, sobre su carne y sus huesos. «Zombis, putos zombis.» Hoy no hay niños en la parte de atrás. Hoy solo están Arthur Seaton, Colin Smith, Arthur Machin y Joe Lampton.

«Dejaste que esos hijos de puta te hicieran picadillo —susurran—. Esos zombies.»

«¡Callaos la puta boca!», les digo. Y enciendo la radio, la pongo a toda leche.

«Me equivoqué. Tendría que haber actuado con mayor determinación, tendría que haber sido más directo. Es una losa que deberé cargar a diario durante el resto de mi vida.»

Nixon. Nixon. Nixon. La radio encendida.

«Evel Knievel³⁸ se precipitó por el barranco durante su pedaleo aéreo sobre el río Snake, pero aterrizó sano y salvo gracias a su paracaídas.»

Paracaídas. Paracaídas. Paracaídas. La radio puesta.

«Pasemos a otras noticias deportivas... El Leeds United, que nunca había bajado de los cuatro primeros puestos de Liga en los últimos diez años, se encuentra esta mañana a solo tres plazas del farolillo rojo de la categoría, y su nuevo entrenador, Brian Clough, está en una situación delicadísima.»

Apago la radio mientras salgo de la autopista en mi flamante Mercedes-Benz azul. *No hay paraíso, no hay infierno.* Por las curvas seniles y por los

cruces hasta la intersección de Lowfields Road con Elland Road. Todo a la derecha y recto hasta cruzar esas putas puertas. *No hay infierno. No hay infierno. No hay infierno.* Hoy no hay rastro del enorme puto perro negro. Solo otras personas. Otros sitios. Otros tiempos. Y la pintada en la pared.

¡FUERA CLOUGH!



Brighton & Hove Albion, otoño e invierno de 1973. Hoteles y discotecas, el Hotel Courtland y la discoteca Fiesta son lo mejor de todo, lo mejor con diferencia.

«Oh. A ti no te gusta estar junto al mar...»

Champán y ostras, salmón ahumado y caviar.

«No te gusta estar junto al mar.»

Las noches en la ciudad; Dora Bryan, Bruce Forsyth y Les Dawson.

«No te gusta pasearte por el porrom, pom, pom.»

Pero esto no es vida para ti, una mesa junto a la ventana, una puta mesa para uno.

«Por donde tocan las *big bands*.»

Echas de menos a tu mujer. Echas de menos a tus hijos. Echas de menos a tu Derby.

«¡Chitirón, porrom, pom, pom!»



Brilla el sol y está lloviendo. El cielo está negro y azul, amarillo y violeta. Aquí no hay arcoíris, solo entrenamiento. Tendría que ser un día libre, un día de descanso para los jugadores. Si no hubieran empatado en casa, el sábado, contra el Luton Town. Si no fueran los cuartos por la cola en Primera División, con cuatro puntos y cuatro goles en seis partidos. Si no fuera porque mañana por la noche jugamos contra el Huddersfield Town, fuera, en la segunda ronda de la Copa de la Liga. No hay días libres, no hay días de descanso bajo el cielo abotargado de Yorkshire.

«Basta de tocarse los huevos —les digo—. Hagamos dos equipos, ¡ahora!»

Con sus chándales violetas y sus nombres a la espalda, se ponen los petos y esperan a que suene el silbato y entonces vamos, vamos, vamos.

Durante horas y horas corro y grito y nadie habla ni nadie la pasa, pero puedo leer su juego, puedo leer sus movimientos, así que cuando el Irlandés controla la pelota en su propio terreno y amaga el pase, me acerco a él, para cerrarle, y el Irlandés se ve obligado a dar media vuelta y retrasar el balón hacia Hunter, un pase malo, demasiado corto, y voy a por él, a interceptar un pase malo y deliberadamente desviado, y entonces Hunter y Giles se aproximan, Hunter y Giles se acercan, mi mirada fija en la pelota, mi mente en la pelota, y Hunter ya está aquí y Giles ya está aquí y

Craaac...

Negro y azul, violeta y amarillo, el silencio y el fundido a negro.

«¡Levanta Clough! ¡Clough está haciendo teatro!»

Estoy en el suelo, sobre el barro, los ojos abiertos y la pelota desaparecida. Veo sus rostros elevados por encima de mí, sus ojos mirando hacia abajo. Son como lunas sucias. Sucias lunas jadeantes.

«¿Cómo sobreviviremos, Brian? ¿Cómo sobreviviremos?»

«Esto es lo que llamamos un balón suicida, señor Clough.»



Es noche cerrada, noviembre de 1973. La noche se cierra sobre Derby. Has conducido toda la noche. Desde Brighton. De vuelta a Derby. Aparcas a la salida del gimnasio Barry McGuinness, en London Road. Sacas la bolsa de mano del asiento del pasajero. Cierras la puerta del coche. Te metes en el gimnasio.

Los jugadores del Derby levantan la vista. John Shaw y Barry McGuinness levantan la vista.

—Como perjudiquéis las putas carreras de estos jugadores —les dices —, a ti, Barry, te quemaré este restaurante; y a ti, John, te secuestraré a los hijos.

John y Barry palidecen. John y Barry asienten.

—¡Y ahora quiero que os vayáis todos a vuestra puta casa! —les dices a los jugadores—. ¡A la cama, ahora mismo!

Los jugadores, tus jugadores, asienten y se incorporan. Empiezan a

retirarse lentamente. David Nish es el último. Siempre es el último de los cojones. David Nish, el rezagado.

—¡Espabila, David! —le gritas—. Arrastrar los putos pies te hubiese costado diez putas libras hace solo unas semanas.

Abres la bolsa de mano. Sacas tres botellas de cerveza y tres vasos.

—Me he comprado mi cerveza y luego una para cada uno de vosotros dos —les dices a John y a Barry—. Y ahora, caballeros, contadme qué vais a hacer por mí.

—Lo acabas de joder todo —murmura John—. Los jugadores habían venido para decirnos que estaban dispuestos a hacer huelga por ti.

Te sirves tu cerveza negra. Te la bebes de un trago. Te secas los labios.

—Id al Baseball Ground —les dices a John y a Barry—. Buscad a Tommy Mason. Juega en el segundo equipo. Buen chaval. No ha triunfado. Decidle que haga huelga con los putos jugadores del filial. Luego, el primer equipo de los huevos los seguirá.



Estoy solo en la ducha. Estoy solo en la bañera. Estoy solo en el vestuario, me siento en un banco, debajo de esos colgadores, con la toalla anudada alrededor de mi cintura y desplegada sobre mis piernas, mis piernas amoratadas, aunque no rotas; no están rotas, pero duelen. «SIGUE LUCHANDO», se lee por encima de la puerta, la puerta de salida.



No te gusta conducir, así que te llevas a Bill del Hotel Midland, a tu viejo amigo Colin y a John Shaw para que se alternen al volante, de Brighton a Derby y de Derby a Brighton. Hoy es Bill quien hunde el pie en el acelerador mientras tú te cambias y te pones el chándal en el asiento de atrás.

Bamber se va a reunir contigo, en tu despacho, en el Goldstone Ground.

Pero tú vuelves a llegar tarde, tarde de nuevo; y él te espera y te espera, de nuevo.

Él, con traje y corbata; tú, con chándal y botas.

Pones tus botas encima del escritorio, te llevas las manos detrás de la cabeza y le dices:

—Señor Presidente, la he cagado. Llevaba tres semanas sin jugar y este entrenamiento me ha dejado para el arrastre.

—Eres un mentiroso de mierda, Brian —se ríe Bamber—. Lleva diluviando toda la mañana y tus malditas botas están más limpias que un puñetero silbato.

—Bien visto —le dices—. Me has pillado.



Bajo las gradas, atravesadas las puertas, doblada las esquinas, pasillos abajo, se empiezan a oír pasos, se oyen voces y enseguida alguien llama a la puerta.

—¿Míster? —preguntan John McGovern y John O’Hare—. ¿Quería vernos?

—Sí —les digo—. Sentaos. ¿Una copa? ¿Un pitillo?

John McGovern niega con la cabeza. John O’Hare niega con la cabeza.

—A ver, escuchad —les digo a ambos—. No puedo ponerlos a los dos, porque no os lo merecéis, joder, no os merecéis cargar con todo el peso. Así que tengo que dejaros fuera a los dos. Entendéis el porqué, ¿verdad? ¿Entendéis mi posición?

John McGovern asiente. John O’Hare asiente.

Me enciendo otro pitillo. Me sirvo otra copa.

Les ofrezco de nuevo el paquete, la botella.

Niegan con la cabeza de nuevo. Se levantan. Se van.



Hay que volver a empezar de cero; John Shaw se fue hasta los aposentos de Tommy Mason; John estuvo bebiendo tazas de té con la casera de Tommy; John escuchó cómo Tommy llegaba por la calle de vuelta del entrenamiento; Tommy vio a John; Tommy no podía creerse la suerte que había tenido; Tommy pensó que lo querías de vuelta, en Brighton; John le dio primero las malas noticias; luego le dio las buenas; Tommy accedió a llevar al filial a la

huelga. Pero Webby escuchó rumores sobre la conspiración; y entonces los rumores de huelga fueron liquidados.

Vuelta a empezar. Vuelta al plan alternativo; a la Operación Bola de Nieve.

Estás sentado solo en casa de Mike Keeling. Mike Keeling y John Shaw están al otro lado de la calle, en casa de Archie Gemmill, con Archie Gemmill y Colin Todd.

—Cuando escuchéis las palabras «Bola de Nieve» —les cuentan Keeling y Shaw a Gemmill y Todd—, vosotros dos y el resto del equipo os tenéis que declarar en huelga.

—¿Te dijo el Míster que me lo dijeras? —pregunta Gemmill.

—No —dice Keeling—. Ahora es el entrenador del Brighton. Te lo pido yo.

—¿Lo harás? —pregunta John Shaw.

—Solo si el Míster me lo pide.

Mike Keeling y John Shaw cruzan la calle hasta casa de Keeling, donde tú los esperas sentado, solo. Keeling y Shaw te cuentan lo que les ha dicho Gemmill.

—Traedme aquí al chavalín —les dices.

John Shaw cruza de nuevo la calle. John Shaw regresa con Gemmill.

—¿Te declararías en huelga para que volviera al Derby? —le preguntas.

—Sí, Míster —dice Gemmill.

—¿Y lo harías sin que yo te lo dijera?

—No —dice—. Solo me declarararía en huelga si usted me lo pidiera.

Y tal es el final del plan alternativo. El final de la Operación Bola de Nieve.

Pero esa misma noche te reúnes con tus jugadores del Derby y con sus esposas otra vez; te reúnes con ellos en el Hotel Midland y luego los invitas a tu casa.

Para aceptar, finalmente, la derrota. Para decir, finalmente, adiós. Pero los jugadores no aceptarán la derrota. Los jugadores no te dirán adiós.

Nunca aceptarán la derrota. Nunca dirán adiós.

Los jugadores del Derby, tus jugadores, han escrito el borrador de una carta para Dave Mackay:

Nosotros, los que suscribimos, nos negamos a volver al Derby County Club de Fútbol hasta la una del mediodía del sábado 24 de noviembre, por las siguientes razones:

- a) Estamos descontentos con el actual entrenador y
- b) Con la negativa a readmitir al señor Brian Clough y al señor Peter Taylor.

Entonces tu mujer se lleva al resto de esposas a la reunión del Movimiento de Protesta, mientras tú abres otro lote de champán y te enciendes otro puro.

Nadie va a aceptar la derrota. Nunca. Nadie va a decir adiós. Jamás.

Los resultados están en contra de Mackay. Los resultados están a tu favor.

Solo John O'Hare se presentará al entrenamiento de mañana por la mañana.



Pasillos abajo y dobladas las esquinas. Escaleras arriba y luego otro pasillo abajo. Hasta el despacho de la junta directiva de Yorkshire; allí, tras las cortinas corridas de Yorkshire, me estoy bebiendo un coñac francés y pruebo el sabor de la moqueta de Yorkshire.

—No vas a vender a Cooper ni vas a fichar a Todd —declara Bolton de nuevo—. Y no vas a vender a Harvey ni vas a fichar a Shilton.

—Joder que no.

—¡No lo vas a hacer! —grita Bolton—. Ni Harvey. Ni Cooper. Ni por setenta y cinco mil libras ni por ciento setenta y cinco mil libras. No cuando lo único que tienes son cuatro malditos puntos de doce posibles. No cuando vamos cuartos por la cola.

—¿Es eso lo que pensáis todos? —les pregunto—. ¿El puto grupo entero?

La junta directiva de Yorkshire se me queda mirando. La junta directiva de Yorkshire asiente.

—¿Qué hay de Bob Roberts? —pregunto—. ¿Dónde está Bob Roberts?

—Bob está de vacaciones —sonríe Bolton—. Bob no te puede ayudar ahora mismo.

Sobre esa moqueta de Yorkshire, tras esas cortinas de Yorkshire, en el despacho de esa junta directiva de Yorkshire, ahora es cuando lo veo, cuando lo veo claramente en sus ojos, en sus ojos, en todos los ojos.

Aquí y ahora me doy cuenta, me doy cuenta, me doy cuenta.



Dave Mackay ya ha tenido suficiente; está harto de los rumores y está harto de las amenazas. Ha perdido contra el QPR. Ha perdido contra el Ipswich Town. Ha perdido contra el Sheffield United. Dave Mackay todavía no ha ganado y le esperan el Leeds United, el Arsenal y el Newcastle.

Dave Mackay ya ha tenido suficiente; ya ha tenido suficientes malos resultados, está harto de la campaña a favor de la vuelta de Clough y está harto de los jugadores del Derby, tus jugadores.

Dave Mackay finalmente ha estallado. Dave Mackay se ha arremangado y les ha cantado las cuarenta. Y no lo ha hecho con puñeteras vaguedades, precisamente.

«El maldito Clough no va a volver —les dice—. Y si yo no aguanto, vendrá otro en mi lugar, ¡pero no será el puto Brian Clough! Así que, si no queréis jugar bajo mis órdenes, pedid el puto traspaso y ¡a tomar por el culo! Y si eso hace que os larguéis todos, pues que así sea: pondré a los putos suplentes. La decisión es vuestra: o os quedáis o os vais a tomar por el culo.»

Entonces Dave Mackay los hace a un lado y los aborda uno a uno, jugador tras jugador; y uno a uno, jugador tras jugador, hacen todas las paces con Dave Mackay. El último de todos es Roy McFarland, que hace las paces y le estrecha la mano delante de todo el vestuario. Entonces Roy llama al Movimiento de Protesta del Derby County para que cese sus actividades.

Pero tú todavía tienes esperanzas, no te rindes, tienes esperanzas de que hoy suceda algo, porque hoy Dave Mackay y su Derby County juegan en casa contra el Leeds United de Don Revie.

Es sábado, 24 de noviembre de 1973.

Hoy el Brighton juega en casa contra el Walton & Hersham, un equipo amateur, en la Copa. Pero tú no estás pensando en la Copa, no estás

pensando en el Walton & Hershaw. Hoy estás distraído. Hoy estás en otra parte. Hoy solo piensas en el Derby County; solo piensas en el Leeds United. Sabes que hoy es la gran prueba, la prueba de fuego para Dave Mackay. Sabes que está a una sola derrota de ser despedido, un despido que podría hacer que volvieras. Distraído y ausente, tus pensamientos siguen en el Baseball Ground mientras aquí, en el Goldstone Ground, el Brighton está perdiendo.

Pierde 0-1. Y luego 0-2. Y más tarde 0-3. Y al final 0-4.

El Brighton ha perdido 0-4 en la Copa contra un equipo amateur.

Estás de pie en ese vestuario derrotado. Miras fijamente al equipo derrotado; ese Brighton derrotado que no se atreve ni a mirarte a los ojos.

No saben ni cómo ponerse la camiseta, ni siquiera sirven para atarse los cordones de las botas.

Sin ti no pueden ponerse las malditas camisetas ni atarse las putas botas.

Este maldito equipo de Brighton derrotado que está acojonado contigo.

Les fluyen las lágrimas por las mejillas. Por las camisetas. Unas lágrimas que también corren por tu rostro.

El Derby County ha empatado 0-0 con el Leeds United.



El cuchillo afilado y el revólver cargado. La larga soga. La autopsia. La rueda de prensa.

«Lo que tenemos que hacer es salir y ganar —declaro—. Eso lo arreglará todo, una maldita victoria.»

Pero hay algo en sus ojos.

«No ha habido ningún tipo de crítica a mi trabajo. La junta directiva quería que les informara, y con razón, de todo lo que sucede dentro del club. Y yo les informé de todo. Mi política siempre ha consistido en trabajar con el presidente del club, con la junta directiva y con todo aquel relacionado con el club, y así seguiré haciéndolo.»

Hoy no hay preguntas, hoy solamente hay algo en sus ojos.

«La oferta del Forest no era suficientemente alta. Terry vale más que eso. Creemos que todavía puede aportar muchas cosas al Leeds United. La oferta

del Forest no se correspondía con nuestra valoración, con lo que pensamos que vale Terry Cooper.»

Es la manera en que me miran, la forma en que miran fijamente, pero solo cuando miro hacia otro lado.

«Nunca en mi vida he estado tan convencido del apoyo sin fisuras de los jugadores. Los jugadores están conmigo.»

Como si estuviese enfermo; como si tuviese cáncer y me estuviese muriendo pero nadie se atreviera a decírmelo.

«Todo está bien, todo está claro.»



Justo cuando parecía imposible que las cosas pudiesen empeorar, las cosas empeoran de la hostia, se ponen mucho, mucho peor; el Brighton & Hove Albion pierde 2-8 en casa contra el Bristol Rovers; es la peor derrota de tu carrera, en calidad de jugador o en calidad de entrenador.

Metes a tu hijo, al pequeño, en el coche y conduces rumbo a Londres. Sientas al pequeño en tus rodillas en los estudios de la London Weekend Television. Lo pones delante de las cámaras. Esta es tu defensa. El niño es tu defensa. El niño es tu escudo.

«Los jugadores del Brighton son abominables —declaras ante Brian Moore y ante las cámaras—. No tienen ni idea de lo que deben hacer y además eluden toda responsabilidad moral.»

«Toda responsabilidad moral.»



Apago el cigarrillo. Me termino la copa. Cierro el despacho con llave. Compruebo que la puerta esté bien cerrada. Camino pasillo abajo. Pasados los trofeos. Pasadas las fotografías. Pasadas esas puertas, hasta salir afuera, al aparcamiento. Rumbo a mi flamante Mercedes-Benz azul.

Hay dos chavales apalancados junto al coche, llevan botas y pantalones tejanos, llevan bufandas anudadas al cuello y a las muñecas, y tienen las manos en los bolsillos.

—¿Cómo estáis esta tarde, chavales? —les pregunto.

Inclinan sus cabezas y parpadean. Se propinan pequeños codazos los unos a los otros.

—¿Estuvisteis aquí el sábado, verdad? —les pregunto.

Inclinan de nuevo la cabeza, se balancean de un lado a otro.

—Basura —dice uno de ellos. Y a otro se le escapa una risita.

—Sobre todo John McGovern —dice el que habla—. Basura, eso es lo que es.

—Ganó la Liga con el Derby —les digo—. Dadle un poco de tiempo.

El chaval más tranquilo dice:

—¿Va a fichar a todos los jugadores del Derby County?

—No os creáis toda la bazofia que sale en los periódicos, chavales —les digo—. Y no os preocupéis: al final, todo saldrá bien. Ya lo veréis.

Inclinan de nuevo las cabezas y parpadean.

Saco las llaves del coche. Abro la puerta.

—¿Adónde va? —me preguntan.

—A casa —les digo—. Y ahora no os emborrachéis demasiado, ¿de acuerdo, chavales?

Sonríen. Se ríen. Me despiden con la mano.

—Hasta luego, chavales —les digo—. Hasta luego, chavales.

DÍA 42

El Derby County empata con el Arsenal. El Derby County derrota al Newcastle. El Derby County derrota al Tottenham. Dave Mackay empieza a ganar. Dave Mackay continuará ganando. El Leeds United también continuará ganando. Don Revie sigue ganando. Pero Brian Clough sigue perdiendo.

La única buena noticia te llega del Comité de Disciplina de la Federación. Te declaran no culpable de haber desprestigiado el juego por todas las cosas que has dicho y que has escrito sobre Don Revie.

Las cosas que has dicho y que has escrito una y otra vez, una y otra vez.

Crees que es un resultado que te abrirá puertas; que te abrirá mejores puertas. Y es que otro buen resultado te llega con una nueva derrota de la Inglaterra de Alf Ramsey. Inglaterra pierde 1-0 contra Italia y toda la presión recae ahora sobre Ramsey y la Federación.

Estos resultados abrirán puertas, piensas tú. Esto abrirá puertas mejores.



Las cosas nunca son como la gente dice que son. Las cosas nunca son como tú quieres que sean. Las cosas empeoran y empeoran, día a día, hora a hora. Y al final las cosas se derrumban. Las cosas, simplemente, se colapsan.

Me levanto de la cama. En silencio. Desayuno. En silencio. Me voy de casa. En silencio. Conduzco al trabajo. En silencio. Aparco. En silencio. Al campo de entrenamiento. En silencio.

Ni sonrisas. Ni risas. Ni coñas. Ni bromas. Ni conversaciones. Ni charlas. Aquí, no.

Me quedo de pie en el borde del campo de entrenamiento y observo cómo ensayan algunas jugadas. Jimmy se acerca. Jimmy dice:

—Pensaba dejarlo aquí, Míster.

—Muy bien —le digo.

Y le pregunto:

—¿Qué estaban ensayando justo ahora?

Jimmy sonrío. Jimmy dice:

—Jugadas de despiste, Míster.

—Pues por una vez podrían haberlo hecho conmigo.

Se lo digo y luego me retiro y deambulo terraplén abajo. Me cruzo con Syd y Maurice. En silencio. Paso las casetas y cruzo el aparcamiento. Los charcos y los socavones. En silencio. Entro en recepción.

—Al salón de jugadores —dice Bolton—. En diez minutos.



Cuelgas el teléfono. Ahora ya sabes que es el final. Ya no hay opción de volver atrás.

El Derby County Club de Fútbol celebró su reunión general anual de 1973. Mike Keeling presentó una solicitud, respaldada por siete mil firmas, en la que pedía tu readmisión. La directiva presentó, a su vez, una contrasolicitud respaldada por veintidós mil firmas.

Se siguieron escuchando cánticos contra Jack Kirkland. Se siguieron escuchando cánticos contra Sam Longson; la reunión se disolvió caóticamente entre abucheos, mientras Longson sostenía el micrófono contra su oreja y miraba perdidamente al vacío; mientras los guardias de seguridad agarraban a Keeling y lo arrojaban escaleras abajo.

Pero ahora es el final y tú lo sabes. No hay vuelta atrás. Ya no.



El salón de jugadores, Elland Road. Al fondo de la tribuna Oeste, al salir del pasillo principal. Dos puertas cerradas y un bar vacío. Techos bajos y moqueta pegajosa. Espejos y más espejos por las paredes. Los jugadores van en fila india: están recién duchados y llevan sus trajes negros de luto; los

jugadores y los directivos se dirigen directos al funeral de Harry Reynolds, directos después de esto; de esta farsa, del cortejo de estos jugadores, de este primer funeral, el mío.

—Yo digo, digo que, quiero decir... —empieza Many Cussins—. A ver, anoche tuvimos una reunión de la junta directiva porque entendemos que existe cierta inquietud sobre lo que está ocurriendo en el terreno de juego, las cosas no están yendo del todo bien...

—Dejaos de palabrería —dice Bolton—. Queremos saber qué está pasando.

Cabezas bajas, sus dedos y sus uñas entre sus labios y sus dientes; los jugadores se quedan en silencio.

Le doy la vuelta a la silla y me siento. Descanso mis brazos sobre el respaldo y les pregunto:

—Escuchadme, chavales, ¿qué tal si empezamos otra vez de cero e intentamos hacer mejor las cosas?

Cabezas bajas; sus dedos y sus uñas entre sus labios y sus dientes; sigue reinando el silencio.

—Quizá, si al señor Clough no le importara salir un momento —dice John Giles—, seríamos capaces de decir lo que pensamos.

Miro al Irlandés. El Irlandés sonríe. El Irlandés me guiña el ojo.

Hijo de puta. Hijo de puta. Hijo de puta. Hijos de puta. Todos ellos.

No me demoro. Me levanto. Me doy media vuelta. Me largo.

«No estamos contentos con su manera de llevar el equipo.»

Les dejo. Camino bajo la tribuna, atravieso las puertas y doblo las esquinas.

«No lo vemos nunca y, cuando está, no nos dice nada.»

Camino por el pasillo que lleva al despacho. Vuelvo y me encuentro a Jimmy junto a la puerta.

—Esto ya está —le digo a Jimmy—. No hay manera de que pueda seguir entrenando a este club.

«A mí me gustaría saber, señor Cussins, qué motivó su fichaje, después de todo lo que había dicho sobre nosotros.»

—¿Qué va a hacer, Míster? —pregunta Jimmy.

«No fui solo yo el que le fichó, chicos...»

—Voy a dimitir —le digo—. Pero me aseguraré de que tú sigas.

—Yo no me quedo aquí sin usted, ni de coña —dice Jimmy—. De ninguna manera.

«Lo que los chavales intentan decir, señor Bolton, es que no es lo suficientemente bueno.»

—De acuerdo —le digo—. Quiero que te vayas a casa esta noche y que calcules cuánta pasta vas a necesitar...

«No es lo suficientemente bueno para el Leeds United.»

—... porque yo tengo muy claro lo que voy a hacer.



No estás en el trabajo. Estás volando. Estás a diez mil metros de altura, volando. De camino a Nueva York, a presenciar el combate entre Muhammad Ali y Frazier en el Madison Square Garden. Con todos los gastos pagados. Por gentileza del Daily Mail, el mismo periódico que te presentará a Ali.

Ali contra Clough —la Cumbre de los Bocazas—, Ego contra Ego.

Te da igual. A diez mil metros de altura. Rumbo a Nueva York. En un vuelo chárter en compañía de una delegación del Victoria Sporting Club³⁹. El Victoria Sporting Club, que intercepta cada botellín del carrito de las bebidas y luego los arroja en tu dirección.

—¡Brian, pillá lo que quieras, joder! —gritan—. Tómate todo lo que te dé la puta gana, hijo.

Volando, borracho y asustado. Sacas el periódico, el Daily Mail:

«Clay y yo nos tenemos muchas ganas —dice Frazier—. Todavía le llamo Clay; su madre le llamaba Clay. Si has estado cerca de él lo suficiente, entonces, cuando suena la campana en el ring, puedes sentir un montón de odio hacia él en tu corazón; pero, de otro modo, lo miras y te ríes. Hay algo en él que no está bien. Ahora me percaté de que le faltan uno o dos tornillos en algún sitio.»

Volando, borracho y asustado, así arranca 1974 para Cloughie. Borracho y asustado, flotando en el aire, mil novecientos setenta y cuatro.



Los observo bajar las escaleras del autocar del equipo y salir afuera, todavía enfundados en sus trajes negros, con sus corbatas negras, con sus libros de bolsillo y sus barajas de cartas, pero no me molesto en contar los corazones; no esta noche.

Esta noche tiene treinta mil ojos y ningún corazón. Treinta mil ojos más dos: los de Don entre la muchedumbre. Don en las gradas. Don con su traje negro. Su corbata negra. Su traje de funeral. Su traje de luto. Ha venido a ver mi último partido, que es el mismo que el primero:

Huddersfield Town contra Leeds United.

Esta vez no es un amistoso. Esta vez es la segunda ronda de la Copa de la Liga.

El Huddersfield Town con su camiseta de rayas blanquiazules verticales y pantalones y medias blancos. Poole. Hutt. Garner. Pugh. Saunders. Dolan. Hoy. McGinley. Gowling. Chapman y Smith.

Contra.

Un Leeds United que viste camiseta, pantalón y medias de color amarillo. Harvey. Reaney. Cherry. Bates. McQueen. Hunter. Lorimer. Clarke. Jordan. Giles y Madeley. Ni McKenzie. Ni McGovern. Ni O'Hare.

Son el Leeds United, los vigentes campeones de Inglaterra. Pero no son mi equipo. Este equipo, no. Arrancan un penalti y Lorimer marca. El árbitro señala que debe repetirse el lanzamiento y Lorimer falla. Pierden por un gol a cero a solo once minutos del final contra un equipo de Tercera División, pierden por un gol hasta que Lorimer empalma una volea al fondo de las mallas a solo un minuto del final. Tendrá que jugarse el partido de desempate en Elland Road dentro de dos semanas. Pero yo ya no estaré. Yo ya no seré su entrenador.

Porque no son mi equipo. Este equipo, no. Este equipo no lo es y nunca lo será.

Con sus sucias camisetas amarillas, sus sucios pantalones amarillos y sus sucias medias amarillas.

Son su equipo. *Su Leeds.* Su puñetero y sucio Leeds y siempre lo serán.

Con su traje negro. Su corbata negra. Con su traje de funeral. Su traje de luto.

No es mi equipo. Nunca lo será. No este equipo. Jamás.

Ni son el Derby County ni yo soy Donald Revie.



El Derby sigue ganando. El Leeds sigue ganando. El Brighton sigue perdiendo. Pero tú nunca estás ahí; de domingo a jueves, nunca estás ahí.

Estrechas la mano de Muhammad Ali, estrechas la mano de Frank Sinatra. No sales en las páginas de deporte de los periódicos, sales en las portadas.

Vuelves también a las calles de Derby, sales a la palestra para apoyar a Phillip Whitehead; Phillip Whitehead, el diputado del Partido Laborista por el Norte de Derby; Phillip Whitehead, que te dio su apoyo en Derby; Phillip Whitehead, tu amigo, a quien quieres apoyar todo lo que puedas.

—¿Pero cómo puedes hacerlo siendo entrenador del Brighton?

—No veo cuál es el puñetero problema —le dices—. Solo voy allí los viernes y estoy de vuelta en Derby el sábado por la noche.

Bajo el aguanieve. Bajo el chirimiri. Por las casas y las calles. Haces campaña:

—Soy Brian Clough —les dices a los votantes de Derby, les gritas desde el megáfono—. Y creo que deberíais salir todos a votar por el Partido Laborista.

Bajo el aguanieve. Bajo el chirimiri. Por las casas. Por las calles. Eres como el flautista de Hamelín.

—Soy Brian Clough —les dices—. Y quiero que vayáis todos a vuestro colegio electoral y que votéis por Phillip Whitehead, el candidato laborista.

Bajo el aguanieve y bajo el chirimiri, por las casas y por las calles; te encanta todo esto. Pedir votos por las puertas, los discursos ante salones repletos.

—¡Un maldito pedazo de pastel para todos! —proclamas—. Os lo dice Brian Clough.

—¿Cuándo vas a volver a Derby, Cloughie? —grita alguien durante uno de los turnos de preguntas mientras el auditorio entero se levanta y zapatea.

—Primero consigamos que Phillip salga elegido —le dices al auditorio—. Luego ya veremos qué pasa.

En las elecciones generales de 1974, Phillip Whitehead conserva su

*asiento contra todo pronóstico, con una mayoría de mil doscientos votos.
Contra todo pronóstico.*

Eso es lo que pasa en Derby. Febrero de 1974. Solamente eso.



El viaje de diez kilómetros de Leeds Road, el estadio del Huddersfield, a Elland Road, es un viaje largo; el viaje más largo de toda mi puta vida. Esta noche no hay libros de bolsillo. Ni barajas de cartas. Esta noche no hay corazones de mierda. Nadie se ríe. Nadie bromea. Nadie habla. Ni una sola palabra hasta que Many Cussins dice:

—¿Podemos intercambiar unas palabras?

—¿Unas palabras?

—Sí —murmura—. Unas palabras y una copa. En mi casa.



Vuelves a estar arriba, volando, rumbo a Irán, por gentileza del sah, el sah de Irán, que quiere que entrenes a su selección nacional.

Bill y Vince, del Sunday Mirror, y tú. En primera clase. Hasta Irán.

El sah te ofrece quinientas libras semanales por entrenar a Irán, el doble de tu sueldo en Brighton, además de un apartamento palaciego con piscina privada, coches de lujo y chóferes a discreción, vuelos a casa cada vez que se te antoje y la matrícula en el colegio norteamericano para tus hijos.

Das de comer manzanas y naranjas a los caballos del sah y sacudes la cabeza: esto no es para ti, ni este país ni su selección nacional.

Pero el teléfono sigue sonando y sonando, y las ofertas siguen llegando y llegando. Aston Villa, Queens Park Rangers. Pero no Inglaterra. Todavía no.

También te siguen cayendo viajes, conciertos y posibilidades de reportajes fotográficos.

Toda suerte de programas de televisión y columnas de periódicos.

Pero con eso no basta; ni por asomo.

El Derby sigue ganando. El Leeds sigue ganando.

Pero no el Brighton. Ni tú. Todavía no.



Many Cussins sirve las copas. Many Cussins enciende los puros.

Many Cussins dice estas cuatro palabras:

—Esto no funciona, ¿verdad?

—¿Qué es lo que no funciona? —le pregunto—. No llevo aquí ni cinco minutos, ¿cómo coño quieres que funcione?

—Los jugadores no están contentos contigo —dice—. Ni los jugadores ni los aficionados.

—¿Y qué quieres hacer al respecto?

—Si esto no funciona —murmura—, pues, tendremos que tirar cada uno por su lado.



El año pasado, a estas alturas, intentabas meterte en la final de la Copa de Europa. Ahora intentas mantener al Brighton en la Tercera División. Lo estás intentando y estás fracasando.

—La hemos liado —dice Taylor.

—No —le dices—. La has liado tú.

—¡Que te jodan! —te contesta.

—Nunca estás aquí —le dices—. Siempre estás fuera, ojeando y todo eso.

—¿Que yo no estoy nunca aquí? ¿Y tú? —pregunta Taylor.

—¿Qué?

—Los jugadores no te han visto el puto pelo —dice Pete.

—Me ven los viernes y los sábados.

—Ya veo —dice Taylor—. Cuando bajas a toda hostia recién salido de los putos estudios de televisión y llegas justo a tiempo para acojonarlos, para ponérselos por corbata, para luego volver a toda leche a los malditos estudios donde los pones de vuelta y media delante de todo el mundo, ¡en la puta caja tonta!

—Viernes y sábados —le dices.

—No es suficiente, Brian —dice Taylor—. No es suficiente.

—Tienes razón —le dices—. No es suficiente; no es suficiente estar luchando aquí abajo, en el culo de la Tercera División, no después de todo lo que hemos conseguido.

—Eso ya es historia, Brian —susurra Taylor—. Ya es historia y tienes que superarlo. Tenemos que empezar de nuevo, empezar de nuevo y hacerlo aquí. Así es como volveremos, es la única manera. Pero tienes que desprenderte del pasado, Brian. Tienes que dejarlo ir, Bri.

—No puedo —le dices—. De verdad que soy incapaz, Pete.

DÍA 43

Me levanto en mi moderna y lujosa cama, en la moderna y lujosa habitación del hotel, y la primera maldita cosa que escucho es el sonido de mi puta voz.

«Es ridículo sugerir que he decidido destruir a un equipo de manera deliberada... No soy un destructor... No existe un solo hombre en este país que desee que el Leeds United siga cosechando éxitos tanto como yo... Tuvimos una de esas reuniones para mejorar el ambiente. Dije cuatro cosas, luego el presidente habló y luego los chavales dijeron la suya... El presidente me preguntó si me parecía bien que él interviniera, y yo, obviamente, soy partidario de cualquier cosa que pueda ayudar a recuperar la confianza... Decidimos que lo mejor para el club sería que todos nos esforzáramos al máximo para ganar un par de partidos. Eso es lo que más necesitamos. Así es como recuperaremos la confianza y entonces ya no habrá ninguna necesidad de más reuniones como esa.»

Apago la moderna y lujosa radio y luego la destrozo, la reviento en miles de puñeteros pedazos y hago el *check out* en recepción, donde me espera un mensaje.



Llevas demasiado tiempo de travesía por el desierto, en una espiral ebria y solitaria donde el único sonido que escuchas es tu nombre repetido hasta el infinito: Cloughie, Cloughie, Cloughie.

Ahora le ha llegado el turno a otro. Ahora es el turno de Ramsey.

En febrero de 1974 la Federación crea un subcomité destinado «a considerar nuestra futura política de promoción del fútbol internacional bajo el liderazgo de Sir Harold Thompson, Bert Millichip, Brian Mears, el

doctor Andrew Stephen y Len Shipman».

El 3 de abril de 1974 Inglaterra empata a cero contra Portugal en Lisboa.

«Ha sido un viaje muy largo y estoy cansado —dice Alf—. Nada de autopsias.»

El 18 de abril de 1974 anuncia a los convocados para una serie de partidos internacionales en casa y para una gira por Europa del Este.

«Si me haces una pregunta estúpida —dice Ramsey—, obtendrás una estupidez como respuesta.»

El 19 de abril de 1974 citan a Ramsey en las oficinas de la Federación, en Lancaster Gate, para asistir a la lectura del informe del subcomité Thompson, en el que se expone «la recomendación unánime de que sir Alf Ramsey sea sustituido como seleccionador de Inglaterra».

A Ramsey le ofrecen ocho mil libras y una raquítica pensión. Ramsey se va de vacaciones.

«Todavía creo en Inglaterra —dice—. Y en los ingleses y en el fútbol inglés.»

El 1 de mayo de 1974 la Federación comunica oficialmente el cese de Ramsey como entrenador de la selección nacional de Inglaterra y, a la espera de proclamar un sucesor, declara a Joe Mercer como entrenador en funciones del combinado nacional.

Allí abajo, junto al mar, esperas a que suene el teléfono, a que llegue la llamada.

Pero el teléfono no suena, la llamada no llega y otra temporada termina.

El Brighton ha jugado treinta y dos partidos a nuestras órdenes. El Brighton ha ganado doce, ha empatado ocho y ha perdido otros doce. El Brighton ha marcado treinta y nueve goles y ha recibido cuarenta y dos. Lo cual le ha procurado treinta y dos de sus cuarenta y tres puntos. Lo cual ha dejado al Brighton y nos ha dejado a nosotros como decimonovenos clasificados en Tercera División.

Es la posición más baja en la que has terminado nunca como entrenador, más bajo incluso de lo que terminaste en tu primera temporada en el Hartlepool United, más bajo que en tu primera temporada en el Derby County.

Revie y su Leeds se proclaman campeones de Primera División.

Tú sigues de travesía por el desierto, en esta espiral ebria, oscura y solitaria donde el único sonido es tu nombre repetido infinitamente: Cloughie, Cloughie, Cloughie.



Estás en el centro de Leeds. En un aparcamiento de varias plantas. Sus faros delanteros se iluminan dos veces. Lleva gafas de sol. Y sombrero. Y el cuello alzado.

—Dicen que se vas —susurra el Rastreador.

—¿Quién lo dice?

—Los jugadores, los periódicos —dice el Rastreador—. Todo Leeds.

—Eso es lo que quieren todos, ¿no es así?

—No todos.

—Me podrías estar tomando el puto pelo.

—La reunión de ayer —dice el Rastreador—. No estuvo bien.

—Y tú se lo has dicho a los demás, ¿verdad?

—Estaba demasiado enfadado como para hablar —dice el Rastreador—. Joe Jordan y Gordon McQueen. Terry Yorath y Frankie Gray. McGovern, O'Hare y Duncan McKenzie, por supuesto. Pero Paul Reaney también. Incluso Trevor Cherry. Ninguno de ellos dijo nada malo sobre ti.

—Ninguno de ellos dijo tampoco nada bueno, ¿verdad?

—¿Y cómo hubieran podido hacerlo? —se pregunta el Rastreador—. O son demasiado jóvenes o llevan demasiado poco tiempo aquí o...

—No te preocupes —le digo.

—Pero lo hago —dice él—. Y solo quería que supiese que tiene mi apoyo incondicional y estoy seguro de que también recibirá el mismo apoyo del resto de chavales.

—Gracias —le digo de nuevo—. Pero es demasiado tarde. Me voy a ver a Cussins.

—En ese caso —dice el Rastreador—, quiero ir con usted.

—¿De incógnito? —le pregunto—. ¿Estás seguro?

El Rastreador se quita las gafas de sol y el sombrero y dice:

—Estoy seguro, Míster.



El 4 de julio de 1974 Don Revie es nombrado nuevo seleccionador de Inglaterra.

«Yo fui el primero en mover ficha, no ellos —dice Revie—. Les llamé yo a ellos. Porque me apetecía mucho ser entrenador de Inglaterra...»

Había una lista de candidatos y hubieron entrevistas: Ron Greenwood (West Ham), Jimmy Adamson (Burnley), Jimmy Bloomfield (Leicester City), Gordon Jago (QPR), Bobby Robson (Ipswich) y Don Revie del Leeds.

Tú nunca estuviste en la lista de candidatos ni en las entrevistas, ni siquiera estabas en la preselección.

—Tendrías que haberles llamado tú —te dice tu esposa.

—Yo no mendigo —le contestas.

—Es lo que hizo Revie —dice ella.

—Yo no mendigaré —le dices de nuevo—. Nunca mendigaré nada en mi puta vida.

«Me entristece mucho tener que abandonar el Leeds United —dice Revie — Y el primer resultado que consultaré todos los sábados será el del Leeds United. Pero, cuando eres ambicioso, quieres llegar a lo más alto, y el puesto de seleccionador de Inglaterra tiene que ser la ambición definitiva para cualquier entrenador de primera fila... el sueño de todo entrenador inglés.»

—A tomar por el culo —le dices a tu mujer—. Vayámonos de vacaciones.



Doblo en Elland Road. Giro a la derecha y atravieso la entrada. Hasta la madriguera. El aparcamiento de la tribuna Oeste. Pasado el enorme perro negro. La inscripción en la pared. La plaza reservada para el entrenador del Leeds United. La prensa a la espera. Las cámaras y los flashes. Los aficionados. Las libretas de autógrafos y los bolígrafos. Apago el motor. Abro la puerta. Me ajusto los puños de la camisa. Agarro mi americana de la parte de atrás. Me la pongo. Cierro el coche.

Las montañas a mi espalda. Las iglesias y los cementerios.

Miro a la prensa. Las cámaras y los flashes. Los aficionados. Sus libretas de autógrafos y sus bolígrafos. La lluvia nos moja el pelo. Nos moja el rostro entero.

«¡Piérdete, Cloughie! —te gritan—. ¡No eres lo suficientemente bueno para nosotros!»

Subo sus escaleras. Cruzo sus puertas. Hasta su vestíbulo. Hasta su silencio.

Nadie dice «Buenos días, señor Clough». Nadie dice «Hola, Mister».

Doblo sus esquinas, camino abajo por sus pasillos, paso junto a las fotografías en sus paredes y junto a los trofeos en sus vitrinas; los fantasmas de Elland Road, Syd Owen y Maurice Lindley, se dan media vuelta.

«Los alaridos de los pavos reales, que gritan y gritan y gritan.»

—¡Buenos días, Sydney! —grito—. ¡Buenos días, Maurice!

Sigo andando por sus pasillos. Pasadas más fotografías. Pasados más trofeos. Más fantasmas. Más pasos y más voces. Andando por sus pasillos hasta el despacho. Jimmy está afuera. Jimmy espera. Jimmy sonrío. Jimmy dice:

—Tres mil quinientas libras.

—¿Has hablado con tu mujer? —le pregunto—. ¿Le has contado lo que está pasando?

—Lo sabe.

Abro la puerta. Le ofrezco un asiento. Nos sirvo sendas copas. Le pregunto:

—¿Y?

—Ella cree que es lo mejor.

—¿Incluso a riesgo de no conseguir otro trabajo? ¿De quedarte en el paro?

—Haré todo lo que sea necesario —te dice Jimmy— con tal de no terminar hundido en una mina.

—No será peor que esto —le dices—. No será peor que esto.

—Ya, al menos allí abajo nunca estás solo —sonríe Jimmy—. Esta me la guardo para el agujero.

Sonreímos. Levantamos nuestras copas. Brindamos.

—Bajamos en un minuto —le digo—. Y luego vamos a buscar la maldita

hacha de nuevo.



Estás tumbado boca abajo en una playa española: Cala Millor, en Mallorca.

Un hombre trajeado camina por la playa. Es un hombre con las perneras del pantalón remangadas. Lleva los calcetines y los zapatos en las manos.

El hombre del traje se queda de pie delante de ti. No lo habías visto nunca antes. Su sombra es fría. Desenfunda un pañuelo. Se seca la frente. El cuello.

—Es un hombre difícil de encontrar, señor Clough —te dice.

Tú no te das la vuelta. Te quedas allí tumbado. Estás boca abajo y preguntas:

—¿Por qué yo?

—Vieron lo que pasó cuando se fue del Derby —te dice—. Quieren a un entrenador cuyos jugadores estén dispuestos a ir a la huelga por él. Dispuestos a caminar sobre el agua, a correr por el fuego. Quieren a un entrenador que sea capaz de infundir ese grado de lealtad.

Ahora te das media vuelta. Ahora le dices:

—No existe una respuesta para eso.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunta—. El trabajo es suyo si lo quiere.

Parpadeas bajo la luz del sol. Arena en tu boca, arena...

—En bandeja de plata —te dice—. Así pues, ¿le interesa?



En la sala de juntas de la directiva de Yorkshire, detrás de unas cortinas de Yorkshire. Hoy no está Samuel Bolton. Ni tampoco Percy Woodward. Ni Roberts. Ni Simon. Hoy tan solo estamos Many Cussins, el Rastreador y yo.

—Tiene que darle más tiempo —le suplica el Rastreador a Cussins.

—Ya no queda más tiempo —dice Cussins.

—Eso es ridículo —dice el Rastreador—. Pero si acaba de llegar.

—Los jugadores no le quieren —afirma Cussins.

—Eso es una patraña —dice el Rastreador—. Es solo el Irlandés el que no le quiere.

—Hubo otros, además de él, que hablaron ayer.

—Eso estuvo muy mal —dice el Rastreador—. Hacer las cosas de esa manera, a espaldas del entrenador.

—Era la única manera de averiguar cómo se sentían —dice Cussins.

—Los jugadores siempre se quejan; sucede en todos los clubs de Inglaterra. Y cuando la directiva les hace caso, el entrenador no tiene ninguna posibilidad de defenderse. Ninguna.

—Tendrías que haberte hecho abogado en lugar de futbolista —sonríe Cussins.

—Me gustaría ser entrenador algún día —dice el Rastreador—. Pero le diré una cosa: si alguna vez me encuentro con una junta directiva que me trate como ustedes han tratado al señor Clough, les diré por donde pueden meterse el maldito trabajo.

—Entiendo lo que dices —interviene Many Cussins—. Es más, estoy de acuerdo. Pero la junta ya ha tomado una decisión y el Leeds United es una institución democrática.

—¿Perdón? —pregunta el Rastreador—. ¿Han fichado al mejor entrenador del país y a las primeras de cambio ya se deshacen de él?

—No hay nada más que pueda hacer al respecto —dice Cussins.

—Apoyarle y dejarle que siga haciendo su trabajo, eso es lo que pueden hacer —le dice el Rastreador.

—Es demasiado tarde —dice Cussins—. Demasiado tarde.

El Rastreador me mira. El Rastreador levanta las manos.

Yo sonrío y le guiño el ojo. Le estrecho la mano y le doy las gracias. Me pregunta si me apetece tomar una copa de despedida. Pero le digo que no, que esta noche, no.

Esta noche salgo de la sala de juntas de la directiva de Yorkshire y camino por ese largo, largo pasillo. Suena un reloj en algún sitio, escucho carcajadas en otra habitación, detrás de otra puerta.

Abro esa puerta y me encuentro con una reunión para recaudar fondos para el partido de homenaje a Norman Hunter. Recorro la habitación con la mirada,

observo a los hombres que hay en ella, señalo a Norman Hunter y les digo:

—Esto va por todos los que estáis organizando el partido de este chaval —les digo—. Espero que os esforcéis tanto como podáis para recaudar el máximo de dinero, porque no hay nadie en este puto club que se lo merezca más que él.



Cuelgas el teléfono. Sales al balcón.

Cemento blanco y arena, el cielo azul y el mar.

Tus hijos juegan con una pelota en la playa de abajo.

Te acercas a tu mujer por detrás, tu hermosa mujer. Le pones las manos sobre los hombros. Hace tintinear los hielos del vaso. Está bronceada.

—¿No habrás...? —me pregunta.

—Sí.

—¿Y qué pensará Peter?

—Pensará lo que yo le diga.

Ella sacude la cabeza. Me dice:

—¿Por qué, Brian? Después de todas las cosas que has dicho sobre ellos.

—Precisamente por todas las cosas que he dicho.

—Pero los odias, Brian. Y lo odias a él —dice tu esposa—. Y ellos te odian a ti.

—Ya no hay vuelta atrás.

—Pero es un lugar tan odioso —afirma tu esposa—. Tan despreciable.

—¿El qué? ¿Volver a Primera División? ¿A la Copa de Europa?

—Eres un tonto del bote —sonríe—. Te arrepentirás.

—Puede que sí —le dices—. Pero sé que también me arrepentiría si les hubiese dicho que no.

—Entonces, no hay manera de ganar, ¿verdad?

—Espero que sí —le dices—. Más me vale.



Esta noche vuelvo directo a casa. Esta noche planifico. Esta noche hago llamadas. Llamo a mi amigo de Hacienda. A mi contable. A mi abogado. Hago llamadas y planifico.

Para el Gran Partido de mañana.

Luego tomo un taxi a Derby. Al Hotel Midland. Para reunirme con John Shaw, Bill Holmes y el resto del Movimiento de Protesta. *Esta gente todavía quiere que vuelva.* Esta gente que no ha vuelto a ir al campo del Derby County en lo que va de año, desde mi dimisión. *Esta gente sigue queriendo que vuelva.* Esta gente que no ha visto jugar al Derby County desde el día en que me fui.

Esta gente todavía me quiere.

DÍA 44

Es domingo 21 de julio de 1974, tu avión llega con retraso y tu equipaje ha desaparecido. Un Mercedes plateado te espera bajo la lluvia. Un hombre pequeño bajo un paraguas enorme. Un hombre pequeño de pelo blanco y gafas oscuras. Un hombre pequeño que viste un jersey de cachemira y fuma un puro cubano.

—¿Señor Clough? —pregunta Many Cussins, presidente en funciones del Leeds United—. ¿Cómo está?

Le estrechas la mano. Le preguntas:

—¿Aquí no ha llegado el racionamiento⁴⁰?

—A Yorkshire todavía no —dice Cussins.

Sigues a Cussins hasta el asiento de atrás de su Mercedes plateado. Aceptas sus puros. Aceptas su coñac.

—Como es natural —te dice Cussins—, tu presidente sigue jugando a suplicar cosas disparatadas.

Tú sonríes y levantas tu copa.

—Está en su derecho —dices.

—Nos espera esta noche en Brighton, a los dos. Para que le invitemos a cenar en su propio hotel.

—Está decepcionado —dices—. Se va a quedar sin mí, ¿no?

—No solo sin ti —dice Cussins—. También sin Peter Taylor.

Consultas tu reloj y te terminas el coñac.

—Le he dicho que o venís los dos o no viene nadie.

Consultas tu reloj de nuevo. Mantienes tu copa en alto.



—Ni un penique más —le digo—. Ni un penique menos.

—¿Veinticinco mil libras por cuarenta y cuatro días de trabajo? —grita Bolton— ¡Es un robo a mano armada!

—Y eso no es todo —le digo—. También quiero que el Leeds United firme un acuerdo para pagar mis impuestos durante los próximos tres años.

—¿Qué?

—Además del Mercedes.

—¡Vete al carajo! —grita Bolton—. ¿Pero quién coño te has creído que eres?

—Brian Clough —le digo—. Brian Howard Clough.



Junto al mar. Estás en los lavabos del Hotel Courtland, en Hove. Los directores del Brighton & Hove y del Leeds United te están esperando en el bar. Slim Whitman canta «Happy Anniversary». Tienes a tu socio contigo. Tu único amigo. Tu mano derecha. Tu sombra. Le tienes agarrado del pescuezo en los lavabos del Hotel Courtland, en Hove.

«No está envejeciendo, está madurando...»

—*Todo irá bien —intenta decir Pete—. No nos precipitemos. Démosle un año más.*

«Me haces cada día tan feliz...»

—*Es la Tercera División, Pete. Y solo ganamos doce putos partidos la temporada pasada.*

«Todo lo que haces, me tiene tan enamorado...»

—*Pero no te olvides de quién nos rescató cuando estábamos en el puto paro, cuando estuvieron a punto de suspenderte, cuando todos los demás se escondían, cuando no contestaban nuestras llamadas. No te olvides de quién nos ha apoyado desde el primer día, sin interferencias. No te olvides de quién nos ha dado un respaldo incondicional y pasta para fichajes.*

«Le agradezco al firmamento que te cruzaras en mi camino...»

—*Sí, pero los jugadores que me has endosado aquí son malísimos.*

«Detengámonos a contar nuestras muchas bendiciones...»

—*Dales tiempo, Brian. Dales...*
«Porque un amor como el nuestro no sucede cada día...»
—*¡Pero si ni siquiera les has visto nunca jugar, hostia puta!*
«Y año tras año seguiremos recordando...»
—*Buenos hoteles. Un nuevo autocar Mercedes para los desplazamientos del equipo. ¿Qué más quieres?*
«Nuestro aniversario de una manera tan especial...»
—*La Primera División, Europa; quiero otra oportunidad en Europa.*
«Así que feliz aniversario, cariño...»
—*Otra temporada —dice él—. Tan solo una más.*
«Otro año de amor ha pasado ya...»
—*Tenemos la oferta encima de la mesa —le dices—. Vayámonos al Leeds.*
«Gracias por cada día que me has dado...»
Peter Cierra los ojos. Sacude la cabeza. Abre la boca.
«Cariño mío, feliz aniversario...»
—*Esta vez no, Brian. Esta vez te quedas solo.*



Me quieren por lo que no soy. Me odian por lo que soy. Me quieren. Me odian. A la sombra de las gradas. En los escalones de Elland Road. A la luz de las cámaras y bajo esta lluvia impertinente. Many Cussins busca las palabras, intenta encontrar las palabras.

—El señor Brian Clough y el Leeds United han decidido rescindir de mutuo acuerdo su relación contractual de manera inmediata, a partir de esta noche... Lo hemos hecho por el bien del Leeds United. Para nosotros, lo primero es el club y el bienestar de los jugadores. Cuando el personal no está bien, no se puede aspirar a nada... La mayoría de los jugadores se ha encontrado con muchas dificultades para trabajar a las órdenes del nuevo entrenador. Cuestionaban las tácticas, los entrenamientos y el proceder general del señor Clough... Y ha habido cierto descontento popular... Pero siento que somos un club lo suficientemente grande como para admitir que nos equivocamos... El señor Clough ha recibido un finiquito razonablemente

sustancial, pero ambas partes, tanto el Leeds United como el señor Clough, han acordado no revelar la cifra en cuestión... Ha sido un acuerdo moral que hemos convenido honrar... Y esperamos anunciar mañana el nombre del próximo entrenador.

—Pero ¿qué ha motivado su despido? —pregunta la prensa—. No ha respondido a nuestra pregunta.

—Quizá Don Revie nos mal acostumbró... Para cualquier entrenador es complicado empezar en un club después de trece o catorce años consecutivos de éxitos...

—¿Y usted cómo se siente, Brian? ¿Qué piensa del señor Cussins y del Leeds United?

A la sombra de las gradas, en los escalones de Elland Road. Los quiero, los odio. Bajo su lluvia impertinente y a la luz de sus cámaras, encuentro las palabras:

—Lo estamos dejando en los mejores términos posibles, así que solo me puedo referir al señor Cussins de manera muy amistosa. No pasa nada, aunque pienso que hoy es un día muy triste para el Leeds United y un poco triste también para el fútbol en general. No creo que hubiese ningún problema con los jugadores. Para ellos es muy importante seguir haciendo bien su trabajo. Y también lo es ganar la Liga, la Copa y la Copa de Europa. Sería muy bueno para el fútbol que lo consiguieran... Pero, pase lo que pase en las próximas semanas, el señor Cussins habrá sido todo un caballero en su trato conmigo... Solo he estado aquí siete semanas, aunque parece que hayan sido siete años... Y espero que quien que tome mi relevo encuentre un ambiente mucho más calmado... Hoy, dos o tres jugadores se han pasado por mi despacho para expresarme su apoyo incondicional... No me han echado los jugadores... Estoy muy disgustado por dejar de ser el entrenador del Leeds United... Pero ha sido la suma de muchas cosas: lesiones, suspensiones, malos resultados, la junta directiva, un par de jugadores, etcétera, etcétera... Pero cualquiera que hubiese relevado a Don Revie se hubiera encontrado con el resentimiento de los jugadores... Si es cierto que eran el mejor equipo del país, también lo es que han dejado de serlo... Pero todavía sigo pensando que yo era la mejor opción para relevar a Revie.

«¿Cómo sobreviviremos, Brian? ¿Cómo sobreviviremos?»

—Y espero volver a entrenar en menos de una semana.

—Pero, Brian, ¿ha conseguido todo lo que quería conseguir aquí? —me preguntan.



Conversaciones arriba y abajo. Que le follen. Prórroga. La clave de los malditos trabajos. Judas. Un descanso para cenar. Te desabotonas el cuello. Te aflojas la corbata. Te inventas una excusa. Aprovechas tu oportunidad. Agarras el teléfono. Haces tus llamadas. Dinamitas sus planes. Que le follen. Que les follen a todos. Esta es la oportunidad que no dejarás escapar. De ninguna puta manera. No esta vez. Pasada la medianoche. Seis horas de arriba abajo. Sin resultados. Cancelas el bar. Sales del sótano. Subes hasta el salón. Cussins y Bob Roberts caminan escaleras arriba por delante de ti, agitan sus manos nerviosamente, sacuden sus cabezas, intercambian murmullos sobre complicaciones imprevistas, hablan por lo bajini de cómo ambos querían a Clough y a Taylor y de cómo ya no están tan seguros; Revie sale por la radio; Revie aparece por televisión y declara que lo de Cloughie es una pésima decisión, y hace un llamamiento a los movimientos de protesta y a la recaudación de firmas en tu contra y pide que el puto Johnny Giles sea nombrado en tu lugar. Avanzas a empujones y rebasas a Cussins y a Roberts, a Bamber y a Taylor. Subes los escalones de dos en dos. Hasta la sala. La prensa y la televisión están esperando. Alguien les ha dado un soplo. Las cámaras están iluminadas y los micrófonos abiertos.

«Caballeros —declaras—. Acabo de ser nombrado entrenador del Leeds United.»



John y Bill me conducen hasta los estudios de la televisión de Yorkshire. Los estudios de *Calendar*. Para el especial «Adiós, señor Clough». Con Austin Mitchell —el presentador—, Brian Clough y el invitado especial de esta noche, un invitado que regresa por petición popular y que es tan osado como el latón que reluce en los botones de su blazer. Hoy el invitado es el Don.

—Cuando entraste, cuando te metiste, cuando llegaste —repite Revie—.

¿Tuviste una reunión con ellos el primer día?

—No.

—¿Por qué?

—Porque me pareció que no era necesario tener una reunión el primer día.

—Así que simplemente te hiciste cargo de tu nuevo club como entrenador...

—Sí.

—Y sin embargo no hablaste con los jugadores ni con los preparadores ni con el personal.

—No.

—Ni te presentaste ni te reuniste con ellos para contarles tus sensaciones y tus objetivos.

—¡Venga ya! —le dices—. Acababa de aterrizar de mis vacaciones y entrené dos horas con ellos.

Don Revie niega con la cabeza. Don Revie juguetea con los botones de su blazer. Y entonces dice:

—Pero es que había muchos nervios y mucha aprensión entre los jugadores y el personal. Y obviamente había habido reuniones y discusiones entre los jugadores y la directiva. Y las hubo porque tenían muy buenas razones para tenerlas. Yo no apruebo que los jugadores hagan eso en ningún club; me parece completamente erróneo, y los directivos se equivocan al escucharles... Pero también creo que Brian se engaña a sí mismo. Ha criticado a mucha gente cuyos logros hablan por sí mismos, y me parece algo completamente inaceptable para el mundo del fútbol.

—Pero escúchame, Don —le digo—. Cuando has reemplazado a un tipo que se ha pasado diez o quince años en su puesto...

—Trece —dice Don.

—Trece años, gracias. Cuando has sustituido a alguien que lleva trece años y que es considerado como el Padrino, el Patriarca, la Medida de Todas las Cosas, resulta imposible cambiar nada en siete semanas. Completamente imposible.

—¿Pero por qué había que cambiar tanto las cosas, Brian? Tú les hablaste de ganar la Liga de otra forma, mejor, pero nosotros llevábamos once años haciéndolo muy bien. Ahí están los resultados.

—Sí, claro... —le digo.

—Reconozco, y es algo que siempre he dicho, que durante los primeros cuatro o cinco años fuimos muy resultadistas. Pero, durante los últimos cuatro o cinco años, hemos sido el equipo más vistoso, el que más ha entretenido a los aficionados.

—También habéis sido el equipo más amonestado, Don.

—Solo una vez.

—No, no, lo habéis sido durante las últimas dos o tres temporadas.

—No, no, no. Eso no es cierto. Aunque estoy de acuerdo en que a veces no nos comportamos todo lo bien que cabría esperar, pero el año pasado lo enmendamos.

—Bueno... —le dices.

—Pero, vamos a ver, Brian, cuando hablabas de ir al Leeds, cuando salías con todas esas cosas, todas esas preocupaciones sobre tener que relevarme y todo eso...

—Eran preocupaciones reales...

—Vale, pero entonces, ¿por qué dejaste el Brighton? ¿Por qué fichaste por el Leeds después de habernos criticado tanto, de haber dicho que mereceríamos estar en Segunda División? ¿Por qué? ¿Por qué aceptaste el trabajo?

—Pues porque me pareció que era el mejor trabajo que había en todo el país.

—Por supuesto que era el mejor trabajo en todo el país.

—Fiché por los campeones de Liga.

—Sí, viniste a entrenar a los campeones de Liga. El mejor grupo de jugadores que hubieses visto nunca.

—Bueno, de eso no estaban tan seguro, Don.

—¿Ah, no?

—No les conocía personalmente como tú. Solo sabía que eran los campeones de Liga. Y quería disfrutar de la Copa de Europa este año. Creo que tú también la tuviste cerca y la quisiste con toda tu alma. Yo quería ganarla. Quería hacer algo que tú no hubieses hecho. Ahora que lo pienso, creo que se lo dije a Trevor Cherry y a la mayoría de los jugadores. Cherry me preguntó, «¿Qué puedes hacer que no haya hecho el Mister?». El Mister eres

tú, Don, se estaba refiriendo a ti. Yo dije que quería ganar la Liga, pero que quería ganarla de otra manera, mejor. Claro que no existe otra respuesta a esa pregunta porque tú ya habías ganado la Liga.

—Así es —dice Don—. Y era imposible que tú la ganaras mejor.

—¿Por qué?

—No, no, no...

—Pero esa era mi única esperanza...

—Porque nosotros solo perdimos cuatro partidos.

—De hecho yo no habré perdido más de tres.

—No, no, no...

—No pude responder de otro modo y quería ganar la Copa de Europa. Ahora lo que creo es que estuviste muy cerca, muy cerca, Don —y esto es algo que desconozco porque no lo he hablado contigo—, pero creo que estuviste muy cerca tanto de aceptar el trabajo como entrenador de Inglaterra como de volver a intentar ganar la Copa de Europa con el Leeds.

—Eso es totalmente cierto —dice Don—. Porque estaba implicado hasta la médula con los jugadores y con todo el personal de Elland Road.

—Buen chaval —le digo—. Así que yo quería hacer eso y quería hacerlo mejor que tú. Lo entiendes, ¿no?

—Sí. Pero...

—Gracias —le digo—. Gracias, Don.

Aparecen los títulos de crédito y suena la melodía del «I Can See Clearly Now»⁴¹.



Voy por la autopista; sus dedos y sus puños, sus palos y sus piedras, se hacen cada vez más y más pequeños; John está al volante de mi nuevo Mercedes azul y Bill descorcha otra botella de champán. Pero no brilla el sol, solo hay lluvia; el cielo azul es negro, los amarillos son todos violetas, y yo voy detrás con mis dos pies en alto y su cheque por veinticinco mil libras esterlinas en mis manos.

No creo en Dios. No creo en la suerte. Creo en el fútbol.

«¡Me ha tocado la quiniela! —grito—. ¡La puta quiniela!»

Creo en mi familia y creo en mí: Brian Howard Clough.

Es sábado, 12 de septiembre de 1974, y desearía que estuvieras aquí.

LA DISCUSIÓN II, CONT.

En mayo de 1979
Margaret Hilda Thatcher y el Partido Conservador ganaron
las elecciones generales,
y Brian Howard Clough y el Nottingham Forest ganaron
la Copa de Europa.
Ni Milton. Ni Blake. Ni Orwell.
D.U.F.C.⁴²

FUENTES Y AGRADECIMIENTOS

Esta es una ficción más basada en algunos otros hechos más. Los hechos fueron obtenidos de las siguientes fuentes:

- *A kind of loving*, de Stan Barstow (1960).
- *Biting Talk*, de Norman Hunter (2004).
- *¡Bremner!*, de Bernard Bale (1998).
- *Champions Again: Derby County 1967-75*, de Gerald Mortimer (1975).
- *La contabilidad privada de Christie Malry*, de B. S. Johnson (1973; Libros del silencio, 2012).
- *Clough: A Biography*, de Tony Francis (1987).
- *Clough: The Autobiography*, de Brian Clough (2002-2003).
- *Derby County: The Clough Years*, de Michael Cockayne (2003).
- *Don Revie: Portrait of a Footballing Enigma*, de Andrew Mourant (1990).
- *Hard Man, Hard Knocks*, de Terry Yorath (2004).
- *His way: The Brian Clough Story*, de Patrick Murphy (1993).
- *In a League of their Own*, de Jeremy Novick (1995).
- La revista *Match Day*, del Leeds United, y los programas de mano, 1974-75.
- *Marching on Together*, de Eddie Gray (2002).
- *Only a Game*, de Eamon Dunphy (1976).

- *Peter Lorimer: Leeds and Scotland Hero*, de Peter Lorimer y Phil Rostron (2002).
- *Un lugar en la cumbre*, de John Braine (1975; Impedimenta, 2008).
- *Sábado noche y domingo por la mañana*, de Alan Sillitoe (1958; Impedimenta, 2012).
- *Selected Poems*, de Tony Harrison, (1984).
- *Sniffer: The Life and Times of Allan Clarke*, de David Saffer (2001).
- *The Elland Road Encyclopaedia*, de Paul Harrison (1994).
- *The Football Managers*, de Johnny Rogan (1989).
- *The Glory Game*, de Hunter Davies (edición de 2001).
- *The Goalkeeper's Revenge*, de Bill Naughton (1961).
- *La edad de hielo*, de Margaret Drabble, (1977; Grijalbo, 1980).
- *La soledad del corredor de fondo*, de Allan Sillitoe (1959; El tercer nombre, 2007/Impedimenta, 2013).
- *The official FA Year Books, 1966-76*.
- *The Real Mackay*, de Dave Mackay y Martin Knight (2004).
- *The Unforgiven: Don Revie's Leeds United*, de Rob Bagchi y Paul Rogerson (2002).
- *The Yorkshire Post*, julio-setiembre de 1984.
- *There Was Some Football Too..., 100 Years of Derby County*, de Tony Francis (1984).
- *This Sporting Life*, de David Storey (1960).
- *Welcome to Elland Road: LUFc in Pictures*, de John y Andrew Varley (1999).
- *Winning Isn't Everything: A Biography of Sir Alf Ramsey*, de Dave Bower (1998).
- *With Clough*, de Peter Taylor (1980).

Me gustaría agradecer a las siguientes personas por su ayuda y por su apoyo: a la señorita Scriven y a todo el personal de la librería Balne Lane, en Wakefield; a Andrew Vine y David Clay, del *Yorkshire Post*; a Sarn Warbis y Richard Hall; François Guérif, Agnès Guery, Daniel Lemoine y a todo el personal de Payot & Rivages, en París; a Luca Formenton, Marco Tropea, Christina Ricotti y a todo el personal del Saggiatore, Milán; Shunichiro

Nagashima, Kester Aspden, Andy Beckett, Gordon Burn, Giuseppe Genna, Peter Hobbs, Eoin McNamee, David Mitchell, Justin Quirk, Ian Rankin, Cathi Unsworth, Martyn Waites y Tony White; William Miller, Junzo Sawa, Hamish Macaskill, Peter Thompson y a todo el personal de English Agency Japan; Stephen Page, Lee Roy Brackstone, Angus Derby Cargill, Anna Pallai, Ian Bahrami y Kate Ward y a todo el personal de Faber & Faber Limited. Finalmente, me gustaría agradecer a mi familia y amigos en Gran Bretaña y en Japón, y especialmente a mi padre, Basil Peace.

SOBRE EL AUTOR

David Peace nació en 1967 en Ossett, en el condado de Yorkshire Occidental. Estudió en la Politécnica de Manchester, y en 1991 se trasladó a Estambul para ejercer de profesor de inglés, oficio que continuaría en Tokio de 1994 a 2009. Durante sus años de formación, vivió de cerca los crímenes del Destripador de Yorkshire, que sirvieron de inspiración a su primer ciclo de cuatro novelas, titulado genéricamente *Red Riding* y compuesto por *1974* (1999), *1977* (2000), *1980* (2001) y *1983* (2002), todas ellas traducidas al castellano. El ciclo fue adaptado a la televisión en una serie en tres partes de Channel 4, *Red Riding* (2009), y Ridley Scott está trabajando en su versión cinematográfica. En 2003, David Peace fue incluido en la lista de «los veinte mejores autores británicos» de la revista *Granta*. Su novela *GB84* (2005), ambientada en la huelga de mineros de 1984 en Gran Bretaña, ganó el prestigioso James Tait Black Memorial Prize. En 2006, publicó *Maldito United* (2006), que fue adaptada para la gran pantalla en 2009 con dirección de Tom Hooper, y Michael Sheen en el papel de Brian Clough. El libro y su autor saltaron a la palestra cuando Johnny Giles, que Peace retrata en *Maldito United*, lo llevó a los tribunales por difamación. Giles ganó el juicio en 2008, lo que obligó a los editores británicos Faber & Faber a eliminar los pasajes que Giles consideró ofensivos o falsos. En 2007, inició una trilogía situada en Tokio poco después de la Segunda Guerra Mundial de la que ya se han publicado dos de las tres novelas en nuestro idioma —*Tokio, año cero* y *Ciudad ocupada*—, y la tercera verá la luz próximamente. Su último libro hasta la fecha es *Red or Dead*, que relata el periplo como entrenador de Bill Shankly en el Liverpool FC desde 1959 hasta su inesperada dimisión en 1974.

David Peace vive actualmente en Tokio con su mujer y dos hijos.

"UNO DE LOS MÁS PERSPICACES RETRATOS ACERCA DE LA INSEGURIDAD, EL ORGULLO Y LA VANIDAD QUE CONSTITUYEN EL CARÁCTER DE CASI CUALQUIER ENTRENADOR DE ÉXITO."

THE SUNDAY TIMES

"SHAKESPERIANA EN SU ESCALA, AMBICIÓN, PROFUNDIDAD Y EN SUS ELEMENTOS DE TRAGEDIA, FARSA Y TRAICIÓN."

INDEPENDENT

"LA MEJOR NOVELA SOBRE EL FÚTBOL BRITÁNICO."

THE MAIL ON SUNDAY

"FASCINANTE... BRILLANTE."

THE OBSERVER

"MÁLDITO UNITED NO ES BUENA, ES BRILLANTE. VIVIDA Y ABSORBENTE, EL LECTOR ES ARRASTRADO POR EL RELATO. TODO UN LOGRO."

THE FOOTBALLER

"LA NOVELA MÁS EXTRAORDINARIA SOBRE EL FÚTBOL ESCRITA HASTA LA FECHA."

INDEPENDENT ON SUNDAY

"EL LIBRO QUE DEVOLVIÓ LA LEYENDA A LA VIDA."

THE ECONOMIST

CONTRA

NOTAS

¹ El autor juega aquí con la canción infantil «Sticks & Stones» (Palos y piedras). La rima dice: *Sticks and stones may break my bones / But words will never hurt me* (Puede que los palos y las piedras me rompan los huesos / Pero las palabras nunca me harán daño). Es un rima concebida para calmar a niños asustados por los ataques de otros niños. [N. del T.]

² Espray antiinflamatorio muy común en la época. [N. del T.]

³ Categoría regional equivalente a una séptima división en la que juegan equipos del centro y del sur de Inglaterra. [N. del T.]

⁴ Hasta la temporada 1986-87, los últimos clasificados de la Football League, las tres ligas profesionales británicas, tenían que pedir ser readmitidos, mientras que otros clubs de fuera de la Football League podían pedir entrar en su lugar. Esta fue la única forma de aspirar a jugar en la Liga hasta la temporada 1986-87, año en que empezaron a aplicarse el descenso y la promoción directos. [N. del T.]

⁵ [*El príncipe payaso del fútbol*]. Autobiografía de Len Shackleton, uno de los más elegantes delanteros de la posguerra en Inglaterra, que se hizo popular por su sarcasmo y su hilarante sentido del humor. [N. del T.]

⁶ *Kingdom Cum* en el original. El *Kingdom Cum*, según el argot británico, es lo que se ve cuando eyaculas poderosamente. Una experiencia comparable a ver la luz. [N. del T.]

⁷ «No lo saques de este mundo». Referencia al single de Adam's Apples de 1967, uno de los muchos hits que dio el Northern soul, británico. [N. del T.]

⁸ *Empire stadium* en el original. Este era el nombre con el que se conoció

popularmente al estadio de Wembley durante gran parte del siglo XX. [*N. del T.*]

⁹ «You'll Never Walk Alone» [Nunca caminarás solo] es el título del himno del Liverpool FC. [*N. del T.*]

¹⁰ «Marching on Together» (Marchando juntos) es el título del himno del Leeds United. [*N. del T.*]

¹¹ *Charity* en el original. [*N. del T.*]

¹² *Shield* en el original. [*N. del T.*]

¹³ Antonio Rattin, capitán de la selección argentina en el Mundial de 1966, fue injustamente expulsado en el encuentro que enfrentaba a su selección con la anfitriona, Inglaterra, y fue sancionado con una multa de mil francos suizos, la suma máxima con la que se podía castigar a un jugador en la época. [*N. del T.*]

¹⁴ Exfutbolista del Manchester City. Dejó el fútbol tempranamente en 1958 tras perder un pulmón por culpa de la tuberculosis. Se dedicó al mundo de las apuestas deportivas y los clubs de alterne. Regresó al fútbol como entrenador del West Ham en 1963. Excéntrico y controvertido, fumaba puros, vestía sombreros y era provocador, un estilo que, sumado al de Clough, reventó los índices de audiencia de las tertulias deportivas de finales de los 60 y gran parte de los 70. [*N. del T.*]

¹⁵ Competición de pretemporada celebrada entre 1970 y 1974. La jugaban los ocho equipos más goleadores de las cuatro divisiones nacionales. El Derby County conquistó la primera edición. [*N. del T.*]

¹⁶ Se refiere a los militares que perpetraron el Golpe de Estado en Grecia en 1967 y que durante siete años ejercieron una férrea dictadura en el país. [*N. del T.*]

¹⁷ *Saturday Night, Sunday Morning*, de Karel Reisz (1960), es uno de los títulos fundamentales del *Free Cinema*, movimiento cinematográfico de carácter social y documental que nació en el Reino Unido a mediados de los años 50. [*N. del T.*]

¹⁸ Futbolista irlandés que vistió nueve veces la camiseta de su selección y entrenó al Manchester United entre 1971 y 1972. [*N. del T.*]

¹⁹ Exfutbolista escocés que sustituyó a Frank O'Farrell como entrenador del Manchester United. Es el segundo entrenador en longevidad de la historia

del United, solo por detrás de Sir Alex Ferguson. [*N. del T.*]

²⁰ *Cold feet* —pies fríos— en el original. Se dice que alguien tiene *cold feet* cuando le entra el vértigo y cancela un plan, cuando se raja. [*N. del T.*]

²¹ Competición en la que participaban los equipos de Inglaterra, Escocia, Irlanda e Irlanda del Norte que no se habían clasificado para competiciones internacionales. Se disputó entre 1970 y 1975 y los clubs irlandeses la abandonaron en la temporada 1971-72 debido a presiones políticas. [*N. del T.*]

²² *Boot Room* en el original. El cuarto de las botas era un espacio contiguo al vestuario del Liverpool donde se almacenaba el calzado de los futbolistas. Bill Shankly lo transformó en una informal sala de reuniones para entrenadores en 1960 y se empleó como tal hasta 1990. [*N. del T.*]

²³ Sopa de carne que muchos aficionados llevaban en termos a los campos de fútbol de Inglaterra entre los años sesenta y ochenta. [*N. del T.*]

²⁴ Jack Jones es el nombre de los grandes almacenes más populares de Derby en la época. [*N. del T.*]

²⁵ Nombre de una marca de cerveza igualmente popular en la época. [*N. del T.*]

²⁶ Marca deportiva británica que vestía al Leeds United y al Tottenham Hotspur, entre otros. [*N. del T.*]

²⁷ Célebre zorro antropomórfico que empezó a aparecer en la BBC en 1962. Se hizo rápidamente popular y sigue en antena a día de hoy. [*N. del T.*]

²⁸ Mick McManus (1928-2013) fue uno de los luchadores más célebres de Inglaterra durante los años 60. [*N. del T.*]

²⁹ Mike Yarwood (1941) fue uno de los cómicos más populares de Inglaterra desde mediados de los sesenta hasta finales de los ochenta. Tuvo varios programas de televisión en los que imitaba a menudo a Brian Clough. [*N. del T.*]

³⁰ Jimmy Hill (1928) fue un jugador, entrenador, periodista y posteriormente miembro de la Federación. Fue el director de la programación deportiva de ITV entre 1968 y 1972 hasta que pasó a la BBC para encargarse del célebre programa *Match of the Day*. [*N. del T.*]

³¹ David Coleman (1926-2013) fue un presentador de la BBC. Trabajó ininterrumpidamente de 1960 a 2000 y retransmitió once Olimpiadas y seis

Mundiales. [*N. del T.*]

³² Empresario que se hizo popular cuando asumió la presidencia del Manchester United en 1965. La ejercería hasta su muerte, en 1980. [*N. del T.*]

³³ Comentarista y presentador de televisión inglés que retransmitió en directo nueve Mundiales para ITV, dos de ellos junto a Brian Clough. [*N. del T.*]

³⁴ Nombre del programa deportivo de la emisora ITV en que Brian Clough se ganó el apelativo de «Cloughie». [*N. del T.*]

³⁵ McAlpine es una de las constructoras más prestigiosas de Inglaterra. Fue fundada por Sir Robert McAlpine en 1869. [*N. del T.*]

³⁶ «¿Quién se lamenta ahora?» es una canción de Ted Synder de 1923 que fue posteriormente versionada por la cantante norteamericana Connie Francis en 1958, que la convirtió en un hit. Los versos que siguen a continuación son de la canción. [*N. del T.*]

³⁷ Legendaria sala de conciertos de Derby por la que habían desfilado Syd Barret y The Who, entre muchos otros. [*N. del T.*]

³⁸ Evel Knievel fue el nombre artístico de Robert Craig, legendario deportista de aventura norteamericano famoso por sus temerarios saltos en moto que le granjearon la friolera de 433 huesos rotos. En noviembre de 1974, el mismo día que Gerald Ford perdonaba a Richard Nixon, acometió el salto del desfiladero por el que fluye el río Snake a bordo de un cohete-bicicleta diseñado especialmente para la ocasión. No lo consiguió, pero le salvó el paracaídas. [*N. del T.*]

³⁹ Célebre casino londinense fundado por Victor Lownes, socio de Hugh Hefner y promotor de clubs y de casinos en Inglaterra, siempre bajo el paraguas de *Playboy*, la revista de Hefner. El Victoria Sporting Club es en la actualidad el London Vic Casino. [*N. del T.*]

⁴⁰ En julio de 1974, el Gobierno británico decidió someter a racionamiento algunas de las materias primas que llegaban desde el Caribe, especialmente el azúcar. Por aquel entonces fumarse una habano, como hace Cussins, era algo al alcance de muy pocos. [*N. del T.*]

⁴¹ «Ahora lo veo claramente» es la canción que da título al álbum homónimo del cantante afroamericano Johnny Nash. Fue publicado en 1972 y se convirtió en número uno en las listas de Estados Unidos y del Reino Unido.

[*N. del T.*]

⁴² Siglas correspondientes a *Damned United Football Club* (Maldito United Club de Fútbol). [*N. del T.*]